F. PANFEROF

Israsti

EDICIONES HOY

Primera edición, septiembre 1930.
Reservados todos los derechos de reproducción, total o parcial,
para todos los países.
Copyright by Ediciones Hoy, 1930.

F. PANFEROF

BRUSSKI

Novela

Traducción de Fernando Osorio

EDICIONES HOY

MADRID

Entre los novelistas que sobresalen actualmente en la Rusia soviética descuella F. Panferof con personalidad distinta y fuertemente acusada. Abandonando el tema relativamente fácil de la fase destructiva de la revolución—el derrumbamiento del antiguo régimen, la guerra civil, etc.—, tema de un contenido forzosamente sugestivo e impresionante, F. Panferof ha acometido una empresa mucho más ardua y de más difícil ejecución al elegir como tema la fase reconstructiva, y esto en un aspecto de la vida rusa no tocado hasta ahora por la literatura postrevolucionaria de un modo completo, precisamente a causa de las dificultades que presenta.

"Brusski" es la novela de la vida campesina bajo el régimen soviético. Basta decir esto para que al punto se comprenda, tanto su trascendencia como los escollos que una obra de este género ha de esquivar. Innecesario es señalar la diferencia que existe entre la vida rural y la vida de la urbe, entre la producción agrícola y la producción industrial, entre el campesino y el obrero. Diferencia de ambiente, diferencia de ritmo, diferencia de mentalidad. Diferente por tanto tenía que ser "Brusski", novela de la trasformación agraria, de una obra como "El Cemento", de Gladkof, novela de la trasformación industrial. Diferente y a la par idéntica. Porque es la misma la inflexible voluntad que anima a las dos obras. Y así como en "El Cemento" es la fábrica, la fábrica nueva, la fábrica rehecha por el esfuerzo colectivo, la que asume el papel predominante, en "Brusski" es la tierra, la tierra nueva, la tierra fecundada por el sudor común, la que pasa a ocupar el primer plano.

Sin embargo, las aludidas diferencias entre la vida campesina y la vida industrial, que se traducen principalmente en un menor dinamismo y una mayor lentitud del ritmo vital de la primera, hacían precisa para acometer el empeño una pluma como la de F. Panferof, que supiera trazar, como ha hecho éste, un cuadro magistral de la aldea soviética, en el que la ausencia de la trepidación dinámica de la vida industrial fuera suplida por la riqueza del colorido, por la justeza de la observación y por el trazado perfecto de los personajes.

"Brusski" es el nombre de un trozo de tierra enclavado en una aldea del Volga. Tierra fértil, pero abandonada y yerma en el desconcierto que ha seguido a la revolución, pasa a manos de una modesta cooperativa de campesinos pobres, los cuales, dirigidos por uno de esos innumerables hombres de la masa que oscura y conjuamente han captado la sustancia de la revolución, se consagran con todo empeño a su cultivo colectivo. Sin elementos, arrastrando ellos mismos los arados, construídos con sus propias manos, teniendo enfrente la hostilidad y la mofa del resto de la aldea, estos hombres sostienen una lucha titánica, hasta que el tractor viene a darles el triunfo definitivo y a ganarles el respeto y la adhesión de todos los campesinos.

F. Panferof ha sabido encajar las distintas fases de esta lucha dentro de las particularidades de la vida rural, reflejando con extraordinario realismo las sucesivas reacciones de los distintos sectores que integran la aldea rusa. Así, ha pintado con vigorosos trazos al viejo campesino, apegado a sus usos y costumbres, profundamente hostil a todo cambio; al campesino rico, al kulak, astuto y sagaz, que sabe amoldarse a las circunstancias para mantener su posición privilegiada; al campesino pobre, que por pereza e ignorancia es incapaz de adherirse a la obra reconstructiva, y por último al campesino nuevo, enérgico y desinteresado, consciente de su misión histórica, que pone su voluntad y su cuerpo en el yunque del sufrimiento común por un mundo mejor. Y por encima de todo, F. Panferof ha sabido pintar el violento contraste entre el feroz egoísmo alimentado durante siglos y siglos en el hombre del campo y la exaltación de la solidaridad humana que es característica del nuevo régimen.

En estos momentos en que la colectivización de la agricultura se prosigue en la Rusia soviética a pasos de gigante y en que el mundo entero sigue con asombro este triunfo del nuevo régimen en el sector más atrasado de la economía, resulta de la mayor importancia y del máximo interés una obra que, como "Brusski", presenta, en páginas de un profundo realismo, un cuadro vivaz y apasionante de esta extraordinaria trasformación.

EDICIONES HOY.

PRIMER ESLABÓN

I

Los restos de los almiares del año anterior se amontonaban en desorden sobre el suelo del granero. Éste ofrecía un aspecto de suciedad y abandono. A través del estiércol veíanse sobresalir amarillas brizmas de hierba. Por las vertientes del valle de Krapivny deslizábanse sin descanso los arroyos entre burbujas y murmullos llenando las acequias. Las grises y desvencijadas cercas de los huertos, llenos de agujeros, recibían la sombra de los sonrosados cerezos silvestres y la nieve se derretía a lo largo de las acequias hinchándose como la masa del pan en la artesa.

Desde hacía dos semanas el Volga se hinchaba y se extendía como un enorme y oscuro divieso pronto a estallar de un momento a otro arrojando bloques de hielo fundente contra las orillas. El camino que partía en invierno de Shirokoye por encima del hielo habíase curvado en semicírculo y quedaba casi sepultado bajo el estiércol cálido y viscoso. En la orilla opuesta del Volga sumergíase a través de los bosques de abedules, para reaparecer nuevamente y perderse por último en una serie de zigzágs en las remotas lejanías de las estepas del Volga. Las aldeas diseminadas sobre las llanuras semejaban las huellas de un gigante que hubiera pasado sobre la blanda tierra. Entre las aldeas extendíase de uno a otro extremo de las estepas una estrecha franja de bruma que se elevaba del río Irghiz.

Nikolai Pyriakin permaneció largo rato contemplando el desha
lo primaveral y el estremecimiento de la bruma. Luego se echó
al hombro la cesta de salvado, salió la cerca del granero y se fu
caminó hacia la aldea hundiendo los pies a cada paso en el ba
del cañamar.

El sol calentaba su espalda a través de la corta chaqueta de
cuero produciéndole sofarrera. Entróronle deseos de escupir
como solía hacer de chico, hasta la roca de Stenka Razin pa
refugiarse en ella de las azulinas ráfagas primaverales y dormir
una o dos horas.

—¿Y la vaca? ¿Y su salvado?

El pensamiento se desvaneció no bien hubo venido, como se
sutila en un arroyo turbulento. Arrancando el barro viscoso de su
botas campesinas se dirigió al calizo espolón de la roca y cuan
los gorjeos de los sorzales que cantaban en el tejado de la casa
de Yegor Stepanovich Chejlaf se tendió sobre las piedras ca
lentadas por el sol.

Con las brumas primaverales invadióle una pesada somnole
cia. Entornáronse sus párpados, su cabeza se dejó caer sobre l
calientes piedras de la roca y todo su cuerpo experimentó u
agradable reposo. El afán de quedarse dormido despertó en é
el deseo irresistible de quitarse las pesadas botas. Estas parecía
aumentar de tamaño a cada momento, parecían cada vez má
grandes y más pesadas, hasta que a través de la calígine de l
modorra adquirieron las proporciones de gigantescas y abrupta
montañas. Nikolai trató de arrojarlas lejos de sí; pero sus pie
no quisieron obedecerle, y al cabo de un rato, incapaz de de
cansar y deseoso de levantarse a hacer algo, consiguió vencer s
somnolencia. Incorporóse levemente... y de pronto se sentó.

Un hombre se dirigía hacia donde él se encontraba a lo larg
del camino que corría sobre el Volga. Tan pronto caminaba
pausadamente como a toda prisa, hundido a veces en el ag
hasta las rodillas, encaminábase hacia Shirokoye. Por un m
mento quedábase inmóvil al borde de un agujero de color par
rojizo, volviendo la cabeza de un lado a otro como una urraca
un matojo y luego pasaba de un salto al borde de otro agujer
similar, oscilando los brazos para conservar el equilibrio.

Siguiendo con la vista los movimientos del otro hombre, Nikolai poníase él mismo en tensión, le aconsejaba mentalmente acerca de hacia dónde le convenía mejor saltar, gesticulaba, y, al reparar en un salto desafortunado, gruñía de disgusto.

—¿Adónde crees que vas? ¿No te he dicho que saltaras al otro? ¡No seas testarudo!

Cuando el hombre salió del hielo roto y empezó a caminar vivamente por la orilla del camino, Nikolai volvió a recostarse contra la roca con las manos unidas detrás de la cabeza y se puso a reflexionar acerca de las razones que podrían llevar a un hombre por semejante camino a una hora tan intempestiva. Cualquiera que la razón fuese, ésta debía ser muy apremiante. ¿Habría ido el hombre a la ciudad en busca de trabajo? El mismo Nikolai había regresado recientemente de Moscú, en donde estuvo trabajando como fogonero en una enorme casa de piedra. Acaso este hombre huyera también de su trabajo y regresara a su tierra.

La parduzca corteza del Volga arrastrábase lentamente corriente abajo, y su inmensa mole se movía con irresistible tenacidad. Nikolai reparó en ello al observar cómo el camino que surcaba el Volga se curvaba cada vez más y al oír el chasquido del hielo cuando éste se estrellaba contra las orillas del río. Nikolai conocía muy bien aquel sonido previsor y sabía asimismo los peligros que escondía el Volga cuando, semejante a una mujer de parto, empezaba a gemir y a romper sus ligaduras de hielo. Nikolai acordábase vívidamente de cómo un día, precisamente en donde el valle de Krapivny hundía en el agua sus enormes y lacerados labios, el terrateniente Sutiagin y su troika habían sido tragados por el río. El cochero, Grigory Skulof, había quedado lisiado para siempre. No en balde aquella caverna acuática era llamada "el golfo del Diablo". Nikolai conocía de sobra este golfo y ahora miró involuntariamente en su dirección, donde la nieve verdosa se hinchaba y burbujeaba.

Durante un rato el hombre caminó por la orilla del camino; pero viendo que le obstruían el paso los agujeros llenos de agua que se abrían entre los bloques de hielo, cambió de rumbo y echó a andar hacia el golfo.

no. ¿Adónde querrá ir ahora?—pensaba Nikolai.

—¡Oh! ¡Ese hombre está loco! Se ve que no conoce el cami-

Después gritó:

—¡E-e-eh! ¿Quiere usted morir?

El hombre no contestó. Únicamente el eco del grito fué devuelto distintamente por la garganta de la roca.

—¡Cielos, no me oye! ¿Qué hacer?

Una docena de ideas surcaron el espíritu de Nikolai. ¿Correr al encuentro del hombre y cortarle el paso? No; no había tiempo para eso. Era imposible, el agua rebasaba ya el hielo de las orillas... ¿Correr en busca de una barca? No; tampoco para eso había tiempo...

—Probaré otra vez a ver si ahora me oye.

Nikolai inclinóse hacia adelante y poniendo las manos en torno a la boca gritó con todas sus fuerzas:

—¡E-e-eh!

El eco del grito fué devuelto más distintamente aún por la garganta de la roca. A la derecha, la boca del valle de Krapivny escupía en el Volga una inmensa mole gris de pesada nieve. Entonces, como si a la voz de mando hubieran echado a correr estrepitosamente un millar de carros por un camino pedregoso, crujió el hielo en el golfo del Diablo y el agua rugiente, levantando espuma, se precipitó tempestuosamente corriente abajo.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Que se mete usted mismo! ¡Que se mete usted para nada! ¡E-e-eh!

La voz de Nikolai quebróse por el esfuerzo. El campesino agitó los brazos hacia la hirviente caldera de las brujas:

—¿Dónde tiene la cabeza, hombre? ¡E-e-eh!

Nikolai franqueó de un brinco la garganta de la roca y se precipitó por su abrupta y escurridiza ladera hacia la orilla del Volga... La cesta azotaba el aire tras él y el salvado se derramaba en todos sentidos.

II

Yashka Chujliaf, tarareando una canción alegre, se hallaba en el corral reparando el carro.

—¡Oho!—exclamó cuando el crujido estruendoso se alzó en las orillas del río y llegó hasta las calles de Shirokoye—. ¡Ha estallado!—gritó, y hundiendo el hacha en un leño de abedul se fué a la orilla del río de dos o tres saltos.

El ruido llevó tras él a los moradores de las casas circundantes y luego, como un rebaño, todo el pueblo de Zaovrazhenoye se derramó por el valle de Krapivny. Pronto el alto ribazo del Volga apareció cubierto de un mar de sombreros, gorras y pañuelos multicolores desteñidos por el sol.

—El hielo se está moviendo en el Volga...

Semejantes a nadadores expertos los enormes bloques de hielo deslizábanse despacio, pero irresistiblemente, corriente abajo, rodeados de fragmentos más pequeños que corrían entre estallidos y remolinos. En donde el Volga se estrechaba los bloques estrellábanse unos contra otros con un ruido chirriante y se amontonaban en moles grises y fundentes.

—¡Bueno, gracias a Dios!—dijo el abuelo Katai rascándose la calva—. Ya tenemos aquí la primavera... Ahora podemos contar con una buena cosecha. ¡Fijarse qué burbujas tan grandes! ¡Fíjate, Yashka!

Al decir esto dió una palmada en el hombro a Yashka Chujlaf con su rugosa mano.

—No estaría mal tener una buena cosecha—dijo tranquilamente uno de la muchedumbre.

—Puede que Dios nos la envíe—agregó el abuelo Maxim Fedunof.

—Sí; puede que sí—afirmó Katai.

—¿Lo cree usted así?—dijo Yashka con aire de duda.

—¡Seguro! Fíjate bien y acuérdate. Si se ven burbujas cuando el Volga empieza a moverse se puede contar con una buena cosecha.

Al margen de la muchedumbre, en la caliza y escarpada orilla, habíase reunido un grupo de muchachas de Zaovrazhenoye para contemplar el río. Reíanse ruidosamente, y, sin saber por qué, alborotaban de alegría. En el centro de ellas, vestida de gris como un sauce en flor, se hallaba Steshka Ogneva.

—¡Ah! También están aquí las faldas—pensó Yashka alejándose desdeñosamente de ellas.

Después se volvió a mirar a las muchachas y su mirada se detuvo en Steshka. Había visto ya muchas veces a Steshka correr por los caminos bajo una capa corta y raída o al volver con sus cubos de agua del valle de Krapivny. A Yashka le había producido siempre la misma impresión que la piedra roja del corral: le dejaba completamente frío.

A veces Yashka se la encontraba en las reuniones que se celebraban al atardecer en Zaovrazhenoye, a las cuales solía concurrir Steshka, mientras las otras muchachas de Krivaya no salían de su casa.

—Eres la hija de un comisario—le decía sonriéndose maliciosamente mientras se sentaba a su lado—y tienes el vestido lleno de agujeros.

Silenciosamente, Steshka se apretujaba en su capa.

—Fíjense, tiene ojos de tejón; pero no me asustan... Como a las de tu casta.

—¡Idiota!—murmuraba ella.

Aquí, a la trémula luz del sol primaveral, Steshka parecía muy distinta de la desaliñada muchacha que Yashka estaba acostumbrado a ver. De todas formas, estaba más alta y más erecta, había florecido como una ciruela madura y, al cruzar los brazos, sus senos redondeaban el fino percal de su vestido. Steshka mantenía la cabeza erguida. El labio inferior de Yashka temblaba ligeramente.

—Ahí tienes, querido Yashka, la cosecha será buena este año. Acuérdate de mis palabras.

—Sí, sí, abuelito—dijo Yashka, y con paso seguro, sin apartar la vista de Steshka, echó a andar por la abrupta orilla del río.

Al ver que se acercaba, las muchachas se pusieron a gritar:

—¡Aquí está Yashka! ¡Aquí está Yashka el patán!

Olena Yastrebova, una muchacha picada de viruelas, dió con el codo a Steshka.

—Mira, Steshka, aquí está ese Yashka.

Los verdosos ojos de Steshka volviéronse hacia él. Al punto la muchacha se encogió como si esperara recibir una pedrada

en la cabeza. Luego, viendo que él la miraba a ella y a nadie más y comprendiendo a la vez que ya no era una chiquilla, sino una mujercita desarrollada y atrayente, en pos de la cual corrían todos los mozos de Zaovrazhenoye, se ruborizó, y haciendo un esfuerzo puso un gesto arisco. Miró por encima de la cabeza de Yashka hacia las lejanas llanuras del Volga y dijo distintamente sabiendo que él la oiría:

—¿Qué viene a hacer aquí? Siempre anda metiendo la nariz en todas partes.

Las muchachas riéronse más fuerte todavía y entre cuchicheos y carcajadas hiciéronse a un lado, dejando sola a Steshka.

—¿De qué estáis chillando ahora?... ¡Hola, Steshka!—exclamó Yashka riéndose con las muchachas—. ¡He dicho que hola! ¿O es que no me conoces?

—¿Cómo no te voy a conocer? La liebre al menos cambia de pellejo, pero tú eres siempre el mismo. No has perdido tus viejas maneras.

—¡Qué mal genio tienes!—dijo Yashka riéndose—. ¡Qué manera de morder!

—Me he hecho afilar los dientes. ¿A quién buscas? ¿A Zinochka Plakushcheva? Allí está.

—¿Y si te buscara a ti?

—¡Oh, sostenedme, muchachas, que no me tengo de risa!

De pronto, dejando de reir, se quedó mirando fijamente a Yashka.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

—Yo no sé hacer hechizos.

—¿Cómo?

—Te he dicho que no sé hacer hechizos. Yo no soy una bruja. ¿No entiendes? Bueno, pues entonces ahueca. Tú no pintas aquí nada.

—Mira, chica—dijo Yashka—, no insultes de esa manera.

—Vete con los de tu ralea si no quieres que te tire al río.

—Te podemos dar un baño, aunque todavía no es el tiempo—dijo Olena Yastrebova.

Gotas de sudor brotaron de la frente de Yashka. No se espe-

raba un recibimiento semejante si estaba preparado para
pero no quería retirarse, aunque no sabía cómo arreglárselas p
salir airosamente del trance. Al fin, retrocedió unos cuantos
y sonriendo miró a las muchachas con las cejas fruncidas
mina las personas mayores a los niños.

—Ya ed... Tendis muchas manos. Serán manos de mujer, p
al fin y al cabo son manos, no esponjas. Bueno, pase lo que
estoy dispuesto. Yo solo contra todas vosotras.

Yashka extendió sus enormes brazos semejantes a las v
de un carro.

—¡Ah!—exclamó Steshka—. ¡Vaya un valiente! ¡Hace la g
ras a las mujeres!

La risa y los gritos de las muchachas mezclábanse al estru
do del hielo al romperse. Los rostros de las muchachas danzab
an mas ondas delante de los ojos de Yashka. Este oía sus pa
bras punzantes y quería echar a correr; pero ellas le habían r
dado ya. Sólo Steshka continuaba aparte, riéndose estrepitos
mente.

Yashka reconcentró sus energías y extendiendo el brazo ro
pió el cerco de muchachas y se fué derecho a Steshka.

—¿Te ríes?

Steshka arrugó la nariz como si le hubieran acercado una co
que oliera horriblemente. Sentía deseos de decir al muchacho q
que le hiriera; pero al ver sus brazos potentes y su rostro tens
contraído por la mortificación, clavó la vista en lo más profun
de los ojos de Yashka. Estos eran grandes y grises, autoritario
y severos... Frunciendo las cejas, la muchacha se pasó las m
nos por las mejillas—que se habían coloreado de un rojo subito—
y sus ojos llenáronse de pronto de una inesperada ternura.

Observando el cambio, Yashka murmuró dulcemente:

—No te rías, Steshka—y le tocó levemente el codo.

Steshka se estremeció y dió media vuelta.

—¡*Ah, vosotras, estepas mías, estepas mías!*...—empe
cantar.

Pero bruscamente se interrumpió y exclamó:

—¡Venid, muchachas! Vamos a Toronok.

—¡*Anchas son las estepas!*...

Las muchachas reanudaron la canción entre risas y echaron a andar detrás de Steshka.

Yashka se encasquetó la gorra y se dispuso a seguirlas; pero se detuvo al oír un grito penetrante que estalló de súbito.

—¡Dios mío, un hombre!

Abajo, detrás de la roca, donde el hielo cubría el Volga como la concha de una tortuga pronto a estallar a cada momento, hallábase el caminante agitando los brazos y gritando algo al parecer.

El pueblo de Shirokoye se apretujó mirando hacia delante con desasosiego y pudieron oírse palabras confusas.

—¿Qué haremos?

—Se va a ahogar.

—Fijarse.

Oyóse un estruendo ensordecedor y el bloque de hielo sobre el que se hallaba el hombre empezó a moverse lentamente. El hombre echó a correr y dió un salto tremendo hacia la parte del hielo que continuaba intacta. Con el peso de su cuerpo rompióse también el hielo en que había caído. Nuevamente se dispuso a saltar el abismo de agua, pero el bloque de hielo se ladeó bajo su peso, el agua le llegó hasta las rodillas y tuvo que contenerse y dejarse arrastrar corriente abajo girando en remolinos con el bloque de hielo en que se hallaba.

—Está perdido—dijo el abuelo Katai rompiendo el silencio—. Dentro de un minuto llegará al golfo del Diablo y allí no tiene salvación.

El agua del golfo parecía hervir. Cada bloque de hielo que a ella se acercaba era absorbido en el remolino y deshecho en pequeños fragmentos que eran proyectados en el río como por una máquina de triturar.

Al principio, el bloque en que se hallaba el hombre flotó lejos del golfo con dirección a la orilla opuesta del Volga. Luego torció en la dirección del valle y un grito enorme, más fuerte que el estruendo del río, brotó de todo el pueblo de Shirokoye y fué llevado hasta el hombre.

—¡Arriba!

—¡Corra para arriba!

F. Parlet.

X

—¡Apártate del golfo! ¡E-eeh!

El hombre saltó de un bloque de hielo a otro, cayendo de pie; volvió a saltar y pasó a otro bloque. Una vez desprendido por completo bajo el agua y por un momento no dió señales de vida. La multitud se quedó esperando en una inmovilidad mortal.

—¡Ah! ¡Está perdido!—dijo el abuelo Katai extendiendo los brazos con resignación—. Está perdido sin remedio.

—¡Fíjense, fíjense!—gritó alguien en la muchedumbre—. ¡Es una barca!

—¡Es Nikolai, Nikolai Pyriakin!

—¡Sí; es él! ¡Fíjense!

El pueblo de Shirokoye parecía haberse quedado clavado a la orilla del río. Ahora acababan de divisar a Nikolai Pyriakin, que hacía remaba el agua abriéndose camino hacia el hombre a través de los fragmentos de hielo.

—¡Resista!—gritó el abuelo Maxim—. ¡Resista, buen hombre! ¡Eh! ¡Resista! ¡Allí va en su ayuda! ¡E-eh!

La gente miraba sin aliento, y cuando la barca llegó hasta el hombre y Nikolai pudo asirle por el cuello de la chaqueta y sacarle del agua los espectadores exhalaron un prolongado grito de admiración.

—¡Es un verdadero héroe!

—¡Qué valiente!

—¿De dónde ha salido?

—¡Atrás! ¡Atrás en seguida!

La barca regresaba a toda velocidad. Nikolai manejaba los remos mientras el otro hombre permanecía a proa, apartando los bloques de hielo con un palo largo.

—¡Fíjense! ¿No es Ognef?—exclamó el abuelo Katai—. ¿Será Ognef? Habrá ido otra vez en busca de tierra como de costumbre—añadió para sus adentros.

La quilla de la barca tropezó en la orilla. Ognef saltó ligeramente por la borda y se puso a subir el ribazo entre un silencio general. El agua chorreaba de su corta chaqueta y de sus bastos pantalones. Su cara estaba llena de arañazos y de sangre

Al llegar a casa de Nikolai se tambaleó, recostóse en el quicio de la puerta y murmuró:

—No tengo fuerzas para llegar hasta mi casa.

—¡Katya!—gritó Nikolai dentro de la casa—. ¡Pronto, Katya, el samovar! El samovar y algo caliente. ¿Qué te ha llevado allí en este tiempo, eh?—agregó dirigiéndose a Ognef.

—Dicen que hay gentes que se sumergen hasta el fondo del mar en busca de fortunas. Lo mismo he hecho yo.

Ognef sonrió con aire de cansancio, se volvió a mirar al Volga y sin levantar apenas los pies franqueó el umbral de la choza.

III

Unos días después de que Ognef regresara de la ciudad, los habitantes de Shirokoye, atravesando los prados y las acequias, afluyeron al soviet rural. A la entrada de la casa del soviet el alto y corpulento Stepan Ognef hallábase reclinado contra el quicio de la puerta. A su lado se encontraba Davidka Panof, corto de estatura, patizambo, calvo y con barba, que parecía un juguete grotesco. Junto a la gradería, al lado mismo de los concurrentes, hallábase el presidente del soviet rural, Fedunof.

—Ciudadanos—comenzó—, ya sabéis por qué nos hemos reunido aquí. Este hombre—y señaló a Ognef—tiene que deciros unas palabras.

El pueblo de Shirokoye prorrumpió en gritos.

—Bueno, venga ese discurso.

—¿Qué es lo que queréis?

—¿Habéis encontrado una nueva letra para el alfabeto?

Stepan Ognef se quitó la gorra, se pasó las manos por la cara y miró en torno suyo. Luego, con voz espesa, extraña, muy distinta de la suya, exclamó:

—Necesito tierra, campesinos...

—¿Cómo?—le interrumpió Nikita Gurianof—. ¿Tierra?

—Sí, tierra. Brusski, que está en las mismas afueras del pueblo, no ha sido repartido todavía... Esa tierra se está desperdiciando... Y como no debe desperdiciarse, nosotros la tomaremos...

Vamos a formar una cooperativa entre los pobres. Eso es todo.

que quería deciros.

Por un momento, los campesinos permanecieron silenciosos,

ndose unos a otros. Luego hubo una explosión de carcajadas

—¡Jo, jo!

—¿Qué es lo que se te ha ocurrido, Stepan?

—¡Está loco!

—¡Vais a afilar las guadañas en las piedras que hay allí?

—Está mal de la cabeza.

La risa blanca más estrepitosa y se extendió por las calle

rtando a los mirlos de la cúpula de la iglesia. Los pájaros echa

ron a volar describiendo círculos sobre Shirokoye y las notas d

sus trinos sonaron metálicas y destacadas.

Ognef estrujó la gorra entre sus manos mirando a los campe

sinos como si estuviera perdido. Luego recobró los ánimos y s

tirándose contra la barandilla alzó el puño y lo dejó caer so

bre toda su fuerza encima de la mesa.

—¿Qué pasa? ¿De qué os reís?

La risa se extinguió como por encanto.

—¿De qué os reís, he dicho? ¿Es que estáis en el circo? O

hemos pedido la tierra de buenos modos, y si no queréis dárnosla

pronto encontraremos una ley que sirva. Ya hemos estado bas

tante a vuestro capricho.

Por un momento los campesinos permanecieron silenciosos

inmóviles como las espigas verdes en una mañana sin viento

—¡Aha! ¡Así sois vosotros!—chilló Yegor Stepanovich Chuji

Se encogió de hombros y salió a la gradería. Quitándose la

rígida gorra la arrojó ante la cara de Ognef.

—No le deis la tierra, ciudadanos campesinos. ¡No se la den

—exclamó—. Ya veis lo que se les ha ocurrido. ¡Basta! ¡Los pa

lhgatos!... ¡Conque ésa es su idea!... ¡Pues que lo intenten!...

Las últimas palabras de Chujlsaf perdiéronse como el gorje

de un gorrión en el estruendo de los shirokoyanos.

Fedunof, el presidente, trató de restablecer el orden agitando

una regla por encima de su cabeza y golpeando la mesa. E

como si se hallara sentado en el fondo de un río profundo y en

salino, moviendo los labios y agitando los brazos: no llegaba de él el menor sonido...

Entonces subió a la graderia Zajar Katsef. Zajar era absolutamente analfabeto: llamaba al número ocho "esa cosa retorcida". A pesar de esto, estaba más familiarizado con las leyes y los reglamentos que lo están algunos hombres con sus mujeres, y sus conocimientos le habían granjeado la admiración de toda la aldea. Cuando hablaban de él, los campesinos decían: "Nuestro Zajar tiene una cabeza de ministro... Debía ser ministro del pueblo y no pudrirse aquí con nosotros en las acequias..."

—No sabéis manejar a la gente—dijo ahora apartando suavemente a Fedunof—. El poder de los soviets... Siga, usde...

—Pero, tío Zajar—protestó Fedunof—, fijese lo que están haciendo.

Zajar le apartó a un lado y se rascó enérgicamente la cabeza con su mano áspera. Encontró entre el pelo un trozo de paja y lo sacó.

—¡Basta, basta de gritos!—exclamó—. Quiero deciros unas palabras.

—¡Callarse!—gritaron algunos de los campesinos.

—¡Silencio!

—¿Creéis que estáis en la taberna?

Los campesinos se quedaron silenciosos, como se hace el silencio cuando un carro que ha bajado por la ladera con ensordecedor estrépito se hunde al fin en el río. Aquí y allá se oía aún a algún acalorado, pero sus vecinos volvíanse coléricos hacia él, hasta que todo el mundo se quedó tranquilo. Podía oirse la respiración fatigosa del abuelo Katai desde los escalones en donde se hallaba sentado y el gorgoteo del agua primaveral en las acequias.

La voz de Zajar rasgó el silencio. Partiendo la paja que tenía todavía en la mano, dijo:

—¿No ha sido por vosotros por quienes he sufrido yo con los campesinos de Bolakof?

—Es verdad.

—Bueno, ¿y qué que hayas sufrido?

—Muy bien—prosiguió Zajar arrojando a lo lejos los trozos de paja—. ¿Quedamos en que lo reconocéis?

—Sí.

—Lo reconocemos; pero ¿a qué viene hablar de eso?

—Bueno, ¿y no ha sido por vosotros por quienes fui yo a Mo el a ver a Lenin?

—Es verdad que fuiste—gritó Nikolai Pyrinkin desde la m chedumbre—. Pero ¿por qué nos quieres hablar ahora de es

—Bueno—dijo Zajar levantando la cabeza—. ¿Y no co pregdió Lenin lo que queríamos y no nos dió prados?

—Sí, nos dió prados.

—Y se lo hemos agradecido más de una vez.

—Si no nos los hubiera dado a nosotros ahora los tendría pueblo de Bobikof.

Los campesinos empezaban a excitarse y se interrumpían u a otros.

Zajar se detuvo un momento. Cuando cesó el ruido, como pues el polvo en la carretera un día de calma, se inclinó hac delante y, prolongando y recalcando cada sílaba, exclamó:

—¿Y-no-echan-los-a-nos azotar a nuestros padres?

Las últimas palabras las profirió con toda la fuerza de su pulmones. Como si esas palabras fueran una llameante tea ar jada en medio de ellos, los campesinos se estremecieron y retro dieron desazonados. Luego, con una voz que parecía rasgar e aire como la sirena de una fábrica, estallaron sus réplicas sob Zajar.

—No hables de eso.

—¿Por qué quieres abrir viejas heridas?

—Ahora no hablábamos de eso.

—Eso ha terminado para siempre.

En la luz grisácea del atardecer los sombreros maltrechos las gorras descoloridas agitáronse tempestuosamente, y los cam sinos, con los ojos inyectados de sangre, alzaron sus puños en pados por encima de sus cabezas.

Zajar se reclinó hacia atrás y esperó. Luego se enderezó d un salto y extendiendo los brazos exclamó:

—¡No! Debemos acordarnos siempre de los antiguos tiempo

Debemos acordarnos de nuestras viejas heridas, sí, porque eran verdaderas heridas. ¡Escuchadme! Nuestros padres eran azotados por los antiguos nobles. ¡Azotados! ¿Y por qué eran azotados?, preguntaréis vosotros. Porque los nobles no querían dejarles llevar una vida decente. Pero nuestros padres no cedían: querían vivir. Por eso los nobles les pegaban. ¿No es así, hermanos?

Los campesinos permanecían silenciosos. Miráronse unos a otros y luego volvieron la vista hacia Zajar preguntándose: "¿Adónde querrá ir a parar?" También Zajar guardaba silencio mientras miraba al pueblo de Shirokoye y se decía: "No, vuestras espaldas no han llevado las cicatrices del látigo, pues de lo contrario nunca podríais olvidarlas."

De pronto, como si hubiera estallado un dique, los campesinos respondieron:

—Tiene razón.

—Esa es la verdad.

—Pero déjate de eso, Zajar.

—Por eso fué por lo que les azotaban.

—Déjalo.

—¡No!—replicó nuevamente Zajar—. No quiero dejarlo. ¿Quedamos en que reconocéis que nuestros padres querían comer y que por eso los nobles les pegaban? ¿Y que por eso se les ha retorcido el pescuezo a los nobles y nuestra maldición ha caído sobre ellos para siempre? ¿Y que Lenin nos ha dado la tierra y por eso le estaremos siempre agradecidos y reconocidos siempre?

Zajar se detuvo y se inclinó un poco más hacia los campesinos. Luego, enderezándose, gritó con voz clara, sonora, desconocida:

—¿Y qué es lo que hacemos nosotros ahora? ¿Qué es lo que hacemos? Ognef y sus amigos quieren también llevar una vida mejor, ¿y queréis que les azotemos?

La voz de Zajar resonó desde la gradería de la casa del soviet mientras sus brazos azotaban el aire a diestro y siniestro como los de un nadador, y al terminar de hablar, su voz fué extinguiéndose, como si al fin hubiera sido ganada la costa.

Los campesinos se encogieron y parecieron empequeñecerse

como si les aplastara un peso enorme. Tenían los ojos clavados
el suelo.

—Yo opino que se les debe dejar Bruski—prosiguió Zajar.
Puede que nos enseñen a llevar una vida mejor que viviendo
tierras secas y de agua. Esa es mi opinión, hermanos. Puesto q
hemos conseguido la libertad, que cada hombre se las arregl
como mejor le parezca.

Sus ojos vivaces recorrieron uno tras otro los semblantes
los campesinos hasta que tropezaron con los ojos de Yegor Ste
panovich Chujlaf. Los cuatro ojos parecieron chocar. Los de Z
jar, grandes y azules bajo cejas hirsutas; los de Chujlaf, pe
pequeños guiños negros. Los ojos se clavaron unos en otros
chando por breves momentos.

Chujlaf fué el primero en ceder: bajó la vista hacia el suel
Zajar alzó la cabeza y suspiró profundamente.

IV

La noche cubría el pueblo de Shirokoye como un gorro
pelo negro. El barro se aplastaba bajo los pies con el ruido
un perro que mastica furiosamente su comida. Los campesino
de Shirokoye regresaban poco a poco hacia sus casas despué
de la reunión hablando tranquilamente unos con otros. Tambi
Yegor Stepanovich Chujlaf volvía hacia su casa, llevando
cabeza llena de un torbellino de pensamientos y dominado en s
soluto por una cólera más negra que una lúgubre noche de otoñ

—¿Qué querrá ese perro lanudo de Zajar?—mascullaba
Stepka quiere Bruski; pero ¿qué querrá él? Siempre anda m
tiendo la nariz en todas partes.

Arrastrando los pies a través del barro escurridizo, a su m
moria acudió involuntariamente el recuerdo del terrateniente S
tiagin...

Hacía mucho tiempo, a unas dos verstas de Shirokoye, ha
surgido entre las montañas de la orilla derecha del Volga, co
el nido de un águila, la casa solariega del terrateniente Sutiag
descendiente del príncipe Ermolof... Los pinares de Sutiag

abarcaban una gran superficie de la comarca del Volga y en sus propiedades se hallaba comprendida la totalidad de Shirokoye. Cuando había bebido, Sutiagin mandaba traer mujeres de la ciudad, lavaba a sus caballos con vino y cometía otras muchísimas locuras. Había despilfarrado toda su fortuna y sólo poseía ya la vieja casa solariega y Brusski, una parte de sus propiedades junto al Volga.

Mucho antes ya de que los asuntos de Sutiagin llegaran a este extremo Yegor Stepanovich tenía frecuentes miradas de codicia para la casa y la propiedad y pensaba a menudo: "¡Ah! ¡Si yo tuviera sólo una pequeña parte!... ¡Las cosas que haría!..."

Cuando Sutiagin, atacado de parálisis, se quedó solo, Chujliaf le ayudaba solícitamente a tomar el baño, le sacaba al aire libre y le hacía todas cuantas cosas necesitaba. A cambio de esto, Sutiagin le prometió darle Brusski. Cuando iba o volvía de casa de Sutiagin, Chujliaf no dejaba nunca de tomar el camino que pasaba por Brusski. Tocaba la tierra con los dedos y la probaba.

—Rico suelo—solía decir—. Si estuviera en buenas manos habría pan para dar y tomar.

Y Chujliaf se trazó sus planes. Pero las cosas salieron de muy distinta manera. Un día, estando ayudando a Sutiagin a tomar un baño—las manos y los pies del inválido se estremecían convulsivamente y daba pena mirarle—Chujliaf le preguntó necia-mente:

—¿Qué, Savel Ilyich, no cree usted que se le está acabando la vida?

Instantáneamente Sutiagin dejó de temblar. Sus ojos se abultaron y masculló algo incomprensible. Los pensamientos de Fegor Stepanovich precipitáronse alocadamente como torrentes primaverales: apenas si le era posible seguirlos.

—El demonio me ha inducido a hacer preguntas en el momento menos oportuno... Todavía puede que me dé el papel...

Chujliaf cogió a Sutiagin como si fuera un fardo y le arrastró, desnudo todavía, al interior de la casa. Allí, el hombre volvió en sí y Chujliaf le sopló febrilmente en la boca y en la nariz y le apretó las costillas con las manos.

—¡Oh, que no entregue el alma todavía!—murmuraba Chuj-

liaf—. ¡Que le dé tiempo sólo a firmar el papel y que se le vaya
luego!... No habrá nadie que lo ponga en duda.

Hacia el atardecer Sutagin se recobró. Guiñó sus ojos ma-
ses y llamó a Chujliaf haciéndole señas con un dedo que parecía
una pequeña y rudesa zanahoria.

—¿Qué?—gritó Yegor Stepanovich inclinándose sobre él.
¿Qué? No entiendo—agregó extendiendo las manos.

Sutagin frunció el ceño como encolerizado. Señaló hacia la
ventana. Contra el fondo azul del cielo recortado por la ventana
veíase volar un buitre por encima de los campos. Describiendo
círculos cada vez más bajos, el ave revoloteó sobre la verde lla-
nura y luego se posó atrevidamente en una estaca de roble.

—Bueno, ¿Y qué? Ya lo veo—dijo Yegor Stepanovich—. El
buitre es un animal inútil... ¿A qué viene eso?

Apenas se había posado el buitre en la estaca cuando echó a
volar de nuevo, descendió hasta la hierba, se volvió a elevar y des-
apareció por último en el bosque de abedules.

Sutagin se incorporó entonces ligeramente. Sus grandes ojos
grises parecían saltársele de las órbitas y las palabras brotaron con
esfuerzo de su garganta.

—La vida acaba de irse como ese buitre que estaba en la
estaca.

—No me diga eso—dijo Yegor Stepanovich agitando la mano—
Déme la tierra. Déme Bruski. Usted no tiene parientes. Ningún
pariente. Démelo a mí. No se lo puede llevar a la tumba. ¿El
Savel Ilyich? Yo rezaré siempre a Dios por usted y mis hijos
seguirán rezando cuando yo me muera.

—El cura—gruñó Sutagin ásperamente.

Enfurecido, Chujliaf agitó con maldad el puño bajo las nari-
ces de Sutagin.

—¿Lo ve? No llamaré al cura hasta que me haya usted dado
la tierra. Si no me la da, morirá usted lleno de pecado.

Chujliaf corrió a un rincón riéndose histéricamente y señaló
hacia el lecho.

—Subirá usted allá arriba con todos sus pesados.

Nuevamente se inclinó sobre Sutagin:

—Sufrirá usted grandes martirios en el infierno y nunca

drá verse libre de ellos. ¿Oye lo que le digo, o no? Allí no podrá usted engañar a nadie... ¿Para qué creía usted que le he hecho tantos servicios?

En su furia, Chujliaf cogió a Sutiagin por la garganta y le apretó suavemente. Sutiagin tuvo un leve temblor y estiró las piernas. Sus ojos miraban fijamente a la ventana.

—¡Ahora lo he arreglado!—dijo Chujliaf—. Ya tenía ensi Brusski..., y ahora...

Chujliaf registró todos los rincones de la casa, arrancó el papel de las paredes, levantó las tablas del suelo y forzó varios cajones. Encontró cartas, fotografías, tiras de papel y todo lo arrojó furiosamente por el suelo. Salió al corral y miró en la cuadra: tampoco encontró ningún tesoro. Sus hombros se encorvaron y su semblante adquirió un sucio color verde. Chujliaf volvió a entrar en la casa y de súbito pensó: "¿Por qué no me dejaba nunca hacer la cama? ¿Por qué se empeñaba en hacerla él mismo siempre?"

Empujó a un lado el cuerpo de Sutiagin, todavía caliente, y en la cama encontró una caja de latón que contenía algunas monedas de oro de diez rublos. Encima de las monedas había tres hojas de papel. Las manos de Chujliaf se habían entumecido como si hubiera recibido un violento golpe en los codos: no podía levantarlas. Miró vivamente en torno suyo y leyó la hoja de papel que estaba encima: "Para mis funerales."

—De todas formas le enterrarán—pensó—. Lo mismo le enterrarán sin el dinero.

Medrosamente, volvió a mirar en derredor y se guardó el dinero en el bolsillo. Después de volver el cuerpo de Sutiagin a su primitiva posición se puso la gorra y echó a andar precipitadamente hacia Shirokoye. Al llegar a la calle del pueblo informó a los campesinos de la muerte.

—El amo ha entregado el alma... Convendría lavarle...

Después de esto Chujliaf vivió tranquilamente durante dos años. A raíz del fuego de la calle de Krivaya construyó una casa nueva. No era una choza ordinaria, sino una verdadera casa con el tejado de pizarra. Los cobertizos eran de hierro y las cercas fueron reforzadas con arcilla. Detrás de los cobertizos se halla-

tas la cuadra y la cueva. Chujlaf se había hecho hacer cerra
duras especiales para todas las puertas y llevaba las llaves en u
manojo sujetas al cinturón. Paseábase de un lado a otro con e
aire de un gran propietario. Salía al corral, examinaba las ce
rraduras y se sentía sumamente feliz. "Si ahora hubiera u
fuego o vinieran ladrones... no podrían hacerme daño. Ano
siempre que me iba al campo o a cualquier sitio temía que m
robaran algo."

Los aldeanos deteníanse con frecuencia a preguntarle:

—¿Cómo la empuja usted?

—Trabajando mucho—contestaba Chujlaf—. Trabajando mu
cho y nada más.

Chujlaf trabajaba. Compró un pequeño bosque y se puso a
cortar y a almacenar la madera. Por todas partes había leña
rajas y tablas: en el corral, encima del tejado, en los cobertizos
detrás de la casa que era utilizada como cuarto de baño. Com
pró también una pequeña parcela de tierra detrás del bosque.
En ella trabajaba su hijo Vasilka y también Stepan Ognef. En e
verano venían turistas y nosotros a trabajar en la tierra. E
propio Yegor Stepanovich salía a los campos con un escarabaj
negro en el bolsillo (para la buena suerte), examinaba el traba
jo que se hacía, gruñía algo entre dientes y se volvía a casa.

En su casa se pasaba ocupado todo el día con la escoba, ba
rriendo el corral y limpiándolo todo. Los pollos le ponían de
muy mal humor. "¡Qué bichos!... ¿Por qué no harán todos su
cosas en un sitio?... ¡Malditos!"

Imprecaba a los pollos y al escarabajo perdiendo todo s
afecto por este último. Pero su espíritu se hallaba ocupado po
otros pensamientos. Su mujer Klunya no hacía más que qu
jarse. Desde hacía tres años llevaba el oro en el pecho y conti
nuamente gemía bajo su peso.

—El oro me ha lastimado el pecho. Mira, no puedo llevar
más. Escóndelo en algún sitio, en donde mejor te parezca.

Chujlaf deseaba esconder el dinero, pero no acababa de en
contrar un sitio adecuado que le permitiera tenerlo siempre a l
vista y contarlo en cualquier momento. Esta idea le preocupab
por la noche y permanecía acostado al lado de Klunya, sujetand

fuertemente el dinero en la mano y oyendo las murmuraciones de su mujer.

—Se está pudriendo todo—gruñía Klunya—. Tiene ya gusanos...

—Ponle ceniza encima, ceniza... Espera todavía un poco. Ten paciencia. Ya encontraré un sitio y lo esconderé.

La idea no le abandonaba un instante y le torturaba sin cesar. Después, cuando hubo encontrado al fin un escondite y en él guardó el dinero, no salía de la casa ni por un momento. Sentábase en el corral y, mirando hurañamente en torno suyo, reflexionaba:

—¿Quién habrá hecho el mundo? ¿Y la noche? ¿Para qué sirve la noche? El hombre puede descansar y dormir durante el día. ¿Para qué sirve la noche? Sólo para hacer gasto. Hay que gastar aceite..., y además facilita la ocasión a los ladrones.

V

Aquí y allá brillaban todavía las luces en las chozas, proyectando sus rayos luminosos en el lodo de junto a las ventanas. Yegor Stepanovich atravesó la calle y se dirigió hacia la casa de Ilya Plakushchef. Aquel invierno habían decidido arrendar Bruski entre los dos. Y ahora Ognef se había metido por medio. Yegor Stepanovich iba a hablar del asunto con Plakushchef.

En casa de éste, una luz apenas visible vacilaba confusamente.

—Sólo tiene encendida una lamparilla—pensó Yegor Stepanovich—. Es un hombre cuidadoso. No tardará en reunir una fortuna. Seguramente ése no encendería una lámpara de diez velas.

Pasando por junto al pozo del corral, Chuflaf golpeó en la ventana.

—¿A quién busca?—dijeron desde el interior.

—A Ilya.

Abrióse la ventana y apareció la voluminosa e hirsuta cabeza de Plakushchef. Del interior de la casa llegaba el olor de calabazas cocidas.

—Todavía están comiendo calabaza—pensó Yegor Stepanovich.

Arañando el marco de la ventana, preguntó:

—¿Has quitado ya la vidriera de la ventana?

—Sí... Ya estamos en primavera... Pueden romperse los v
ulos y por eso los he quitado.

La respuesta agradó a Yegor Stepanovich. Este decidió en
ar a la mañana siguiente a su hijo Yashka que quitara la vidrie
de invierno y la guardara en el cobertizo.

—¿Por qué no has venido a la reunión?

Pakushichel, tirándose de la espesa barba que quedaba sujet
tras el muro de la ventana y su pecho, gritó a la gente de dentro
a la vez. La vaca estaba a punto de parir y las pieles se e
taban estropeando en el agua: tenía que sacarlas... ¿Ha ocurri
do algo?

"Está dormido—pensó Yegor Stepanovich—. ¿Pieles en
primavera?" Y en voz alta dijo:

—¡Qué gente hay hoy día!... Son como el polvo, van adon
de hoy a viento. Habría que cortarles las manos..., pero nad
se les ocurre y por eso las levantan muy alto... Zajar Katad
ha venido contra nosotros.

Pakushichel se aclaró la voz y murmuró clavando la vis
en la oscuridad:

—¡Qué gentuza!...

—Ya verás—prosiguió Yegor Stepanovich—cómo acaban p
tratar de apoderarse de la isla de la Vaca, y entonces todo nues
trabajo no habrá servido para nada.

—¿Pues cómo?

—¡Cenizas! Stepka ha estado en la ciudad. Ese demonio h
ido a enterarse de las leyes referentes a Brusski. Yo supongo q
también habrá procurado informarse sobre la isla de la Va
Valdría más que te ocuparas un poquito menos de tu vaca si
quieres perder, no sólo Brusski, sino también tu propia pare
Chujliaf se acercó más a la ventana y susurró:

—Dicen..., puede que sólo lo digan a propósito, que en l
han echado abajo el soviet... Se están moviendo, pero nadie sa
dónde.

VI

El rumor cuchicheado por Yegor Stepanovich Chuliaf a la ventana de Plakushchef corrió por todo el pueblo como el viento que precede a una tempestad. Al principio, el pueblo de Shirokaya habló de ello en secreto. Pero por la noche, después de que hubieron atravesado al galope la aldea una veintena de jinetes de la caballería roja, se extendió de puerta en puerta como la pólvora la noticia de que Vasska Karasyuk y su banda habían atravesado el Volga, a pesar del deshielo, y habían atacado el pueblo de Ilim, matando a todos los comunistas.

—Esos son los hombres bajo los que te convenía estar—gritó maliciosamente la viuda Akulina Chesnalkina a su vecina Katya Pyriakina—, ésos son los que a ti te hacen falta.

Katya corrió adentro a dar a Nikolai la noticia referente a Karasyuk. Nikolai se sonrió, abandonó el cepillo, se rascó detrás de la oreja y se sentó en el banco.

—Eso no va con nosotros... A mí me tiene sin cuidado que vengan una docena de Karasyuks.

Desde el día en que le había salvado la vida a Ognief, Nikolai creía en él. Al ir a acostarse la noche de la reunión había dicho a Katya:

—A ese hombre puedes confiarle todo lo que tengas. No estima nada cuando trabaja para los demás, y eso significa que es de fiar.

Nikolai se quedó dormido con este pensamiento y a la mañana siguiente, al volver de una visita a la choza de Ognief, le dijo a Katya que se había puesto por entero en manos de Stepan: "Aquí me tienes, haz conmigo lo que quieras." Y Nikolai dió una palmada a Katya en los flacos hombros como solía hacer antes de que se casaran.

—Ahora marcharemos mejor—dijo—. No gruñas... Y tú te pondrás más gorda: ahora da miedo verte. Se te rellenarán esos huesos, y puede que tengas un chiquillo, ¿eh?

Katya se ruborizó, bajando la cabeza avergonzada.

—Eso no tiene nada que ver con nosotros—repitió Nikolai—.

94

No hagas caso de todos esos chismes... De todas formas, de
algo de comer.

Katya revolvió en el horno con el hurgón. Estaba tan vac
que parecía una enorme boca seca. La mujer vertió un poco d
sopa grisácea en un tazón. Temblábale la barbilla y una nebli
se alzaba delante de sus ojos.

Nikolai creía en la cooperativa y ella también. Ella tendría q
razón, y ya no bajaría la cabeza avergonzada, ni las mujeres
hablarían de ella llamándola estéril.

—Eso no son importará; pero esa vieja bruja ha dicho q
sino con los hombres con los que había que dormir. Se re
ría a sí.

—A esa mujer había que retorcerle el pescuezo para que
chismorrear tanto.

—Claro que sí; pero—

—Bueno, no te ocupes de ella—dijo Nikolai dulcemente hu
donde la cabeza en la sopa gris—. En el pueblo siempre s
está chismorreando y no se puede prestar atención a todo lo q
dice. Esta mañana, el viejo de Hierro (así llamaba Nikolai
Ognief) dejó caer también muchas indirectas, pero yo le h
mandado a paseo.

Según hablaba, Pyrakin sintió que un escalofrío le recorría
espina dorsal.

—¡A-ah!—Nikolai desechó la preocupación—. Acabaré de c
mer y me iré a dormir, y por la mañana iré a ver a Ognef pa
enterarme de esto.

Mientras comía, aumentaron sus escalofríos. Nikolai encar
a su mujer que echara un vistazo alrededor. La brisa suave
agradable de una noche primaveral penetraba por el roto cri
tal de la ventana. Un perro aullaba estridentemente en el h
rranco y sus aullidos se convirtieron luego en un gruñido colér

—A nosotros no pueden tocarnos—murmuró Nikolai clavan
la vista en la oscuridad—. Después de todo, nosotros no so
comunistas. ¿Por qué han de molestarnos?

Nuevamente guardó silencio. Los escalofríos recorrían es
vez con más viveza su espinazo y la inquietud se agitaba pe
damente en su interior.

—¡Uf!

Nikolai escupió, cogió su gorra del clavo y salió corriendo de la choza. En la oscuridad de la calle los ruidos de los campesinos que trabajaban en sus corrales y en sus cobertizos dominaban los sonidos de la primavera. Las verjas chirriaban como al ser abiertas precipitadamente, oíanse portazos y asimismo el frecuente rechinar de los cerrojos. En la negrura del cielo los faroles de los campesinos fulguraban débilmente proyectando sombras gigantescas y vacilantes sobre los tejados de bardas... Los caballos relinchaban y las vacas mugían de miedo. De cuando en cuando, un grito colérico rasgaba el aire como un disparo...

Nikolai corrió a la choza de Stepan Ognef rompiendo el fino hielo a cada paso. Las ventanas de Ognef hallábanse oscuras, pero el reflejo de un farol del corral vecino iluminaba el tejado y la pequeña y ladeada chimenea.

—Seguramente están dormidos—pensó Nikolai llamando a la puerta—. ¡Están pasando grandes cosas y todos se echan a dormir!

—¿Quién es?—preguntó la voz de Ognef desde el interior de la choza.

—Abre la puerta—contestó Nikolai despiezándose casi contra de la choza—. Las bandas de los cosacos están aquí.

—¿Dónde? ¿Qué es lo que dices? ¿Estás bebido o qué? ¿No sabes que la bebida está prohibida en la cooperativa?

Las palabras de Nikolai habían despertado a Steshka. Por un momento el miedo se agitó en su corazón como un pájaro en una jaula. Luego se rehizo y sonrió dulcemente frotándose los ojos.

Ognef, el abuelo Jariton, Gruska—la madre de Steshka—y Nikolai Pyriakin estaban sentados a la mesa.

—Os digo que vienen las bandas—dijo Nikolai agitando un brazo—. Todo el mundo está empaquetando y marchándose.

—¿Sí?—Ognef bostezó—. ¿Quieres que lo creamos?

En aquel bostezo Steshka adivinó inmediatamente el peligro.

—¡O-o-oh!—bostezó nuevamente Ognef—. Si fuéramos a creerlo todo, tendríamos que convertirnos en liebres... Tendríamos que pasarnos la vida corriendo y no nos quedaría tiempo para trabajar.

Precipitadamente Stashka se puso su vestido gris, se ató
cabello y balanceó sus desnudas y musculosas piernas al bo
del caballo.

—¿Qué hacer, Stashenka?—dijo Ognef volviéndose hacia ell
Pero dominando. Por más que..., sí, puede que sea mejor que
hagas... Levántate.

Las palabras de Ognef daban a entender que juzgaba nec
de estar preparados para lo que la noche pudiera traer.

VII

Junto con la noticia de que las bandas habían atravesad
Volga, Yegor Stepanovich recibió un mensaje informándole
que el comerciante Miguenhik de Nikolskoye—aldea situad
unas cuarenta verstas de Shirokoye—había comprado dos barri
de petróleo. Para él esta última noticia era la más importante
todas, y por la mañana envió a Yashka en el caballo pard
hasta de un poco de petróleo. Todo el día estuvo aguardando
regreso de su hijo, maldiciéndose a sí mismo una y otra vez
tanto. Temía que tanto Yashka como el caballo hubieran ca
en poder de las bandas, y durante todo el día estuvo mirando
camino de Nikolskoye desde la pequeña ventana de su gran
como una cabra hambrienta contempla una gavilla de heno
de. A anochecido, cuando el rumor de la proximidad de las ban
se hubo extendido por todo el pueblo, Yegor Stepanovich co
a la cuadra y pasó un buen rato restregando con ceniza el lo
de la yegua parda. El animal se retorcía de dolor y coceaba.
gor Stepanovich regañaba a la yegua, la cual volvía la cabe
miraba lastimosamente el rápido movimiento de las manos y
sombras vacilantes que se proyectaban sobre la húmeda pa
de la cuadra.

Chuliaf siguió frotando hasta hacer brotar la sangre. Lu
cogió un cubo de agua, echó en él un poco de estiércol calien
después de revolver la mezcla la vertió sobre el caballo. Vi
veces repitió esta operación, hasta que al fin retrocedió unos
sos y gesticuló para sí:

—Ya está hecho. Parece un viejo matalón. Cuando vengan les diré: ¿Cómo vais a montar en un bicho tan viejo? Fijaros bien.

Chujlaí descolgó el farol, y después de examinar una vez más el caballo se dispuso a salir de la cuadra murmurando algo entre dientes. En aquel momento el picaporte de la verja sonó varias veces. Yegor Stepanovich se sobresaltó.

—¿Estarán ahí ya?—pensó—. No puede ser tan pronto. ¡No!

El picaporte sonó más apremiante todavía. Oíanse voces en la entrada. Sin recobrar del todo la tranquilidad, Chujlaí se dirigió a la puerta, escuchó un momento, y al fin descorrió el largo cerrojo de hierro. Entonces entró Ilya Piakushchei seguido de Sergei Pchelkin. La luz del farol cayó de lleno sobre el rostro de Piakushchei.

—Bueno—dijo éste con voz aterrada—, creo que viene un montón de ellos.

—Sí—dijo Pchelkin con voz de bajo profundo—. Hace un rato ha venido un mendigo a mi puerta y me lo ha contado todo.

—¡Callarse!—bisbiseó Chujlaí—. No gritéis.

—¡Cómo!—dijo Pchelkin en voz más fuerte todavía—. ¡Deberíamos gritarlo desde los tejados de las casas y son dos que nos callemos! Nuestra salvación se acerca.

Pchelkin se encogió de hombros y entró el último en la casa. Yegor Stepanovich apagó el farol y llamó a Klunya.

—¡Eh, tu! ¿Dónde están las cerillas?

Klunya se puso a buscar las cerillas y siguió buscándolas en la otra habitación. Mientras tanto, Yegor Stepanovich reflexionaba acerca del motivo de la visita de Piakushchei y Pchelkin. Como un pescador tirando de su red media y sopesaba el asunto tratando de descubrir la parte que le incumbía.

—Siempre guardas tú las cerillas.

Yegor Stepanovich se acordó de que las tenía en el bolsillo. Las sacó muy despacito, se subió en un taburete y alargó la mano hacia una pequeña lámpara.

—Aquí están las cerillas—murmuró encendiendo la diminuta lámpara y siguió hablando, aunque continuaba pensando en la otra cuestión—. Las he contado hace poco y ahora faltan cinco.

Las contó esta mañana y había dieciocho, y al mirar a mediodía faltaban ya cinco. ¿Dónde habrán ido a parar?

—¿Pones las cerillas en el inventario?—preguntó Pchelkin en seguida.

—Claro que sí—repuso Yegor Stepanovich bajando del taburete—. Claro que sí. ¿Crees que todo esto—y agitó el brazo en un círculo que parecía abarcar toda la estancia—, crees que todo esto sale del aire? No. ¡Cuánta sangre hay en ello! Sólo de —Chujlaí señaló a la puerta—pueden decir que la riqueza cae del cielo, como si fuera algo tan fácil como coger boñigas de vaca con una pala—, nada más cogerlo con una pala y ya está. No amigos míos. Hay que ahorrar. A veces pienso en cosas bonitas, pero no, no debo hacerlo: tengo que aguantarme. Ahí tenéis, cuando yo estuve en la guerra turca...

—Bueno, tenemos para rato. Ahora va a empezar con su historia—pensó Plakushchef.

—Deberíais haber visto qué clase de hombre era yo.

Pchelkin se echó a reír a carcajadas, pero Plakushchef le miró irritado a Chujlaí y le interrumpió:

—Este asunto no admite espera, Yegor Stepanovich. Ya escucharás tu historia otro día.

—Perfectamente—dijo Yegor Stepanovich encogiéndose de hombros mientras regulaba la luz de la lámpara—. Vamos a hablar del asunto.

Plakushchef sacó una hoja de papel del bolsillo y la extendió encima de la mesa, alisándola con la palma de las manos. Tres cabezas se inclinaron sobre ella: la de Yegor Stepanovich, alargada y estrecha; la de Plakushchef, grande e hirsuta, con finos hilos de plata en las sienes; la de Pchelkin, cubierta de una pelambrera rojiza tan áspera como pelo de caballo.

—Aquí tienes—cuchicheó Plakushchef—, aquí tienes los declarados y los secretos.

Yegor Stepanovich se enderezó, miró la voluminosa cabeza de Plakushchef y volvió a inclinarse sobre la mesa.

—Léelo—susurró cautelosamente.

—Comunistas declarados—empezó Plakushchef—: Stepan Ognef. Era ladrón en 1918, se apoderó de tres mil rublos de Y

gor Chujliaf y robó a otros muchos campesinos. Tiene un hijo en Moscú que también es comunista.

—Tres mil: está bien—confirmó Chujliaf—, y dieciséis rublos más.

Plakushchef le lanzó una mirada y prosiguió:

—Fedunof, presidente del soviet rural, ayuda siempre a los comunistas. Davidka Panof, Nikolai Pyriakin...

—¡Alto!—interrumpió Chujliaf—. ¡Alto ahí! No se puede poner a Nikolai en esa lista. A mi juicio no se le debe poner. ¿Qué clase de comunista es ése? Además, es mi vecino. Debéis tener eso en cuenta.

—Tiene miedo de sus vecinos—pensó Plakushchef.

Éste puso el dedo sobre el nombre de Pyriakin y siguió leyendo:

—Garasska Yakushef es miembro de la cooperativa. Eso significa que está con los comunistas. Mitka Spirin.

—¡No-o-o!—interrumpió Chujliaf nuevamente—. ¡No tapes el nombre de Nikolai! Bórralo, bórralo ahora mismo.

—¿Qué es lo que temes?

Plakushchef sacó una hoja de papel de otro bolsillo y la extendió encima de la mesa.

—Escucha aquí...

Acercó el papel a la luz y se puso a leer las palabras impresas en tipo grueso:

"El Consejo de Tres del Ejército Campesino del Pueblo, al mando de Vassili Karasyuk, declara por la presente que todo el poder le pertenece al pueblo y que el pueblo se gobierna a sí mismo. ¡Abajo los comunistas y los comisarios! ¡Viva la Unión de Campesinos!... Dispongo de un ejército de cuarenta mil hombres... En Moscú..."

Plakushchef no pudo leer lo que seguía y se volvió hacia Chujliaf.

—¿Ves? Ahí es donde está el poder. Los sovietistas quedan aplastados en todas partes.

Toda la cara de Yegor Stepanovich se contrajo.

—No-o, no estoy de acuerdo..., no estoy de acuerdo con eso...

No quiero que el nombre de Nikolai figure entre los declarados
¡Ni media hostia!... no creáis que podéis obligarme...
Dejando algo para estudiarlos discutiendo, y sus irritados gritos
podían oírse hasta la estancia. Discutían acerca de si Nikolai
debía ser incluido entre los comunistas declarados o no.
—¿El que no quiere trabajar con nosotros?—gruñó Pchelkin
en la puerta.
—¿Él que no quiere trabajar con nosotros?
Yegor Stepanovich se aferró a su único argumento:
—Puede que haya el nombre de Nikolai.
Ilya Maximovich subió por irritarse también y expuso a
pocos pelos.
—Aquí nada, hay que repartir el grano del granero del
así. Esto hará que todos los campesinos pobres se pongan
nuestra parte.
Al oír esto, Yegor Stepanovich se alejó unos pasos de los otros
dos y gritó la cabeza.
—No—dijo—. Puede que yo no sepa nada. No soy un anciano
si he sido mucho instruido, así que seré un ignorante; pero nunca
he tenido nada que no me perteneciera. No. Yo me lavo las
manos. No—repitió alzando la voz—. Yo no me meto en esto
asunto... No quiero intervenir para nada.
Se calló, y con gran sorpresa de los otros, agregó:
—No contéis conmigo. Eso es todo. No, no. No trataréis de con-
vencerme, no me hablaréis de eso. Ilya Maximovich, no quiero ver
me metido en ese jaleo.
—¡Demonio!—exclamó Pishushchef cogiéndole por el bra-
zo—. Espera. Vamos a hablar. Vamos a hablar los tres.
Un golpe que sonó precipitadamente en la puerta interrum-
pió a Pishushchef. Este deslizó la lista y la proclama debajo de
manual. Yegor Stepanovich las sacó y se las tendió en silencio a
Pchelkin. Luego corrió a abrir la puerta. Yashka, agotado y ca-
liente de barro, entró sin poderse tener en la casa. Miraude a
Pishushchef y a Pchelkin dijo:
—¿Una reunión?
Luego, en voz más fuerte agregó:
—Las bandas están en Nikolskoye. Me las he arreglado por

comprar. Cuide del caballo, padre. El carro he tenido que dejarlo en Nikolskoye. Quisiera comer algo.

Yashka se dirigió a la despensa, cogió un trozo de carne y salió corriendo a la calle.

—¿Adónde vas?—gritó Yegor Stepanovich tras él.

—Adonde debo ir—contestó Yashka desapareciendo en la oscuridad.

VIII

Cuando a eso de las diez de la noche Fedunof vió el incesante ir y venir de faroles en la calle, comprendió que Karayuk debía hallarse en las cercanías y podía contarse con que llegaría a Shirokoye aquella misma noche o por la mañana temprano. Por la tarde había sabido también que Pchelkin había estado discutiendo sobre el reparto del grano con varias personas del pueblo. Todo esto quitábale a Fedunof el descanso. Sentado junto a la ventana clavaba la vista en la negrura de la noche. El abuelo Maxim yacía en el camastro agitándose con desasosiego y gruñendo. Bien avanzada la noche, empezó a hablar.

—Déjalo, hijo mío. Esto no es cosa nuestra... Si quieres vivir con la gente debes hacer lo que hagan los demás... Ahí tienes, te has quedado completamente solo en el pueblo. Debes ir a ellos y decirles: Dejo mi puesto. Aquí están las llaves de lo que os pertenece. Haced lo que queráis. Yo no pienso impedíroslo.

Fedunof guardaba silencio. Por un momento pensó en ir a Pchelkin a darle la llave del granero y decirle: Dímelo. Hasta él—decíase Fedunof pensando en Pchelkin—, hasta él estaba en favor del poder de los soviets. Les había ayudado a deshacer las propiedades de los nobles y todo lo que se le parecía... Pero ahora... Ahora era todo lo contrario.

Fedunof recordó que quince días antes, cuando estaba haciendo una lista del ganado de los campesinos, Pchelkin había declarado que sólo poseía cuatro ovejas. Pero al ser contados los animales se descubrió que Pchelkin tenía cinco. Por lo tanto, Fedunof había anotado cinco. También recordó que Pchelkin le había amenazado con que se las pagaría algún día.

—¡Qué ser más asqueroso es el hombre!—murmuró Fedunof...

¡Qué cerdo!...

—Todos son lo mismo—dijo el abuelo Maxim adivinando lo que hablaba su hijo—. Todos quieren quedarse con lo mejor. Y en balde se dice que el hombre es un loco. Sí, es un loco.

Ambos permanecieron silenciosos. Las cucarachas rozaban las paredes, y en la oscuridad el ruido que producían sonaba como una lluvia menuda. Dasha, la mujer de Fedunof, dormía detrás del tabique y murmuraba algo incomprensible entre sueños. Dentro de unos días iba a dar a luz su primer niño, y esto era lo que más preocupaba a Fedunof. El abuelo Maxim rompió el silencio:

—Te van a ahorcar por nada. Haz caso de lo que te digo. No has dejado tu puesto en el momento oportuno. La gente es muy mala... Son capaces de ahorcarte por medio céntimo...

—Cállese, papá... No ponga peor las cosas. Estése ahí y cállese.

—¡Ah, estos mamelucos! No quieren hacernos caso, no hacen caso ni de sus mismas mujeres... ¿A quién hacéis caso? ¿A los forasteros?

Deslizándose por el borde de la calle, alguien, apenas visible, se acercaba a la choza. Conteniendo la respiración, Fedunof arrimó la cara al frío cristal y miró... El hombre se detuvo, como si buscara algo con los pies. Luego, después de saltar un charco cuidadosamente, la figura pareció confundirse con la valla, y se deslizó hacia adelante.

Sin moverse de la ventana, Fedunof sacó un hacha de debajo del banco, la empuñó con firmeza y murmuró:

—Mire, padre. Es ese loco de Serka... Mire.

El abuelo saltó del camastro, se puso su raída chaqueta de badana y corrió al corral... Fedunof levantó el hacha y la descargó contra la pared de madera. El hombre se hallaba ya en la puerta. Algo pareció arañar las toscas tablas. El hombre se movió, miró por la primera ventana y luego se deslizó con la agilidad de un gato hacia la ventana en que se hallaba Fedunof.

—En cuanto se acerque le daré en la cabeza con todas mis

fuerzas a través del cristal, y todo habrá terminado—pensó Fedunof.

Levantó el hacha. En la oscuridad de fuera, el hombre vió el destello, dió un salto de costado y echó a correr sin pensar adónde iba hacia el otro lado de la calle. Fedunof le perdió de vista. De repente, un grito terrible rasgó la noche. Luego la silenciosa negrura volvió a llenar la ventana.

IX

Pchelkin recobró el conocimiento al amanecer. Estaba tendido en un charco junto al corral de Chujlinf, con la cabeza apoyada en el banco de madera que era utilizado para reparar los trineos. Tenía la cabeza dolorida y llena de zumbidos, como si hubiera bebido demasiado. Apoyando las manos en el barro, se puso de rodillas, y luego se levantó. Limpióse las manos en un trozo limpio de la chaqueta y se encaminó pesadamente a través de un callejón que corría a espaldas de las chozas. Por el camino recordó los acontecimientos de la noche precedente. Después de dejar a Chujlinf y de despedirse de Plakushchef había atravesado el puente metiéndose por la calle de Burdinskia. Todo dormía allí. Sólo una luz brillaba en la choza de Vassili Shlenka, próxima al frondoso sauce. Pchelkin se deslizó hasta la ventana y miró dentro. La hirsuta cabeza de Shlenka se bamboleaba en el camastro. En la mesa se hallaba sentada Lukeria revolviendo algo en un plato de barro. Enfrente estaba Manafa, secretario del soviet rural.

Pchelkin se acercó más a la ventana.

Shlenka volvió la cabeza, miró hoscamente a Manafa y dijo:

—¿Qué? ¿Tenemos jaleo otra vez?

—Sí; tenemos jaleo—contestó Manafa con voz fina.

—Os está bien empleado.

—¿Qué adelantas tú con eso? ¿Sales ganando algo?—dijo Manafa sonriéndose y volviéndose hacia Lukeria—. Puede que sí, ¿verdad?

Lukeria se limitó a inclinarse más sobre el plato.

—Nos están matando a preocupaciones—murmuró Shuk
Quiere convertir el pueblo en una fábrica... Quieren que
para todo el mundo. Le prometen a uno un paraíso futuro
¡Ah! ¡Ya podéis esperar!
Se volvió del otro lado y agregó:
—¡Oh, cómo me duelen los costados!
—¿Qué es lo que esperas ahí, haragán?—exclamó Lutch
Te pasas los días nublado como un cerdo. El caballo está hundi
en la basura hasta la tripa.
—¡Bah! No te ocupes del caballo. No le enterrará la basura
Y tú, Manuila, ¿qué sueldo ganas?
—Doce rublos.
—¡Oh! Yo sólo gastaría más en beber. ¿Y te pasas todo
mucho día emborrachado por doce rublos?
Pchelkin se retiró de la ventana, se dirigió a la puerta de
cera y miró al corral. Algoien parecía que trataba de arran
las estacas de la valla.
—¿Quién podrá ser?—pensó.
Sorpresivamente llamó:
—¡Lushka!
No obtuvo respuesta. Pchelkin miró atentamente en la os
ridad.
—¿Será un hombre? Parece demasiado grande. ¿Qué p
dría ser?
Contra el fondo gris del cielo distinguió al fin la cabeza de
caballo. El animal tiraba de las finas cuerdas de la valla y
mordisqueaba con los dientes.
—¡A-ah!—murmuró Pchelkin.
No pudiendo encontrar el cerrojo, saltó por encima de
puerta de la valla y se acercó al caballo.
—¡Cielo santo, está sentado! ¡Qué milagro!
Pchelkin se agachó. El caballo estaba efectivamente sen
arrastrando las patas traseras como si se le hubieran roto. Pch
kin corrió presurosamente hacia la choza. La puerta se abrió c
un chirrido, y penetró en el interior.
—Vassili, ha ocurrido un accidente.

—¿Qué dices?—exclamó Shlenka dispuesto a saltar del camastro—. ¿Qué ocurre?

—Tu caballo tiene las patas paralizadas.

—¡Cómo!

—Sí... Las patas traseras. Le he visto que estaba sentado, sentado en el suelo.

—¡Oh!—dijo Shlenka completamente tranquilo ya—. No es la primera vez... Le pasa todas las primaveras. Dicen que le debía dar unos polvos; pero no he tenido tiempo de ir a Alai por ellos. Siéntate. Precisamente estábamos discutiendo aquí con Manafa.

—Bueno. Pasaba por ahí y he visto al caballo. Entonces se me ocurrió entrar a decírtelo... Y, además, ha venido un papel de la ciudad en el que se dice que el grano del granero debe ser repartido. Creo que lo van a hacer por la mañana.

Durante algún tiempo estuvieron hablando del grano y de Karasyuk. Luego Pebelkin dejó la choza de Shlenka, habló a otro campesino, con el que se encontró y que se mostró grandemente preocupado con sus noticias, y dirigióse a casa de Pinkudchef. De pronto dió media vuelta y siguió por la calle en que estaba la choza de Fedunof. En la puerta de ésta garrapateó algo con yeso. Luego... recordó el destello del hacha detrás de la ventana de la choza, recordó que había echado a correr a través de la calle y que dos manos vigorosas le habían cogido cuando llegaba a la esquina de la casa de Chujlinf. Los brazos le levantaron en el aire y le arrojaron en un charco, cayendo en cabeza contra la valla...

Ahora, a la fría luz gris del amanecer, mientras se encaminaba a lo largo del barranco, trató de recordar todos los detalles... Cuando se abría camino a través de la densa muralla de los espinosos cerezos silvestres, cerró los ojos e instantáneamente flotó ante ellos el semblante, risueño primero y enfurecido luego, de Yashka Chujliaf.

SEGUNDO ESLABÓN

I

Fue la noche, a través del estruendo producido por el hielo a
quebrarse, la campana de la iglesia tocó a rebato sobre la impe-
netrable negrura de las estepas. De la lejanía llegó la amorti-
guada explosión de granadas, y sobre el pueblo de Nikolskoye,
a larga, entrecortada, las fuligenas quejadas de un monstruo te-
rrible, rugió la oscuridad del cielo.

De casa en casa, de puerta en puerta de Shirokoye, con
mando que se amortiguaba por el lodo, corrían los rumores de la
batalla, de Kursyuk, de destacamentos de la Cheka, del re-
parto del grano...

Aquella noche no se descansaba en Shirokoye.

Y por la mañana temprano, casi antes de que las mujeres tu-
vieran tiempo de ir por agua a la fuente, cuando el sol, con
una calabaza rojiza y aplastada, acababa de surgir sobre el pra-
llegaron a Shirokoye tres jinetes procedentes de Nikolskoye. Se
anchos sombreros aparecían adornados con cintas rojas y a
espalda, junto al fusil, colgaban repletas mochilas. Enelko Ivu
durchuk cabalgaba al frente de sus dos compañeros. Su ca-
caballo relucía de sudor. Cuando llegaron a la calle de Kres-
despertaron a todo el pueblo de su inquieto sopor con sus ex-
ciones ukranianas. Al parecer, conocían muy bien el pueblo, pue-

tuvieron por la callejuela que conducía a la choza de Thekla, el cual destilaba aguardiente.

Los cancioneros sacaron a Pchelkin de su choza. Al pronto, cuando divisó las cintas rojas, pensó en esconderse en su cobertizo. Pero al oír la letra de la canción se echó a reír y exclamó apretándose el cinturón:

—¡Oh, qué caballos más hermosos! ¡Vaya unos tipos! Dunya, me voy al soviet.

—¡Anda, vete!—repuso enfurecida Dunya—. Puede que te quedes sin cabeza.

—¡Oh, no! No te preocupes. Ahora tenemos refuerzos. Espera sólo un poco—repuso Pchelkin con una sonrisa, echando a andar hacia la choza de Thekla.

Cuando llevaba un rato caminando sintió que le invadía una sensación de alborozo y se acordó de sus botas de piel de ternera, nuevas y relucientes. Habíalas llevado a su choza sólo unos días antes de casa del zapatero, y sobre una estera extendida en el suelo había andado largo rato arriba y abajo escuchando con satisfacción el crujido del cuero nuevo.

—Son un primor—pensó—. Nunca he tenido nada semejante.

De pronto sintióse invadido por un temor.

—Me las van a quitar, los blancos o los rojos. Eso ocurre muchas veces. El año pasado le quitaron una chaqueta de piel a Mikitka Pestriak y un par de botas a Yegor Zdobny... Tendré que esconderlas.

Pchelkin volvió sobre sus pasos y desde la puerta le gritó a Dunya:

—¿Dónde están mis botas?

—¿Para qué las quieres?

—Dámelas. Dámelas ahora mismo. ¿Por qué pones esos ojos? ¿No sabes quién está en el pueblo?

Pchelkin sacó las botas del cajón y miró a Dunya con ojos rojizos.

—¿Dónde las pondré? ¿Dónde podría esconderlas?

Pchelkin y Dunya escudriñaron todos los rincones sucios y oscuros de la choza.

—Lo mejor sería que te las pusieras, hijo—aconsejó el abuelo Pajom desde la cocina.

—En verdad. No van a quitármelas de los pies.

Rápidamente se quitó las botas que llevaba puestas, introdujo los pies en las narices y alargó un pie y luego el otro para sala... todos mayor, murmurando:

—¡Qué envidia les va a dar a todos!

Cogió un puñado de ballín del fogón, lo humedeció con un poco de agua y restregó las botas con la mezcla para que no pare... dieran totalmente nuevas. Después corrió a la calle.

Los tres jinetes retornaban a lo largo de la callejuela. Iban medio borrachos, con las mochilas vacías, y sus canciones eran... saludo más alegres.

—¡Hi-i-i! ¡Ho-o-o!—gritaba Emelka espoleando su caballo.

Los jinetes atravesaron el puente. Sus caballos corrían juntos por entre las dos acequias, rozándose con los sudorosos costados. Después galoparon hasta el extremo de la calle del pueblo.

En aquel momento Ivanil salió del pinar. Los caballos se apartaron asustados, hundiendo las patas en el blando lodo. Luego volvieron a la calle y echaron a correr alocadamente en la dirección por donde habían venido.

Nuevos disparos salieron de la arboleda. Dos de los jinetes que en ese momento cruzaban el puente de retirada se estremecieron y se desplomaron en la silla con el rostro contra las crines soltando las riendas. El tercero, pegándose al cuello de su caballo, pasó como un rayo por delante de Pchelkin.

Enarbolando sus espadas brotaron del bosque siete jinetes en persecución del fugitivo. Luego desaparecieron también más allá de la aldea... Al cabo de un rato los habitantes de Shirokoye vieron regresar a los siete jinetes. Iban acaudillados por Stepan Ogurtsov. Se dirigieron a través del bosque, reaparecieron a lo lejos, tornaron hacia una colina y luego se dispersaron cabalgando sin orden hasta que sólo pudo vérseles como puntos grises en la lejanía.

II

La banda de Karasyuk, después de haber asqueado la ciudad de Ilim y perseguida de cerca por la infantería roja, habíase refugiado en un apartado valle llamado la Gruta del Oso, a unas cuarenta verstas de la ciudad.

Por la mañana temprano, cuando todo el mundo dormía aún, Karasyuk hallábase sentado en su tienda, que había sido instalada entre tres pinos. Estaba muy bien afeitado y tostado por el sol y una arruga profunda surcaba su frente según miraba a lo lejos.

El tártaro Akhmetka penetró en la tienda, se sentó a los pies de Karasyuk y, echando la cabeza hacia atrás, se puso a entonar una lúgubre y quejumbrosa canción tártara. Akhmetka hablaba en su canción de su lejana aldea en las estepas, de las dos jóvenes esposas que había dejado abandonadas, de los calientes y sabrosos manjares que solía comer y de la libertad e infinitud de las estepas allende el Volga.

Karasyuk se estremeció al oír los sonidos ululantes que lanzaba Akhmetka, dirigió una mirada a la garganta vibrante e hinchada y gritó:

—¡Cállate, Akhmetka!

Akhmetka alzó la vista para mirarle con sus ojos estrechos y oblicuos.

—Yo cantar, amo. El alma de Akhmetka canta. ¡Oh, oh, oh!...

—Está bien, ya he oído bastante a tu alma—le interrumpió Karasyuk saliendo de la tienda.

El humo de las hogueras del campamento elevábase perezosamente en el aire entre las tiendas e improvisadas chozas que cubrían las vertientes del valle. El humo serpeaba y se enredaba en las gruesas ramas de los pinos. En el fondo del valle, junto a los carros de provisiones, hallábanse ensillados los caballos. Una urraca se había posado en la rama de un álamo y chillaba de modo estridente. Luego voló a uno de los carros y se puso a picotear un pedazo de carne.

Karasyuk caminó por la vertiente arriba. Varias veces re-

Aspiró profundamente el aire matinal, perfumado por los pinos; se d
cerró un instante e contemplar la pálida humareda de los hogar
nos. Y por último se sentó en el húmedo tronco de un árbol caíd
La podrida madera crujió bajo su peso. Cerca de él un pájar
empezaron bullicioso pasado en un abedul golpeando una ram
en su pico. De cuando en cuando cambiaba de posición, l
cortaban aquella entonces un instante para comenzar de nuev
Este era el único sonido fuerte que se elevaba sobre el murmull
del viento. Todo lo demás susurraba quedamente como si tem
se percibe la calma del amanecer, y todos los suaves murmull
se fundían en un rumor apenas perceptible.

Karasyuk escudaba atentamente. Al menor sonido dirig
volvía la cabeza, tratando de adivinar lo que podría ser, de dón
de procedía el murmullo o el débil grito. El susurro general fu
cubriendo de punto a cada momento que pasaba. Aquí y allá l
ramas silbaban débilmente en sus movimientos y el viento esp
cercía la cresta de los pinos con un tenue murmullo, como el d
agua al batir una costa distante.

Poco a poco, estos sonidos absorbieron a Karasyuk, meciéndo
suavemente con su ritmo. Con el rostro hundido en las manos
Karasyuk perdió toda conciencia de lo que le rodeaba. Se puso
divagar. La venturosa placidez de la mañana invadió todo s
ser. Largo rato permaneció sentado balanceándose suavemente d
un lado a otro. De pronto, percibió un sonido que parecía prod
cido por alguien que trepara precipitadamente por una escale
de muchos peldaños. Karasyuk se estremeció y alzó la cabeza.

Un erizo salió al claro de detrás de un pino que había a s
derecha. Se introdujo entre las secas agujas de los pinos, m
en derredor con sus ojillos de ratón y se quedó inmóvil. Los o
llos relucían de miedo y las púas de su cuerpo se erizaron. Dura
te unos momentos, los dos se estuvieron mirando. Fríos temblor
recorrieron la columna vertebral de Karasyuk. Luego, el eri
encogió su pequeño y grisáceo hocico, describió un reducido círcu
en el calvero y se encaminó resueltamente hacia el pino caído

—Puede que me haya sentado encima de su casa—pen
Karasyuk con una sonrisa, pero sin moverse de su sitio.

El pequeño erizo se acercó a él, golpeó con el hocico la

puesta de la bota de Karasyuk e inmediatamente se hizo una pequeña y espinosa bola.

—¡Hola, hermanito!—dijo Karasyuk.

Este continuó sentado largo rato en el árbol, golpeando al animal con una rama verde, y a su mente acudieron reminiscencias del pasado. Parecían surgir de una distancia enorme y eran tan incomprensibles para Karasyuk como el murmullo del bosque o como este pequeño pero espinoso erizo... A decir verdad, hasta cierto punto comprendía al erizo... Por un momento se vió a sí mismo personificado en él por su salvaje aislamiento, y esta idea hizo que golpeara al animal con más fuerza, casi enfurecido. Luego la rama verde se desprendió de su mano y sus verdes hojas protegieron al erizo de los rayos del sol matinal...

Ante los ojos de Karasyuk surgió distintamente la escena de la batalla de Uralsk. En aquel entonces él era comunista, acaudillaba un pequeño destacamento de guerrilleros que le habían seguido desde Gurief abriéndose camino por las arenosas estepas y a través de innumerables encuentros sangrientos. Con su destacamento había atacado frecuentemente a los ejércitos blancos, volando por las estepas como un caballo desenfrenado... Pero después, cuando llegó la orden de la capital de disolver las guerrillas y organizar un ejército regular, Karasyuk fué invitado a ponerse con sus hombres a la disposición de Grigorief, antiguo coronel del ejército zarista. Karasyuk se puso furioso.

—Esto es una traición—dijo.

En realidad, no recordaba haber dicho estas palabras. Esta idea no se le ocurrió hasta más tarde. En aquel entonces no había hecho más que echar a correr como un loco, y en unión de Emelka Bondarchuk había reunido a toda prisa un nuevo destacamento y había atacado la ciudad de Ersh, en la estepa, arrasándola y organizando un Consejo de Tres formado por él, Emelka y el tártaro Akhmetka.

Acaso hubiera hecho bien y acaso... Karasyuk no lo sabía. Procuraba reprimir todos sus pensamientos sobre este particular como un carpintero obstruye los agujeros de su madera.

Pronto corrieron por las estepas rumores del "redentor" Karasyuk. De las aldeas y las ciudades pequeñas acudieron a él

numerosos representantes. El destacamento aumentó de tama
Los campesinos le seguían con la cruz y con pan.

Eso ocurrió la primera vez que entró en una aldea. Cuand
por segunda vez los campesinos supieron que se acercaba, sus
ría del pueblo sus caballos y su ganado y encerraron a las muje
res jóvenes y a los muchachos. Si volvía por tercera vez, los ahu
ntaban a los hombres de Karasyuk y les trataban como
mente, arrojándolos a los ríos y a las albercas o dejándoles
cución en los montes... El destacamento de Karasyuk se dispo
al. Había logrado reunir tres mil hombres y a los cinco mes
ello quedaban mil quinientos. Por último, ante sus mismos ojos
los habitantes del pueblo de Jvorostianka le despojaron de s
bagaje formado por víveres y municiones.

Este fue el principio...

La misma noche, Karasyuk atacó la aldea, dió muerte a todos
que cayó en sus manos y a la luz de la hoguera que lo ilu
a caballo a Jvorostianka, se alejó a galope por las estep
para repetir la misma historia en otro sitio. Después, con su de
tacamento de mil espadas, Karasyuk atravesó el Volga, ocup
la ciudad de Ilim y se retiró a la Gruta del Oso...

La noche de la retirada de Ilim había perdido a gran par
de su destacamento y comprendía que habiéndose quedado sól
con un puñado de hombres podía ser acorralado en esta repti
montañas del Volga y exterminado para siempre. Karasyu
sabía muy bien esto, pero otro pensamiento llenaba su e
píritu y no le dejaba en paz: a toda costa, solo o con los mej
res de sus hombres, tenía que llegar a Tambovia, en donde ha
tonof llevaba a cabo sus operaciones desde hacía muchos año
Con este objeto había enviado aquella mañana a Enelka Bo
darchuk a reconocer el distrito de Alai en dirección a Tambovia.

Cautelosamente, el erizo se desenrolló, miró en torno s
bajo las hojas de la rama y echó a correr por la vertiente abaj
El ruido sacó a Karasyuk de sus divagaciones. Estremecido
miró hacia el fondo del valle por entre los esbeltos troncos d
los pinos.

Un jinete brotó a través de los árboles, con la montura
bierta de sudor, y galopó por el valle gritando con voz estridente

grosski

—¡Eh! ¡Hermanos! ¡Esos cerdos!... ¡Los comunistas de Shirokoye han matado a Emelka y a Sebastián!

El grito del jinete sacudió la somnolencia del valle. Calmucos, ucranianos, rusos, ukranianos de largos bigotes salieron de las tiendas y de las chozas. El valle resonó con sus gritos, con el entrépito del hierro y los relinchos de los caballos.

La noticia incitó a Karasyuk a una acción violenta. Sentíase poseído de una furia salvaje. A través de los apretados dientes prodigaba maldiciones terribles contra Shirokoye. Montando en su hermoso caballo pardo, sacó la espada y gritó:

—¡Seguidme!... ¡Adelante! ¡El pueblo es vuestro!...

Espoleando su caballo, Karasyuk se lanzó hacia Shirokoye. Un momento después todo el destacamento salía del valle en seguimiento de su jefe.

III

El sol empujaba a los arroyos los fragmentos de nieve de las acequias. Los arroyos se hinchaban, lavando las raíces de los sauces y de los cerezos silvestres, y se precipitaban ruidosamente en el Volga arrastrando consigo pesados terrones de roja arcilla...
El Volga rugía con el quebrarse del hielo.

Los campesinos de la calle de Burdiaska se congregaban en la choza de Shlenka como ante una mesa bien servida. El primero en llegar fué el zapatero Petka Kudeyarof. Gritando con voz estridente, señaló a la choza de Davidka Panof:

—¡Davidka! ¡Que salga Davidka! Se ha vuelto contra el pueblo... Si no quiere salir le tiraremos al Alai...

Mitka Spirin llamó coléricamente a la ventana de la choza de Panof.

—¡Sal, si no quieres que te saquen a rastra!—exclamó.

—No quiero salir—contestó Davidka desde el interior de la choza—. Dícelo. ¿No los estás viendo? Se han cansado de llevar una vida tranquila y por eso empiezan con estas pendencias. ¿Creía que el Gobierno es tan tonto como vosotros? Pues yo

no lo creo. ¿Y cómo es que tú, que formas parte de la comp
ratura, has perdido también la cabeza?
Mitka se alejó corriendo de la ventana hacia la colina de
había detrás de la choza y gritó al pueblo:
—Dice que no quiere salir. Dice que todos vosotros estáis
contra el Gobierno y que estáis todos trastornados. ¿Se ha vis
nunca nada semejante?
—¡Que se vaya al diablo!—contestó Pchelkin—. Podemos
arreglamos muy bien solos.
De pronto, Plakushchef apareció como por casualidad por
detrás de la colina. Al aproximarse a los campesinos se quitó l
gorra e hizo una pequeña reverencia.
—¿De qué estáis tratando? ¿De vigilar el Alai?
—No, Ilya Maximovich... Ya ves..., el grano..., vamos a re
partirlo...
—¿Qué grano?
—El del granero.
—¿No lo han sacado todavía?
—No—gritó Petka Kudeyarof—. No han tenido tiempo.
—Oiga, escuche—dijo Shlenka acercándose a Plakushchef—
Usted es el más viejo del pueblo. Usted conoce todas las leyes
y las leyes del soviet... ¿Qué debemos hacer?
Plakushchef restregó con el pie las hojas secas...
—Bueno, ¿qué queréis que os diga? El pueblo es el que g
bierna...—empezó.
Todos guardaban silencio, mirando fijamente a Plakushch
Este tenía la vista clavada en la puntera de su bota. De pron
alzó la cabeza. La brisa primaveral acarició su larga y suave ba
ba, que parecía la cola de un gato persa, y sopló por enci
de su hombro.
—... Y por lo tanto el pueblo tiene el poder y el pueblo pue
hacer lo que quiera... El pueblo. Eso es lo que yo pienso...
arreglo a las leyes de los Soviets...
—Tiene razón—agregó Shlenka—. Lo que el pueblo q
eso debe ser... ¿Por qué, si no, ha derramado su sangre?
—Seguro.
—Es verdad.

—Después de todo, es nuestro grano.

—Esperad un minuto, esperad un minuto—clamó la voz de Kukuyarof dominando los gritos de los demás—. Esto significa que toda la grey..., el jefe..., debe seguir al jefe. En una palabra—agregó rasgando el aire con el brazo izquierdo—, debemos ir todos y llevar a Davidka con nosotros.

Arrastrando en medio de ellos a Davidka Panof los campesinos atravesaron el puente y se dirigieron hacia la choza de Fedunof...

Al pasar por delante de su propia choza, Plakushchef se escurrió de la muchedumbre como se escurre un pez de entre débiles manos, y procurando no ser visto se metió en su corral. A la puerta de la choza encontró a su hija Zinka, a la que tiró cariñosamente de la oreja como si fuera una potrilla. Después entró en la choza y se sentó en el banco mirando por la ventana.

—Bueno, ya está empezado—pensó acercándose más a la ventana de modo que su barba tocaba el marco—. Y también allí pasa algo—agregó en voz alta observando que los campesinos corrían de choza en choza en la vertiente opuesta al valle de Krapivny. ¿Qué pasará?—agregó limpiando el cristal, que había sido empañado por su aliento—. ¿Qué podrá ser?

Escurriéndose y tropezando por la embarrada vereda, Zajar Kataef corría hacia la calle de Krivaya.

—¡Ah, el podenco!—le gritó Ilya Maximovich a través de la ventana—. Otra vez a meterse por medio.

Plakushchef se levantó del banco y se puso la gorra precipitadamente. Luego se la quitó y volvió a sentarse junto a la ventana.

—¿Saldré a pelearme con él? Podría hacerlo; pero ¿qué ocurriría después?—pensó, y continuó en el mismo sitio.

IV

Precipitadamente, Fedunof enjaezaba su caballo mientras el abuelo Maxim corría al granero en busca de paja. En cuanto Ogael y sus seis compañeros se habían ido a Alai, Fedunof había

decidido enviar allí a Dasha y al abuelo para que se quedasen con una tía.

El clamor de los campesinos hizo salir a Fedunof del cobertizo. Corrió al interior de la choza y miró por la ventana. Vió que los campesinos de la calle de Krivaya se unían al primer grupo y que todos juntos se movían luego como un ancho torrente en dirección de su casa.

—No, no le he de ceder ante esta gente—dijo corriendo hacia la puerta—. No me cogerán.

—¡Mira!—gritó Dasha incorporándose ligeramente en el suelo y volviendo a desplomarse en seguida por la pesadez de su cuerpo en aquellos días, que eran los últimos de su embarazo.

¡Mira!

Fedunof titubeó. Dasha se aferró a él con todas sus fuerzas.

—Dámelo, dámelo. Dales la llave. El grano no es tuyo.

—Déjame, déjame, te digo...

—No quiero que tu muerte pese sobre mi cabeza. De todas formas, la van a coger. No puedes esconderte.

El abuelo Maxim volvió corriendo del granero. Desde la puerta le gritó a Fedunof y vino hacia él con las manos extendidas.

—¡Márchate, hijo mío, márchate! La barca está entre las matas. Escóndete en los cañaverales.

Los alaridos de la muchedumbre se oían ya muy cerca.

—¡Vamos a colgarle del árbol! ¡Vamos a colgarle del final del valle!

—¡Anda, valiente, sal aquí! ¡Sal a echarnos un discurso!

—¡Déjame!... ¡Ah!—dijo Fedunof apartando a Dasha.

La mujer tropezó con la cabeza en la esquina del fogón y se hundió calladamente. Dasha quedó tendida del lado derecho, luego se volvió lenta y pesadamente de espaldas y con gran esfuerzo consiguió apoyarse en los pies... Los ojos de Fedunof repararon en lo abultado de su vientre y bajo su fino vestido algo vivo pareció agitarse y moverse.

El semblante de Fedunof tomó un tinte azulado.

—¡Dasha... ¡Dashenka!...

Dasha abrió los ojos. Eran cálidos y tiernos y aparecían humedecidos por las lágrimas.

—Voy a levantarme en seguida, Mitya... En seguida me levanto...

—¡Ah-ah! ¡Vamos adentro!

El cristal de la ventana cayó hecho pedazos en la habitación y uno de los trozos se clavó en la pared como un cuchillo.

—¡Márchate, corre!—dijo el abuelo Maxim empujando a Fedunof y llevándose consigo a Dasha protegiéndole el vientre con su propio cuerpo.

Los campesinos invadieron el corral, semejantes a gavillas de maíz ennegrecidas por la lluvia. Al aparecer Fedunof cesó el ruido y la muchedumbre retrocedió ligeramente. Fedunof sintióse oprimido por una carga terrible. Sus ojos recorrieron vivamente el océano de caras y se posaron en la de Davidka Panof.

—También él está aquí, aunque se había unido a la cooperativa...

Este pensamiento fué seguido inmediatamente por otro.

—Esto quiere decir que he debido abandonarlo todo hace mucho tiempo... No vale la pena de tratar de luchar contra esta basura...

Involuntariamente se metió la mano en el bolsillo y palpó la enorme llave del granero. Le dió la vuelta en la mano y este movimiento abultó su bolsillo. Ello bastó para que la muchedumbre recibiera de su momentánea vacilación.

—¡Ah! ¿Conque vas a tirar?—exclamó Pchelkin—. ¡Vamos por él!

Pchelkin fué el primero en precipitarse contra la cerca de zarzas. Bajo las rudas manos de la muchedumbre la cerca cayó hecha pedazos en unos momentos como si fuera de fino encaje. Sólo quedaron en pie las estacas de roble.

—¡Ciudadanos! ¡Camaradas! ¡Hermanos!—gritó Fedunof—¡Hermanos, hermanos!...

La primera estaca pasó silbando por encima de su cabeza, y atravesando el tabique del corredor, cayó estrepitosamente entre unos cubos de hierro en la habitación contigua... Al segundo golpe, Fedunof sintió que le estallaba el pecho. Se tambaleó un momento, esforzándose por no desplomarse a los pies de los campesinos, y luego se acurrucó junto a la puerta. Apoyando la mano

derecha en el suelo del corredor, sintió que, independientemente de su voluntad, algo blando y viscoso como una rana brotaba de su garganta. Sus labios se abrieron y un coágulo de sangre salió de su boca. Luego siguieron más ranas a la primera, hasta con más de prisa. Fedunof trató de levantarse, pero algo estalló encima de su cabeza... Sus ojos se cerraron, y Fedunof cayó hundiose en un pozo profundo y tenebroso... Un ancho torso sin sobre él y dos brazos velludos se extendieron...

—¿Qué estáis haciendo? ¿Qué estáis haciendo, hijos de perra —creó Zajar Katsef subiendo a todo correr la gradería—. ¿Es un perro o un ser humano, eh?

—Ha sido Pebelkin el loco. Todo es culpa suya—gritó Yashka Chajlaf precipitándose en el corral—. Yo le he visto ayer.

La muchedumbre se quedó silenciosa. Sólo Davidka Pu gritó desde detrás del granero:

—Deberían bajarle los calzones y darle una tanda de pa al granja.

Pebelkin empuñó la estaca que sostenía Petka Kudeyarof, l hizo girar sobre su cabeza y se dispuso a arrojársela a Katsef.

—¡No toques a Zajar! ¡No te atrevas a tocar al tío Zajar —gritó Yashka agitando dos puños musculosos delante de la cara de Pebelkin.

Pebelkin se enrojeció y dejó caer la estaca.

—¿Qué?—clamó la voz de Zajar rompiendo el silencio—. ¿Lo habéis visto? ¿Veis a quién seguís? Quería acabar conmigo y después acabaría contigo, y contigo, y contigo—dijo señalando a un campesino tras otro—. Daría cuenta de todos vosotros y luego ¿qué? Pues luego podría hacer él lo que le diera la gana.

—¡Zajar!—dijo Fedunof con voz apenas perceptible, y le dió la llave del granero.

Zajar se volvió, cogió al herido por debajo de los brazos y condujo casi a rastra al granero y abrió la puerta...

Detrás del huerto corría el río Alai enrojecido por el sol por la arcilla, y detrás del río elevábanse tupidos y elevados ñaverales.

V

Dos caballos trotaban sobre el rojizo maíz junto a las eras de los alrededores del pueblo. Uno de ellos llevaba a Emelka Bondarchuk, cuyos pies se hallaban firmemente sujetos a los estribos. El otro jinete se había caído del caballo en la calle de Krivaya con la cara contra el barro.

Karasyuk fué el primero que alcanzó a los caballos. Desmontó precipitadamente, bajó con cuidado el cuerpo de Emelka y lo depositó solícitamente en el suelo. Luego se quitó el sombrero y permaneció inmóvil unos minutos.

El surco de su frente hízose más profundo. No se dió cuenta de que sus hombres se le habían acercado. Alargando el cuello éstos miraban alternativamente a su jefe y al cadáver de Emelka.

Emelka había recibido la bala en la cara, rompiéndole el puente de la nariz y parte de la frente. Los sucios y corroídos dientes hallábanse apretados.

—Amo—dijo Akhmetka rompiendo el silencio.

Un ligero temblor estremeció el cuerpo de Karasyuk. Este alzó la cabeza y contestó serenamente:

—Amigo.

Karasyuk se mordió los labios y saltó a la silla. Un murmullo corrió de jinete en jinete. Hablándose unos a otros con vivacidad, clavaban la vista en las chozas de la aldea y aguardaban como una jauría de perros la señal de Karasyuk.

—¡Adelante!—gritó Karasyuk alzándose levemente en los estribos—. ¡A la plaza del pueblo!

El barro salpicó en todos sentidos. Lanzando alaridos estridentes, los hombres se precipitaron en las chozas de los campesinos. Los pollos corrían chillando por los corrales, saltando las cercas y subiéndose a los tejados de paja de los cobertizos. Los perros aullaban bajo los culatazos. La puerta del corral de Stepán Onef se abrió con un fuerte crujido y las ovejas salieron corriendo alocadamente al camino, agitando la cola.

Siguiendo a las ovejas, dos de los hombres de Karasyuk sacaron a la calle al abuelo Jariton. Canoso, sin sombrero, retor-

...ndose las manos y chillando, el anciano trató de resistir...
...uno de los bandidos—un hombre de largos bigotes rojos—le...
...cogió tranquilamente la culata del fusil sobre la desnuda cabeza y...
...anciano se tambaleó y cayó contra la pared de la choza. Lanzando un...
...postrer gemido, se desplomó en un charco de sangre...
...con los brazos extendidos.

—¡Ah! ¡Eres, viejo perro!—dijo uno de los dos bandidos...
...dando una patada al hombre caído.

En la cumbre del alcor Jariton quedó impresa la huella...
...a lo lejos ensangrentada. Y tenues hilillos de agua, semejantes a serpientes...
...en pugna del charco y desaparecían en los agujeros del suelo.

—Este ya está liquidado—dijo el otro pasando por encima...
...cuerpo inmóvil.

—¿Y? Pues entonces vamos por otro.

El estrépito de la calle llegó hasta el corral de Fedunof. Pchelkin...
...ntó salir a correr hacia el granero y luego hacia la huerta. Quería...
...rse a lugar, pero de repente cambió de parecer y volvió a la...
...puerta del corral. Al llegar a la esquina de la choza se escurrió...
...un poco de estiércol helado, se tambaleó un momento y al fin...
...cayó al suelo. Entonces oyó la risa de Yashka Chujlinf en...
...granero y se puso furioso.

—¡Ese cerdo!—murmuró Pchelkin.

Sacó del bolsillo la lista de los comunistas declarados y secretos y apartándose a un lado garrapateó precipitadamente algo en el papel.

Un grupo de bandidos se precipitó en el corral, hizo salir en primer lugar a Pchelkin y empujó hasta la calle con los fusiles a los demás campesinos.

Todo el pueblo estaba lleno del crujir de las puertas, de los gritos de los invasores y de los chillidos de las mujeres... Pchelkin, el perro de Plakushchef, había roto su cadena y clavó sus dientes en la pierna de un bandido que pasaba. El hombre sacó su espada y la hundió en la boca abierta del animal...

En la plaza del mercado hallábanse alineados delante de los rasyuk los habitantes de Shirokoye. Un murmullo corría de boca en boca.

—Han matado a Jariton... Está tendido allí.

Un poco más lejos, Jariton Ogniel yacía en el barro como un saco de harina. A su lado, el perro de Plakushchef, retorciéndose convulsivamente, salpicaba de lodo el cadáver del anciano.

—Que se adelanten los viejos—gritó Karasyuk.

Las filas se abrieron rápidamente bajo los golpes de los fusiles y pronto se formó al frente una hilera de barbas. En un extremo hallábase Semyon Peshkof. A su lado, Nikita Gurianof; luego Plakushchef y Shlenka, todos ellos barbudos... Los hombres de la segunda fila eran más jóvenes. Pchelkin se encontraba detrás de Plakushchef y delante de Yashka Chujlaf. A su lado se hallaba Davidka Panof. Con Yashka se encontraban en la tercera fila los hombres jóvenes, casados el otoño anterior. A Yegor Stepanovich no se le veía por ninguna parte.

—¡Habríase visto!—pensó Pchelkin—. También se ha librado de esto el granuja... ¿Cómo podré entregar la lista? Ilya Maximovich dijo que había que hacerlo en secreto. Pero ¿cómo voy a hacerlo en secreto?

Yashka Chujlaf contemplaba la rojiza cabeza que tenía delante y gesticulaba al recordar cómo cuando iba en busca de Stepka la noche anterior se había encontrado con Pchelkin y le había tirado al barro.

—He debido hacerle daño a este loco—pensó Yashka, y por encima de las encorvadas espaldas de los hombres que tenía delante miró a Karasyuk, figura firme e implacable.

Después sus ojos volviéronse hacia la choza de Stepan Ogniel. A través de la puerta abierta creyó vislumbrar el vestido gris de Steshka. Yashka se estiró y su semblante resplandeció de orgullo: allí estaba él, en unión de todos los demás hombres, entrente de Karasyuk, y ya veis, no había nadie, absolutamente nadie, que se mantuviera sobre sus pies con más firmeza. Experimentó un apasionado deseo de que Steshka le viera ahora, aunque sólo fuera por un instante. Así ya no volvería nunca a llamarle idiota. Él no era un cobarde: miraba al miedo derechamente a los ojos.

—¡Listo, jefe!—exclamó Akhmetka rompiendo el hilo de los pensamientos de Yashka.

—Ya lo veo—repuso Karasyuk.

—Ya... un poco, un poco—murmuró Akhmetka estando a
rar a través de la calle.
Plakushchef se le quedó mirando, y vió cómo salpicaba el
no al correr. Akhmetka abrió de un empujón la puerta de la
Plakushchef y un momento después los aterrados gritos
través de la plaza del mercado... Su cabe
por la ventana, seguida por los bra
estallido de Akhmetka. La barbilla de Plakushchef temblá
barba gris se hundió más aún en su ancho pecho y turbias lág
sus lecturas de sus ojos.
—¡Sabes, Sabes!—murmuró.
Karasyuk se bajó de su caballo. Por dos veces recorrió
ando abajo los fines de campesinos. En un silencio imperturb
bía ésos apartaron la vista de la ventana de Plakushchef y cru
ampesinos subidos siguieron todos los pasos de Karasyu
Cuando éste se detuvo ante el cadáver de Bondarchuk, los campe
se recordaron ligeramente y agacharon poco a poco la cabe
—¡Bueno!—helados escalofríos recorrieron las espaldas de l
sorprendió el sonido de su voz—. No os hubiera arrastrado a t
do hasta aquí si vuestros comunistas no hubieran matado a m
migo... Ahora tendréis que darme cuenta de esto. ¿Cuál de vo
otros era en relación con los comunistas?
Pakushchef lanzó una mirada a Plakushchef. Ilya Maxímov
se hallaba ante la sepultura abierta de su padre, con la e
palda toda inclinada.
Los campesinos permanecían silenciosos, tratando de eludir
mirada penetrante de Karasyuk. Ni aun el mismo Yashka pu
resistir esta mirada y bajó la vista hacia los tacones de las bo
de Petka Kudeyarof. Petka, crispadas las manos debajo de
mandil, restregaba los pies en el suelo y lanzaba miradas des
voridas a los campesinos que le rodeaban. Unicamente Shi
desabrochada la andrajosa chaqueta y mostrando a través
rota camisa parte de su abultado vientre, miraba de fren
Karasyuk y parecía decir: "Todo esto no va conmigo. Yo
tengo nada que ver con este asunto y no se me puede hace
ponsable de ello... Pero si te pones a interrogarme te contes
historia que no podrás dar pie con bola."

—Bueno, ¿qué dices tú?—dijo Karasyuk señalando a Kudeyarof.

—¿Yo?—dijo Petka retrocediendo como si le hubieran acercado a la cara un hierro al rojo—. ¿Yo? ¿Que qué digo yo? Todo el mundo sabe que yo estoy siempre en mi banco... Yo soy zapatero. Además..., además, no estoy bien de la cabeza...

—Es verdad que es tonto—dijo Peshkof quedamente y con toda seriedad.

De nuevo se hizo el silencio. El sol ardía con fuego abrasador... Los arroyos murmuraban al descender por las vertientes del valle de Krapivny, el Volga juguteaba ruidosamente con el hielo, los cascos de los caballos golpeaban el barro y un gallo cacareaba estrepitosamente en algún sitio de la aldea. Todos escuchaban los sonidos de la primavera. Karasyuk volvió la cabeza un instante. Por un momento una alegría pueril fulguró en sus ojos, que luego volvieron a tornarse fríos y siniestros.

—¿Que no está bien?—dijo volviéndose hacia Peshkof—. Pero tú sí estás bien, ¿verdad? Pues entonces habla.

Peshkof apartó la vista.

—Mire usted, Excelencia... No sé muy bien cómo tratarle... Ahora todo anda patas arriba. Le llama uno a un hombre "camarada" y empieza a puñetazos, y le llama uno a otro "señor" y ocurre lo mismo... Está todo hecho un lío...

—Puedes llamarme como quieras. Sé muy bien que ninguno de vosotros me tiene mucho cariño—contestó Karasyuk con una sonrisa.

Los campesinos suspiraron perceptiblemente al ver la sonrisa. Kudeyarof gesticuló y emitió un gemido.

—Por eso—continuó Peshkof—no se puede decir quién es comunista y quién no lo es. Hace poco vino un hombre de la ciudad, le quitó dos jarros de leche a mi mujer y no hizo más que darle las gracias... ¿Significa eso que era comunista? Y ahí tiene usted a su tártaro cogiendo las cosas de la casa de Plakushchef. ¿Será él también comunista?

Karasyuk frunció el ceño. A sus oídos llegaron fragmentos de frases murmuradas por los otros campesinos.

—Es muy difícil de decir...

—Hace falta ser un hombre instruido para entenderlo... —agregó Peshkof pidiendo silencio a sus compañeros—. Dice que usted se marchara y que su padre tuvo ido, durante diez..., sólo que no me mandéis allí, no me lleg tó a ello para que me fusilen." Pero la realidad volvió a t cerse. Se acordó del ataque a Ilim y de la muerte de Emil ja loca que hervía dentro de él borró de su semblante to recuje de sangre. Sacó el revólver y gritó desaforadamente: —Te lo pregunto que quién es comunista y tú te pone enseguida cuentas! ¡Habla! Voy a contar hasta tres.

—¡Ah! ¿Eso es lo que usted entiende por su gobierno p pués!—exclamó Peshkof—. Trata usted a los viejos como p ros, los saca a rastra a la calle y los amenaza con pistolas. Pe no me asusta usted. Ya hemos pasado cosas mucho peores y s no podemos soportar... Aquí teníamos un príncipe...

Al oír estas palabras los campesinos de Shirokoye endere ron el cuerpo y centenares de ojos henchidos de odio se clavar en Karasyuk y en sus secuaces.

—¡Habla!—gritó Karasyuk apuntando a Peshkof con el re volver—. ¡Habla! Voy a contar hasta tres. ¡Uno!—Karasyuk r trocedió un paso—. ¡Dos!

Semyon (su mujer le decía con frecuencia: "Tú tienes m chos humos, tienes muchos humos") se adelantó de su sit agitó los brazos.

—¿Por quién me ha tomado usted? ¿Por un cobarde? ¿C usted que me puede asustar, gallina?

Lo que siguió parecióles a los campesinos suceder en ble celeridad. Peshkof se precipitó sobre Karasyuk y se des con la cara en el barro. La bala de Karasyuk le había destro el cráneo. Con la mano libre el jefe de los bandidos le dió golpe en el pecho a Nikita Gurianof. Desplomado, Gurian

bó las rodillas y cayó de espaldas sobre los hombres que estaban detrás. Karasyuk cogió la larga barba de Plakushchef y al desplomarse el aldeano a sus pies de debilidad, un puñado de pelos grises arrancados de la barba volaron por el aire.

—¡Ah, cochinos!—rugió Karasyuk—. ¡Malditos seáis todos! ¡Yo os enseñaré, yo os enseñaré! Yo...

La culata de su revólver cayó pesadamente sobre las cabezas de los campesinos.

Pchelkin había tratado de aproximarse a él para entregarle la lista; pero cuando vió caer al suelo el mechón de barba gris, se le doblaron las rodillas e involuntariamente volvió la cabeza para otro lado. A través de la abertura de una callejuela vió el río Alai, a unos cincuenta metros de distancia, fangoso y turbulento, y en la orilla opuesta, esbeltas y frescas cañas bañadas por la luz del sol... Hasta creyó divisar una pequeña barca que llevando a Zajar y Fedunof salía de los cañaverales y volvía a desvanecerse rápidamente.

Los campesinos gritaban bajo los golpes implacables y uno tras otro se desplomaban a los pies de Karasyuk.

—¡Cochinos! ¡Alí!—gritó Karasyuk llamando al calmuco—. ¡Alí! ¡Levántalos!

El calmuco Alí se hallaba no lejos de Pchelkin. A unos cincuenta metros de distancia deslizábase el río y en la otra orilla hallábanse aquellos tupidos e intactos cañaverales. Una vez en ellos nadie podría encontraros, ni siquiera llevando un fusil... Pchelkin se movía con desazón, alzando uno y otro pie como un caballo atado. Cuando Alí abandonó su puesto para obedecer la orden de Karasyuk, Pchelkin se apartó unos pasos cautelosamente y luego echó a correr como un desesperado por la callejuela abajo hacia la orilla del río.

—¡Eh, tú!—gritó Alí hincando una rodilla en tierra.

La bala pasó silbando por junto a Pchelkin y se hundió en el agua turbia. A esta bala siguió otra, y luego una tercera.

—¡Cogedle!—gritó Karasyuk.

Pchelkin llegó al río. Quiso saltar, pero la vista del agua espumeante y turbulenta le detuvo a la orilla. Oyó voces detrás de él. Luego volvieron a silbar dos o tres balas por encima de su

cabeza. Pchelkin retrocedió, saltó una valla, trepó por el pantano, se lanzó de un abrupto prado y subió por un sendero estrecho cubierto de hierba en dirección de las huertas. Desfiladeros de ruda de las hojas anchas y secas de las plantas que crecían junto a la cerca de una huerta, se acurrucó todo lo que pudo y esperó sin moverse.

Los árboles murmuraron, los sauces se movieron y aparecieron dos calmucos. Sus ojos oblicuos escudriñaron el río y las huertas. Así permanecieron unos cuantos minutos... Pchelkin cerró los ojos aterrorizado. Cuando los volvió a abrir vió que dos figuras se alejaban de él.

—¡No-o! Esto es como estar sobre ascuas. Será mejor que vaya a ver a Yegor Stepanovich. El no estaba allí. Eso significa que debe estar en su casa. Le pediré que me esconda... Es un viejo sucio.

Pchelkin corrió al granero de Chujlaf y empujó la puerta con el hombro sin detenerse a mirar. Tres de los hombres de Karaysik estaban a cuatro a Chujlaf por el corral.

—¡Oh!—exclamó Pchelkin sin poder contenerse.

Se escapó como pudo y volvió corriendo a la huerta. Al llegar al centro de ésta se quedó petrificado; los dos calmucos estaban junto a la orilla del río y uno de ellos le había visto y había gritado:

—¡Eh!

El grito cruzó como un látigo los oídos de Pchelkin. Este dio un salto, y luego, esperando un tiro, se dobló hasta el suelo y corrió hacia la valla. Detrás de la valla aparecieron los altos y puntudos gorros de los bandidos: los cañones de varios fusiles apuntaban amenazadoramente a su bota. Pchelkin se volvió. Sobre la valla opuesta asomaban los mismos gorros y fusiles amenazadores.

—Estoy acorralado—pensó.

Las palabras martillearon su cabeza y lágrimas amargas se acumularon en su garganta amenazando ahogarle. De su pecho brotaba un ruido sordo y extraño. Sintió un loco deseo de correr al prado, de hacerse una pelota y sepultarse bajo el barro y el estiércol o de convertirse de repente en un harapiento vagabundo

estado junto al camino de modo que pudiera mirar con indiferente sorpresa aquellos gorros y aquellos fusiles.

—Antes no tenía nada de que responder, absolutamente nada... ¿Y ahora?

Esperando un tiro, se encogió y se imaginó acribillado a balazos y desplomándose en el barro como un pájaro muerto. Eso... eso sería el fin de todo, de todo: de él, Pchelkin, y de sus nuevas y relucientes botas... Por supuesto, le quitarían las botas y le sacarían la lista del bolsillo, y entonces darían muerte a los comunistas sin él... Ilya Plakushchef sería el único que sabría beneficiado, y entonces daría dinero a otras personas por un par de botas nuevas, o les prestaría un pud de harina, o les vendería aguardiente; pero no él..., no Pchelkin.

Sin embargo, no se oyó ningún disparo. El calmuco Ali se adelantó desde los arbustos, enseñando sus dientes con la risa.

—¡Eh! Trae, trae.

—¡Qué tonto soy!—pensó Pchelkin—. Quieren la lista. Por eso no me han matado. Soy tonto.

Se metió la mano en el bolsillo. Este estaba roto y no pudo encontrar la lista. Enfurecido, se puso a rebuscar en el bolsillo y se dirigió hacia Ali. Titubeando, se esforzó por adoptar una decisión.

"Si se lo doy, luego me pesará—se dijo—. Todo el mundo dirá: Granuja, mira cuánta gente has mandado a la muerte." Y luego: "Pero yo no se lo doy, no se lo doy yo mismo... Todos van que me lo quitan a la fuerza... Además, ¿qué hombre se deja retorcer el pescuezo?"

Pchelkin marchó más de prisa hacia Ali. De pronto, el calmuco saltó la valla y se dejó caer sobre él. Algo inmenso oscureció el azul del cielo. Pchelkin sintió un fuerte golpe en la nuca y hundió las rodillas en la blanda tierra. Unos brazos vigorosos le apresaron y creyó flotar sobre el suelo... Oyóse un ruido fuerte y chirriante como de la piedra de un molino. Luego el ruido cesó. Pchelkin vió a los habitantes del pueblo y al propio Karnayuk. Alguien gritó:

—¡El presidente, jefe!

—¡Bueno!... ¡Ah!

—Han cogido a Fedunof... Fedunof—pensó Pchelkin contra

mante.

Alí descargó la culata de su fusil en la espalda de Pchelkin, q

espinazo de éste crujió y fríos estremecimientos le recorrieron to

el cuerpo. Luego su cuerpo pareció diluirse, una niebla cubrió

sus ojos y Pchelkin creyó experimentar la sensación de que se

le quedaba la cabeza, pero no una cabeza entera, sino sólo la fren

algo que vivía, algo movible y brillante.

—Bien, jefe; muy bien, jefe—dijo Alí otra vez examinand

Pchelkin—. Muy bien...

Karayuk se acercó a Pchelkin y le puso el revólver a

boca.

—¡Habla, hijo de perra!

Pchelkin apartó la cara al frío contacto del acero y re

calló.

—¡Akhmetka!—gritó Karayuk.

Akhmetka, cargado de despojos procedentes de la choza

Fedunkof, salió del corral y, arrojando al suelo los fardos q

llevaba, amenazó salvajemente con el puño a los habitantes

Shirokaya.

—¡Akhmetka, haz tu trabajo!

Entre la muchedumbre alguien estalló en sollozos ahoga

—Muy bien, ponnos a llorar... Pero andad con cuidado—m

muró Karayuk entre los apretados dientes, y enarbolando el r

vólver saltó a su silla—. ¡A los fusiles!

Los cerrojos de los fusiles resonaron en torno suyo. Los ca

pesinos se apretujaron unos contra otros, esforzándose cada u

por quedar en el centro. Todos miraban fijamente a Karayuk.

Akhmetka salió del corral de Gurianof llevando un caball

bien nutrido y corto de patas. Alí levantó a Pchelkin por los sob

cos y le arrastró hasta el caballo. Las relucientes botas trazar

dos surcos en el barro. A Pchelkin parecían salírsele los ojos

las órbitas. Estaba como petrificado. Cuando Alí le ató la

gunda pierna, hundió la cara entre las manos. Pchelkin vol

cola del caballo y dos cuerdas que partían de la cola y le suje

ban los pies. Trató de escaparse y gritó salvajemente con ter

nerrente. A sus gritos, el caballo echó a correr llevando

nestra, y entre los vítores y las carcajadas de los hombres de Karasyuk y los gemidos ahogados de los campesinos el animal galopó por la calle abajo. Convulso y estremecido, con el rostro contra el suelo, el cuerpo de Pchelkin fué trazando una profunda senda a través del espeso barro.

Su amarilla chaqueta y su camisa escurriéronse de sus hombros; la sangre brotó de las heridas de su espalda, salpicando el barro y sus lacerados y sangrantes músculos, visibles a través de la desgarrada piel, contraíanse de manera horrible.

—¡Oh! ¡Está vivo! ¡Está vivo todavía!—gritó una mujer.

El caballo atravesó la calle y torció por una callejuela. En la esquina, Pchelkin fué lanzado contra un montón de leña. El cuerpo dió varias vueltas en el aire y cayó en un charco como una piltrafa.

Un rugido salvaje brotó de un centenar de gargantas, espantando al caballo de Karasyuk. El jefe de los bandidos, fustigando enfurecido a su caballo, se precipitó hacia delante. Los campesinos se dispersaron en todas direcciones, seguidos por los bandidos, que descargaban golpes con sus fusiles a diestro y siniestro. En la esquina de la choza de Plakushchef, Akhmetka, buscando en los bolsillos de Pchelkin, encontró una tira de papel, arrugada y enlodada.

—¡Jefe!—gritó corriendo hacia Karasyuk.

Karasyuk le arrebató el papel de la mano y lo examinó atentamente. A la parte de arriba veíanse tres letras: Com.

—¡Imposible!—Karasyuk estaba estupefacto—. ¡Akhmetka!

De la dirección de Alai se oyó el estampido de un cañonazo. La granada pasó por encima del pueblo, reluciendo bajo el sol como una gaviota en pleno vuelo, y cayó en el Volga levantando un enorme surtidor. La segunda granada cayó en una choza, que saltó en añicos. A lo lejos, a unas dos verstas de Shirokoye, apareció un escuadrón de caballería.

—¡Akhmetka!—gritó Karasyuk con todas las fuerzas de sus pulmones—. Coge todo con...

Sus últimas palabras fueron ahogadas por el estrépito general.

El barro salpicó a gran altura a lo largo de las calles. La banda

70

de Karasyuk huyó rápidamente del pueblo. En el cruce de los c
mino que conducían a Alai y Nikolskoye, Karasyuk mandó hac
alto. Luego tomó el camino de la izquierda, el que conducía
Nikolskoye.

Ilya Piskushkef se levantó del suelo. Tocándose la cara co
sido es que le habían arrancado un trozo de barba, se dirig
con paso inseguro hacia su choza. Zinka corrió a su encuentro, l
sombrada retrocedió a la vista de su pálido semblante y de
cabello, que se había vuelto blanco.

VI

Akhmetka arrastró las botas de los pies de Pchelkin, las c
sobre su caballo en unión de los bultos de ropa de Piskushk
y se dirigió a casa de Yegor Stepanovich Crujliaf.

Yegor Stepanovich se hallaba sentado junto al granero c
sus manos largas y finas crispadas sobre el vientre. Se retor
de dolor. Desde la llegada de la banda de Karasyuk había teni
que refugiarse varias veces detrás de la cuadra.

—Mi tripa es así—gruñía—. En cuanto me veo entre la gr
no puedo remediarlo.

Cuando apareció Akhmetka en la puerta, Chujliaf palideció
Luego se sonrió y señalándose al vientre dijo:

—¡Oh, oh! Tengo un dolor, amigo mío.

Akhmetka hizo una mueca y guiñó sus ojos oblicuos.

—¡Eh, Jacob!

Chujliaf corrió a refugiarse detrás de la cuadra. Sentándo
pensó: "¡Qué demonios querrá!"

Otra granada pasó por encima del pueblo, tan baja que pa
día que iba a arrancar los tejados de las chozas. Estalló en el c
famar de Pyriakin y por la rendija de la puerta Yegor Stepa
vich vió saltar la tierra húmeda y un trozo de metralla que s
hundió silbando en un charco. Yegor Stepanovich se puso a te
blar; pero Alhmetka golpeó impacientado con su fusil la rued
del carro que se hallaba en el corral y gritó:

—¡Hi! ¡Hi! No hay que hablar..., no hay que hablar. Dame hijo. Dame hija.

Yashka salió a la puerta pálido y desaliñado.

—¿Qué quieres?

—¿Tienes caballo? ¿Caballo?

En su atolondramiento, Yegor Stepanovich se arrancó un botón de los pantalones. Se puso furioso, manoseó un momento el botón sin saber qué hacerse y luego anudó las dos puntas y corrió exasperadamente hacia Akhmetka.

—¿Qué caballo vamos a tener? Nosotros no tenemos caballo; no tenemos más que un viejo montón de huesos. Ni siquiera vale para dar de comer a un perro. Ven a verlo tú mismo.

Los tres hombres se dirigieron a la cuadra.

—¡Oh, oh!—dijo Akhmetka meneando la cabeza y contemplando el caballo—. ¿Por qué está así, eh? Yo tenía uno igual. Soldado se lo llevó... Soldado rojo me lo quitó. Mi caballo malo vista, muy mala vista. ¡Oh, oh, muy mala!

—No, no, amigo mío. ¿Crees que hemos puesto así el caballo a propósito? Eso es tonto. Ningún hombre se hace daño a sí mismo. Al animal le pasa algo desde el otoño pasado.

Yegor Stepanovich se puso a contar una larga y aburridísima historia sobre la enfermedad de su caballo. Akhmetka no le escuchaba. Salió de la cuadra y se dirigió al cobertizo.

—Oiga—susurró Yashka a su padre señalando a un hacha que había en un rincón del corral—... Con el hacha.

—¿Qué dices? ¿Qué dices?—dijo Yegor Stepanovich temblando y rascándose la oreja con sus largas y sucias uñas—. Tenemos que buscar otra manera.

—¿Qué otra manera? Eso lo arreglará todo... Le tiraremos al Alai.

—No, no—repuso Yegor Stepanovich desechando la idea—. Entra en casa y detrás del fogón encontrarás dos botellas de lo mejor. Tráelas aquí. Bueno, amigo—agregó corriendo hacia Akhmetka...—¡Oh, no! No te lleves ese caballo. No es nuestro. No nos pertenece.

Akhmetka había sacado la yegua parda del cobertizo. El

...al se volvió, apoyó las manos sobre la cabeza y se
...a sobre sí mismo, sin saber qué hacer. Y
...ubiera podido ver su rostro, habría visto en él
...ión de espanto. Había sido Akhmetka —dijo Yegor Stepanovich—
...ien había gritado. Un niño en busca de algo —dijo Chujial—
...ra vuelta ahora

[illegible] Akhmetka la pregunta y rodeando con el brazo los hombros
[illegible] Yashka salió corriendo de la casa con dos botellas. Bebió
[illegible] Yegor Stepanovich se llevó a Akhmetka para darle
[illegible] Akhmetka se detuvo, enseñando los dientes. Luego cogió la
[illegible] Chuplel se volvió hacia Akhmetka:

—Pero ese caballo no es nuestro, hermano. No es nuestro.

Al oír el reproche la sangre había afluido al rostro de Yashka. Sus labios temblaron.

—La culpa tuya, sólo tuya—repitió su padre—. Por culpa tuya tienen que sufrir otros.

—Yo recuperaré el caballo. Podré morir, pero usted tendrá el caballo.

Yashka corrió hacia el animal, saltó a la silla y le dio Akhmetka:

—¡Vamos, carcamal!

—¡Yashka! ¿Adónde vas? ¿Adónde vas?

Yegor Stepanovich no había hecho más que acercarse a la puerta cuando ya los dos jinetes desaparecían en el [illegible] la calle.

El aguardiente casero no tardó en subírsele a Akmetka a la cabeza. Su aplastada nariz pareció achatarse más todavía, diluirse en su cara picada de viruelas. Sus ojos se estrecharon hasta que no fueron más que dos rendijas relucientes.

—Karasyuk buen jefe—murmuró—. Mi Karasyuk. Akhmetka... Toma, Akhmetka... Karasyuk... ¡Ah, ah!...

Cuando hubieron pasado las eras y salieron al descampado, Akhmetka se volvió y después de colocarse mejor en la silla las botas de Pchelkin tendió a su acompañante un papel arrugado. Yashka lo cogió y miró largo rato las palabras casi ilegibles, cubiertas de barro. Sólo pudo ver una cosa: su propio nombre, Yashka Chujlaf. La sangre afluyó a su rostro y el papel le tembló en la mano.

—Me ha puesto entre los comunistas—pensó—. ¿Habrá sido Pchelkin? Sin duda ha sido él, el loco. Como él se ha desmandado, quiere que los otros... Sería mejor que lo escondiera. Puede que el viejo calvo no se dé cuenta. Y no habiendo leído, ¿qué puede importarme?

—True, tú, true—dijo Akhmetka extendiendo la mano para coger el papel—. Dame caballo, dame papel, dame dinero. Dame dinero. Akhmetka quiere convidar muchachas y amigos. ¿Por qué no contestas? ¿Has perdido la lengua?

El tártaro miró de soslayo a Yashka, hizo una mueca y se tambaleó en la silla, perdiendo casi el equilibrio.

Yashka había tomado su decisión. "Le mataré: es muy fácil desembarazarse de un hombre borracho."

—Bueno, hermano, ¿quieres el caballo? Pues tómalo y vete al diablo. Pero no tengo dinero. ¿De dónde lo iba a sacar?

—Del hombre avaro, del hombre avaro. Puso malo caballo.

—Sí, está hecho de hierro. En el pueblo le llaman el hombre de hierro—le dijo Yashka—. Tú y yo amigos—prosiguió tratando de imitar el habla entrecortada del tártaro—. Tú y yo cortar cuello todos comunistas.

—¿Comunistas?—dijo Akhmetka sobresaltado—. ¿Hay comunistas?

—Claro que hay... Muchos, allí—dijo Yashka señalando al distante pueblo de Alai.

Pasaron una colina y pasaron por campos descubiertos, cruzaron un pantanoso y al guiar a sus caballos hacia un terreno más firme Yashka logró acercarse al lado derecho de Akhmetka.

—¡Vaya una de presas que ha pescado!—se dijo Yashka al ver que en la cintura y sobresaliente espalda de Akhmetka, apretada contra el costado izquierdo de su caballo y alargó la mano hacia la empuñadura del tártaro. En aquel momento la yegua pisó en un agujero del camino, se tambaleó y tropezó con el caballo de Akhmetka.

—¡Eh! ¡Demonio!

El tártaro estaba bien despierto. Volviendo la cabeza en seguida lo vio claramente, y adivinando al parecer las intenciones de Yashka, empuñó la empuñadura de su espada. Acomodándose en la silla de modo que no perdiera al otro de vista, gritó:

—¡Dame caballo, dame! Dame primero.

Enfurecido, Yashka se puso a caminar delante. Akhmetka arrimó la espada sobre sus rodillas y midió la distancia que le separaba del otro. Yashka adivinó los movimientos de Akhmetka. En su espalda parecían formarse pequeños bultos que le corrían por la espina dorsal abajo.

Hacia la izquierda se alzaba la cúpula de la iglesia de Nikolskoye. Enfrente se abría la boca de la Gruta del Oso. A la derecha corría el camino de Podnessloye, que serpeaba en torno del valle de Dolliny.

Yashka había oído que la banda de Karasyuk estaba escondida en la Gruta del Oso.

—Allí es donde quiere conducirme—se dijo—. Tendré que separarle al bosque y entonces... ya veremos. El hombre sólo puede morir una vez y yo tengo buenos puños...

Volvió la cabeza. Akhmetka empezaba a adormilarse de nuevo. Una saliva verdosa corría por su fina barba.

—Está bien empapado... Mi padre debe haber echado mucho en el aguardiente para darle más fuerza. No se tiene derecho a la silla.

Yashka tiró calladamente de las riendas de su caballo y le guió hacia el valle de Dolliny... Durante unos instantes el corazón le palpitó furiosamente y sus rodillas se clavaron como garras en los costados del animal.

Torció hacia la vereda que pasaba por la presa de Nikolskoye. Más allá de los árboles, alzábanse a la izquierda las colinas de Balbashija y a la derecha las de Shijan. Yashka detuvo su caballo hasta que el otro le alcanzó...

—¡Ahora!

Yashka se volvió vivamente y se precipitó como un torbellino sobre el adormecido tártaro. Akhmetka lanzó un grito y empuñó su fusil. Los dos hombres cayeron a la orilla de la presa. Yashka descargó un vigoroso puñetazo en la mano extendida, y el fusil cayó al suelo mientras el brazo de Akhmetka colgaba inerte.

Yashka y el tártaro pelearon en silencio, respirando profundamente. Sus caballos permanecían al lado mordisqueando las verdes y jugosas ramas y contemplando las dos figuras que rodaban por el suelo.

—¡Demonio, demonio!—murmuraba Yashka—. ¡Demonio!

Un trozo de barro le hirió en la cara. Entonces salió el brazo derecho de Akhmetka e inmediatamente los dedos del tártaro se hundieron en su garganta. Akhmetka le sujetó fuertemente con las piernas. Yashka recurrió a todas sus energías. Las venas azules de su frente se hincharon, sintió náuseas. La presa, los caballos, los arbustos giraron confusamente delante de sus ojos. El mundo entero le pareció dar vueltas y luego retroceder...

—¡A-ah!—exclamó Akhmetka alegremente.

Dos hilillos rojos brotaron de los labios de Yashka... Este sacudió la cabeza violentamente. Los dedos del tártaro se escurrieron, deteniéndose en la clavícula. Yashka lanzó un rugido y reconcentró nuevamente todas sus fuerzas. Dió un salto, levantando consigo al tártaro, y descargó el brazo...

Algo se desplomó desde la orilla de la presa en el agua, que corría vertiginosamente.

Yashka cayó a los pies del caballo, hundiendo los dedos en el barro. Suspiró profundamente y se estremeció. Luego, esperando un nuevo ataque de Akhmetka, se puso en pie de un salto.

Akhmetka había desaparecido.

—¡Carajo—dijo Yukka abriendo los puños—..., aunque... ¿

Pensándolo bien, se apartó de la orilla de la presa, pensan
que ahora volvería a su casa no con uno, sino con dos caballos
Oyó algo que chapoteaba y se debatía en el agua, y se volvió en
sobre los talones en tensión. Poco a poco se fué tranquilizando

—Puede..., puede que haya sido un pez.

Resumió de nuevo.

—Habrá sido cogido en las ruedas... o algo así.

Yukka se acercó a la orilla y retrocedió con el semblante en
mudo. En las compuertas, donde el agua se precipitaba por e
cima de la esclusa, un par de botas subían y bajaban como de
rejas. Un poco más abajo, con las ropas enredadas en las es
cas de sabe de la presa, hallábase el tártaro Akhmetka.

TERCER ESLABÓN

I

El sol bañaba la tierra con una luz cálida y acariciadora. Los arroyos primaverales ya no gorgoteaban al descender las vertientes del valle de Krapivny. El Volga no rugía ya con el quebrarse del hielo. Deslizábase tranquilamente, en toda su anchura, de un color gris azulado bajo el sol, y el agua rebosaba las orillas y cubría los ribazos. Los frambuesos silvestres proyectaban sus capullos en el valle y se cubrían de anchas hojas moteadas. Una curruca construía su nido entre los arbustos. El macho montaba la guardia agitando las suaves plumas de su cuello y saltando de rama en rama. Sus movimientos asustaban a los ratones de campo.

El viento agitaba los montones de estiércol seco de las calles de Shirokoye y azotaba el tejado de la choza de Shlenka, arrastrando manojos de paja y retama por encima de los arbustos hasta el río Alai, en donde quedaban enredados en las verdes ramas de los sauces.

—¡Maldita sea!—gruñía Shlenka alejándose de la orilla del río—. Todas las primaveras el viento me lleva el tejado. Es para volverse loco.

—Sujétale con unas tablas—le dijo Stepan Ognef—. Verás como se sostiene. Si pones sólo la retama, ¿cómo quieres que se sostenga?

—Pues, bueno—repuso Shlenka—. No me vengas con sermones. A Dios gracias, al todo lo que me hace falta saber. Es ya viera un hijo en Moscú también...

—¿Qué tiene que ver mi hijo? El no viene a cuidarme si voy a...—replicó Ogud riéndose.

—Ya lo sabemos—dijo Shlenka agitando un brazo—. No te...

brid el viaje; pero hay otras cosas... ¿Crees que la gente...

sabe?

—Mira, Shlenka. Prefiero ser un lengua si no quieres que...

ve de nada te lleve a un sitio donde no vean la luz.

—No me amenaces. Ya estoy harto—murmuró Shlenka...

imperceptiblemente, dirigiéndose por el arcilloso sendero hacia...

dera.

Ogud se quedó mirándolo unos momentos, luego miró...

blando y encendió del agua, se lo echó al hombro y salió...

dirigiéndose hacia los arbustos:

—Me voy, Shlenka. Ven en seguida.

—¿De quién hablaba? ¿De nuestro Sergio?

—Sí... Se piensa que Dios hace el trabajo de los demás mientras duermen.

Sólo una cosa sabíalo Shlenka, y era pan. Precisamente...

laba con pan. Una vez soñó que en su choza se amontonaban montañas de trigo y que todo el corral estaba cubierto de h...

llas... Pero sólo fué un sueño: en sueños se puede ver cualquier cosa. La noche anterior Shlenka había soñado que por un deseo extraordinario de Moscú había sido nombrado jefe de todo el distrito y que toda la noche había estado atracándose de tortillas. Por la mañana Larkeria le había dicho desperezándose:

—Vamos, se han terminado las galletas de centeno.

—¡Oh! Más me valía no haberme despertado. Es mejor comer y dormir. La gente como nosotros sólo puede darse buenos ratos en sueños.

Shlenka miró hacia el río Alai. Los peces jugueteaban en el agua y los patos silvestres se agitaban entre los cañaverales.

—Si cogiera algún pescado—se dijo—... Pero los malditos deben se nos han podrido durante el invierno. La vieja bruja—riéndose a su mujer—no ha cuidado de ellos. He oído que Pedro

del tiene una red... Puede que me la preste. Al fin y al cabo él no puede pescar, porque está muy malo.

Los pensamientos de Shlenka volviéronse hacia Karasyuk... Desde el día en que los bandidos habían estado en Shirokoye los campesinos estaban tan tranquilos como gallinas en el gallinero por la noche; pero Shlenka esperaba que de un momento a otro viniera alguien a llamarle a la ventana de su choza para invitarle a asistir al reparto del grano. A veces preguntábale de repente a Manafa:

—¡Eh, tú, secretario! ¿Es que no se va a repartir el grano todavía?

Pero Manafa se limitaba a contestarle:

—El grano del soviet no ha de ir a parar a tu barriga.

Los días primaverales transcurrían lentamente en esta ansia de pan... Desde la mañana temprano hasta bien avanzada la noche Shlenka deambulaba por su choza como un caballo hambriento atado a una argolla viendo cómo el viento abría agujeros en el tejado de paja y cómo los peces chapoteaban en el río Alai. Ávidamente seguía todos los rumores, como sigue un perdenco a una liebre, y cuando Ogmef reapareció en Shirokoye llevando el capote de Karasyuk los rumores se desvanecieron como piedras en el agua, trazando círculos cada vez más anchos, hasta extinguirse por completo.

—¡Ojalá se lo lleve el diablo cuando se muera!—pensaba Shlenka—. Pero ¿dónde habrá un poco de pan?...

II

Inclinándose como un retoño sobre la orilla del Alai, Stepka golpeaba la ropa con una paleta de madera. Golpeábala enérgicamente, luego la retorcía con fuerza y finos hilillos de agua se desprendían de ella rizando la azul tersura de la corriente. Stepka contemplaba su imagen en el agua alterada. Sus ojos grandes ligeramente verdosos, y sus tupidas cejas danzaban en las ondas. Sus largas trenzas caían sobre sus hombros y sus senos se apretaban contra la blusa cuando se inclinaba hacia adelante. Stepka

[illegible] con la mano izquierda y con la otra golpeaba [illegible]
[illegible] la roja.

Tarareando una canción triste, se volvía a mirar a cada [illegible]
[illegible] hasta el sendero. Ahora iba siempre por [illegible]
al Alsi. Desde [illegible] estaba un poco más lejos de la choza [illegible]
la fuente, pero a Steshka le dolía el pie por las mañanas: se [illegible]
había clavado en un clavo y tenía muchos dolores al levantarse. [illegible]
era la molestia difícil bajar la cuesta del valle de Krapivny [illegible]
y a la fuente. El Alsi estaría un poco más lejos, pero la cuesta
se era tan grande, y, además..., todas las mañanas veía a Yashka
metido en el agua hasta la cintura, cortando tiernas ramas de [illegible]
somar para hacer escobas y silbando una canción... Cuando Yashka
ra a Steshka, agita la hoz por encima del hombro y la saluda
grita:

—¡Eh, Steshka! ¡Buenos días, Steshka!

—¡Hola!—contesta Steshka—. Has ensuciado toda el agua
ata.

Steshka hunde los cubos en el agua, los sujeta al palo y, e
arrodillar bajo el peso, se pone a subir el sendero.

—Está un día hermoso—dice la muchacha.

—Sí, está un día hermoso, Steshka.

—¡Y mira los estorninos!—dice ella señalando hacia las n
tas—. Los estorninos ya se han puesto negros.

—Los estorninos se han puesto negros—repite Yashka acerc
dose a la orilla—. Y las hembras están ya sentadas en los nid

—Sí, ya están sentadas en los nidos—repite Steshka reanud
avanzando unos pasos más.

Sólo con que Yashka le diga unas cuantas palabras desde
matorrales el pie le deja de doler y su casa se le aparece
cerca, sólo a uno o dos pasos. Poco después volverá por
para el samovar.

—Creía que me ibas a hacer una cesta.

—Claro que te la haré, Steshka... ¡Ya verás qué cesta
los pies desnudos de Yashka chapotean a lo largo del sendero
—Shlenka está siempre dando vueltas alrededor de
—dice Steshka apresurándose.

—Bueno, tendrá que acostumbrarse.

pero hoy Yashka no había venido, y los peces ya no jugueteaban con la misma alegría en el agua ni los patos silvestres salían tan airosamente entre los cañaverales, y Steshka, al mirarse en el agua, podía ver una fina arruga en su frente y una nube de tristeza en sus ojos...

Por segunda vez se puso a aclarar la ropa, por segunda vez la retorció, alterando la superficie azul de Alai... Pero Yashka seguía sin venir...

Algo que Olena le había dicho preocupaba grandemente a Steshka.

Desde el día en que Yashka había vuelto de su aventura con el tártaro trayendo los bultos de ropa de Ilya Piakushchef, se había convertido en un héroe a los ojos de los mozos de la aldea, y por lo que se refería a las muchachas, todas ellas aguardaban ansiosamente alguna caricia de Yashka..., y como Yashka era muy generoso en estas materias, bromeaba continuamente con ellas. También el corazón de Steshka palpitaba ahora más rápidamente cuando el mozo la rodeaba los hombros con el brazo en las reuniones vespertinas y la apretaba con más fuerza que a las otras...

La noche anterior Steshka no había salido de casa: se cumplían catorce días desde la muerte del abuelo Jariton. Olena la había visitado por la mañana y le había dicho que muy avanzada la noche—al segundo canto del gallo—Yashka Chujlaf regresaba a su casa con un grupo de mozos, todos ellos completamente borrachos, cuando, deteniéndose ante la choza de Piakushchef, se puso a burlarse de Steshka. "No tengo más que silbar—decía con jactancia—, no tengo más que encoger el dedo, y Steshka se vendrá conmigo al pajar."

—¡Al pajar!—murmuró Steshka, y el surco de su frente se hizo más profundo—. ¡Ya le daré yo pajar!

Pero el corazón se le contrajo, sus grandes ojos se enturbiaron y sus labios se estremecieron de dolor.

—Sí, en cuanto venga le diré lo que pienso de él. "Yashka —voy a decirle—, ¿te he hecho yo algún daño? ¿Te he ofendido nunca? ¿Por qué hablas mal de mí? ¿Crees que porque te he tratado como un amigo puedes reírte de mí? No, Yashka,

62

¡Yo no soy de ésas. Yo no te lavo los pies y luego me bebo el
mismo si fuera te."

Sus pensamientos interrumpiéronse en este punto. La
llenó todo su ser, enturbiando sus ojos. Su cuerpo pareció
se al sonar de los cañaverales y con el murmullo de la

Granuja nací
y granuja moriré...

Una voz profunda rompió el silencio del Alai. Steshka se
incorporó y se puso a aclarar la ropa nuevamente.

—¡Ya! Dentro de un minuto estará aquí—se dijo incluso
sin saber el qué.

A sus espaldas podía oír las pisadas presurosas de Yashka,
sin duda. La muchacha pensó abandonar su tarea y quitar
buen humor. En aquel momento Shlenka gritó desde arriba:

—¡Yashka! ¡Yashka! ¡Ven un momento, buen mozo!

Yashka subió a la choza de Shlenka de unas cuantas zanca

—Es fuerte—pensó Steshka—; pero también es fuerte un c
mulo.

—Cuéntame cómo despachaste a aquel tártaro...—dijo Shle
con su risa cascada.

Rápidamente Steshka se echó al hombro la cesta de ropa
puso a subir el sendero y pasó por al lado de Yashka sin m
en su dirección.

—¡Steshka! ¡Steshka!—gritó Yashka.

La muchacha enderezó el cuerpo, pero no se volvió a m

—¿Qué la habrá pasado?

—¿Qué? ¡Oh! No creas que vas a poder manejarla con
tártaro—le dijo Shlenka con sorna—. Toda la familia es lo m
mo—agregó un momento después—. Todos son muy estirados
se rebajan a nadie. ¿Y cómo vas a vivir en este mundo s
bajarte?

Aquella mañana Shlenka vió cómo Yashka cortaba los
de los sauces descuidada e indiferente, revolviendo el burr
los pies.

—¡Cómo le ha herido! ¡Parece un jabalí!—murmuró Shlenka, y después se fué a visitar a Ilya Plakushchef.

III

Ilya Plakushchef estaba acostado en la habitación de la fachada. Tenía los carrillos caídos y su cara estaba tan arrugada como una vieja bota de soldado. Tenía la barba revuelta, semejante a la cola de un perro desgreñado y su mirada erraba por el techo de tablas de pino. De vez en vez gruñía a través de los apretados dientes y se restregaba el pecho. El camastro crujía a cada uno de sus movimientos. Ya llevaba acostado allí cuarenta y un días, quejándose de todo el cuerpo: del vientre, de dolores en la espalda y en la cabeza. Había mandado llamar al médico de la ciudad. El hombre le había friccionado el cuerpo con alcohol y le había alimentado con polvos toda una semana. Esto era un suplicio, y Plakushchef había despedido al médico. Ahora yacía solo en el camastro, contando las tablas del techo, mirando fijamente las rendijas, silencioso y meditabundo.

La primavera pasaba sobre los campos, pero él no se encontraba en ellos. Un extraño—el labrador Arjipka—le sembró el grano: trigo, cebada y mijo. Los campos primaverales empezaban a verdear, pero él no podía ir a ver lo verdes que estaban... ¡Si pudiera verlos, aunque sólo fuera con un ojo!... Todas las tardes miraba por la ventana para ver a los caballos que eran conducidos a la cuadra. Estaban cubiertos de barro y algo debía ocurrirle al potro en una de las pezuñas...

Ilya Maximovich reprendía con frecuencia a su gente a causa de los caballos.

—¡No puede ser! ¿Cómo estaríais vosotros si no os bañarais en todo un año? Ya no queda basura en la cuadra: está toda encima de los caballos. ¡Todo se lo está llevando el demonio! En cuanto llevo un poco tiempo acostado se viene abajo todo...

Los habitantes de Shirokoye consideraban a la familia de Plakushchef como gente voluntariosa y trabajadora... Ilya Maximo-

vuh lo sabía y sólo vanagloriarse de ello cuando se reunían
s la hora de comer:

—Nuestra familia, los Plakushchefs, no es como las demá
omo los Pyrskins o los Shlenkas... Nosotros somos capaces
hacer dulces con el estiércol y con los dulces podemos hac
¡hasta sólo Dios lo sabe!

Pero cuando sus vecinos hablaban de los Plakushchefs sólo
decía, señalando principalmente al abuelo Maxim:

—El viejo es tan tacaño que no tira el agua sucia hasta
pasa de pronto media hora pensando si no podrá emplear
algo... Así es él.

A lo que Ilya Maximovich contestaba:

—La prudencia no es un defecto... Hay que procurar
a mano que no tenga algo que guardar. Ahí tenéis a Shlen
que no tiene absolutamente nada...

Actualmente, Ilya Maximovich comprendía que había he
poder verse a sí mismo en la estimación del pueblo. El es
encerado y sólo pendía de un fino hilo. Si este hilo se rom
de ignorarse el término de la posición de los Plakushchefs
el pueblo. ¿Quién se casaría con Zinka? ¿Qué clase de mar
encontraría? Sería una suerte que lo encontrara en la famil
los Chujlais o de los Katsels. Pero suponiendo que se la lle
alguna calamidad que arrojara a los cuatro vientos el fruto d
que él había estado acumulando durante tantos años, ¿qué
vida entonces? ¿Para qué habría comido él pan negro tod
vida, y llevado ropa tosca, y doblegado la cabeza cuando sud
para el teniente Sutiagin, y arañado y economizado?

Lágrimas turbias corrieron por su desgreñada barba.

—He sido un idiota—dijo suspirando—. Me he agarrado a
rama podrida y se ha roto. Quería poner el poder en manos d
bandido como Karasyuk, que era la rama podrida. He olvid
que cuando a un campesino se le da la mano se toma el p
aun no se da por satisfecho y le cubre a uno de maldicione
contándole toda clase de defectos... ¡Ah, qué bruto he s
Innumerables veces se golpeó su alta y abombada frent
el recibimiento que había hecho a Karasyuk, y buscó en s

ría una rama firme que fuera lo bastante sólida para sostener, no ya a uno, sino a una docena de hombres sin romperse.

Gruñendo, se incorporó, deslizó sus enflaquecidas y amarillas piernas por un costado de la cama y se sentó en el borde.

—¡La tierra!—dijo clavando la vista en un rincón oscuro—. Por causa de la tierra el abuelo de Sutiagin, el príncipe Ermolof, azotaba a los campesinos. Por causa de la tierra los campesinos tiraron a los propietarios al Volga... Los campesinos no querían dejarse arrebatar la tierra, y por lo tanto—agregó doblando sucesivamente cada dedo como si estuviera echando cuentas—, todo proviene de la tierra y la tierra es la causa de todo.

En la intensidad de su meditación, su frente se cubrió de arrugas, sus labios temblaron y sus ojos se clavaron con mayor fijeza en el oscuro rincón.

—Y la tierra, esos ladrones, esos comunistas, esos socialistas, se la han quitado a los amos. ¿Y qué es lo que han hecho con ella? Se la han dado a los campesinos. Esos comunistas tienen dentro de campesinos, y por eso ahora Stepka es fuerte, y por eso...

Plakushchef se puso las botas y los pantalones y se sentó en el banco de la puerta... Después de cuarenta y un días la calle ofrecía un aspecto muy diferente. ¿Parecía más nueva o más vieja? Hasta los sauces del puente parecían más grandes y algo extraños, y los manzanos del huerto de Nikita Gurianof murmuraban y se reían unos con otros... Plakushchef volvió la cabeza, se tapó los ojos con las manos y se encogió en sí mismo, reflexionando profundamente.

Chujliaf volvió la esquina, por un momento se quedó mirando a Plakushchef como a un muerto resucitado, luego se adelantó despacio, se sentó a su lado y le dijo amablemente:

—¡Oh, Ilya Maximovich, qué estragos te ha hecho la enfermedad!... Muchas personas con más apariencia de salud han sido metidas en una caja... Tienes el pelo todo blanco.

Ilya Maximovich levantó la cabeza y miró gravemente a Chujliaf.

—Sí—dijo al fin—. Tengo todo el cuerpo devorado por la fiebre. Me duele todo, las piernas, la espalda, por dentro: es terrible.

86

Guardó silencio un instante y se quedó mirando a lo lejos.
—¡Ah, Yegor Stepanovich, nos ha salido mal el juego!
Yegor Stepanovich se quitó la gorra y la depositó en su hombro, de rodillas, gruñendo de disgusto, no podría decirse si por el sol de Kivayá o por la enfermedad de Plakushchef.
—Bueno—murmuró—; pero ya ganaremos.
Ambos guardaron silencio.
El viento levantó el polvo a lo largo de las calles, agitó las ramas jóvenes de los árboles y obligó a Shlenka, que en aquel momento atravesaba el puente, a inclinarse hacia delante para resistir su violencia.
—Nos hemos agarrado a una rama podrida, Yegor Stepanovich—dijo Plakushchef—. En fin—agregó encogiéndose de hombros—¿cómo va a saberlo uno?
—Sí—contestó Chujlaf vivamente bajando la voz a la altura de Shlenka—. Y ya han empezado otra vez con esa cooperativa. Ya han metido las azadas en Bruskí. Esta mañana he pasado por allí. He visto a Davidka, a Yakushef, a Mitka Spirin, a Nikolai y a Vanka, con todas sus mujeres. El único que no estaba era Stepka, pero también ha ido luego. Allí están todos trabajando como esclavos.

IV

Cuando el sol se ocultaba detrás de Balbashija, enviando oblicuos y dulces rayos sobre los pinares, y el ganado de regreso cubría de polvo las chozas de Shirokoye, los miembros de la cooperativa llegaron a la calle de Krivaya y se detuvieron a la puerta de Stepan Ognef entrechocando sus azadas y sus fiambreras.
—Bueno, escuchad—dijo Nikolai Pyriakin—; propongo que mañana nos reunamos todos en la tierra a la salida del sol, porque de lo contrario no estaremos listos antes de Nochebuena.
—Mucha prisa tienes, Kolya—repuso Ognef con una sonrisa—. Más vale que cuides de que no se te acabe el entusiasmo.
—¿A mí? ¡Yo voy a hacer más que todos vosotros juntos! Cuando vosotros estéis dando las boqueadas todavía seguiré apencando—dijo Nikolai golpeando la azada contra el suelo.

yo soy más fuerte que un caballo. Podré ser perezoso, pero soy que duro como el pedernal.

—No exageres—dijo Katya sonriéndole con aire de reproche—. ¡Duro el pedernal! ¡Deberíais verle cuando llega a casa! No puede más que sentarse y ponerse a gruñir.

—Y a mi hombre—dijo Elena señalando a Mitka Spirin—no se le puede levantar por la mañana ni con carbones encendidos. Esta mañana se puso a cuatro manos y no tenía fuerzas para levantarse... Decía que estaba como si le hubiera pasado una enorme roca por encima.

—Es un trabajo duro—dijo Mitka en voz baja, mirándose a los pies—. Es cien veces más duro que la siega.

—¿Duro? ¡Si no fuera duro, ya hace mucho tiempo que Bruski estaría en manos de alguien! Además, nunca es fácil conseguir nada bueno. Pero no puede uno por menos de sentir pena por las mujeres. ¿Por qué han de desgastarse antes de tiempo?

Los hombres miraron a Davidka Panof y luego a sus mujeres. En los fatigados ojos de éstas vibraba la alegría, como puede verse brillar un momento el agua a través de tupidas matorrales.

—Bueno, esperad un poco. Pronto tendremos arados y caballos. El soviet del distrito nos lo ha prometido. Estaremos las mujeres ya no tendrán que trabajar como ahora. Quedarán libres —dijo Ognef consolándoles.

—Sería magnífico conseguir los caballos—dijo Davidka—. Pero nuestros bolsillos están llenos de agujeros, o lo que es lo mismo, están completamente vacíos—agregó rascándose la calva.

—¡Ah! ¿Estáis ahí?—gritó Shlenka desde lejos—. Dicen que el maíz tiene ya un metro de alto en Bruski.

Al oír la risa de Shlenka, el grupo se apretó más. Por encima de todos sobresalía la cabeza de Ognef. La azada temblaba en sus manos. Sus labios se curvaron luego en un gesto de burla:

—¿Y tú, amigo, es que no vas nunca a los campos cuando haces más que repetir lo que dicen otros? Ya hemos visto lo que crece en tus sembrados. Están todos cubiertos de bollos, de bollos y de empanadas. ¿En dónde has aprendido a hacer eso?

—Tiene los bollos que le dejan las vacas—dijo riéndose Pyrikin—. Están allí desde el otoño.

—En tus campos andas metido hasta las rodillas en los ríos de los ruiseñ—le gritó Elena.

Oshinka, Shinka no replicó e inició la retirada.

—Mejor será que fueras a ver los campos sólo por una vez —le aconsejó Ogmel entre la risa general, volviendo la cabeza hacia el Volga.

Los otros siguieron su mirada, y luego se sentaron en el banco que había fuera de la choza.

Los mozos y las mozas del pueblo se habían reunido junto al Volga: los de Zavyalovoye en la colina del lado extremo de la calle de Krupivay, y los de la calle de Krivaya más cerca, en la vera de Stenka Razin.

Rodeada por un círculo de muchachos, Yashka Chujial estaba en la roca una diosa salvaje, con la cabeza al descubierto y el cuello de la camisa desabrochado. Parecía rebosar vigor juvenil. Nadie hubiera pensado que podría haber otra cosa en su mente: el muchacho no quería más que mostrar su exuberante vitalidad. Agitando la cabeza como un toro joven, empezó a cantar con una voz de bajo profundo y los otros se unieron, prolongando la canción. Las voces atipladas de las muchachas se elevaron más altas y el sonido general repercutió en la roca y se extendió sobre el Volga.

—¡Hurra, hurra! ¡Sigamos!—exclamó Yashka con los ojos fulgurantes.

Desde la colina llegó una explosión de risas. Allí se había Stenka Ogmel rodeada de muchachos y de muchachas. Hasta entonces había permanecido al lado de Peka Kataef, semejante en su vestido gris una lagartija cobijada bajo una mata, y a la vista de toda la calle de Krivaya había tejido una guirnalda de flores para la enorme y sedosa cabeza de Peka Kataef. Ahora se irguió repentinamente, irguió la cabeza y el círculo de muchachas se cerró a su alrededor. Pusiéronse todos a cantar sus voces corrieron sobre el valle para encontrarse con la canción del otro grupo.

En la placidez vespertina la canción, de notas altas y claras de las muchachas y llenas y valientes de los muchachos, se extendió por sobre la tersura de plata del Volga para perderse

el estruendo del golfo del Diablo. A veces, la voz de Stenka llegaba a los oídos de Yashka a través del valle de Krapivny. El pescador la había visto cogiendo flores para hacer una guirnalda a Peka Kataef. ¡Bah, era lo mismo! No le importaba. Ahora tenía a su lado a Zinka Plakushchef, una muchacha alegre y bien formada. Esta cantaba con voz cristalina y no miraba ni una sola vez al Volga, no: sólo miraba al cabello indómito de Yashka, a su ancho pecho y sus vigorosas manos.

—¡Hala, Zinka! ¡Más alto!—gritó Yashka con voz alentadora.

Bruscamente, los cánticos cesaron a ambos lados del valle, y sobre el rítmico rumor del Volga y el chapotear de los remos, resonaron dos voces: una voz aguda de muchacha y las notas altas y melancólicas de la voz de un mozo. En lo alto de la colina, iluminados de lleno por el sol, veíanse el vestido gris de Stenka y el ancho y oscilante torso de Peka Kataef.

—¡Yashka! ¡Yashka!—gritó Zinka.

Pero Yashka, saltando por encima de arbustos y de cercados, corría ya a través del valle hacia el lado opuesto. Los muchachos le siguieron. A su encuentro salieron los mozos de la colina y a los pocos minutos cruzábanse innumerables golpes en el fondo del valle. Los palos silbaban en el aire, los muchachos aullaban y gritaban...

Steshka franqueó corriendo el estrecho sendero que cruzaba el valle, abrió la puerta de su choza de un puntapié y sin poder apenas respirar se arrojó al cuello de su madre.

—Madre, madre, me he olvidado... de preparar el samovar.

—¿Qué dices? ¿Qué ocurre, Steshenka?

—¿Qué pasa?—preguntó Stepan penetrando en la choza.

—Nada, que le duele el pie. Lo tiene todo inflamado... ¡Vete de aquí! ¿Qué tienes tú que mezclarte en los asuntos de las mujeres?

Durante toda la noche, dando vueltas sin cesar en el ancho camastro, Steshka sollozó en silencio. Aturdida y excitada, trataba de decidirse entre Yashka Chujliaf y Peka Kataef.

Los Katais se habían llamado en otro tiempo Yashin y habían vivido en el mismo lugar en que Yegor Stepanovich erigió su magnífica casa después del fuego. Luego se habían trasladado a Znovnabenoye, en donde, insistía el abuelo Katai, la tierra era más adecuada para huertas y colmenas. Además, la aldea no era tan baja como la de la calle de Krivaya.

Allí, algo aparte de las viviendas de los demás, el abuelo Katai había construído su morada. Ello le llevó unos cinco años y la hizo por entero obra de sus mismas manos. La casa estaba construída de gruesas vigas de pino y los cobertizos y la cuadra de tablas de abedul reforzadas con arcilla. Para el tejado había tallado unas tablillas de doble cola, y encima de la puerta colocó una imagen de la virgen de Kazan, para que protegiera su morada contra todas las infortunios, contra el fuego, la epidemia y cuantos males inesperados pueden sobrevenir a un campesino.

Una numerosa familia habíase reunido en torno al abuelo Katai, nueve personas en junto. Y aunque no todas eran estrictamente de la misma rama, nadie podía negar que formaban una sola y creciente familia. Su hijo Zajar era fuerte como una montaña y los dos hijos de éste, Alexis y Peter, podían hacer más de lo que les correspondía cuando se trataba de trabajar o de divertirse. La joven esposa de Alexis era rolliza y dulce como la mermelada. Tenía dos hijos muy sanos que ya habían restregado la piel de la espalda del abuelo Katai. En cuanto éste entraba en la choza los chicos se subían a su espalda y le obligaban a jugar a hacer de caballo. Por su parte, la abuela Khrestia no pensaba aún ni por lo más remoto en irse a la sepultura. Hallábase encargada de ordeñar a las vacas por la mañana. Y de la mujer de Zajar, Varvara, no se pronunciaba una palabra mala en todo el pueblo. Era trabajadora, afectuosa, hospitalaria. Únicamente el abuelo Katai parecía haber empequeñecido en los últimos años como si fuera acercándose cada vez más a la tierra. La nariz de su cabeza parecía haber sido producida por una vaca que en un momento desdichado le hubiera arrancado el pelo de un

es extendían desde la frente hasta la nuca. Su barba era muy pobre, como la avena en una mala cosecha. Y sus ojos eran algo turbios, como el agua cubierta de una película de polvo. El abuelo Katai sentía frío hasta en el buen tiempo, pero, sin embargo, aun seguía manteniéndose firme.

—Los Yashins han muerto y han sido enterrados. Conmigo ha empezado una nueva familia, los Kataefs, y en mi casa yo soy el amo.

—Sin amo la casa está huérfana, en efecto—reconocía Zajar.

El abuelo Katai no reparaba en la sonrisa que asomaba a los labios de Zajar y de los otros, como si escucharan, no a un anciano de barba gris, sino a un niño de tres años. El abuelo proseguía:

—¿Cómo vais a comparar a los jóvenes de hoy con los de mi tiempo? En mi tiempo yo me ponía la ropa húmeda y me iba al cobertizo a trabajar con el hacha; así se me secaba la ropa. Pero los hombres de hoy no son así. Se ponen a trabajar en una cosa de hierro—Katai llamaba a todas las máquinas "una cosa de hierro"—, y ese hierro no es más que hierro, y sólo sirve para despertar la pereza. Sin embargo, debo confesar—agregaba rectificándose—, debo confesar que mis chicos no son así. Son trabajadores. Siguen mis pasos.

A veces, al atardecer, cuando algún visitante de Alai o de Nikolskoye pasaba la noche con los Kataefs y durante la cena se hablaba de la buena suerte de algunas personas, el abuelo Katai agitaba el brazo con aire de reproche y murmuraba con enojo:

—¿Qué estáis diciendo? ¿Qué hay en eso que sea de envidiar? Todas las cosas salen del trabajo. Pero hoy día todo el mundo quiere golosinas. ¿Qué hay que sea de envidiar? Cuando yo era joven...

En tales ocasiones Katai se ponía siempre a hablar de la fiebre que se apoderó de los campesinos de Alai, Nikolskoye y Shirokoye cuando el terrateniente Sutiagin comenzó a malbaratar sus inmensas posesiones forestales... Sí; de esto hacía ya muchísimo tiempo. Aleksa y Peka andaban todavía a gatas y Katai tenía la vista clara, y aun en el tiempo más frío andaba sin camisa. Sí; el abuelo Katai se acordaba muy bien de aquellos días. La venta

del bosque había sido anunciada en la primavera y a la mitad del verano muchos campesinos vendieron todo cuanto poseían, vinieron con sus carretas abiertas en la misma tierra y llevaron todo su ganado y el grano que había almacenado en dos años, y por tres mil rublos de plata compré a Sutingin seis decatinas de tierra.

En el otoño, las sierras empezaron a trabajar en el bosque de Sutingin, resonaron las hachas, los blanquecinos árboles se estremecieron y cayeron y las profundidades del bosque, en donde hasta entonces apenas había penetrado alguna fiera, se llenaron con los gritos de los campesinos. Durante el invierno, Katai y Zajar siguieron talando árboles, y en la primavera contrataron a siete tiritanes para que transportaran la madera por las aguas del Volga hasta Saratof. Luego se pusieron a arrancar los tocones.

—Eso es lo que yo llamo trabajar—decía Katai entusiasmado—. Nos ensalbamos tanto, que las piernas se nos quedaban tan tiesas como los troncos de los árboles. Pero no nos deteníamos. Nos quitábamos la camisa, nos escupíamos en las manos y, ¡adelante, muchachos, que por la noche habrá un vaso de vodka! Y seguíamos.

En aquellos tiempos el pueblo de Shirokoye olvidó que el abuelo había sido bautizado con el nombre de Vavil y empezó a llamarle Katai ("el incansable"). Al abuelo Katai no le disgustaba el apodo.

—Me lo pusieron por mi manera de trabajar, porque trabajaba tanto, que me quebré más de una vez y tuvieron que vendarme el cuerpo. Parecía revolvérseme todo por dentro. Así es como yo trabajaba...

A la primavera siguiente Katai sembró mijo en los campos, en el otoño guardó doscientos rublos en una caja de latón que en otro tiempo había contenido dulces. Al otoño siguiente la tierra se cubrió de una abundante cosecha de trigo, y al cabo de cuatro años Katai le susurró a Zajar: "Ya hemos empezado con el segundo millar, hijo mío, y tenemos cuarenta sacos de grano en el granero."

—Bueno—le decía el visitante—, usted ha trabajado y ahorrado, y luego ¿qué? ¿Cuál ha sido el resultado?

Al oír esto, el abuelo Katai se levantaba silenciosamente de la mesa, se santiguaba rápidamente ante la virgen de Kazan y se enfrascaba en su catastro. Los demás, en particular Khrestia, levantaban con presteza la mesa..., y la historia continuaba... Inesperada e imprevista, una tempestad pasó sobre los campos de Shirokoye. Cómo se inició el vendaval y de dónde soplaba es cosa que Katai no podría haber dicho. En el pueblo aparecieron personas extrañas hablando un lenguaje desconocido e incomprensible, y los campesinos que antes se contentaban con llevar zapatones bastos y con comer sopa clara, empezaron a enseñar a los viejos cómo se debía vivir. Luego la tierra fué repartida y todas las cosas quedaron patas arriba. La tierra que había sido comprada a Sutiagin fué repartida también, incluso los campos de Katai. Katai recibió una parcela de tierra en el barranco de los pinos. Esta había pertenecido a Chujlaf. Chujlaf fué tratado de la misma manera: se le asignó un trozo de tierra que había pertenecido a Plakushchef, en tanto que Plakushchef recibió una parte de la tierra de Mitri Zdorkin... No estaba toda en un solo sitio, sino esparcida en varias franjas sobre los campos de Shirokoye. A veces había que recorrer siete verstas sobre campos extraños para pasar de una a otra de las franjas que le habían correspondido a uno.

—Esto es un lío, es todo un lío, hijo mío. ¿Qué significa todo esto?

—Es la revolución, padre—le explicaba Zajar—. Significa que podemos vivir sin amos. Si se opone usted a ello puede perder la cabeza..., porque todo se hace por el pueblo.

—¿Por el pueblo? No entiendo, hijo mío. ¿Qué va a ganar el pueblo con que todo ande patas arriba? ¿Qué no hubiéramos podido hacer nosotros con nuestra tierra? Hubiéramos podido hacer cosas que habrían causado el asombro de todo el mundo, y ahora ¿qué podemos hacer? ¡Todo ha sido estropeado! ¿Crees que Stepka Ogneí o Shlenka se preocupan realmente de la tierra? ¡No! Cuando se trabaja en la tierra no hay que escurrir el bulto. Y a ellos, cuando vuelves a casa de los campos, les puedes ver

cepándose los ojos para que no les moleste el sol durante el viaje.

No hijo mío; han adquirido las costumbres de los señores. Una mezcla del abuelo de Sutiagin, del viejo Elgrai, que en paz descanse, y sangre! Porque le habíamos comprado a su hermano una parcela de tierra, y aunque le dimos el dinero quería recuperarla. Y la recuperó, y luego Sutiagin la despilfarró toda. Es como si alguna otra persona quieren aprovecharse de mi vida. La gente se pondrá furiosa y volverá todo patas arriba. Ya verá cuando le pongan dos kilos de pinjos y tendrá que alimentarse con la hierba del valle. Y luego, cuando se canse de mover la lengua, nos pedirán nuestra tierra y pondremos otra vez la tierra en manos de su amo..." Esa es la verdad, hijo mío. Eso es lo que habría acontecido hacer: eso es lo que yo le digo.

Cuando Katai oyó que los bolcheviques se llevaban el grano se llevó aparte una noche a Zajar y le susurró:

—¿No oyes ya nada, hijo mío? ¿Has oído? Se están llevando el grano de los campesinos, se están llevando su sangre. ¿No oyes ya nada?

Aquella noche carros extraños crujieron blandamente en el arrabal de Katai y hasta la aurora pudieron oírse las voces de los tártaros. El tan grato bullicio del granero para derramarse en los carros.

—¡Veinte rublos el saco! ¡Veinte rublos! ¿Qué te parece? En mi vida he visto nada semejante!—cuchicheaba Katai—. ¿De dónde sacarán tanto dinero estos tártaros? ¿Quién les dará tres rublos por el grano? No seas terco, hijo mío. Ahora tenemos reunidos unos tres mil rublos y con tres mil rublos un hombre puede vivir de brazos cruzados.

Transcurrieron días y años, lenta e incomprensiblemente para Katai. Los campesinos salían a los campos, las ruedas de los carros chirriaban. Los hombres las engrasaban con manteca y bían te sin azúcar. Andaban de un lado a otro, de modo [illegible] figuras grises cubiertas con ropas de confección casera.

Silenciosamente, Katai manoseaba el dinero en un rincón de habitación. Humedeciéndose los dedos, contaba los [illegible]

go. Después escondía la caja de latón debajo de una piedra y la tapaba con barro. Colocaba un montón de escombros en el rincón y todos los días examinaba el lugar para cerciorarse de que alguna mano extraña no había roto las telarañas.

—Padre—le apremiaba Zajar a veces—, compre usted algo con el dinero. Una ternera o cualquier otra cosa...

—¿Una ternera? ¿Por tres mil? ¿Has perdido el juicio? ¿O eres tú el que te has convertido en una ternera? ¿Hay alguna ternera de oro?

—Padre, no se haga ilusiones—le contestaba Zajar irritado—. Ya sabe usted que hoy día el dinero tiene muy poco valor. Allí tiene usted, una caja de cerillas cuesta cien rublos.

—¿Cómo? ¡Ah, sí, ya sé, ya sé!—Katai se restregaba la nariz—. En estos tiempos, hijo mío, vivimos al borde de un precipicio. Está pasando algo terrible. La tierra ha sido toda desmenuzada, los graneros están vacíos, y ahora la has tomado con el dinero. Ya no vale nada. Pero, créeme, ellos se estarán llenando bien los bolsillos. El campesino es tonto, se dirán; es fácil arrojarle polvo a los ojos; no es más que un borrico. Vamos a esperar, hijo mío, vamos a esperar, y después..., por tres mil rublos compraremos una magnífica parcela y tendremos abejas otra vez, muchas abejas.

Después de esto el abuelo Katai no habló una palabra a nadie acerca del dinero, pero el pensar en ello le hizo envejecer. Cuando vió que las paredes de la choza de Nikita estaban empapeladas con billetes como los que él había escondido en la caja del rincón, cedió por fin y por los tres mil rublos le compró a Petka Kudeyarof un par de zapatos para su mujer. Además del dinero tuvo que darle a Petka una hogaza entera de pan. El pan fué contado como dos millones de rublos y los tres mil fueron, por así decir, agregados como para completar el peso. Cuando recibió el pan y el dinero, Kudeyarof salió a la calle, arrojó al aire los "billetes del zar" y gritó:

—¡Aquí está lo que Katai ha estado ahorrando toda la vida! ¡Y yo lo arrojo ahora al viento!

¿Cómo iba a poder un hombre hablar de estas cosas? Sólo el pensar en ellas bastaba para revolverlo todo. Katai yacía en el

taba junto al fogón. A la puerta se hallaban las zapatas de abuela. Una de ellas tenía desprendida la suela. Las zapatas de *tas hechas de cortezas de abedul prensada.*

—¡El cochino!—murmuró Katai calladamente—. ¡Como *se hubiera podido ponerles una buena suela! Eso no se hace*

Suspirando profundamente se levantó del banco *papel.*

Era por la mañana. Pronto llegaría el mediodía, prueba *para mañana, domingo de Pascua.* La choza estaba vacía.

—*Todo el mundo está trabajando y yo sigo aburrido aquí.*

Katai sabía que Zajar no había olvidado el dinero ni los *patas.* Sabía también que desde que había comprado las zapatas había perdido su autoridad sobre los muchachos de su familia. Ya *de le tenía ya.* Se habían olvidado de reservarle el lugar de *cado en la mesa y a Katai se le figuraba que no tenía ni que decir una palabra equivocada o dar un traspié para que la la hicieran un amargo reproche.*

—*¡Viejo patanes!*—le decía—. ¿Para esto nos hemos desarrollado las entrañas arrancando las raíces? ¿Todo ese trabajo por *par de zapatas? Ahí las tiene usted, cójalas. ¡Por eso es por lo que hemos sudado sangre!...*

No; era preferible morir sin reproches, morir trabajando.

Estirando sus rígidas e inseguras piernas, Katai arrastró *desnudos pies por el sucio suelo y salió al corral.*

Las chozas dormían y parecían estremecerse a través de la bruma. Dos cerdos yacían en un charco del corral y las agudas voces de los niños que juguetcaban junto al río llegaban hasta sus oídos.

—Arrancaré algunas cortezas—decidió Katai—. Me parece que las botas de Zajar están todas rotas y las de Lekan también necesitan un remiendo...

Cogió un pedazo de cuerda de un rincón del corral, se lo puso sobre el huesudo hombro y se encaminó lenta y trabajosamente a través de la huerta hacia el macizo de árboles.

VI

Katai caminaba por el descampado, arrastrando los pies por la hierba verde y seca. De cuando en cuando, se rascaba la cabeza. A veces se detenía a tomar aliento y a contemplar a la gente en los campos y luego proseguía su camino. Cuando hubo pasado el calvero y el bosque de abedules, divisó a Yashka Chujlaí, que estaba arando su campo.

—Sólo dos surcos más y habrá terminado—pensó Katai.

En voz alta exclamó:

—¡Que Dios te ayude, Yashka, amiguito!

—No estaría mal que viniera a andar por los surcos y, a ser posible, con los pies descalzos. Eso sería una ayuda.

—¿Cómo?—dijo Katai levantando la cabeza—. ¿Cómo?

—Digo que por los surcos—contestó Yashka recalcando cada sílaba—. Que anduviera él por los surcos mientras yo descansaba un rato bajo los árboles. Está muy bien eso de que le ayuden a uno desde el cielo.

Katai agitó las manos en el aire y pensó: "¡Qué clase de gentes hay hoy día! Riñen con todo el mundo. Riñen con Dios y con los viejos."

—¿Cómo va la tierra pelada, abuelo? Dicen que ha prometido usted una buena cosecha en el río Jordán.

Katai no reparó en la ironía de sus palabras. Se dió una palmada en la cabeza y se puso al paso de Yashka.

—Marcha muy bien—dijo—. Ha sido hecha así...

—El viento sopla muy fuerte. El campo tiene una corteza de un dedo, y fíjese qué polvo... ¿Y qué dice usted de la tierra pelada? ¿Cambiará?

—¡Oh amigo mío, tú eres aún muy joven! Es difícil explicártelo todo. ¿Cómo podría hablarte claramente? La suerte del hombre está decidida, uno aquí, otro allí... Todo el mundo sigue su propio camino. Está escrito en el libro del cielo.

—¿Cómo está escrito en el libro? ¿Con lápiz o con tinta?

—¿Qué? Sólo Dios sabe...

—¿De veras? Pues en nuestro soviet, si ya usted a Manda

a pedirle una cosa a cualquier cosa, tiene que estar segura
cida: el tipis no sirve.

Los labios de Yashka temblaban bajo la risa contenida. Ka
Katai no hizo más que arrugar su ancha frente de cera.

—Ji, todo está ya decidido—Katai guardó silencio un
nuto—. Todo esto viene de reñir. Todo el mundo ande a la pa
a ésto se el castigo.

—¿Qué quiere usted decir?—dijo Yashka riéndose.

—El castigo viene por vosotros—dijo Katai señalando al cu
—Por eso no como nada si hay pan... Por vosotros, y los ba
ños también por vosotros...

—¡Oh! ¿Luego todo es por nosotros? Bueno, estoy de acu
do. Pero dígame: ¿nosotros dependemos de ustedes o de los
gatos?

—¿Cómo? No te oigo. Dilo más fuerte.

—Que si dependemos de ustedes o de los gatos.

—Hombre, no cabe duda que de nosotros y no de los mos
—Pues entonces, ¿qué pecados han cometido ustedes p
que Dios los mandara a nosotros? ¿Qué maldades han come
do ustedes antes de que nosotros viniéramos al mundo?—d
Yashka riéndose suavemente.

—Eso es lo que yo no acabo de comprender...

Yashka soltó una gran carcajada y exclamó:

—Puede que Dios nos mande a nosotros todos estos tra
nos por nuestros propios pecados. Nos está bien empleado l
debemos pesar. ¡Pero ustedes! ¿Por qué se han pasado la vi
sin atreverse a hacer nada?...

Katai se restregó el muslo y bajando la cabeza replicó antes
que Yashka pudiera terminar:

—No te lo sé explicar. No lo entiendo. Estoy seguro de q
es por algún pecado, pero el qué y el cómo...

Katai echó a andar murmurando para su adentros: "Le pr
guntaré a Zajar cuando vuelva." Dirigiéndose a Yashka e
clamó:

—Le preguntaré a Zajar. El está bien enterado. Ti sa
cabeza demasiado vivo para mí.

Yashka se echó a reír.

—Si las cosas marcharan con arreglo a mi cabeza yo estaría en la cumbre. Estaría en el Comité Ejecutivo. Eso es el lugar que me corresponde...

VII

La endeble y encorvada espalda del abuelo Katai desapareció más allá del claro. Yashka sacó unos pepinillos y un pedazo de pan de una bolsa gris, partió el pan en pequeños pedazos, los depositó en el suelo y vertió un poco de agua de un jarro en un plato.

Empujó a un lado la comida, dejó caer la cabeza como un girasol troncbado y con la cara entre las manos, apoyados los codos en el suelo, dejó vagar la vista en torno suyo.

Al pie de Balbashija un pastor conducía un rebaño entre una nube de polvo a abrevar a la fuente. Un pájaro se cernió sobre el campo en busca de presa. Yashka se quedó mirando al ave largo rato y desazonados pensamientos surcaron su mente. Kirka Zhdarkin había regresado aquel día del frente. Ya antes de partir era un sujeto extraño, alto, desmañado, escrofuloso, con la cara de un tinte azulado. Los muchachos no querían mirarle, los niños le llamaban lombriz. Ahora estaba de vuelta, vestido con uniforme de soldado y llevando una cinta roja en el pecho, a cuya cinta se hallaba prendida la Orden de la Bandera Roja. Parecía haber crecido todavía más y su voz sonaba como hierro batido. Nada más llegar, dijo que todos los habitantes de Shirokoye eran unas acémilas. De Yashka dijo que era un buey, un haragán y un pendenciero que no valía para nada. En otros tiempos Yashka le hubiera dado una buena somanta. Ahora no pudo hacer más que rechinar los dientes y murmurar.

Desde la pelea en el valle de Krapivny, Yashka se había vuelto efectivamente violento y pendenciero. Todas las noches se emborrachaba con los otros mozos del pueblo. Luego se reunían en la carretera, detenían a los caminantes y les obligaban a volverse o a dar un rodeo. Robaban gallinas, les arrancaban las plumas y luego las dejaban sueltas por las calles. Aterrorizadas, las gallinas corrían de uno a otro lado perseguidas por los gritos. Ultimamente

los jóvenes campesinos habían arrancado la valla del huerto de Nikita Gurianof y la habían tirado al río. A la mañana siguiente Nikita fué a quejarse a Yegor Stepanovich.

—¿Los has visto tú mismo?—le preguntó Yegor Stepanovich.

—No; yo no los he visto. Pero todo el pueblo dice que lo ha visto. Y además era una valla nueva.

—Ya sabes que si a un hombre no se le sorprende no se le cree.

—Sea—dijo Nikita—, pero convendría que tuvieras más cuidado.

—¿Que tenga cuidado? Eso está muy bien; pero ya tiene uno que mirar por el mismo y para mirar por los demás hacen falta más de dos ojos.

Cuando se hubo marchado Nikita, Yegor Stepanovich dijo: "Tenemos que casarle. Una mujer acabará en seguida con todas sus locuras."

Con este pensamiento en el mugín abordaba continuamente a Yashka. Un día, cuando se hallaban cargando el carro en el granero, preparándolo para el molino, Yegor Stepanovich le dijo dulcemente:

—He oído que todos tus compañeros se disponen a casarse. Todavía no se les ha secado en los labios la leche de su madre y ya hablan de casarse. Parece que es la costumbre de hoy.

—Yo no se lo he preguntado.

—Pero, hijo mío, ¿por qué hablas así a tu padre? Después de todo no tienes un centenar de padres: sólo tienes uno y yo sólo tengo un hijo. Somos sólo dos en todo el pueblo y debemos estar unidos... Las personas extrañas siempre querrán quitar algo...

Después, cuando el carro estuvo cargado, Yegor Stepanovich, quitando un gusano del manzano que había junto al granero, dijo con aire despreocupado:

—¿Y tú? ¿Has pensado también en casarte? ¿No te parece que es un poco pronto?

—No pienso hacerme fraile.

—Claro que no. ¿Por qué has de hacerte fraile? Un mugín es como una espiga vacía: se mueve bajo el viento, pero no

Steshka!

para nada, ni a Dios ni al hombre. Eso es lo que yo creo. No está más que para preocupar a la gente. ¿Y quién es la afortunada muchacha?—agregó volviéndose bruscamente hacia Yashka.

En cualquier otro momento Yashka no hubiera revelado sus pensamientos secretos, pero ahora hervía en él la cólera. Comprendiendo la finalidad que perseguía su padre, quiso decir algo que le hiriera.

—Steshka Ognef.

—¡Oh!—exclamó Yegor Stepanovich—. Déjate de bromas. Te estoy hablando en serio y mira cómo me contestas.

—No es ninguna broma. Usted me ha preguntado y yo le contesto.

—¿Te has vuelto loco?—gritó Yegor Stepanovich—. ¿O te ha sorbido los sesos el alcohol?

—Por el contrario, los tengo mejor que nunca.

—Más vale que te saques esa idea de la cabeza. En esta casa necesitamos alguien que sea de nuestra misma clase.

Y blandiendo los brazos, Yegor Stepanovich penetró en su vivienda.

VIII

El sol ardía abrasadoramente y la tierra devolvía su calor. Vapores y barquichuelas remontaban y descendían el Volga. Cuando las embarcaciones pasaban unas junto a otras la gente que se hallaba a cubierta agitaba las manos. Las olas lamían las arenosas orillas.

Cerca del río, en la parte elevada del ribazo, que sobresalía como un gigantesco puño crispado, los miembros de la cooperativa rural se entregaban al reposo de mediodía. Hallábanse tendidos a la sombra de los abedules, gruñendo y roncando y hasta maldiciendo a veces en sueños.

Bajo un abedul apartado de los demás, con la cabeza tapada en un saco de hierba, yacía Steshka enroscada como una serpiente. El sueño no quería acudir a sus ojos: tenía la cabeza demasiado llena de otros pensamientos. Contemplaba el Volga, la azulada lejanía de las estepas, los vapores.

—Hoy es sábado—pensaba—. Mañana será domingo... Domingo de Pascua. Mañana las mozas y los mozos irán de visita al valle de Dolliny... Allí le veré... Es casi seguro que ¿Vendrá?...

Steshka cerró los ojos. Una cosa le preocupaba—a no ser que en realidad más paciencia—: el rumor de que Yashka ya no está de a las reuniones vesperales porque se disponía a casarse con Zinka Fiskovchchef. Se estaban haciendo todos los preparativos. Su padre le había cortado las alas.

Este pensamiento le quitaba el descanso a Steshka.

—¿Será verdad? ¿Podrá casarse de veras con Zinka, vivir con Zinka toda su vida?

Cuando los aldeanos regresaban por la noche a sus casas, Yashka pasaba por su lado en su carro tirado por dos caballos. Steshka se estremecía y se quedaba mirando cómo se alejaba la ancha espalda de Yashka.

El día siguiente era domingo de Pascua. Steshka estaba decidida a verle.

—Le preguntaré si es verdad lo que dice la gente. A no ser que Pelu Kataef se ponga por medio... Pero le diré que se vaya con otra chica.

Steshka se preguntaba cómo lograría vencer el dolor, el atroz estremecimiento que se apoderaba de todo su cuerpo cuando veía a Yashka, cómo podría hablarle sin atraerse una negativa...

—Duerme, Steshka, duérmete. Tienes que descansar—dijo Ognef poniéndose en pie—. Me voy allí. Si ocurre algo llámame...

Stepan Ognef tampoco podía dormir: tenía el espíritu lleno de pesados pensamientos. No acababa de comprender lo que ocurría.

—La cosa no ha hecho más que empezar. Estamos todavía en la primera etapa. Nos hemos hecho cargo de la tierra y está cubierta de piedras rojas y de hierbajos. En cuanto al grano... todavía nos falta mucho que andar; pero los asociados caminan tan de prisa como los burdos zapatones en los pies del pobre

Yasnika. Apenas pasa una semana que no necesite otro par. Lo mismo ocurre aquí. Mitka Spirin se ha ido, Garasska se ha ido... Vienen a probar y luego se escurren. Y detrás de todo está el viejo de hierro, sólo que lo hace a la chita callando. Tira la piedra y esconde la mano.

Ognef sabía que Spirin estaba segando heno para Chuftaf del otro lado del Volga, y a cambio Yegor Stepanovich iba a arar el campo de Mitka. Garasska estaba trabajando para Marbel Bykof. Yegor Stepanovich se los llevaba de la cooperativa con mendrugos de pan, como si fueran perros hambrientos.

—Mira, Stepka—le había dicho Panof aquella mañana—, los hombres no son fáciles de manejar. Tenemos que trabajar unidos, sostenernos unos a otros. Espera a que hayamos pasado el primer trago amargo y ya les enseñaremos de qué madera estamos hechos.

Las palabras de Panof le habían reconfortado. También estaba contento porque Nikolai Pyriakin estaba entregado con alma y vida a la empresa. Cuando Nikolai había ingresado en la cooperativa, Ognef pensó: "No va a servirnos más que de adorno. Andará uno o dos días por aquí, y luego volverá a marcharse a Moscú." Pero no; estaba entregado a la labor con todo entusiasmo.

—Sí—murmuró Ognef arrojando al Volga con el pie pedazos de yeso del peñasco—. Eso es lo que quisieras hacer conmigo. Aplastarte y tirarte al fondo del barranco... Pues bien—agregó después de una pausa—, quiere decirse que hay que ser el más fuerte y no dejarse pisotear. Así no le podrán tirar a uno al abismo.

Ognef enderezó su flaco torso y se pasó los dedos por la desgreñada barba. Sus ojos vagaron por las estepas, sobre los pueblos esparcidos a lo largo de las orillas del Irghiz.

—Tenemos que luchar enérgicamente, con todas nuestras fuerzas—exclamó en voz alta.

Oyó a sus espaldas suaves pisadas y el sonido de un palo que golpeaba la caliza superficie de la roca. Ognef se volvió: a dos o tres pasos de él se encontraba Yegor Stepanovich.

—Estaba escuchando—dijo—, y he oído que alguien decía: "¡Tenemos que luchar!" ¿Quién es el que iba a luchar? Y resul-

la que ese sí. Mire—agregó señalando con su vara hacia la es
la orilla del bosque—, fijate cómo siegan el heno y lo apil
sin. ¿Y cómo pueden aquí? En mis campos...

Qué pensaron silenciosos.

—¿De qué se trata, Stepka?—preguntó Chuflaf acercándo
se y mirando ligeramente—. ¿Debe pensando en morir si fa
ta cooperativa? ¿Es eso lo que le preocupa, eh?

—¿Por qué se burla?

—No me burlo—contestó Chuflaf con tono arisco—. Pero le
ne le he dicho muchas veces: deja esto. Te lo vuelvo a decir
dejalo. Sólo conseguirás arruinarte. He estado mirando todo es
dador: ¿qué es lo que habrías sacado para el invierno de tus
vuestro trabajo? Nada más que basura.

—Bueno, ya veremos. Ya veremos quién es el que se arrui
y quién es el que saca basura.

—¡Dejalo, hombre!—le gritó Chuflaf a sus espaldas—. Deja a
hombre de su ensañamiento. El pueblo va a tener que darse a
bajo de alpargata para librarse del contagio.

Satisfecho de su broma, Yegor Stepanovich se echó a reír a
carcajadas.

—¡Eh, camaradas, arriba!—exclamó Ogniof encaminándose a
los obreros—. ¡Ponerse de pie, que ya es hora de trabajar! Den
tro de poco se va a quitar el sol.

Solícitos, de mala gana, los miembros de la cooperativa se
levantaron, haciendo sonar las azadas contra los arados, y echaron
a andar hacia Brunski.

El viento soplaba y la tierra exhalaba su calor.

En Brunski, muy cerca del río, y junto a la tierra comunal,
pusiéronse a trabajar con sus arados, arrastrados por vacas
por los mismos miembros de la cooperativa. Ogniof, Stepka y Pa
nof marchaban los primeros arrastrando un arado que habían
cho ellos mismos; detrás, iba extendiéndose un estrecho surco
través de las enmarañadas raíces. Siguiéndoles, con su arado
trado solemnemente por una vaca parda, avanzaba Nikita
vantando el polvo con los pies. La vaca andaba despacio
nada la cabeza de lado para mordisquear la hierba, mu
tristemente como si hubiera perdido su ternero.

—¿Qué andas comiendo todavía?—gritó Nikolai—. ¿Aun no comes bastante?

Y para sus adentros agregó: "¡En qué agujero nos hemos metido! Nos estamos martirizando y martirizamos el ganado. Abrimos el suelo una vez y luego tenemos que volver a ararlo, y otra vez lo mismo... ¡Qué martirio!"

Por añadidura, a Nikolai ya no le quedaba harina. Al salir aquella mañana de la choza Katya le había dicho:

—Se ha acabado la harina.

Nikolai la había reñido; pero ¿era culpa de ella que no quedara más harina? A Nikolai le daba pena su mujer. De muchacha, Katya había sido rolliza y sonrosada. Unos tres años después de su casamiento con Nikolai empezó a adelgazar y a perder sus colores. Ahora le sobresalían las paletillas al andar.

De año en año, Nikolai esperaba que Katya volviera a ponerse sonrosada y rolliza, que recuperara su sonrisa encantadora. Estaba convencido de que esto llegaría a ocurrir y muchas veces le decía:

—Bueno, ¿cuándo vas a dejar de parecer un pajarito muerto de hambre? Procura engordar algo.

—¿Qué voy a hacerle yo?—respondía Katya bajando la cabeza—. Yo...

—¿Que qué vas a hacerle? Fíjate en las demás...

—Las demás son las demás. Es muy distinto...

Nikolai se encolerizaba, la regañaba y la gritaba. Katya se ponía a sollozar dulcemente.

Siempre ocurría lo mismo. En casa la regañaba. Cuando estaba fuera se le pasaba la ira y sentía pena de Katya.

—Cuando vaya a casa seré bueno para ella—pensaba—. Le diré: "No te enfades conmigo, no es culpa mía."

Sentía pena de Katya, una pena tremenda.

—¡Kolya!—gritó Ognef—. ¿Adónde te has ido?

Nikolai volvió en sí.

La vaca se había desviado hacia los verdes matojos. El surco corría tras él en dirección contraria a la que debía haber seguido.

—¡Só, cochina vaca!—gritó Nikolai parando al animal—. ¡Siempre estás pensando en engullir, mal bicho!

Sin dejar de mugir lastimeramente, arrastrando muy despacio

las flacas patas, la vaca parda volvió a la senda que le ofrecía. El trío había trazado dos surcos: los hombres los dejaron atrás y les quemaban del sol del tiro.

—No apuresse—dijo Ognef animando a sus dos compañeros y mordiéndose los labios de dolor—. Todo lo bueno se consigue a fuerza de sudores, y lo que hay aquí de bueno tenemos que conseguirlo. Aunque hay que tener paciencia.

Los otros guardaron silencio. En silencio siguieron arrastrando el arado con la cara vuelta hacia el sol, que se hundía, duro y rojizo pulverizado, detrás de los tilos. Más allá de los árboles circundaba el valle de Dolliny y en el valle anidaban los aveilanos y las arcaumeras, con sus ramas entretejidas como encaje.

—¡Kirka Zhdarkin!—dijo de pronto Davidka tocando a Ognef en el hombro.

Kirka avanzaba lentamente a lo largo del camino. Sus pies se movían pesadamente como si transportara a sus espaldas un saco de harina de cien kilos. Llevaba arremangada una pernera del pantalón, que dejaba al descubierto una pierna velluda. La otra estaba en pie descalzo. A juzgar por su ropa y por las salpicaduras de barro de su cara, era evidente que Zhdarkin venía de trabajar en un barrizal.

Al acercarse a los campesinos que trabajaban en Brusté bajó precipitadamente la pernera del pantalón y saludó con la cabeza al pasar por enfrente de Steshka.

—Deberíamos conquistarle—cuchicheó Davidka poseído de admiración mientras contemplaba la musculosa figura que se alejaba—. Es un caballo, no un hombre. No; no le llames—agregó viendo que Stepan iba a gritarle algo a Zhdarkin—. Vete tras él y búscale las vueltas. Procura traerle con nosotros.

—Pero tenemos que arar.

—¿Arar? Ya se está poniendo el sol y nosotros dos podremos arreglarnos, ¿verdad, Steshka?

Steshka apartó la vista del camino y asintió.

—¡Hala, vamos nosotros dos solos! ¿No somos como cabales? Y tú, Stepan, vete corriendo.

IX

Ya en las eras Ognef dió alcance a Kirka Zhdarkin. Al principio hablaron del frente. Ambos habían tomado parte juntos—los dos como comandantes rojos—en el ataque contra los blancos en Perekop y en esta ocasión habían podido conocerse a fondo. Hablaron de sus amigos mutuos, entregándose a los recuerdos.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer ahora?—preguntó Ognef.

—¿El qué?—dijo Kirka con una ancha sonrisa—. Mi casa está toda hecha trizas. Tengo que construirla otra vez. Me han dado un trozo de tierra junto a la isla de la Vaca. No es más que un lodazal, una deciatina. He pensado poner allí una huerta.

Kirka pasó a hablar de cómo había sido hecho prisionero durante la marcha sobre Varsovia, siendo internado en Alemania. Allí había conocido a un agricultor alemán que obtenía más en tres deciatinas de tierra que cualquiera de Shirokoye. Kirka habló del agricultor alemán con el mismo entusiasmo con que había hablado de la heroica batalla de Perekop. De pronto, reparó en la tenue sonrisa de Ognef, e interrumpiendo su historia, dijo sencillamente:

—Quiero hacer que ese maldito pedazo de tierra sea de alguna utilidad al Estado. Quiero enseñar a los campesinos lo que la tierra les puede dar realmente.

—Está claro—dijo Ognef—. Está muy claro lo que quieres hacer.

Por el tono en que fueron proferidas estas palabras Kirka comprendió que Ognef no estaba de acuerdo con sus proyectos ni tenía confianza en sus intenciones.

—¿Crees, tío Stepan, que no quiero más que arramblar con las cosas para mí? No lo pienses.

Kirka se puso a convencerle a Ognef de la sinceridad de su deseo de apartar a los campesinos de su sistema primitivo y ruinoso y enseñarles la estupidez de su actitud para con la tierra.

—Nuestros campesinos quieren ordeñar la tierra como a una vaca; la ordeñan año tras año, pero nunca la alimentan.

Los dos hombres bajaron al valle de Krapivny, atravesaron

la isla de la Vaca y llegaron a la puntarena parcela de Kirka. E
lugar había estado en otro tiempo plantado de abedules, pero
unas ventiscas sobre el suelo. A un lado veíase un montón
de troncos, entre un cúmulo de raíces; Kirka los había arrancado
ya de la tierra.

—Ahí han llevado quince días; son cinco—dijo Kirka, sin
mirarlo.

Ogmef se rascó la oreja y suspiró.

—¿Sabes lo que estás haciendo, Kirill?—dijo—. No; no te
interrumpas. Déjame hablar. Te conozco muy bien y sé que te
estás haciendo esto por ti mismo. Si quisieras eso podrías encon-
trar un sitio mejor que éste. Aquí no vas a sacar gran cosa.

Kirka se restregó el barro que se le había secado en la cara y
se quedó mirando a Ogmef estupefacta.

—Yo creo—prosiguió Stepan—que debemos marchar de aquí
de con nuestro gobierno y con el Partido. Debemos trabajar y
luchar en ello para poder experimentar alegría en nuestro tra-
bajo. Pero aquí tú no vas a encontrar ninguna satisfacción. ¿Por
qué me miras así? No; aquí no encontrarás ninguna satisfacción,
Kirill, porque lo que quieres hacer es lo que ya se ha hecho en el
pasado y lo que se está haciendo todavía. Y nosotros luchamos
por que eso no sea. Fíjate, por ejemplo, en el comerciante Mi-
gunchik. Ese entiende el negocio mucho mejor que nuestras coo-
rativas. Pero, sin embargo, todos nosotros estamos por las coope-
tivas y no por Migunchik. Y tú, por lo que veo, quieres ser un
Migunchik de la tierra.

—¿Qué es lo que dices? Nunca se me ha ocurrido nada pa-
recido.

—¿De veras? Así sucede muchas veces. El hombre pien-
una cosa y luego resulta todo lo contrario. Fíjate en Tokarev.
Se creyó que iba a darnos un ejemplo, y ¿qué es lo que ha pa-
do? Pues que Karasyuk le arrancó un pedazo de barba. Así
resultan las cosas a menudo.

Kirka soltó la carcajada. Su risa irritó profundamente
Ogmef. Le entraron ganas de imprecarle como solía impreca
desertores, pero se contuvo y prosiguió vivamente:

—Pronto te pesará y pensarás de otra manera. Porque

ras tú sigas aquí en este charco arrancando las raíces una por una sólo para ti y enriqueciéndote, nosotros te habremos sacado una gran delantera. Y tú no eres de los hombres que se sienten felices sólo por ser ricos. Tú no eres un hombre aislado de la humanidad, y cuando veas que tú mismo te has separado de ella lo lamentarás. Te vas a la batalla montado en un palo, no en un caballo. ¿Y de dónde has sacado tú que nuestro Estado considere útil y esencial que tú y yo y la gente como nosotros arranque tocones de árboles, trabajando cada cual por su lado?

—Pues yo creo—contestó Kirka completamente pálido—que el que ha de sentirlo pronto vas a ser tú. Ya se te está marchando la gente.

—¿Sí? También en el frente se nos marchaban algunos hombres; pero, sin embargo, hemos triunfado. Se van algunos hombres, pero otros vienen a reemplazarlos.

—Espera y veréis—replicó Kirka.

Y agachándose, hundió su palanca bajo el tocón de un abedul. A Ognef se le figuró que había algo de común entre Zhdarkin y la palanca, pero no hubiera podido decir el qué. Mientras subía por la colina pensó: "¡Cuánto le queda aún a Kirka del viejo campesino!"

Al torcer por la calle de Krivaya vió a Yegor Stepanovich Chujliaf barriendo su corral. Ognef apretó el paso.

—¡Hola! ¿Has estado hablando al alemán?—le gritó Chujliaf con el semblante contraído por una sonrisa—. No sabe hablar más que el alemán.

Ognef no contestó.

—¿Qué diferencia hay entre esta acémila y Kirka?—pensó dirigiéndose hacia su choza—. Y después de todo, ¿no tendrá razón Kirka?—se dijo luego, asaltado un momento por la duda—. Puede que sea verdad que yo no vaya por donde es debido.

Unos días antes había sido convocado al Comité de distrito del Partido y había sido invitado a hacerse cargo del Departamento agrícola del distrito. Ognef había rechazado rotundamente el ofrecimiento. Tal vez hubiera hecho mal en rehusarlo. Miró a su ruinosa choza y se imaginó un piso limpio y confortable en la ciudad, una mesa cubierta de hule verde en el Departamento agrícola y

a Pashka enviada con lindos vestidos de la capital... Pasó Shishkova, en sus chanas desfiguradas, en sus enfloquecidas y fe... nadas campesinas, dispuestos a atacarse unos a otras a cada mo... mento por un pedazo de pan... Se echó a reír en voz alta y abri... se puerta...

X

—Mañana es domingo de Pascua.

Yegor Stepanovich fué el primero en todo el pueblo en barre... su corral y sacar la basura a la calle, en decorar su casa con ra... mas verdes y esparcir arena amarilla por el suelo. Cuando hubo terminado se sentó en el poyo de piedra rojiza.

—Son unas personas, eso es lo que son.

Maldiciendo con toda su alma Shlenka llegó por el callejón.

—¿Qué ocurre?

—¿Que qué ocurre? Pedunof me ha llamado para lo de los impuestos.

—¿Qué impuestos?

—Quieren que vaya a cortar leña para la estufa de la escuela. Por mi parte me tiene sin cuidado que no tengan estufa... A mí me importa un comino. Pero va y me dice: "Tú estás viviendo en una comunidad y tienes que hacer tu parte del trabajo." "¿A esto le llamas vivir?—le he dicho yo—. Pues me iré al bosque y cavaré una cueva y viviré allí." "Y te iremos a buscar allí también"—me ha contestado. ¿Qué es lo que voy a hacer?

—¿Por qué vas a escaparte al bosque? Tú tienes que construir aquí tu vida.

—¿Cómo puede un hombre construir aquí su vida? Aquí no hay nada que comer.

—Sí, claro—dijo Chujlinf con indiferencia poniéndose en pie... par de puds, eh? ¿Tienes? Ya te los devolveré... Después de siega.

—¡Oh!—exclamó Yegor Stepanovich apretándose de repente vientre—. ¡Oh, qué maldito! ¡Cómo me duele el vientre!

Echó a correr a través del corral; pero otra idea euroó su espíritu: "Acaso valiera la pena de darle la harina. Podríamos ponerlo de nuestro lado. Podría sernos útil." En voz alta exclamó:

—Espera un momento. Espera que se me pase un poco. Me ha dado un dolor terrible en el vientre.

Permaneció breve rato lejos de la vista del otro y luego regresó.

—Bueno, también a mí se me está acabando la harina, me duele decirlo... Pero es mi deber ayudarte si estás en un apuro... Tenemos que repartirnos las cosas... Pero no se lo digas a nadie: no quiero que la gente crea que tengo toneladas de harina. Anda, ven.

Empujó a Shlenka con un dedo y miró a lo largo de la calle. Esta apenas resultaba visible a través de las nubes de polvo. Los campesinos de Shirokoye estaban barriendo sus corrales, decorando las paredes con ramas de abedul y esparciendo arena amarilla.

Yashka pasaba por junto a la casa de Stepan Ognef en un carro tirado por dos caballos. Steshka bajó de un salto del carro sonriendo y agitando sus gruesas trenzas.

—Mañana vendré si quieres—le dijo Yashka, y fustigó a los caballos.

Yegor Stepanovich se quitó la gorra, volvió a ponérsela y permaneció a la puerta. Su ceja izquierda se contrajo como la cola de un pez moribundo. Extendiendo sus brazos como para parar un golpe, le gritó a Yashka:

—¡Yo mismo cuidaré de los caballos! Puedes marcharte.

Abrió la puerta vivamente y agregó:

—¡Puedes marcharte y que mis ojos no vuelvan a verte!

—¿Adónde voy a ir?—dijo Yashka todo perplejo.

—Vete a casa de Ognef—bisbiseó Yegor Stepanovich—. Vete a casa de Ognef. Es de tu calaña. Ya estás ahuecando.

Los caballos atravesaron el corral y se pusieron a beber en el barril de agua que había en el rincón.

—¡Bájate, bájate!

—¡Mire!—exclamó Yashka señalando al barril—. Los caballos están bebiendo y no han sido desenganchados.

Yegor Stepanovich cerró la puerta y apartó enfurecido a
caballo del barril.
—¡Ya lo sé!—gritó—. Lo sé tan bien como tú. Mírame
no vuelvas a asomar por aquí la cara... No puedo mirarte
bien—¡Vete!
Durante unos momentos Yashka se sintió desconcertado. Le
observó con sorpresa que su padre no le inspiraba el m
por temor.
—Se me figura que estoy en el circo. No puedo por menos
reírme.
—¡Yashka!—gritó Yegor Stepanovich con voz trémula de
bre desencajado en puño contra la rueda del carro.
Yashka le miró derechamente a los ojos.
—¿Ha cometido usted algo que no le gusta?
—¡Yashka!
Yegor Stepanovich empuñó el látigo del carro, y con un mo
vimiento que le hizo perpender a Shlenka, la fusta surcó el aire
cayó sobre la espalda de Yashka. Este salto del carro y se abalanzó sobre su padre. Shlenka vió rodar a los dos por el corral
oyó el grito penetrante de Yegor Stepanovich. Este grito atrajo
a los caballos, que echaron a correr hacia la cuadra. Los ca
pesinos de las chozas vecinas corrieron a sus puertas. Shlenka
extendió los brazos y gritó:
—¡Fuera, fuera!
—¡Yashka, suéltame!—gritó Yegor Stepanovich con voz ter
dora—. ¡Me estás ahogando!
Yashka se puso en pie de un salto. Se sacudió y permaneció
silencioso. Shenka, de pie junto a la puerta abierta, le miraba fi
mente y detrás de la cerca se apretujaban los campesinos de
Shirokoyo escudriñando ávidamente.

CUARTO ESLABÓN

I

Yashka no pasó aquella noche en su casa. La gente dijo que Stashka y él habían estado sentados en el huerto de Ogud hasta el amanecer. La mañana del domingo de Pascua, el mismo Yegor Stepanovich vió a Yashka con un grupo de mozas y mozos caminando al lado de Stashka hacia el valle de Dolliny.

—Así es como proceden los muchachos de hoy—dijo Shlemka—. Más vale no hablar de ello. Está ahí su madre llorando a gritos en la ventana y a él le tiene sin cuidado. Como si fuera una extraña y no la madre que le ha dado el ser.

—Tú métete en tus asuntos—le interrumpió Yegor Stepanovich entrando en su casa.

Klunya, la madre de Yashka, alta y fina como la estaca del pozo, sollozaba sin lágrimas. De vez en cuando lanzaba un gemido, un sonido seco y prolongado, y Yegor Stepanovich, respirando profunda y ruidosamente, se paseaba por la habitación de arriba abajo como un demente.

—¡Cállate!—le gritaba a Klunya a cada momento—. ¡Acaba ya de gemir! ¿Quieres callarte o no?

Los días se sucedieron fatigosamente, monótonos y grises. Yegor Stepanovich se pasaba el tiempo en la cuadra, sentado en un banco, rebuscando en sus pensamientos durante horas y horas como una gallina en un montón de estiércol seco. ¡Qué vacías y

Jolna de sonido eran sus ideas!... Y lo peor de todo era que aquella vergüenza no sería olvidada nunca en el pueblo, en [illegible] hijos sabrían se había ensuciado de su casa.

—¡Hay que ver!... ¡Ni rubia! Tu padre trabajando toda su vida para darte una buena vida, y tú vas y le escupes a tu propio padre: "Mire, pues yo [illegible] de usted, pero se entra. Aunque le vea sudando sangre, no entraré."

Mordas vaca Yegor Stepanovich se dedicaba por la noche al camastro, apoyaba la cara en la ventana y permanecía [illegible] horas mirando en la negrura de la calle, esperando oír el pisoteo de la puerta, la voz familiar de Yashka en la entrada...

—¡Ah!—gemía—. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué hace [illegible] pasado?

Poco a poco su ojiera se fué extinguiendo, como torna en la [illegible] a su cauce cuando las aguas han cedido, y la ira fué sustituida por la pesadumbre. Nunca le hablaba a Klavya de [illegible] pena, pero para sus adentros repetíase cada vez con más [illegible] emoción:

—Es muy triste... Me han arrancado un trozo de mi mismo. Si fuera un extraño... Pero es mi propia carne y mi propia sangre.

Llamó a Shlenka y le susurró:

—Entérate en dónde está, amigo mío...

—No tengo que enterarme. Ya lo sé. Anda por ahí con el forastero que usa gafas. Siempre andan juntos por las calles como perros sin hogar, y por la noche está en casa de Stenka.

Chujlaf apartó a Shlenka a un lado conteniendo sus lágrimas y penetró en su casa. Encogido de desesperación permaneció en su camastro como una cucaracha en una rendija, girando y dando vueltas. Después se levantó, se vistió calladamente y salió a la noche oscura.

II

Un forastero había aparecido en Shirokoye, un hombre de lentes, con el labio inferior caído, calzado con botas [illegible]

de militar. Llevaba la gorra tan calada, que la visera tocaba la relaciente montura de sus lentes. Desde por la mañana temprano hasta bien avanzada la noche, recorría las calles de Shirokoye sonriendo a los transeúntes y hablando a todo aquel que se encontraba como si fuera un antiguo conocido, y a la pregunta: "¿De dónde viene usted?", contestaba invariablemente: "¡Oh! De muy lejos. ¿Cómo marchan aquí las cosas?" "Así, así; no podemos quejarnos—contestaban los campesinos—. No tiene comparación a como estaban antes..."

Frecuentemente se detenía junto a la choza de Shlenka, o deambulaba por las orillas del Abai, contemplando a Kirka Zhdarkin, que sudaba a solas arrancando los tocones de su parcela de tierra. Una vez interpeló a Kirka. Pero éste encontró algo de extraño en aquel hombre de gafas y trató de quitárselo de encima lo más rápidamente posible. El forastero escribió en su amarillo cuaderno de notas: "Kirill Zhdarkin es una figura interesante. Ha sido un héroe en el frente. Acaba de regresar al pueblo y quiere ser un héroe en la aldea. El ejército rojo ha dado a las aldeas trabajadores fuertes y capaces."

Unos días antes del domingo de Pascua había ido a visitar a Zajar Katsef en compañía de Ogsef, Fedunof, Pyrinkin y Panof. Aquella noche la lámpara ardió en la choza de Zajar hasta el amanecer y sobre sus paredes se agitaron diversas sombras. Los habitantes de Shirokoye estaban excitados y llenos de curiosidad y no paraban de hacer cábalas respecto a quién podría ser el forastero, en tanto que los que habían estado aquella noche en casa de Zajar, al ser interrogados sobre su identidad, guardaban un silencio obstinado o contestaban riéndose:

—Pronto lo veréis... Ya os dirá él quién es.

—¿Conque anda con él, con esos hombres del grupo?—se dijo Yegor Stepanovich, y decidido se dirigió a la choza de Fedunof arrastrando blandamente sus botas de fieltro sobre la seca tierra.

En la choza de Fedunof reinaba la oscuridad y el silencio. De vez en cuando una gallina cacareaba ásperamente bajo el cobertizo.

—La gallina está mala—pensó Yegor Stepanovich—. Y todos

estás dormido. No debe estar aquí. Será mejor que vay
asa de Stepan Ogneí.

Tomó por la callejuela con el propósito de atravesar el solar y llegar a la choza de Ogneí por la parte trasera. Pero a la esquina de la casa oyó voces. Esto le irritó.

—¡Maldita sea! Me van a ver... No les puedo vender los pe

Precipitadamente retrocedió. Desde la valla llegó una juvenil y familiar que hablaba rápidamente. Yegor Stepanovich estiró alargando el cuello como un caballo hambriento y mirando fijamente. No lejos de él se hallaba Yashka reclinado contra la valla tratando a Stashka a su lado.

—No, no lo pienses—murmuraba ella riéndose dulcemente. No me dejará entrar el oso de tu padre. No me dejará tocar la puerta.

—Ya sabes lo que ordena ahora la ley—le replicaba el muchacho—. Ahora ya no nos puede engañar.

Chufiní perdió la respiración como si le oprimieran fuertemente el pecho con una cuerda. Al fin recuperó el aliento y con un grito, pero sólo un bisbiseo amenazador salió de su garganta:

—¡Yashka, hijo de perra!

En la valla extinguióse la risa. La voz de Yegor Stepanovich sonó las voces juveniles y alegres. Dos sombras se deslizaron por el suelo acariciándolo ligeramente, como acaricia la abuela los bollos recién sacados del horno, y se desvanecieron en la oscuridad. Tambaleándose y agitando los brazos, Yegor Stepanovich se dirigió a su casa. Durante toda la noche estuvo acostado en el camastro, gimiendo y frotándose las temblorosas piernas.

Por la mañana enganchó un par de caballos al carro, y se encaminó a su parcela de junto a la fuente murmurando por el camino:

—Ya verás, hijo de perra. Ya cantarás otra canción... Pero a que yo me ponga. Dame tiempo y ya verás... Tú te has ido, pero otros vendrán. Ilya Maximovich y yo trabajaremos juntos. Con la ayuda de Dios, Ilya se pondrá mejor y entonces veremos

III

Obstinadamente, Ilya Maximovich se sacudía su enfermedad. Verdad es que su cuerpo estaba todo cubierto de llagas. Tenía-las en el cuello, en los pies y en la espalda y florecían como amapolas.

—Esto no es nada—decía él—. Nadie se ha muerto de llagas. Con que lo de dentro marche bien... Estaba todo revuelto, pero ahora ya marcha un poco mejor.

Aquella mañana se sentía muy bien. Se levantó antes que nadie en la casa. Se fué a la era y se sentó en el podrido tocón de un árbol, junto al horno del maíz. El horno estaba roto por varios sitios y ofrecía cierta similitud con el hombre. El tocón del árbol olía a medicina, como si hubiera estado en un hospital. Una gavilla de centeno gris azulado había sido arrojada junto a un montón de paja y una bandada de palomas juguetaba sobre los tallos.

Ilya Maximovich estaba interesado también por el hombre de los lentes.

—Dicen que mete la nariz en todas partes y que escribe cosas en un cuaderno. ¿Qué es lo que escribirá?

Pensó en Karasyuk y se acordó de la lista. Su corazón se puso a palpitar furiosamente.

—¡Oh, no!—exclamó desechando la idea—. Yo no tengo nada que ver. ¿Quién puede probar nada? Karasyuk le cerró la boca a Pchelkin. No hay que pensar en ello... Debo darme prisa a reponerme. Cuando esté mejor veré las cosas de otra manera.

Ilya Maximovich se levantó y miró al ruinoso horno.

—¡En qué estado estás desde que el ojo del amo no mira por las cosas!—dijo con una sonrisa—. En fin, ahora tendremos que darnos prisa a reponernos.

Manaía apareció detrás de la valla. Vivía en Siava, a dos verstas de Shirokoye, y durante la enfermedad de Plakushchef había trazado un sendero a través de la era. Ahora sus finas y endebles manos se apoyaron en las estacas de roble de la valla y el

hombre se quedó inmóvil. Murmurando para sus adentros Ilya Maximovich barría la paja podrida. Bajo su burda camisa se veían sus omoplatos como unos remos. De su cuerpo se desprendía un vaho como de un caballo después de un galope bajo la lluvia. Manafa se enderezó y miró hacia atrás. Para llegar a Shantala tenía que retroceder lo menos media versta y luego seguir la carretera o el sendero que corría sobre los campos de avena y de trigo. Ninguna de ambas cosas parecía gustarle mucho. Durante unos momentos titubeó sin acabar de decidirse. Por fin se dejó ver, como un gusano cortado en dos.

—¡Ilya Maximovich! ¿Cómo va tu salud? Hace mucho que no te veía. Te he visto al pasar en la era y por eso me he detenido a preguntarte cómo estás... ¡Anda, fíjate! Algún gamberro ha trazado un sendero por tu tierra.

Ilya Maximovich se enderezó sonriéndose.

—Buenos días, Afanasy Markelovich. Ven por aquí. El sendero lo han hecho ya y no creo que podamos averiguar quién ha sido.

—¡Fíjate cómo han roto la valla los bribones!—murmuró Manafa con enojo al tiempo que la saltaba, estremeciendo las orejas—. Algún demonio ha quitado las tablas.

Ilya Maximovich se secó las manos en la camisa y le estrechó la mano a Manafa.

—¡Cómo te ha cambiado la enfermedad!

—Sí, ya ves, estoy todo cubierto de sudor—contestó Plakushchef levantando el brazo para enseñarle la húmeda axila—. Pero sigo, gracias a Dios...

Manafa se sentó junto a Plakushchef y sacó del bolsillo un cigarrillo.

—Toma un cigarrillo.

—¡Oh! No fumo—contestó Ilya Maximovich sacando un cigarrillo en la mano—. ¿Cuánto hará que no veías uno?

—Prueba uno de todas formas—dijo Manafa poniéndole el cigarrillo en la mano—. ¿Cuánto hará que no veías uno?

El humo de los dos cigarrillos se elevó en el aire, en un hilo transparente, enroscándose a las paredes del granero y al tejado de bardas, y luego se dispersó.

—¿Cómo te las has arreglado para tener cigarrillos?

Manía espantó una mosca que se le había posado en el hombro y siguió su vuelo con aire desazonado.

—Pues mira, me los ha dado ese hombre, el de las gafas. Ayer vino al soviet y me dió unos diez.

—Estás mintiendo—pensó Ilya Maximovich—; pero no importa, puedes seguir con tus mentiras.

—"Tú eres el secretario—me dijo—y no puedes fumar esa basura—así es como él llama a nuestro tabaco—; toma, aquí tienes estos cigarrillos."

—Pero ¿quién es? Dímelo, por amor de Dios.

—Bueno, voy a decírtelo, pero sólo a ti. Que no se entere nadie. Es de la capital. Es un pez gordo: tiene poder sobre todo el distrito... ¡Mira, ahí está!

—¡Ah!—exclamó Ilya Maximovich sobresaltado.

IV

El hombre de las gafas (secretario del Comité de distrito del Partido, o por otro nombre Alejandro Yakovlevich Zharkof, antiguo maestro de escuela y miembro del Partido durante el período de ilegalidad), acompañado de Fedunof, iba haciendo una visita de inspección a los campos. Cuando hubieron terminado, se sentaron en la orilla del río del otro lado de la era.

Ante ellos, bajo la suave neblina matinal, esparcíase el pueblo de Shirokoye a través del valle de Krapivny, cuyas vertientes se hallaban surcadas por las zanjas formadas durante el deshielo.

Montones de estiércol se acumulaban a los lados como ovejas en el pasto, y en la colina cercana cuatro molinos de viento agitaban perezosamente sus brazos. Toda esta escena le dejaba a Zharkof terriblemente deprimido.

—Nuestros pueblos están atrasados, están todavía en las tinieblas—dijo Fedunof rápidamente—. ¡Fíjese! Este estiércol es un alimento precioso para el suelo, y sin embargo ellos lo desperdician. Lo tiran a las acequias y sus campos están sólo a una docena de metros—y señaló a las parcelas del extremo inferior del valle—. Por todas partes cultivan calabaza. En el otoño cada uno retiene

ción de nuestros corredores. Los tienen en los cuadros y en los ca-
bañales, y en el invierno se los pudren y los tienen que tirar.
¿No sería mejor que cultivaran un poco de remolacha?... Sería
muy útil y no es muy duro...

La ponderable sea que se expresaba Fedunof había empeza-
do a poner diligentemente a Zharkof.

—¿Usted cultiva remolacha?

La pregunta era totalmente inesperada. Fedunof se quedó so-
bresaltado.

—No.

—¿Por qué no?

—Mire usted, es que es muy difícil... Con estas gentes...

—Si no fuera difícil no habría cuestión.

—Sí, desde luego... Tiene usted mucha razón, nosotros debe-
mos ser los primeros—dijo Fedunof parpadeando—. No es tan
que cuesta de entender... Bueno, tengo que marcharme. La
sarpa no puede esperar.

A juzgar por la encorvada espalda y por el gesto con que Fe-
dunof se apretaba los muslos tras ella, Zharkof comprendió que a
Iván empeora, y desde aquella mañana Zharkof aborreció a Fe-
dunof como una madre aborrecería a un niño extraño y cruel.

—No hay en él nada más que idiotismo pueblerino—pensó Zhar-
kof—. Todo en él se ajusta al tipo, al viejo tipo del campe-
sino. ¡Y con estas gentes tenemos que reconstruir las aldeas!
Hay que fijarse en Chujlaf. No cabe duda que es tacaño y es-
túpido como un perro hambriento, pero a pesar de todo tiene su
buena cabeza... O Zajar.

Al atravesar la acequia de piedra vió a Plakushchef en su es-
tático complacido y rápidamente atravesó el campo de pata-
tas que les separaba. Detrás de la valla divisó a Manuía. Ilya
Maximovich se levantó para salirle al encuentro.

—Buenos días—dijo Zharkof deteniéndose—. ¿Maxim Ilyich
creo?

—Ilya Maximovich. Buenos días—repuso Plakushchef saludan-
do el aire con un sonido silbante y conteniendo un estornudo—
to— ¿Conque ha venido usted a nuestra vecindad a ver cómo se

demos por aquí? Pues estamos tan atareados como cucarachas en un rincón sucio.

Tal vez fuera porque la vista de los molinos de viento y de los desolados campos de Shirokoye había deprimido a Zharkof; pero el hecho fué que acogió las palabras de Plakushchef como una ráfaga de aire fresco. Por segunda vez estrechó cordialmente la mano de Ilya Maximovich.

—¿Qué, cómo le tratan a usted, Ilya Maximovich? Dicen que Karasyuk le hizo pasar un mal rato. No hay más que ver lo que le hizo en la barba.

—No hablemos de mi barba—dijo Plakushchef frunciendo el ceño—. Mientras tenga la cabeza encima de los hombros no hay que apurarse. Ahora marcho así, así, ni bien ni mal.

—Supongo que le dolerá un poco que le hayan quitado su tierra.

—¿Se burla usted de mi? ¿Por qué me pregunta eso?

—¡Anda! ¿Qué tiene de particular?

Ilya Maximovich permaneció silencioso un rato, restregando los pies entre la maleza del suelo. Luego exhaló un profundo suspiro y miró por encima de Zharkof.

—¿Dolerme? Claro que me duele. Supongamos que le quitaran a usted la camisa: ¿no le dolería también? Pues eso es. Pero ¿qué le va a hacer uno? No es cosa de golpearse la cabeza contra la pared. Si el pueblo lo quería así no hay más remedio que conformarse.

Plakushchef examinó atentamente a Zharkof. Observó que éste parecía interesado. Después de una breve pausa, continuó, moviendo sus manos secas y nudosas:

—Tenga usted en cuenta cómo vivíamos aquí. Teníamos un terrateniente, Sutiagin, una inutilidad. Quería arrancarnos hasta el pellejo. Pero yo sé manejar mis asuntos..., sabía sacar partido de los señoritos. Un día el amo me mandó llamar por un criado. Yo sabía que necesitaba dinero porque quería reunirse con una mujer de otra tierra. Tenía lo menos doscientas mujeres y con ellas se gastó toda su fortuna, quedando además hecho un guiñapo. Como decía, me mandó llamar. Yo era el más anciano del pueblo en aquella época y me embadurné las remendadas botas

...on pes para que pudiera ver cómo vivían los campesinos. La
...mento entré en su casa—Plakushchef se detuvo y se sobó a
...avemente—, hasta yo mismo percibí la diferencia de
Batiguin entró adonde yo estaba e inmediatamente se llevó el
...dado a la nariz y gritó: "¡Vaska, Vaska! ¡Lárgate,
...pesta!" Pero yo le dije: "Usted necesita dinero y se lo he
...do." "¡Ven aquí", me gritó inmediatamente y me llevó a su
...bitación, en donde nos sentamos. Yo pensaba sacarle todo
...ble, porque cada rublo de aquéllos significaba una gota de
...angre. "Bueno—le dije—, estoy dispuesto a ayudarle y
...o usted como cuello en Dios; sólo que, para no tener que
...dinero y llenarle otra vez de olores su casa, dóme como
...u avena. Y si para la primavera (desde luego, yo creo en
...cristo creo en Jesucristo), pero si para la primavera no me
...pagado usted me veré obligado a vender su avena." El amo se
...furiono. Era un hombre de mal genio y gritó: "¡Vaska, lárgate!
Pero yo depositó el dinero encima de la mesa y me puse a
...tarlo, y entonces él se tranquilizó y le dijo a Vaska que
...tendiera el rublo. Le di mil quinientos rublos por tres mil
...de avena (ése era su precio entonces) y a la primavera
...te vendí la avena a un rublo el pud, con lo que me gané mil
...cientos de un golpe.

Plakushchef guardó silencio. A lo lejos croaban las ra
...cantaba un gallo y la voz clara de una mujer corría sobre
...campos. El viejo suspiró.

—Sí. He gastado todas mis energías y luego...—se volvió
Zharkof y le miró con ojos afables e infantiles—. He gastado
mi vida y mis energías... No es la tierra lo que más me
sino todo el tiempo y las energías que he desperdiciado. Si
diera quitarme quince años de encima...—arrojó a lo lejos
colilla del cigarrillo—. Eso es lo que me duele; pero ya es
...iado tarde.

Zharkof se incorporó.

—¡Oh! Todavía le quedan a usted muchos fuertes
—agregó ajustándose los lentes como para ver mejor a
Kushchef—, sólo que debe usted pensar las cosas de
aprender a vivir de la nueva manera.

—¿Poner las cosas de nuevo? Eso ya lo he hecho. Pero mire
ed, cuando a un hombre se le ha cogido robando se queda
se el nombre de ladrón para siempre y todo el mundo le se-
ala en cuanto pasa la menor cosa, aunque no sea culpa suya.
y ya...—se echó a reir pausadamente y extendió los brazos—
No se.

—No lo crea, Ilya Maximovich.

Zharkof sacó su cuaderno y escribió una apuntación, sintiendo
que cada vez le iba gustando más Piakushchef. De pronto se
puso a interrogarlo acerca de Fedunof.

—¿Que qué me parece? No hay nada que decir. Es un hom-
bre que trabaja y trabaja. Como dice la gente, ni una vela a Dios
ni una estaca al diablo—dijo riendose—. Y además, hay que te-
ner en cuenta que tiene muchos asuntos propios a los que aten-
der. Ha reunido tierra bastante para tres hombres y todavía ha
sed más a los demás. Claro que ¿por qué no ha de hacerlo?
Para algo tiene el poder.

Piakushchef miró vivamente a Zharkof, y advirtiendo el inte-
rés de éste, continuó:

—Ha conseguido tierra suficiente para ocupar a diecisés per-
sonas. Por eso no le queda tiempo que desperdiciar en el soviet.
Y su padre, el abuelo Maxim, es ya demasiado viejo para tra-
bajar.

—¿Cómo es eso? ¿Es que arrienda tierras?

—¿Arrendarlas? Las coge y nada más. ¿Cómo cree usted
que se las arregla para tener caballos de carreras? Arrambla con
todo lo que cae en sus manos.

Piakushchef apartó de un puntapié el montón de tallos de cen-
teno y le dijo a Zharkof que se sentara. Sentándose a su vez en
un saliente del terreno, continuó:

—A mi juicio lo que necesitamos en el soviet es un campe-
sino pobre, alguien como Kirka Zhdarkin o Shlenka.

—¿Quién es Shlenka?

Piakushchef se echó a reir y meneó la cabeza.

—Voy a hablarle con franqueza, como no le hablaría a nadie.
¿No conoce usted a Shlenka? Su choza está en la esquina de la
calle de Burdinskaia: no tardará en venirse abajo.

—¡Ah, sí! Ya sé, ya sé. Pero es un tonto, es muy mal trabajador. No sueña más que una pequeña ayuda y luego tendrá... Si a usted le quitaran los pantalones y le pusieran... Siempre está hablando de camisas y pantalones, pero ¿no mentirá? Tendré que ver, Daniel, más atraído cada vez por su amigo.

—Cierto es que ha conseguido un pobre caballejo, pero es bueno. Nunca ha comido bastante y no puede correr mucho. Pero tiene un buen cuello. En cambio, no tiene usted ni tiro para la caballería. Es decir, tiene usted otra cosa, pero ¿no mentirá? Tendré que ver, Daniel, más atraído cada vez por su amigo.

—¿Cierto es que ha conseguido un pobre caballejo, pero es bueno. Nunca ha comido bastante y no puede correr mucho. Pero tiene un buen cuello. En cambio, no tiene usted ni tiro para la caballería. Es decir, tiene usted otra cosa, pero ¿no mentirá? Tendré que ver, Daniel, más atraído cada vez por su amigo.

—¿Chejlaf? ¿Yegor Stepanovich? Hombre, ¿qué quiere usted que le diga? Supongamos usted, por ejemplo, que un hombre se ha acostumbrado a manejarse con la mano derecha: hay le resultará muy difícil hacerlo con la izquierda... Pero, por lo demás, tiene una buena cabeza ese campesino.

V

Silbando alegremente, Yegor Stepanovich arabe su carro. Sus recios músculos tornábanse más ágiles con el ejercicio y agradables estremecimientos recorrían todo su cuerpo.

—¡Hola! ¿De vuelta en el trabajo? ¿Te has cansado de estar sentado en casa?—gritábanle los campesinos al pasar.

—Sí. Lo echaba de menos. Echaba de menos la labor —contestaba—. Se me estaban secando los huesos. Les gusta moverse. ¡Cuidado!—agregaba bromeando—. ¡Que no se caiga el carro!

Yegor Stepanovich se puso a tararear una canción.

—*Cuando el soldado iba a la guerra...*

Chujiaf cantaba muy raras veces, sólo en los momentos de mayor fortuna. Ahora sentíase satisfecho: estaba arando, arando por sí solo. Al principio, cuando había sacado los caballos de la cuadra, le temblaban las manos de excitación.

—Puede que ya no sepa arar. ¿Se me habrá olvidado? En ese caso mi vergüenza perdurará eternamente en la aldea.

Pero el arado corría, y ¡qué bien que corría! Por eso Yegor Stepanovich cantaba y pensaba:

—Así es como trabajaremos... Y no tendrá que venir ningún extraño a mantenerme. Los extraños no quieren más que quitarle a uno algo. Y si llega un momento en que uno no tiene nada que comer le golpean hasta que sude sangre.

Chujiaf araba y araban también los campesinos de Shirkoye. Sus figuras grises, encorvadas, salpicaban toda la tierra y los jadeantes y sudorosos caballos arrastraban los arados, en tanto que los niños corrían con cántaros a la fuente en busca de agua.

El sol escaló las colinas y una bruma asfixiante se extendió sobre los campos. Los gritos de los campesinos hiciéronse más débiles, la risa de los niños se extinguió y los campesinos arrastraron los arados más fatigosamente.

De pronto, surgió un enjambre de tábanos que se posaron en los caballos de Chujiaf. Los animales sacudieron sus fatigadas cabezas, agitaron la cola y cocearon. Detuviéronse en el surco, pataleando y moviendo la cabeza.

—¿De dónde diablos habrán venido? ¿Quién los llamaba aquí? —gruñó Yegor Stepanovich.

Durante un momento trató de espantar a los insectos con el látigo. Luego se quitó la chaqueta y la agitó alrededor. Los tábanos zumbaron furiosamente como una columna alborotada y atacaron a los caballos con más fuerza. La yegua parda coceó con las patas traseras, arrojando pellas de tierra a la cara de Yegor Stepanovich. Torrentes de sudor corrieron por el enflaquecido cuerpo de Chujiaf y su cara se contrajo de rabia.

—¿Qué haré? ¡Estos malditos demonios, mil veces malditos!...

El propio Yegor Stepanovich se quedó asombrado del torrente de maldiciones que brotaba de sus labios.

—¡Insensato, desgraciado, Yegor Stepanovich!—le gritó Chishik.

—¡Vuelve ahora el desamo de molella—agregaba su empleado.

—No te va a poder librar de las moscas.

—Vuelve a que se pase el calor.

—Sí, sí, es verdad—contestó Yegor Stepanovich desenganchando rápidamente los caballos.

Picó a la yegua de las varas y la condujo al carro que estaba junto al árbol. Luego llevó al otro caballo. El enjambre de las moscas levantó el vuelo, se cernió en el aire unos momentos y luego se posó en el vientre de la yegua. El animal, en extremidad, alzó las patas traseras y echó a correr a través del campo. Al llegar a la parte que no estaba arada se detuvo y se puso a pastar.

—¡Se me va a escapar la maldita!—pensó Yegor Stepanovich y alargando la mano la llamó afectuosamente—. ¡Vamos! ¿Qué te pasa, qué te pasa? Ven aquí, ven. En seguida te daré tu comida, ¿o prefieres esas hierbas?

La yegua lanzó un resoplido, agitó la cola y echó a correr en dirección del valle de Dolliny. Al cabo de un rato cambió de rumbo y se dirigió hacia el bosquecillo de abedules.

—¡Esta bicha, esta vieja bruja! Yashka la ha echado a perder. ¡Ese Yashka! No se hubiera escapado si la hubiese cuidado yo. Yo hubiera...

Sin terminar la frase echó a correr hacia la arboleda y oía a los campesinos que le gritaban advertencias según corría. Esto le halagó un tanto.

—¡No la asustes, no la asustes, Yegor Stepanovich!

—¡Acércate despacio, como si no fueras detrás de ella!

—¡Ahora! ¡Corre!

—¡Cógela en seguida!

—¡Da la vuelta por las matas para que no te vea delante!

—¡No, no! ¡Acércate por delante, Yegor Stepanovich!

Yegor Stepanovich saltó la acequia y siguió a la yegua por la vera del prado.

—¡Ven aquí, querida, ven aquí!—murmuró aproximándose a la caballería de lado, cautelosamente, como si se hallara ante una valla de alambre espinoso.

La yegua aplastó las orejas, se estremeció y partió a galope hacia Brusski.

VI

En Brusski hallábanse Yashka Chuflaf y Zharkof sentados junto a unos abedules raquíticos sobre la orilla del río. A sus pies se extendía el Volga meciéndose en su soleada cuna. Detrás de los abedules los miembros de la cooperativa cavaban la tierra.

—Bueno—dijo Zharkof juguetcando con la gorra, que descansaba en sus rodillas—, somos unos inutilizados. Despilfarramos el tiempo aquí y allá como derrochan los borrachos su dinero. Fíjate, por ejemplo, en ti mismo. Tú eres joven y fuerte, y sin embargo vives, según me han dicho, como un verdadero granuja.

Zharkof se detuvo: entre el follaje de los abedules había aparecido un par de piernas desnudas y musculosas de muchacha. Quedóse un momento contemplándolas enredadas entre la maleza, y luego los árboles se estremecieron y Steshka se adelantó a la orilla del río, no lejos de los dos hombres. El viento rizaba su corta falda y la descolorida blusa azul se adhería a su espalda y a su pecho. Veíase a la legua que la blusa se le había quedado pequeña. Una de las mangas se le había desgarrado dejando al descubierto parte de su hombro.

—¡Vaya una muchacha más sana!—pensó Zharkof contemplando con admiración los rápidos y expertos movimientos de Steshka según fregaba la fiambrera.

—¿Quién es ésa?—preguntó.

—¿Quién?—dijo Yashka saliendo de sus meditaciones.

—Esa muchacha que está allí.

—¡Ah! ¿Steshka? La hija de Stepan Ognef.

Zharkof se imaginó los semblantes secos y pálidos de las mujeres de la enorme y pétrea ciudad. Involuntariamente, pensó

...se en propia mujer, bajita, redonda de hombros, sonriendo ...pie a algún niño con un manojo de papeles bajo el brazo. En ...pensativos dieron un brinco y una neblina enturbió sus ojos ...Pedid ella y para eludir la comparación se dirigió a

Yashka:

—¿Deberías marcharte a aprender algo, Yashka. Aquí no haces nada. ¿Por qué malgastas el tiempo?

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Stechka juntando las manos. ¡Mira, Yashka! ¡Mira tu padre!

Galopando hacia Brenski, saltando vallas y acequias, venía la yegua parda. Detrás de ella, bañado en sudor, corría Yegor Stepanovich.

Yashka se precipitó hacia la caballeriza.

—¡Eh!—le gritó Ogniof—. ¡Espera, Yashka! ¡Deja que la coja tu padre!

—¡Cuera, Yegor Stepanovich!—exclamó Nikolai—. ¡Tú eres un especialista en estas cosas! ¡A mí me has enseñado mucho!

—¿Qué haces ahí como un pasmado?—le gritó Yegor Stepanovich a Yashka—. ¿O es que se trata de la yegua de un extraño? ¡Cógela!

—¿Que la coja? ¡Yo no la he soltado!

—¡Cochino!—aulló Yegor Stepanovich acercándose al animal con tanto cuidado como si se aproximara a un pájaro al que no quisiera espantar.

—Anda, Yashka, cógela—murmuró Stechka—. ¡Fíjate, se le van a salir los ojos!

—¡Yo tú si quieres!

—¡Qué malo eres!—dijo Stechka sonriendo.

—No soy malo.

—¡Detente, detente, palomita mía!—murmuró Yegor Stepanovich—. ¿De qué os reís vosotros? Yo al menos estoy harto de coger un caballo y vosotros no hacéis más que tratar de cazar moscas. Para eso es para lo que valéis.

La yegua dió un brinco, se estremeció, pataleó contra el suelo y echó a correr hacia los abedules. Ogniof se echó a reir.

—Nosotros estaremos cazando moscas, pero al menos la hemos. En cambio, fíjate tú...

Durante largo rato Yegor Stepanovich persiguió al animal desde la arboleda hasta la colina. Una vez la yegua pasó junto a la roca de Nikolai. A éste le hubiera sido sencillísimo cogerla, si hubiese tenido nada más que alargar la mano.

—¡Cógela, cógela! ¿Qué haces ahí tonteando?—gritó Yegor Stepanovich enfurecido.

—¡Eh! ¡Hala de aquí!—dijo Nikolai espantando a la yegua.

Los campesinos se echaron a reír. Davidka Panof, rascándose la calva y separadas las piernas, exclamó:

—¡Es tu destino correr detrás de ella! ¡Anda, cógela!

A Yegor Stepanovich le dolían las piernas. Tenía seca la garganta del polvo, y en su corazón, como sube el agua en una presa al ser cerradas las esclusas, crecía la cólera, cólera contra la yegua, contra Yashka, contra aquellos parlanchines, contra él mismo.

—Debí dejarla que corriera. Hubiera vuelto a casa ella sola. Ahora no he hecho más que ponerme en ridículo. ¡Qué idiota! Debí haber sido más listo.

—Bueno, ¿por qué os burláis de él?—exclamó Steshka.

Y echó a correr balanceando sus redondas caderas hacia donde se encontraba el animal, al que cogió con la mano izquierda.

—¡Quieta, pingo!

Steshka arrolló las riendas a su brazo derecho. La yegua dió un brinco hacia atrás, pero luego alargó la cabeza y restregó el morro contra el pecho de la muchacha.

—Aquí tiene usted, Yegor Stepanovich—gritó Steshka con voz clara.

—Cógela y en lo sucesivo no digas tantas tonterías sobre las moscas—dijo Ognef.

—Tiene que aprender a cazarlas—dijo Nikolai riéndose.

—Yegor Stepanovich, ha sido Steshka la que te ha hecho el servicio... No lo olvides—dijo Davidka dándole a Chuliaf una palmada en el hombro y mirando hacia Yashka y Steshka.

Dejando por los bajos de los miembros de la corporación por la palabra de Davika, Yegor Siguenovich fue hasta la puerta de su casa, viendo allí a los campesinos trabajar en sus tierras bajo los ataques de la tormenta, y allí se mantuvo estupefacto.

Al poner el sol, empezó los cabellos, y a la luz de la pálida se encaminó hacia su casa. Llevó un paso de paja a los animales, entonces con verder la yegua inmediatamente y pasó en su vivienda.

Ilya Maximovich le estaba aguardando. Después de la cena que Fedosif fuera destituido de su cargo como presidente y fuese sustituido por alguno "que estuviese de su parte, que hiciera lo que ellos dijeran". Ya había tratado del asunto con Gerasif y con su sobrino, Kirka Zhdarkin. Había visitado a este último en su embarrada parcela. Desde cierta distancia, agitando la cabeza con asombro, le había gritado:

—¡Oh cielos! ¡Kirill Semfonitch! ¡Qué manera de trabajar!... ¿Cuepo también hay gentes como tú entre los serviles? Debo confesar que creía que sólo se daban más para beber y para comer. ¡Hay que ver el trabajo que lleva hecho! ¡Si todos hicieran lo mismo...! Y lo harán, vaya si lo harán—agregó repentinamente—. No tienen más que venir a ver lo que has hecho tú aquí y entonces toda esta charca se convertirá en una mina de oro.

Ilya Maximovich había tocado a Kirka en el punto flaco.

—¡Oh!—pensó Kirka dejando su trabajo—. Hasta ese momento lo que estoy haciendo.

Y agregó en voz alta:

—Esto está duro de pelar.

Alargó la mano a Plakushchef; pero, reparando en que la suya, la ocultó detrás de la espalda.

—¡Vamos, chícala!—dijo Plakushchef con entusiasmo, estrechando la mano sucia de Kirka—. Hagamos un alto.

tierra—y con la mano libre restregó un puñado de barro sobre las dos manos unidas—. Así deberíamos unirnos todos, con la tierra.

Plakushchef había conquistado por entero el corazón de Kirka. Este habló de la transformación del pueblo, invitó a Plakushchef a olvidar el antiguo régimen, a que no gruñera ni se quejara, sino que pusiera todas sus energías y sus conocimientos al servicio del pueblo. Plakuschef le dijo a todo que sí, le interrogó, se golpeó la frente con el enlodado puño fingiendo asombro; en suma, que Kirka creyó que había ganado al otro por completo a su causa.

"¡Y Ogneí que decía—pensó—que todos los hombres se miran más que por sí mismos! Lo que hay que hacer es no espantar a la gente."

Kirka confió sus pensamientos a Plakushchef.

—Es todavía un chiquillo—se dijo Ilya Maximovich.

No obstante, asintió a todo cuanto Kirka le dijo y por su parte agregó:

—No es el poder de los soviets el que espanta a la gente: son los mismos hombres. Fíjate lo que ha hecho Fedunof. En toda su vida ha podido entenderse con su propio padre y ahora pretende gobernar a los demás. En cambio, si tú estuvieras a la cabeza del pueblo...

Kirka no quiso escucharle. El quería hacer su trabajo en la tierra. Sin embargo, no opuso ninguna objeción a la destitución de Fedunof.

Ilya Maximovich habló del asunto con su familia y luego se fué a visitar a Yegor Stepanovich para examinarlo nuevamente.

—No cabe duda que todavía no se ha enterado del jaleo—pensó Chujiaf—. No debe saber que he sido el hazmerreir de todo el pueblo.

Yegor Stepanovich arrugó la cara malhumorado, como si le hubiera picado un piojo en presencia de otras gentes, cuando le fuera imposible rascarse.

—¿Vas a empezar de nuevo?—dijo—. La otra vez casi te arran-

cerca la tarde. Ahora puedes perder la cabeza en un abrir y cerrar de ojos.

—No te subas a la parra—dijo Plakushchef tranquilamente—. Tú mismo has dicho que ya nos desquiciaríamos. Ahora es llegado el momento.

—Yo me apeango a todo eso. Debemos mantenernos fuera. Podemos hacer lo que queremos siguiendo un rodeo. Ahí tienes, por ejemplo, lo apartado ya a dos y ahora voy a intentar atraer a Davidka. He oído que le queda tanta harina como fruta da un roble. Ahora es la ocasión de prometerle algo y cuando se marche puede que ceda hasta el mismo Ognef. Eso es lo que yo pienso, Ilya Maximovich. Pero nosotros no debemos meter ahí las narices. No es asunto nuestro.

—¿Así es que quieres trabajar como un topo? Bueno, pues sigue pretando. Eso no nos perjudicará. Pero de todas formas tenemos que lograr que se nombre un presidente nuestro, y no pasará mucho sin que hayamos conseguido la mayoría. ¿No te das cuenta de lo que podremos hacer así? A la menor cosa le haremos abuecar de Bruski, o les pondremos tales impuestos que tendría que vender hasta los calzones. Ahora, que ¿a quién elegiremos? ¿A Shlenka? Por un lado nos convendría, pero presta demasiada atención a lo que dice la gente. Reflexiónalo.

—No; a mí no me mezcles en este asunto. Y no le nombres tampoco a Shlenka... Lo necesito yo. Sin embargo, si sucede algo te ayudaré.

Así, pues, Ilya Maximovich prosiguió solo su objetivo. Con la espalda encorvada, se deslizó de choza en choza, hablando a los campesinos por la noche de esto y aquello y dejando caer ocasionalmente alguna que otra palabra acerca de Tedunof. Muy pronto, toda la calle de Krivaya estuvo decidida a que Fedunof fuera sustituído por otro presidente. ¿Por qué? Pues porque ocupaba el cargo desde hacía ya mucho tiempo y de todas formas..., puede que si él se fuera las cosas cambiaran y el día amaneciera con una luz más brillante. La cuestión fué acogida con todo celo por los hermanos Gurianof, Kurzanich, el vecino del río, y Kirka Zhdarkin.

Y la lucha dió comienzo.

Zhukhi dejó que ésta siguiera su curso.

Antes de venir al distrito de Alai conocía la vida aldeana únicamente de oídas, por los informes de los delegados rurales a los Congresos, por conversaciones escuchadas en diferentes ocasiones. Imaginábase siempre una aldea rusa una aldea dividida en tres sectores: los campesinos pobres, los campesinos medios y los campesinos ricos, los kulaks. El kulak tenía una estatura enorme y llevaba botas de cuero. El campesino medio llevaba botas ordinarias y chaqueta. Y el campesino pobre andaba en burdos zapatones.

Así, al menos, era como se describían las aldeas en los carteles de propaganda y así era como Zhukhef se las imaginaba: de una parte, el enemigo de la revolución, el kulak; de la otra, el defensor de la revolución, el campesino pobre, en tanto que el campesino medio permanecía al margen mordiéndose los labios. Pero cuando hubo pasado unos cuantos días en Shirdagu todas sus ideas e impresiones tomáronse turbias y confusas y al trabar conocimiento con campesinos pobres como Petka Kudgurd, Misha Syorin y Shlenka asaltáronle serias dudas.

—Si ésta es efectivamente la pobreza aldeana—escribió en su cuaderno—, entonces estamos edificando nuestra política real sobre arena.

Por otra parte, Stepan Ogref, Davidka Fanef y algunos otros campesinos pobres debilitaban su nueva convicción, y Lajar Kataef e Ilya Maximovich Plakushchef completaban su desconcierto. Lo que más le asombraba de todo era el descubrimiento cierto de que no eran los pobres los que conservaban la dirección de la aldea, sino personajes tan importantes como Kataef y Plakushchef.

—Hay una cosa que no acabo de comprender—le dijo a Ogref—. ¿Por qué Zajar Kataef mueve la cabeza cuando me pongo a hablar de Plakushchef?

—¡Qué trabajo cuesta hacerle ver a usted las cosas! Ahora se le ha ocurrido nombrar presidente a Shlenka. ¡Es como para hacer reír a las piedras! Bueno, ya veremos lo que pasa con Shlenka. Si de mí dependiera no le dejaría ni acercarse al soviet.

—¡Pero es un campesino pobre!—dijo Zharkof, tratando de persuadir a Ognef, aunque no tenía fe en su propio argumento—. La pobreza le ha aplastado. Si tuviera una buena propiedad no sería peor que Zajar. Yo he visto eso muchas veces. Todos vosotros creéis que Chujlaf sabe trabajar, pero cuando ha querido empezar de nuevo ha dejado que se le escapara el caballo.

—¿Una buena propiedad? Eso exige tanto trabajo que no hay tiempo para criar joroba. Los pasteles no caen del cielo y Shlema se pasa todo el día sentado a su puerta mirando alrededor como un buitre que quiere hundir las garras en algo.

—¿Y usted? Usted no ha criado joroba ni tiene nada.

Ognef se puso pálido.

En la siguiente asamblea de distrito del Partido, Zharkof presentó un informe sobre las impresiones que había sacado de la comarca. Propuso que se celebraran nuevas elecciones en todos los soviets rurales y en el Comité ejecutivo del distrito. Hizo notar que Shlemka se hallaba gobernado por su secretario Mikhaila y que las nuevas elecciones deberían celebrarse allí en primer término. Incidentalmente dijo unas palabras acerca de Shlemka. Declaró que a su juicio era esencial que no sólo se nombrara campesinos pobres para los soviets, sino que se nombrara también a aquellos que administraran bien sus posesiones y fueran capaces de comprender y aplicar la política soviética.

Sus observaciones produjeron gran extrañeza y los comunistas permanecieron silenciosos. Sin embargo, Zharkof creía que le comprendían y que compartían su opinión. Por lo menos, el presidente, Kuzmarkin, no hacía más que asentir con la cabeza. Pero cuando Zharkof estaba terminando y enumeraba las conclusiones que debían deducirse de sus manifestaciones, Ognef se levantó de un salto y exclamó:

—¿Por qué no Miguinchik? ¿Por qué no llevar a los espectadores a los soviets?

—El camarada Ognef va demasiado lejos—repuso Zharkof.

—Es Zharkof el que no va lo bastante lejos.

—En todo caso—prosiguió Zharkof suave y tranquilamente—

—Si los lobos pudieran volverse ovejas no serían llamados lobos—gritó Ognef.

—No comprendo—dijo Zharkof volviéndose hacia él.

Abandonando su sitio sin esperar a que le llegara su turno, Ognef se puso a hablar frunciendo el ceño y mirando al suelo como si todo lo que quisiera decir estuviera escrito allí.

—Puede pasar que le pongan a uno ortigas en la silla, pero el camarada Zharkof quiere que llevemos camisas hechas de ortigas.

Esto le puso furioso a Zharkof. Experimentó la impresión del hombre que es sacado de la oscuridad a una sala brillantemente iluminada. Temblando, gritó:

—¡Presidente, llámele al orden!

—¡Sí, sí! ¡Vamos, camarada Ognef, todavía no ha llegado su turno!—dijo Kurzmarkin—. ¡Siga hablando, camarada Zharkof!

—Yo acostumbro a hablar cuando me da la gana—dijo Ognef abandonando el salón.

Después de la marcha de Ognef, Zharkof siguió demostrando la fuerza de sus argumentos; pero vió que, aunque todos los comunistas guardaban silencio, estaban enteramente de parte de Ognef. Cierto es que aprobaron unánimemente las proposiciones de Zharkof, pero esto disgustaba mucho de ser sufícrate. Zharkof temía que Ognef encontrara alguna otra manera de trastornar todos sus planes. Entonces decidió alejar a Ognef del distrito por algún tiempo. A la mañana siguiente llamó a Ognef a su oficina, escribió una carta para el Comité regional y le dijo a Stepan:

—Bueno, amigo mío, no se puede edificar el socialismo con una ataca. Vosotros sois hombres capaces y sabéis trabajar de firme. Por lo tanto, he escrito una carta para que os entreguen tres cabras a crédito.

—Puede que tenga razón, puede que convenga efectivamente que Plakushchef entre en el soviet del pueblo... Después de todo, también tienen especialistas en el ejército. Sólo que va a tardar

bastante en cambiar de mentalidad—pensó Ognef adivinando
trataban de quitarle de en medio.

—Está bien, iré—contestó—. Si conseguimos un par de
dentro de tres años ya no reconocerá el sitio.

Transcurrieron dos semanas desde que Ognef había partido para
la ciudad.

Zharkof se dirigió por el valle de Krapivny para asistir
las elecciones del soviet rural. Sabía que el pueblo de Slivkovo
había dividido en dos bandos: uno acaudillado por Plakushchef y
el otro por Kotsef. Zharkof esperaba que la reunión sería tor-
mentosa. La noche anterior había tratado de reconciliar a Kotsef
y a Plakushchef; pero tanto el uno como el otro se enojaron
de hombres, se soltaron y contestaron que era muy bueno
amigos, que en toda su vida "se habían cruzado entre ellos un
gato negro". Zharkof no tenía por qué preocuparse. No exis-
tía animosidad ninguna.

Desperado, Zharkof se encogió también de hombros. Es
imposible encargar nada por la permanente.

VIII

Quitándose de la chaqueta una cáscara de grano, Ilya Ma-
ximovich se levantó del banco y se volvió hacia su esposa. Eli-
zaveta.

—Tú quédate aquí cuidando de la casa.

—¡Cómo! ¿Por qué no he de ir yo también?

—A ti no se te ha perdido allí nada.

Plakushchef se dirigió al soviet rural seguido por varios hom-
bres de la calle de Krivaya.

—¡Vamos allá!—exclamaban—. Tenemos que estar todos
juntos.

—¡Grusha!—llamó Elena Sprina golpeando la ventana de
Ognef—. Ven conmigo. No me gusta ir sola.

—Entra—contestó Grusha—. Entra un momento.

—¡Fíjate qué jaleo! Ilya Maximovich dice que debe estar

el mundo, viejos y jóvenes—Elena depositó en el suelo a Volodka, su hijo de dos años, y se echó a reír—. Dice que debemos ir todos, pero ¿a qué es a lo que vamos?

A la vista de Volodka la alegría aleteó en el corazón de Steshka, como se agitan las hojas de los manzanos en la calma de la mañana.

—¡Chiquitín!—dijo dulcemente levantando al niño y apretándole contra ella—. ¡Muñequito mío!

Volodka la miró fijamente y extendió hacia su madre sus brazos regordetes, chasqueando los labios.

—¡No te compongas!—dijo Elena riéndose—. Espera a tener tú uno. Entonces no les dirás cosas tan cariñosas... ¡Bueno, tonta, no hay motivo para que te pongas colorada!

—Ya verás cuando seas un poco más vieja. Los años se pasan—dijo Grusha—. ¿Adónde vas, Steshenka?

—En seguida vuelvo...

Steshka atravesó el corral para salir a la parte trasera de la choza y corrió por el cañamar. Se sentó debajo de un árbol más allá de la era. El corazón le palpitaba velozmente.

—Yo también tendré un niño; y le llamaré... ¿Cómo le llamaré? No lo sé...

Se cubrió la cara con las manos. Las mejillas le ardían y su cuerpo se balanceaba como las espigas en los campos.

—Hoy se lo diré—murmuró para sí misma—. Le llamaré aparte y le diré que ya es hora de llamar a los casamenteros... Si no, todo el mundo se enterará de mi vergüenza y se reirán de mí. Puede que no sea nada... Pero puede que lo sea.

Steshka quería y no quería que fuera "algo". Sólo de una cosa estaba segura, y es de que ahora ya no podía llamar Yashka a su amado: tenía que llamarle Yasha. También sabía que el pecho de Yashka era muy ancho, como el tronco grande, que sus brazos eran muy fuertes. Con tales brazos no se podía tener miedo, se podía vivir bien.

—No es posible perderse con él: es demasiado fuerte. Aquella vez me levantó en sus brazos y me llevó como una pluma.

Steshka profirió una ahogada exclamación y se estremeció. No podía recordar cómo había sucedido aquello. Pero sí, sí se acorda-

ba. El domingo de Pascua se habían reunido todos en el viejo de Dolinj, cantando sus canciones a coro y bailando al son de la música de una armónica. Peka Katsef era el que tocaba el instrumento. Tocaba para Steshka y Steshka bailaba, dóblado el poco sobre un resorte.

—Es una gran moza Steshka—pensaba Peka tocando con más fuerza su instrumento.

Y en lo mejor de la ejecución, cuando las mozas y los mozos estaban bailando como torbellinos, la voz potente y juvenil de Yashka llegó desde el pinar, hendiendo el aire como un látigo. Steshka fué la primera en detenerse. Arrastró a Elena consigo, hacia los naturales... Después se sentó al lado de Yashka bajo un avellano. La noche iba cubriendo el valle, lleno de los ecos de las canciones juveniles. Yashka la atrajo hacia sí y la besó. Ella se echó a reir, chillando como un pájaro, y se estremeció.

—¡Qué pecho tan fuerte tienes!—dijo—. Es muy fuerte, ¿verdad?

La muchacha desfajó su mano por el desabrochado cuello de la camisa de Yashka. Este creyó que le tocaban con un metal al rojo.

—¡Ah, diós!...

De la era llegaba el aroma del centeno. Al otro lado del cabezo se oía el incierto mugido de un choto... Steshka dejó caer la cabeza sobre las rodillas, balanceando todo el cuerpo. Sobre sus piernas cayeron grandes lágrimas, poniendo en ellas manchas húmedas.

—¡Ah! ¿Estás aquí?—le gritó Yashka desde la valla—. He estado en tu casa y le he preguntado a tu madre: "Oiga, ¿dónde está Steshka?" "Ha salido corriendo", me ha dicho.

Yashka saltó la valla y Steshka se debatió en sus vigorosos brazos.

—¡Déjame, déjame! ¿Qué haces? ¡Nos va a ver la gente!

—Bueno, eso es lo que yo quiero. Que nos vean. ¿Qué ocurre? ¿Has llorado? ¿Por qué tienes que llorar, eh? ¡Es estúpido! No cabe duda que eres tonta.

El rumor de la reunión electoral llegó hasta ellos a través

se parecían y de la era. Steshka se incorporó y estiró su vestido gris. Yashka le miró los húmedos y grandes ojos.

—¡Vamos, límpiate los ojos! Vas a ser madre. Eso no es motivo para llorar. No estás sola y no creo que seas un niño bobón.

—¡Y tú padre!—ríóse Steshka—. ¡Vaya un padre!

—Bueno, ¿y qué pasa?

—No lloro de pena, Yashka, sino de alegría.

Caminando en silencio, dejaron atrás las eras y las parvas y llegaron al soviet del pueblo.

En éste veíase un océano de cabezas. A la derecha se hallaban los habitantes de Krivaya. Estaban todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Hasta el cura Jarlampy se hallaba allí, cruzado de brazos, con los ojos fijos en la nuca de Kirka Zhdarkin.

A la izquierda se encontraban los aldeanos de Zaorrashenye, en su mayoría hombres y muchachos. Aquí y allá, pero muy raramente, podía divisarse un pañuelo de mujer. En la mesa, a la entrada del local del soviet, Zharkof presidía la reunión. Zajar Kataef cabeceaba a uno de sus lados. Al otro estaba sentado Nikita Gurianof volviendo de un lado a otro su barba corta y cuadrada. Parecía dispuesto a abalanzarse sobre Fedunof de un momento a otro. El libro de apuntaciones temblaba en los manos de Fedunof. Este lo depositaba en la mesa y lo cambiaba de uno en otro sitio, tragándose las palabras como se traga las ranas una anguila.

Los campesinos de Shirokoye escuchaban en calma su informe balanceándose ligeramente en su sitio. En las últimas filas la gente charlaba en voz baja.

—Han venido todos—murmuró Yashka conduciendo a su compañera hacia la izquierda.

Un suave murmullo corrió a través de la muchedumbre. Yashka se adelantó al frente y se quedó mirando a Plakushchef. Los ojos de Ilya Maximovich parpadeaban maliciosamente y su boca estaba entreabierta.

—Y así, ciudadanos, yo...—Fedunof se limpió el sudor de la cara.

—Así, así, así—exclamó Kirka Zhdarkin.

Plakushchef se volvió hacia Zhdarkin, cuyas palabras habían motivado que los campesinos de Krivaya soltaran la carcajada. Zharkof golpeó la mesa con la regla.

La risa cesó.

—Va a llover. Está muy cerca—dijo el abuelo Katai desde la esquina de la casa del soviet.

—Sería conveniente—contestó el abuelo Maxim.

—Sí; nos hace buena falta—asintió Katai.

—¡Eh! ¿Estáis celebrando vosotros otro mitin?—les dijo Pedro Kudeyarof.

—La reunión se desenvuelve tranquilamente—pensó Zharkof observando a los campesinos.

Era la primera vez que asistía a una reunión campesina tan importante. Trató de examinar cada rostro, de adivinar el rasgo característico de cada campesino. Su mirada se detuvo largo rato en Shenka y en Kirka Zhdarkin. Cuando Yashka y Stepka se unieron a la muchedumbre Zharkof se quedó mirando a la muchacha y luego sus ojos vagaron por sobre las otras mujeres.

—Y así, como no he venido muy preparado..., vamos a pasar al turno de preguntas y proposiciones.

Fedunof había terminado y se sentó en su silla.

—Y así, tampoco yo estoy preparado—dijo Kudeyarof burlonamente.

—Ya sabemos para lo que te has estado preparando.

—¡Bien te las has arreglado para tener un caballo de carreras!

—¡Estamos enterados de todo!

—Yo no trato de ocultaros nada—gritó Fedunof—. En mi casa todo está a la vista.

—¿Por qué le tratarán con tanta violencia?—pensó Zharkof—. Deberían hacerlo con más suavidad.

—¡Eso es lo que queremos, que no lo ocultes!

—¡Las cartas boca arriba!

—¡Camaradas, no podéis seguir así! Debéis hacer las preguntas por orden.

—Bueno—comenzó Nikita Curinof cuando el alboroto se hubo aquietado un poco—, si no puede decir nada, quien dese

se... Cuando un caballo no vale para tirar del carro se le manda al matadero.

—¡Ahí tenéis!—gritó Shlenka—. ¡Quería mover montañas y no puede levantar un grano de trigo! ¡Vaya un presidente!

Del lado opuesto brotó la voz de Grigory Skulof.

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis? ¿Es que os creéis tan listos?

—¡Eso os pasa a vosotros, zoquetes! Vosotros vivís a una versta de aquí y no tenéis que verle a cada momento como nosotros. Ya le hemos aguantado bastante, a Dios gracias.

—¡Ciudadanos, camaradas!—gritó Manafa.

Se detuvo un momento, aterrado de su propia voz, y luego prosiguió en tono más bajo:

—Aquí tengo—y agitó una hoja de papel en el aire—, digo, aquí tenemos el informe de la Comisión de investigación.

Plakushchef entornó los ojos. Gurianof golpeó la mesa con los nudillos.

—¡Venga, que lo lean!

—¡Vamos a verlo!

Manafa leyó con voz cantarina:

—En tal y tal fecha pasamos a redactar el informe de la Comisión de investigación bajo la presidencia de Zaichkin, presidente de la Comisión de Control del distrito.

Atónito, Fedunof se quedó mirando a Manafa como si un chiquillo de dos años se hubiera convertido de pronto en un gigante delante de sus ojos. Con la mano crispada en la barandilla de la escalera bisbiseó:

—¡Ah, tú, veleta!

—El presidente del Comité agrario, Tarasof—continuó Manafa—, y el presidente del soviet rural, Fedunof, han pedido prestados al granero del Comité del pueblo—Manafa se detuvo un momento y contrajo los labios—veintisiete puds de centeno.

—¡Basta! ¡Basta con eso!—gritó Nikita Gurianof—. ¿Habéis visto, ciudadanos? ¿Veis adónde va a parar nuestro grano? ¿Lo veis?

Los campesinos de Krivaya se excitaron enormemente.

—¡Nosotros no tenemos nada que comer y él se busca un caballo magnífico!

—¡Granujas!

—¡Bribón!—le gritó Fedunof a Manafa.

—¡Camaradas, ciudadanos!—chilló Manafa—. ¡Mi vida es en peligro! Ahora tenemos el poder soviético y él quiere hacer el general.

—¡Ese hombre miente!—le interrumpió Yashka—. ¡Este mismo cerdo!

El alboroto cesó.

—¡Ese maldito!...—murmuró Plakushchef—. Aun no le han desterrado y ya...

Yashka corrió a la mesa y apartó a Manafa de un empujón.

—¿Conque sí, eh? ¡Nosotros no debemos hablar! No debemos hablar, ¿verdad? Vamos, Ilya Maximovich, usted tendrá la cabeza muy grande, pero ¿se ha creído que nosotros somos unos imbéciles? Pues se equivoca de medio a medio.

Sus palabras parecieron librar de un hechizo a los hombres y los cuerpos de los aldeanos de Zaovrazhenaya.

—¡Qué idiotas!

—¡Vamos por ellos!

Ante el inesperado ataque, los campesinos de Krivaya se quedaron callados unos momentos. Luego, Shlenka se precipitó hacia delante, cogió a Skulof de una pierna y le tiró al suelo.

Siguióse un estrépito general. Chillando y rechinando los dientes, con sus enjutos rostros acalorados, el grupo de Zaovrazhenaya se abalanzó sobre sus adversarios. Al principio, estos últimos retrocedieron unos pasos, pero luego avanzaron como una masa sólida contra sus agresores. Petka Kudeyarof se echó el mazo al hombro y arrancó una estaca de la barandilla de la escalera. Alexis, el hijo de Zajar, le cogió a Shlenka firmemente y le arrojó entre los campesinos de Krivaya.

Zharkof permaneció en su sitio, desconcertado. Parecía haber perdido el dominio de sí mismo tanto como de la reunión. Sentía la lengua como un leño dentro de la boca. El cuerpo parecía habérsele clavado al banco. Sólo se daba cuenta de una cosa: de que la naturaleza campesina había estallado arrastrando las barreras y ahogando en sangre aquellos rostros enjutos! Se levantó, tocado. Saltó del asiento y se precipitó hacia la muchedumbre.

ste le zarandeó de un lado a otro. Por un momento, su cabeza sobresalió por encima de las demás, y luego desapareció de nuevo entre las grises camisas de algodón, entre los brazos oscilantes y entre los rudos puños de los campesinos.

Gritó, sacudiendo por los hombros a los enfurecidos campesinos, pero éstos se limitaron a imprecarle y le empujaron a un lado. Zharkof sintió vértigos: en el torbellino de caras con que tropezaba su turbia mirada, pudo distinguir a Ilya Maximovich, que de pie y al margen, cruzado de brazos, contemplaba tranquilamente la pelea.

QUINTO ESLABÓN

I

A campana, la tierra desprendía su vaho después de la lluvia y agua goteaba en los charcos desde los tejados de zinc. Las palas excavaban en los montones de estiércol humeante y de hielo. En el aviso rural, Shimka se hallaba sentado en la sala caliente de Manafa, trabajando laboriosamente con un gran pliego de papel.

—¿Qué más?—preguntó alzando la vista hacia Manafa.

—¿Has puesto el número de vacas?

—Sí.

—¿Y los caballos?

—Y los caballos.

—Me parece que ya es la décima vez este año que escribimos todo eso—dijo Manafa rascándose la oreja—. ¿Qué más falta? ¡Ah, sí! Quieren saber cómo están las masas. Escribe: "Prestamos la mayor atención a las masas y a los pobres en general, y en general prestamos atención a la situación de los cooperativistas." ¿Has puesto eso? Bueno, ¿qué más?

—¿Escribimos sobre Brusski? ¿Les decimos algo sobre la cooperativa campesina del pueblo?

—¿Brusski?—Manafa se rascó la oreja nuevamente y reflexionó un momento—. Ya deben estar enterados, pero escribe digan que por qué hemos dejado que ocurra eso. Es la

ción que se les dio voluntariamente. No; no podemos hablar de ese tema es debido... Mira, aquí está otra vez Grishka. Dale largo. Ilya Maximovich dijo que debíamos darle largas.

Grigory Skulof entró en el soviet rural. Sus preocupaciones eran más grandes que las anchas estepas del Volga. Recientemente, al atravesar el bosque, se le había metido el carro en un pantano y su caballo había quedado inútil para el trabajo. De ello se había hecho un informe cinco días antes, pero no le habían puesto la estampilla. Sin la estampilla oficial, por supuesto, nadie querría creerle y no lograría conseguir ayuda. Venía a Shlenka para este objeto.

—¡Oh, estoy muy cansado!—suspiró Shlenka—. ¿Qué es ello, Grigory Efimovich?

Skulof se retorció en su silla y alargó el informe.

—Sólo quería un no sé cómo se llama.

—¿Qué es eso de un no sé cómo se llama?

—La estampilla—dijo Skulof rectificándose.

—¡Ah, sí! En seguida. ¿Cómo marcha Zajar? Dile que venga por aquí. El Comité ejecutivo del distrito reclama con urgencia su informe—dijo Shlenka buscando la estampilla en el bolsillo—. ¿Dónde demonios está la estampilla, Manaía? Ya ves, tengo aquí un asunto importantísimo y me ha desaparecido la estampilla. Bueno, siéntate; en seguida vengo.

—Pero si sólo quería...—balbució Skulof—. Ya es el quinto día que vengo por esto.

—Bueno, pues si ya has perdido cinco días, ¿no puedes esperar un minuto más? Siéntate, aquí tienes mi carpeta en prenda.

Shlenka le tendió la carpeta a Skulof—era un regalo de Manaía—y salió sin ninguna prisa del local del soviet. Al pronto, se encaminó hacia la caseta de baños del río Alai; pero, acordándose de algo, se detuvo y torció bruscamente hacia su casa.

En un principio al propio Shlenka le había parecido extraño llegar a presidente del soviet rural. Más de una vez recordó los acontecimientos de la reunión electoral. Los campesinos de Siava habían votado por su propio candidato, los de Zaovrazhenoye por el suyo y Krivaya por Shlenka. Siava obtuvo dos votos, Zaovrazhenoye cuatro y Krivaya cinco. Los otros dos distritos se determi-

haban de rim con el hecho de que Shlenka fuera el hombre importante de Mirnbergo. Pero ¿de quién no serían capaces si ahora no hubieran ensañado una palabra con Shlenka y que ahora se quitaban la gorra cuando se lo encontraban.

—Eso es porque tengo la máquina en mis manos—murmuró penetrando en su chozo—. ¡Lukeria!—gritó—. ¿Dónde la

—¿Cómo?

—¡Que me das la comida!

—¡Válgame Dios!—exclamó Lukeria haciendo la señal de cruz delante de él—. ¿Qué comida crees que hay? ¿De dónde la habías?

—¿Te la han comido tú toda?

—¿Comérsela toda? ¡Si al menos hubiera algo que comer

—En cuanto sobre mi sueldo tendremos que ver la manera de introducir la comida—pensó Shlenka encerrándose en su cuarto.

—El caballo se está muriendo de hambre—gritó Lukeria. ¡Vaya un presidente que estás hecho!

—Bueno, ¿a mí qué me cuentas? ¿Soy yo el veterinario? ¿Qué quiere que yo le haga? No me vengas ahora con historias, la comunidad necesita mi cabeza y ella tengo una, no tengo dos.

Shlenka cerró los ojos, y ya estaba casi dormido, cuando alguien golpeó el cristal de la ventana con una mano sucia y rugosa.

—¡Vaya! ¿Qué más se les habrá ocurrido? ¿Es que no le pueden dejar a uno en paz?

—¡Eh! ¡No tan fuerte, tú!—gritó Lukeria—. ¿Vas a romper el cristal!

—¡Vassili Yegorich! ¡Yegorich!—gritó una voz desde la calle—. ¿Tú eres ahora el presidente, no? ¡Pues sal aquí!

De mala gana, Shlenka se bajó del camastro y vestido a medias salió descalzo a la calle.

—¡Vassili Yegorich, padrecito!—dijo Akulina Chevalkina corriendo a su encuentro—. Quieren matarme, quieren matarme.

—Espera un poco. ¿Qué ocurre? No comprendo.

—Es un polenco, un cochino, un polenco. Está muy sucio, pero es un polenco. Me ha robado mi pubal austriaco!?

—Te he dicho que ya no es hora de oficina. Tenemos que acostumbrarnos al orden. No le dejáis a uno descansar de día ni de noche. ¿Por quién me habéis tomado? ¿Por un esclavo?

En la orilla del Alai se encontró con Grusha Ogarev. De cada vez que se alzó la gorra uno a dos dedos a modo de saludo.

—Dile a Ognef que tiene que pasar por el soviet. Dile que le necesita el presidente.

Grusha le contestó que Ognef no había regresado todavía y que ella le estaba esperando con impaciencia.

—Eso no es cuenta nuestra. A nosotros no nos interesan los asuntos familiares.

Conteniendo una sonrisa, Grusha se le quedó mirando según se alejaba hacia los baños.

—¡Je, je!—ríóse Chujlinf aproximándose a ella—. ¡Vaya un presidente que tenemos!—agregó juntando las manos—. ¡Ah, Grusha, de muchacha eras toda blanca y sonrosada!

Grusha se echó a reír y se restregó la boca con la punta del pañuelo.

—No olvides que he tenido dos hijos y que los he criado. Una chica y un chico.

—¿De? Otras han tenido siete, y no están como tú. Pero tienes el mismo color de la tierra.

Justo tomaron el camino del pueblo. Yegor Stepanovich hablaba de las cosechas, de la abundancia del heno y de la siega.

—Pronto llegará la época de la siega y me han dicho que no hay gran cosa en vuestro campo. Vais a pasar un invierno muy duro.

—Claro que sí—dijo Grusha tapándose más la cabeza con el pañuelo.

Después de una breve pausa, Yegor Stepanovich prosiguió en voz alta:

—Sería mejor abandonar lo de Bruski. Es verdaderamente extraño. Stepan es un hombre listo, pero no le da a entender en sus artes. Ya ves, no le sería muy difícil encontrar un caballo. Si lo hubiera dado. Tiene buena fama. Debería trabajar conmigo. Marcharíamos muy bien juntos. Y además, a mi chico anda detrás de tu hijo.

Grusha sabía que Stepan se reía siempre de Chuiial y en general procuraba esquivarle. Pero ahora le hablaba con tono amistoso, con un tono que la asustaba a ella. Hasta su cabeza extrañamente puntiaguda parecía adquirir una forma más redonda.

—Va a terminar por enfurecer a los campesinos—prosiguió Chuiial—. Alborotará la colmena y prenderán fuego a vuestra casa. Convendría que le dijeras que se ande con cuidado.

Caminando presurosamente Grusha subió la cuesta, atravesó la calle y penetró en su choza. Se sentó a la ventana y se puso a remendar los pantalones de Ogmef. Durante largo rato permaneció mirando por la ventana hacia las colinas de Baibush y pensó:

Si Stepan toma el tren vendrá por la colina y si coge el caballo vendrá por el Volga.

Desde hacía cuatro días esperaba el regreso de Stepan. Era ya mucho que se había marchado, casi tres semanas, y esperaba que llegase de un momento a otro. Stepan no venía y Grusha estaba preocupada. También había venido a inquietarla el

que había tenido la noche precedente. Había soñado que Stepan salía de la ciudad todo afeitado y con botas nuevas, trayendo en la mano cabeza abajo una imagen de la Santa Virgen.

Las palabras de Chujlaf y las murmuraciones del pueblo acrecentaban su ansiedad. Cuando iba a buscar agua a la fuente las mujeres se reían y se apartaban de ella. Cuando Stepan partió para la ciudad todos sus parientes se echaron encima de ella para reprocharle con tono de reproche las murmuraciones del pueblo.

—¿Por qué no pretende detener el curso del Alai? Eso es lo único que le falta.

La aguja seguía en su mano, pero los pantalones se escurrieron al suelo.

Acaso fuera por aquello por lo que la Santa Virgen había sido puesta boca abajo, acaso fuera por aquello por lo que su corazón se contraía de angustia, y despertándose en plena noche, Grusha se deslizó de la cama murmurando plegarias en la oscuridad.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

Tuvo un sobresalto y echó a correr. A través de la bruma traspasa un gemido ahogado llegó hasta sus oídos. Grusha trató de localizar el sonido.

—¡Dios mío! ¿Será Steshka?

Corrió detrás del cobertizo. Desde allí el gemido podía oírse más distintamente. Procedía de la caseta de baños de la orilla del Alai. Grusha abrió la puerta y bajó corriendo la vereda del río.

II

El Alai gorgoteaba plácidamente entre sus sinuosas orillas. Las casetas de baños hallábanse esparcidas en la orilla de acá, a la sombra de los rumorosos alisos. En el crepúsculo matinal los peces jugueteaban en los profundos remansos que formaba el río y los gansos silvestres cacareaban entre los cañaverales.

—Niños, agua...

Grusha percibió palabras entre los gemidos.

—¡Dios mío!—murmuró subiéndose a la valla que rodeaba las casetas de baños.

Grusha salió a prisa de entre la muchedumbre. Se fijó en la
encaminó precipitadamente hacia la casita.
En la puerta de latón, apenas visible a través del vidrio empa
del alcohol, la abuela Dunya bambaleaba sentada en una silla ba
to al alambique. Contaba entre un sitio y sus negros dientes ma
cual un grande como los de un caballo. Estaba sudando mu
a la pequeña hoguera y gimiendo desconsoladamente:

—Niños, agua...

—¿Qué ocurre?—gritó Grusha—. ¿Qué quiere usted?

—¡Oh, Vasya! Tengo sed, hijo mío.

—Aquí tiene cerveza. Debe usted acostumbrarse a ella.

Grusha cerró la puerta de golpe tras sí y se alejó siguiendo e
curso del río hasta que desapareció entre algunos árboles.

Grusha llegó corriendo a la puerta de latón y se detuvo en l
puerta, tratando a causa de la sed huracanada.

—¿Quién es? ¿Eres tú, Lukeria? ¡Ven aquí, hijita!

—No, soy Grusha, la Ogarva.

La anciana mujer se puso a temblar y agitó las manos.

—¡Vete, vete, querida! Te matará si te ve. Está enojado. Va a venir dentro de un momento.

—¿Quiere usted agua?

—No quiero darme ni una gota de agua. Me van a enterrar viva. Sí, dame un poco de agua, paloma mía.

Mientras Grusha fué en busca del agua la anciana siguió g miendo y pidiendo que le dieran de beber. Cuando Grusha regresó, bebió el agua ávidamente como si no pudiera saciarse nunca.

—Abuelita—dijo Grusha—, márchese. Márchese de su casa. Después de todo, él no es su amo.

La anciana se puso de pie, apoyándose en la mesa. Sus ojos estaban nublados, como si se hallaran cubiertos de ceniza.

—Estoy ciega—dijo—. Me he quedado ciega con este licor venenoso.

Grusha la sacó de la caseta.

—Llévame a la iglesia. Llévame a la casa de Dios y déjame allí—suplicó Dunya—. Que la gente no me vea. Que se asombre.

Grusha dejó a la anciana junto a la balaustrada de la iglesia y volvió corriendo a su casa mirando medrosamente a derecha

sobervia. El corazón le palpitaba furiosamente como un pájaro herido. Su rostro se hallaba distendido y su paso era inseguro.

—¡Esto sí que está bien! El padre viene a casa y no hay nadie sino su hija.

La voz fresca y risueña de Stepan, el ruido del agua chapoteando alegremente en la palangana, acallaron los temores de Grusha.

—¡Por fin has vuelto!

—He venido en una troika. ¿Cómo andáis por aquí?—preguntó Ognef secándose la cara con una toalla—. He recibido un telegrama de Zharkof. ¿Está aquí todavía?

—Se ha ido ayer a Alai.

—¡Ah! ¿Conque ha habido aquí jaleo?

—¡Terrible!—contestó Grusha atareada con el samovar—. Por poco se arrancan el pelo unos a otros.

—¡Entonces por eso es por lo que el otro ha perdido la cabeza! Por eso me ha escrito que viniera en seguida. Y aquí estoy.

Hundiendo los dedos en su barba Ognef se sentó en el banco.

—He tenido un sueño terrible. Soñé que venías a casa afeitado.

—No creas que tardan mucho en afeitarle a uno allí. Aun no has tenido tiempo de echar un vistazo alrededor y ya han terminado contigo. ¿Quién está ahora en el soviet?

—¿Quién? Pues Shlenka. Precisamente he estado ahora en el soviet. Shlenka obliga a su madre a destilar alcohol.

—¡Bah! No hay que extrañarse de que una cabra huela mal cuando de que una chinche pique. Bueno, ¿y quién más?

—Tú. Zaovrazhenoye votó por ti. La gente de aquí estaba toda en contra tuya. Luego, Kirka Zhdarkin y algún otro. No me acuerdo ahora quién era.

—Muy bien... Sabrás que he traído caballos.

—¡Cómo! ¿Caballos?—los ojos de Grusha resplandecieron.

—Ven a verlos.

Tres caballos se hallaban atados a una estaca detrás del cobertizo: una alta yegua parda con cicatrices en las patas, un potro de endebles rodillas con los cuartos traseros aplastados y otro potro de color gris.

—Aquí los tienes—dijo Ognef dando una palmada en el lomo

al petro gris—. ¿No te gustan? Es porque han estado d
de gente de la ciudad. Ya los pondremos bien nosotros. Le
mos de arriba abajo y les daremos unas fricciones y ya ver
bien que se quedan. En dos años los habremos pagado. Ya
podemos empezar una nueva vida.

Grusha miró a los caballos y luego a su marido. A su mente
vinieron las palabras de Chuflaf: "Tiene buena fama. ¿Por
no se une conmigo?"

—Aquí estoy yo—dijo Steshka precipitándose en el
—¿Es posible?—dijo Ogael riéndose—. Si no lo dice
enemos.

Según hablaba, Stepan observó que Steshka había
parecía más desarrollada, o por lo menos más ancha. Su
había perdido su precisión y su firmeza, y su rostro, que
sido siempre demasiado seco, aparecía resplandeciente y
Su mirada se detuvo en ella unos instantes y pensó: "¡Qué
más guapa tengo!"

Bajo su mirada, Steshka se cubrió de un vivo rubor.

—¿A que no adivinás lo que tengo—gritó ella con las
detrás de la espalda.

—Tienes un yo no sé qué.

—No—dijo Steshka meneando la cabeza—. En serio.

—¿Qué es lo que tienes, paloma mía? Dímelo—dijo Gru
Siempre andas con algo...

Steshka movió las manos y sus padres pudieron ver
punta de un sobre gris.

—¿De Sergei? Dámelo.

Stepan se sentó en una banqueta junto a los caballos
la carta.

—¡El bribón! Lleva diez años fuera de casa y nos
cartas al año... "Salud, querido padre—fíjense, me llama
salud, querida madre"—¿has oído, madre? No te
Pero no dice nada de Steshka.

Ognef se volvió hacia su hija:

—Se ha olvidado de ti... Pero no te apures, que
aquí: "Salud, querida hermanita." ¡Hermanita!—dijo

feo y meneando la cabeza—. Se piensa que no hemos envejecido desde que él se fué.

—Sigue, sigue leyendo. ¡Qué charlatán has vuelto de la ciudad!—dijo Grusha sacudiéndole por un hombro—. Sigue leyendo.

Sergei hablaba en su carta de su vida en Moscú, y decía que echaba mucho de menos a su familia, que anhelaba volver a ver Shirokoye y el Volga, y que conseguiría de seguro dos meses de permiso para visitar a su familia y tomarse un descanso. Al final de la carta decía que su padre había hecho muy bien organizando la cooperativa. La cooperación era la única manera de que los campesinos pudieran mejorar su dura vida. Toda la carta respiraba afecto, alegría y entusiasmo. Ognief se sintió profundamente conmovido; pero ocultó sus sentimientos a los demás, murmurando según penetraba en la casa:

—Más valía que hubiera mandado algún dinero.

—No digas eso—le dijo Grusha con aire de reproche escondiendo la carta detrás del viejo y resquebrajado espejo—. Estoy segura de que ni siquiera tiene bastante para él.

—Bueno, pero yo le he criado y le he mantenido—dijo Ognief riéndose.

Su risa divirtió a Steshka, y Grusha replicó:

—¿Y qué que lo hayas mantenido? ¿Para qué crees que has sido su padre?

—Bueno, bueno, en ese caso, ¿qué se le va a hacer?—dijo Ognief riéndose nuevamente—. Vamos a tomar un bocado. Tengo que marcharme al Congreso.

III

La lucha entre los diferentes grupos de Shirokoye se extendió a las aldeas circundantes. Primeramente estalló en Nikolskoye. En la reunión preparatoria de las elecciones los comunistas y sus partidarios se habían apuntado un gran éxito, pero en la reunión electoral los partidarios de Kerzhakof, antiguo socialista revolucionario que había cumplido una larga condena en Siberia, siguiendo el ejemplo de Plakushchef habían unificado todas sus fuerzas

y la lista comunista resultó derrotada. Las elecciones fueron vio más borrascosas en Bandurenka, Ermolovka y Alat. En Ba los campesinos más ricos y los ex terratenientes fueron elegido para el soviet de distrito así como para el soviet rural. En Ch hubieron las elecciones duraron varios días. Allí, los habitantes se taron infaliblemente cada cual por sus representantes. Un día entero le llevó a Zharkof solucionar el conflicto, convirtiéndose en que fueron elegidos para el soviet representantes de ambos grupos.

Los delegados se prepararon para el Congreso de distrito lo mismo como para la siega.

Comenzó el Congreso. La Casa del Pueblo, que había sido en otro tiempo el establecimiento del comerciante de patos Sverbiskof, un local basto, con paredes de madera sin cepillar, se hallaba llena de delegados, de visitantes, de tenderos de té y de los curiosos que habían llevado a los delegados de las aldeas vecinas. La primera sesión fué consagrada por entero a los preparativos, a tomar té y decorar las paredes con banderas. A las dos, cediendo a la presión de los delegados, se procedió a la elección de la presidencia del Congreso. Esto ocupó todo el resto del día. Cada aldea y cada grupo pretendía tener representación en la presidencia, en tanto que los comunistas defendían con firmeza a sus candidatos.

—Nuestro candidato—dijo Plakushchef hablando en favor de Kerzhakof, hendiendo el aire con la mano a cada palabra—, nuestro candidato representa a la clase más pobre. Ha sufrido por el pueblo en presidio...

—¡Es un pájaro enjaulado!—gritó uno.

—¡Estuvo mezclado con los oficiales en Siberia!

—Puede que sea cierto y puede que no—replicó Plakushchef precipitadamente—. Primero habría que probarlo. Pero ahora no es el momento oportuno y no tenemos por qué hablar de ello.

Desde su mesa de la tribuna Zharkof vió que poco a poco se habían agrupado dieciocho delegados en torno a Kerzhakof y Plakushchef, hombres barbudos de ancho y aplastado pecho. Los asistentes se apretujaban en los pasillos pretendiendo entrar en el salón.

—¡Empecemos la votación por la base!—gritaron algunos delegados.

—¡Nosotros proponemos que por el centro!—gritaron otros.

—¡No digáis disparates!—exclamó un hombre desde el grupo de la derecha—. No se empieza la comida por la tarta y se toma luego la sopa. Hay que seguir el orden debido.

Al fin, después de muchos gritos y de varias interrupciones, fueron elegidos para la presidencia Zharkof, Kuzmarkin (el presidente del Comité Ejecutivo del distrito) y Zajar Katael.

Los delegados suspiraron con alivio y acogieron a la presidencia con una ovación unánime. La orquesta de balalaikas tocó la *Internacional* como si fuera un lúgubre canto religioso, y los delegados y los visitantes cantaron con voces ásperas y desentonadas, sinceras o profundas. Parecía ser que el ruido era excesivo para el salón, pues llenando el local, franqueó la puerta y las ventanas y llegó a las calles y a la plaza del mercado, alterando la pacífica modorra del pueblo de Alai.

El Congreso inauguró sus sesiones con un informe de Zharkof sobre la situación interior y exterior de la República Soviética. Embelleció su informe con ejemplos, comparaciones, reminiscencias de los antiguos tiempos de la ilegalidad y del exilio, con anécdotas que había oído y acontecimientos que había observado en el distrito de Alai. Pasó a hablar de los proyectos trazados por el Poder soviético para el desarrollo y el mejoramiento de la economía rural. Habló del socialismo como ningún campesino de los allí presentes había oído hablar nunca ni podía imaginarse que se pudiera hablar. Ahora, escuchando a Zharkof, los delegados y los demás campesinos empezaron a creer en el porvenir que les estaba describiendo, se excitaron y chasquearon los labios; pero cuando Zharkof hizo notar que la única manera de acabar con su pobreza y sus desdichas era la economía agraria colectiva, una sonrisa apareció en los rostros de todos los delegados, sonrisa que parecía decir: "¡Oh, sí! Ya conocemos el cuento."

Hasta entonces, Zharkof había semejado un caballo de pura raza enfrentado con un pobre jamelgo. Pero al ver aquella sonrisa, perdió el hilo de su discurso como perdería el equilibrio un hombre al verse de pronto al borde de un precipicio inesperado

Comprendió que los delegados se le escapaban y quiso recuperarlos a toda costa. Después de una transición apenas perceptible emprendió un ataque contra la comuna "Progreso", que estaba establecida en las posesiones del ex conde Uvarof. Sonriendo maliciosamente, ridiculizando a los miembros de la comuna, expuso sus impresiones del Congreso. A su llegada había sido recibido por una jauría de perros. ¿Y qué esencial eran los perros a la vida de la comuna? La propiedad comunal hallábase desparramada por todos sitios como si hubiera habido un fuego enorme en el lugar. La gente vivía en chozas sucias y enegrecidas por el humo, infestadas de ratas, con pisos de tablas rotas. La suciedad y el mal olor se habían enseñoreado de todo. Había suficientes personas para ejecutar el trabajo, pero sin embargo los campos se hallaban en peor estado que los de los campesinos vecinos.

—¡Ni que decir tiene que los campesinos huyen de una comuna semejante! El Poder soviético no ha aconsejado nunca el establecimiento de tales comunas. Eso no es una comuna, es una mala imitación. Como las calabazas secas en lugar del azúcar.

Los delegados habían escuchado atentamente, interrumpiendo su discurso de cuando en cuando con explosiones de risas y aplausos. Zharkof vió que el Congreso se hallaba nuevamente en sus manos.

Después del intervalo de mediodía—Zharkof apenas tuvo tiempo de comer—, la Casa del Pueblo fué invadida por los delegados y por campesinos procedentes de Alai y Shirokoye. Como no cabían en el salón, llenaban los corredores y el patio, apretujándose en las ventanas, zumbando como avispas en un árbol hueco. La cuestión que más les apasionaba era la de la identidad de Zharkof. ¿Qué había sido éste en los antiguos tiempos? ¿Qué cargo o profesión desempeñaba entonces?

Los campesinos discutieron, se pelearon y se insultaron unos a otros, hasta que al fin llegaron a la conclusión de que bajo el antiguo régimen Zharkof debía haber sido gobernador civil.

Una vez que le hubieron asignado este rango, los hombres de más edad se sintieron halagados de tener por encima de sí a un hombre tan importante, y Chizhik, el apicultor, un

lejos y pálido con un lebanillo en la nariz, parloteó como un
gorrión:

—Debíamos haber recibido a un personaje tan importante
con pan y sal, y le atacamos todos como una manada de toros
furiosos.

Algunos soldados rojos soltaron la carcajada al oír las palabras
de Chishik.

—¿Crees que vienen aquí a lucir las charreteras? No; ya se
han acabado las charreteras.

—Yo no he hablado de charreteras. No he hecho más que dar
a entender que no debíamos ofenderle.

Miguchik era uno de los visitantes que se hallaban en el co-
medor. Corría de un lado a otro, arrastrando por el piso de tablas
sus galochas de mujer, por las cuales se le resbalaba siempre.
Parpadeaba y bufaba como un conejo herido.

—Ya veréis, ya sabréis lo que vuestro gobernador quiere en-
diguemos. Se dan todos buena maña para eso. Yo he oído ya a
este Zharkof en la capital de la provincia. Estuvo amenazando no
sé qué en la plaza del mercado y luego se fué en un automóvil
al café, apostaría que a comer con algunas muchachas...

El comerciante fué interrumpido por Gorka, un afiliado a la
Juventud Comunista:

—¡Cállese! ¿Cómo se atreve usted a hablar así de Zharkof,
un miembro responsable del Partido? ¡Especulador!

—¿Hablaba yo con usted? ¿Hablaba yo con usted?—balbu-
ció Miguchik marchándose con sus galochas a otra parte.

En un rincón, silencioso y como tragado por la muchedumbre,
hallábase sentado Skulof al lado de Zajar Katef. De repente,
se incorporó de un salto y se inclinó hacia Zajar.

—¡Oye, Zajar Vavilich! ¿Ha traído Zharkof el manifiesto?

Esta idea del manifiesto acababa de ocurrírsele; pero inme-
diatamente Skulof creyó en ella.

—¿Qué es eso? ¿Qué manifiesto?—preguntó Zajar tranquila-
mente.

—Pues...—balbució Skulof—acerca de un caballo..., de un
caballo para cada uno... ¿Qué, no lo crees? ¡Pues es verdad! Dicen

que debemos tener todos un caballo y algunas semillas, y dinero
otra cosa también. Así yo no tendré que vender la vaca
—Yo no soy más que habladurías—dijo Zajar cruzándose
a mesa de la presidencia.
Shukof se quedó desilusionado. Olvidóse en absoluto del mitin
ación. La ansiedad traspasó su corazón como una espada. Ob
a vista en la tribuna y siguió ávidamente los movimientos d
Zharkof, que acababa de aparecer por detrás de los compañe
La presencia de Zharkof fué acogida con una tempestad de aplau
sos. Los delegados ocuparon sus asientos, y aunque Zharkof se
ha ido acostumbrado a los aplausos como lo está un poste del te
grafo al temblor de los hilos, la acogida de los campesinos le em
ó. Durante un momento miró con aire de triunfo a los delegados
se alzó los lentes, y cuando el ruido se hubo calmado comen
ó a hablar.
—Camaradas, vamos a pasar al segundo punto del orden d
ía, al informe del Comité ejecutivo del distrito.
Durante unos instantes reinó un silencio absoluto. Luego s
oyó un murmullo apagado, como si saliera de debajo de la tier
El rumor no tardó en subir de punto:
—¡Zharkof!
—¡Que hable Zharkof!
—¡Camaradas!—exclamó el secretario del Comité de distri
El camarada Zharkof no puede hablar más. Está cansado. Es
un hombre y hay mucho que hacer. ¿No comprendéis?
—¡Zharkof!
—¡Zharkof!
—¡Que hable!
—¡Que hable Zharkof!
—¡Todo se hará!
—¡Los campos no van a marcharse!
Las voces se fundieron en un rugido común, que repe
como un trueno en las paredes de la Casa del Pueblo. D
del alboroto, el joven Gorka, andando casi por encima de
bezas de los delegados, se abrió camino hasta la ventana
propósito de colocar en su sitio una bandera que se había
—¡Déjala estar!

—¿A qué te subes ahí?

—El orador no ve bien—repuso Gorka—. La bandera está tapando la ventana. Hay que ponerla en su sitio, ciudadanos.

—¡Déjala!

—¡Está bien!

—¿No oyes que es lo mismo?

—¡Bájate, que molestas!

—¡Eh! ¡Aparta! ¡Que ocupas todo el sitio!

—¡Vaya unos ciudadanos que están hechos!

Gorka volvió a su sitio, dando patadas a los delegados que saltaba de banco en banco.

Zharkof habló de nuevo.

IV

Así transcurrieron dos días y pareció que la calma y la hostilidad que de tal forma se habían puesto de manifiesto durante la elección de la presidencia se habían apaciguado del todo. Los rostros de los delegados y de los visitantes mostraban muestras de satisfacción. Pero Zharkof se daba cuenta de que todos los comunistas presentes y sobre todo Pascuarel, un hombre de anchos hombros y cara roja, con una voz áspera y ronca, le eran hostiles. Fruncían el ceño cuando le hablaban y discutían en voz baja como si estuvieran tramando algún complot. Esto le preocupaba un tanto, pero Zharkof se esforzó por mantener la tranquietud.

—Esto pasará. Siempre ocurre lo mismo. Lo principal es que las masas están cambiando y se acercan más a nosotros—consolábase.

Los delegados accedieron pacíficamente a escuchar el informe del Comité del distrito. Le concedieron a Kuzmarkin todo el tiempo que juzgara necesario.

—Pero espero que tendrás compasión de nosotros—le dijo Shilof, un delegado de Nikolskoye—. Es el tiempo de la siega, no lo olvides. Si estuviéramos en invierno, podías estarte un mes entero, todo lo que quisieras.

En la tribuna, formada con viejos mostradores, apareció Kuzmarkin, presidente del Comité ejecutivo del distrito. Se hablaba muy excitado y frecuentemente bebía agua del vaso que estaba encima de la mesa. Sacó de su cartera un fajado de papeles y cuando se hubo tranquilizado un poco se puso a leer su informe, bautizado en broma por él mismo como "el informe de las cifras". Con gran trabajo descifrar el murmullo con que, informó al Congreso del número de tenencias y subdepartamentos de su distrito (siempre decía "en mi distrito tengo"), de los nombres de las personas que tenían a su cargo los departamentos y subdepartamentos, del número de reuniones que se habían celebrado, del número y naturaleza de las cuestiones discutidas y de las resoluciones que se habían adoptado. Presentó una lista detallada del número de caballos, vacas, ovejas, cerdos y demás ganado que había en su departamento en el pasado y en el presente y del número que esperaba tener en el futuro. También dió cifras de la cantidad de heno cosechado por el caballo de su Comité ejecutivo y de la suma de dinero gastada por su administración para la dotación de oficinas.

Al principio, Zharkof escuchó atentamente el informe de Kuzmarkin. La constante repetición del "yo tengo" y del "en mi distrito" le incomodaba, pero contuvo su irritación pensando que Kuzmarkin no tenía todavía suficiente experiencia y era por añadidura un hombre achacoso.

Sin embargo, cuanto más avanzaba el informe más aumentaba su irritación. Zharkof empezó a distraerse y bostezó cada vez más a menudo.

—Debo tener paciencia—se decía Zharkof—. No puede faltarle mucho para acabar.

Pero Kuzmarkin seguía leyendo.

Habían transcurrido ya cuarenta minutos o acaso más. ¿No llevaría Kuzmarkin leyendo dos o tres años? La cabeza de Zharkof se llenó de vértigos con el torbellino de cifras. Le dolían la espalda y los ojos. Involuntariamente, dejó de seguir el informe y observó a los delegados. Las últimas filas y los pasillos, que estaban atestados, se habían quedado vacíos. Por la expresión del rostro de los delegados dedujo que éstos tenían puestas sus

existían en su casa o en los campos, arando, preparando el pienso para las caballerías, haciendo esto o aquello en sus chozas.

—Esto es una verdadera burla—se dijo Zharkof—. Sería cosa de aborrarse si hubiera que soportar mucho tiempo a un presidente semejante.

Luego se olvidó en absoluto de Kuzmarkin. La bandera de la ventana volvió a caerse, pero a nadie se le ocurrió colocarla en su sitio.

Las calles estaban en calma. El cálido y dorado sol se derramaba a través de las ventanas, las moscas zumbaban en el salón y un delegado se puso a cascar pepitas de girasol. Mirando por la ventana Zharkof dejó vagar sus pensamientos. Primero pensó en Bruski; luego, en el Comité del distrito del partido. ¿Qué habría ocurrido allí? El día anterior había recibido un telegrama cifrado del Comité informándole de que el comandante rojo Espalikof se había pasado a los bandidos. Zharkof había conocido a Espalikof en el frente y esto venía a acrecentar la preocupación que le causaba su deserción.

—Si le cogen le fusilarán—pensó.

Kuzmarkin seguía leyendo, no cesaba de leer.

Las moscas zumbaban, las cifras giraban en torbellino en la cabeza de Zharkof y las calles parecían estremecerse bajo la canícula canicular. ¡Qué delicioso sería subirse a un henil y echarse a dormir!

Al fin, un delegado que había perdido la paciencia gritó en voz alta:

—¡O-o-o-h! ¡Esto es peor que el cólera!

Los delegados se desperezaron, echáronse a reír, y gritaron:

—¡Vamos a pasar a las preguntas!

—¡Tenemos mucho que hacer!

—¡No estamos en invierno!—gritó Shilof—. Si fuera invierno podríamos tolerarlo.

—Pero..., pero si no he hecho más que empezar—balbuceó Kuzmarkin agitando el puñado de papeles en el aire.

Stepan Ogoef llegó al Congreso cuando los campesinos, que
nado que consumara la discusión, habían llenado nuevamente
al local. Zharkof estaba hablando sobre el informe del Comité
del distrito. Desde las primeras palabras que dijo pudo verse
hacía a atacar a Kuzmarkin, tanto por la forma en
se dispuso a hacerlo como por la labor del Comité
había presentado su informe
cutivo del distrito.

—Si yo, por ejemplo—dijo palideciendo, pero recalcando
solutamente el dominio de sí mismo—, si desde esta tribuna
fuera yo a invertir hora y media en contar el número de bra
de piernas, de cabezas y de ojos aquí presentes...

Los delegados se echaron a reír suavemente.

—Hemos invitado a Kuzmarkin—prosiguió Zharkof, cuya
se elevó y fué arrastrada a lo lejos como una tabla por un
rente vertiginoso—, le hemos invitado a que nos dijera
tiende el Poder soviético a nuestras necesidades, qué medi
adopta para atender a ellas. Y él nos ha dicho cuántos p
de hoso puede comer en un año el caballo del Comité ejec
vo del distrito. Sin embargo, no nos ha dicho lo que ha ocur
do en un soviet rural ante las mismas narices del Comité ej
tivo del distrito. Este soviet rural, del que es presidente el co
nista Ponomaref, ha implantado la tributación por su pro
iniciativa y fija como impuesto a cada aldeano una libra de p
no con el objeto de comprar una estampilla. Esto podrá pa
ceros una insignificancia, pero en Alai hay siete mil habitan
siete mil libras suponen ciento setenta y cinco pude de g
¡Ciento setenta y cinco pude de grano para comprar
tampilla!

Al principio, el Congreso escuchó en silencio; pero
cifra de ciento setenta y cinco, delegados y visitantes
y la presidencia, y hasta el mismo Ogoef, soltaron tan
carcajada, que los cristales de las ventanas retemblaron
grimas asomaron a los ojos de Katnef. Secándoselas con
ga, Zajar gritó:

—¡Qué suerte! ¡Dios mío, qué hombres más listos! ¡Ja, ja, ja!

Zhatkof siguió hablando con algún detenimiento de la labor que el Comité del distrito debería haber realizado y del carácter poco satisfactorio de la que había hecho. Su discurso fué interrumpido frecuentemente por los aplausos, procedentes en particular de los dieciocho delegados que se habían congregado en torno a Plakushchef. Las ovaciones no fueron bien acogidas por Zhatkof y hasta en una ocasión se dirigió con irritación a los dieciocho. Pero de igual manera que un corredor no presta atención durante la carrera a un cielo nublado, concentrando todos sus esfuerzos en alcanzar la meta, Zhatkof trataba de ignorar al grupo de los dieciocho, concentrando todas sus energías en la empresa de aniquilar a Kuzmarkin.

Habiendo terminado, se retiró detrás de las cortinas y un temblor nervioso se apoderó de todo su cuerpo. Se enjugó el sudor de la cara y escuchó la tempestad de aplausos y el clamor que reclamaba su aparición. Pero no se movió.

Durante un rato reinó la confusión en la sala. Luego, Kirill Mitrofanovich Chalkin, uno de los dieciocho, pidió la palabra. Cogiéndose las solapas de la chaqueta, comenzó lentamente, con aire irresoluto:

—Bueno, ¿qué os parece, campesinos?—y miró a su grupo, y después, por encima de las cabezas de los delegados, a los visitantes que se encontraban al extremo del local—. El verano pasado yo estaba trillando. El Poder soviético es partidario de las máquinas y nosotros también somos partidarios de las máquinas...

—¡Vaya cambio!—le interrumpió un delegado—. ¡Por algo se llaman veletas!

—¡A palabras necias oídos sordos!—replicó Chalkin—. Bueno, pues tomé una máquina a Kuzmarkin y con ella hice cuatro carretadas y saqué veinticuatro puds. Pero luego vi que todavía quedaba grano en las espigas y me puse a hacerlo todo de nuevo al estilo antiguo, con los caballos, y saqué otros dieciséis puds. ¿Estaban esas máquinas como es debido? ¡Claro que no! El Comité del distrito no mira por ellas debidamente. Deja que las máquinas

se caigan a cachos y lo mismo los motores. Yo creo..., a mí me parece que debíamos devolverlas.

Chalkin se sentó, e inmediatamente fué sustituido por otro orador, Kondakof, un hombre panzudo, con la barba en punta, que habló sin desfallecimientos ni vacilaciones.

—Lo primero que hay que hacer es restituir los motores y las trilladoras a sus antiguos propietarios. Esto será muy ventajoso para el Estado y para el proletariado. El camarada Zharkof tenía muchísima razón cuando decía que no se puede dar un buen caballo a un tonto, y, en general, es verdaderamente vergonzoso que procedamos de esta manera con nuestras valiosas propiedades...

—Yo no he dicho eso—quiso gritar Zharkof, pero en aquel preciso instante surgió de detrás de las cortinas el presidente del soviet rural, Ponomaref, el cual, apoyando los codos en la barra de los oradores, sacudió sus enormes y nudosos puños.

—¡Camaradas!—gritó con voz ronca—. Ayer el camarada Zharkof ha hablado de su visita a la comuna "Progreso" y ha dicho que fué recibido por una jauría de perros que le atacaron y que se podía percibir el olor de la comuna en siete versas a la redonda—Ponomaref se detuvo un momento—. Camaradas, no es un secreto para ninguno de los aquí presentes que los perros sólo ladran a los extraños: no ladran a los de su propia familia.

—Esto es repugnante—protestó Zharkof—. En mi vida he oído nada semejante.

—Para la nariz de un señorito—prosiguió Ponomaref—todas las cosas parecen oler mal. Desde luego, nosotros no usamos perfumes. Somos así. Es muy fácil vivir en la ciudad y escribir proclamas y toda clase de artículos...

—¡Oye!—gritó Shilof—. ¿A qué viene todo eso?

—Estoy hablando de que los perros sólo ladran a los extraños, que vienen aquí a volvernos locos, ¿entiendes?

—¿Y lo de la estampilla?

—¿No os basta con ciento setenta y cinco? ¿Queréis doscientos?

Confusión y alboroto. Ponomaref se obstinó en hablar agitando los brazos, y el blanco de sus ojos relucía extrañamente

se rojo semblante. De vez en cuando su ronca voz lograba hacerse oir entre el estrépito.

—Es muy fácil poner faltas. Aquí no necesitamos extraños.

—Pido la palabra—gritó Plakushchef.

Sin aguardar a que terminara Ponomaref, se abrió camino a codazos por entre los delegados hasta la tribuna y el ruido cesó bruscamente.

—Aquí tenéis a Ponomaref—comenzó Plakushchef—. Todos le conocemos y no cabe duda que es un buen comunista. Verdad es que, según se dice, no se puede leer en el corazón ajeno. Sin embargo, ciudadanos, en este caso los comunistas tenían una verdadera mina de oro que explotar. Ya visteis los montones de abono que quedaron en los campos de los nobles. ¡Había millones de puds! Y ahora, estando aquí los comunistas, la tierra está toda estéril. Una vez pasé yo por allí y los perros me ladraron. ¿Soy yo también un extraño? Me acerqué al secretario del soviet y le dije: "¿Por qué no utilizáis el abono para esta tierra?" "Tenemos bastante y de sobra—me contestó—, pero no podemos hacerlo." "¿Cómo es eso?", pregunté yo. "Pues así—me dijo—. No se puede conseguir que la gente esté unida. Unos no pueden y otros no quieren. Y además mire usted a nuestro principal autoridad." Entonces miré y le vi roncando bajo un árbol, borracho como una cuba. ¿No eras tú, Ponomaref?—dijo Ilya Maximovich volviéndose bruscamente hacia el presidente del soviet de Alai.

—Tenía un dolor de cabeza—contestó Ponomaref casi oculto por las cortinas.

—¿De veras? Puede que los dos tuviéramos dolor de cabeza. Pero yo pude ver que estabas bien malo... De todas formas estoy seguro de que a ti no te ladran los perros. ¡Quia!

Los delegados se echaron a reir.

—El no es un extraño.

—No lo es, no. Le gusta el mal olor y el mal olor no se nota cuando le gusta a uno.

—Cuando sale de uno mismo no se huele.

Zharkof se había reído con las últimas palabras de Plakushchef y movió la cabeza con gesto de aprobación. Plakushchef, por su

parte, como si Ponomarof hubiera sido una nota que hubiera sido arrugado en las manos y arrojado lejos de sí, siguió hablando con voz tranquila y convincente. Trató de la política de los Soviets y de Partido, citó diversos extractos de discursos de los dirigentes del Partido, y, por último, sacó la conclusión de que los métodos de los trilladores debían ser derruidos a sus antiguos propietarios.

Apenas hubo terminado, cuando Barma, el presidente de la Asociación de Ayuda Mutua del Distrito, se precipitó a la tribuna.

—Tengo algo que decir al Congreso. ¿Puedo hablar, presidente?

—Sí.

—El Congreso—comenzó Barma—está decidiendo el destino...

—¡Venga de ahí, Barma!—le gritó Kondakof, cuya barba plateada se agitó vivamente.

Los ojos de Barma se abultaron como los de una oveja muerta. El hombre miró a Kondakof y a los delegados y se pasó la mano por la cara.

—¡Venga, siga, siga!—gritó Kondakof—. No querrá usted que adivinarle.

—¡Ya empezáis!—dijo Barma agitando las manos con desprecio—. Os he dicho que no me interrumpierais. Ya se me ha olvidado lo que quería decir—agregó tranquilamente, y se retiró de la tribuna seguido por una explosión de carcajadas.

Por estas carcajadas, por los entrepitosos aplausos con que habían sido acogidas las críticas de Plakudichef y las interrupciones de Kondakof, Zharkof comprendió de pronto que el Congreso se inclinaba del lado del grupo de los dieciocho. Rápidamente, mediante un gran esfuerzo mental, sopesó la situación, y por vez primera se dió cuenta de que se había dejado llevar demasiado lejos en su ataque contra el informe de Kuzmarkin. Iba a confesarse que su discurso había sido un arma en manos de los dieciocho.

—Tengo que hablar ahora mismo—pensó—. Pero ¿cómo voy a defender al Comité ejecutivo del distrito? Es imposible que las máquinas estén en un estado terrible y que los motores estén a pedazos en los cobertizos del Comité.

Zharkof comprendió que iban a ser derrotados. A cada

Entretanto el Congreso se acercaba más cada vez a los dieciocho, en las palabras de los cuales adivinaba Zharkof con creciente ansiedad el afán de que se restableciese la propiedad privada y la condenación de la política soviética. Cuando Platunkof, el secretario responsable del Comité de distrito del Partido, ocupó la tribuna, y fué arrojado de la misma por los silbidos de los dieciocho a la primera indicación que hizo de que sería imprudente enriquecer a los hombres más poderosos de las aldeas restituyéndoles sus antiguas propiedades, Zharkof pensó que era ya tan imposible modificar el estado de ánimo del Congreso como alterar la trayectoria de una bala. El sudor brotó de su frente, la campanilla tembló en su mano y los músculos de su mejilla izquierda se contrajeron con un tic nervioso que había adquirido en el frente.

—Zajar Kataef tiene la palabra—dijo.

Pero nadie quiso escuchar a Kataef.

Zharkof dió una palmada en el hombro a Zajar y se volvió a mirar a Ognef. Este se inclinó hacia Shilof, que se hallaba sentado delante de él, y le empujó de su sitio, indicando a Zharkof que debía dejarle hablar a Shilof aunque no le había llegado su turno.

—Hace ya mucho tiempo que quería hablar—dijo Shilof adelantándose hacia la tribuna.

—El camarada Shilof puede hablar ahora—dijo Zharkof, y cuidadosamente escribió el nombre de Shilof delante del de Kerbakof en la lista de los oradores.

Shilof se adelantó a la tribuna y observó que el grupo de los dieciocho se disponía a echarle promoviendo un alboroto.

—No os molestéis—les dijo tranquilamente—. No vais a asustarme. Podéis gritar todo lo que se os antoje. Esperaré a que terminéis. Ya veremos quién se cansa antes. Si seguís gritando hasta mañana, yo no me moveré de aquí hasta mañana. Lo mejor será que me siente—agregó sacando una banqueta de debajo de la mesa y sentándose.

Entonces los dieciocho guardaron silencio. Shilof volvió a levantarse y con la vista fija en ellos comenzó a hablar en voz baja.

—¿Qué es lo que pretendéis? En todos los Congresos venís

a pedir que os devuelvan algo. Si seguís así mucho tiempo acabaréis por llevaros hasta la última camisa del Poder soviético y los
os digo: No vale para nada llevar camisa, sólo sirve de estorbo.
Zalar Kutuf se echó a reir ruidosamente y unos cuantos
delegados siguieron su ejemplo. La risa y las mordazas y agudas
unas palabras de otros delegados desconcertaron a los de
fuera.

—En tu caso es muy fácil hablar—exclamó Chalkin—. Nadie
te ha quitado ni un alfiler. En cambio a nosotros se nos llevó
el trabajo de muchos años...

—Tú sólo tuviste que dar doce puds de extra el año pasado
—gritó Kondukof con excitación levantándose de su asiento—.
Pero nosotros tuvimos que dar veinte.

Pinkushef tiró a Kondukof de la manga, pero ya era tarde.
Las palabras habían sido pronunciadas. Pinkushef se golpeó
la frente con un gesto significativo de reproche.

—¡Cuenta él!—se dijo Shilof alegremente.

Y prosiguió:

—No interrumpirme. Estoy hablando yo. Resulta, pues, que
sus ajustes con vosotros, que se os ha tratado injustamente durante
años y años. Os han quitado las trilladoras y la tierra y a nosotros—y se señaló a sí mismo y a los delegados de otras aldeas—
a las provincias, como podríais decir, se les ha quitado menos que
a vosotros. Ciudadanos—y Shilof se volvió hacia la mesa principal de los delegados—, no me creáis a mí, creedles a ellos. Chalkin ha hablado primero y ha dicho que trilló cuatro carretadas
con la máquina y obtuvo veinticuatro puds y que luego subió dos
días más con los caballos. Esto supone cuarenta puds de cosecha. Pero el impuesto fué calculado sobre veinte puds de
sobre cuarenta. Esto es injusto, ¿verdad? Es como la mujer
cándida que mete cinco pasteles en el horno y que al sacar
se pone a gemir y a gritar: "¡Oh! ¡Qué horrible!"

Sus últimas palabras fueron ahogadas por la risa general.

—Es como para morirse con semejante injusticia—dijo
Shilof—. Además, Chalkin dice que no tiene maíz, pero tiene
máquina para trillarlo. Eso es también injusto, ¿verdad? Escuchadme, fijaros en nosotros. Nosotros no podemos ser ricos

semejante injusticia. Nosotros no podemos quejarnos de trillar el maíz con máquinas. No tenemos motivos para ello; nosotros hemos trillado nuestro maíz con estacas y aun no hemos hecho bastante con dar nuestros doce puds.

Con gran sorpresa de todos—y ninguno se extrañó más que Ognef y Shilof—, los delegados iniciaron un enérgico ataque contra los dieciocho. Shilof se sintió animado: ya no se veía obligado a soportar sólo una pesada carga. Se inclinó hacia delante y, golpeándose la palma de una mano con el puño de la otra, lanzó a los dieciocho palabras candentes y mordaces, acabando con todas sus hipocresías y pretensiones.

La excitación subió de punto. Los delegados abandonaron sus sitios vociferando insultos y maldiciones sobre las cabezas de los dieciocho. Zharkof golpeó con la campanilla encima de la mesa, pero se dió cuenta de la inutilidad de semejante acto. Experimentaba la impresión de que trataba de llamar al orden con la campanilla a un río desbordado que amenazaba arrasar de un momento a otro sus orillas.

—¡Basta!—gritó la voz de Ognef alzándose de pronto por encima del tumulto—. ¡Basta! Quiero hablar.

Ognef se dirigió lentamente hacia la tribuna. Un silencio absoluto siguió a sus palabras.

—Primeramente, sobre las máquinas—comenzó Stepan sosegadamente—. Bueno, ¿por qué no devolvérselas? Y luego las cosas. Deberíamos devolver la Casa del Pueblo a Serebriakof—y abrió los brazos como si quisiera abarcar todo el salón—. Pero primero tendríamos que darle un revoco, porque el yeso se está viniendo abajo. ¿Eh? ¿Por qué no?

Todos los presentes, incluso los dieciocho, le escuchaban desconcertados. ¿Qué se proponía Ognef? ¿Estaba en favor de la restitución de la propiedad o estaba en contra?

—Y luego la tierra. ¿Por qué no la tierra también? Y entonces dirán: "Oíd, campesinos: las heridas de vuestras espaldas se han curado ya y nosotros necesitamos unas espaldas sobre las que subirnos. ¡Hala! ¡Vamos a abrir las viejas heridas! ¡Os hemos llevado de las riendas tantos años que ha sido una vergüenza que nos sacudierais de encima!..." Pero no hay tales

decretos—y la voz de Ognef hízose más fuerte y más profunda—no hay decretos que nos obliguen a devolver sus propiedades a los antiguos tiranos y que nos obliguen a inclinarnos ante ellos dirigiéndoles: "Perdonadnos, por favor, el daño que os hemos hecho. No volverá a suceder, Excelencias." No hay tales decretos ni nada que se les parezca. Hemos aprendido a hacer uso de nuestras manos y no se nos ha olvidado cómo se empuña un hacha.

Los delegados empezaron a alborotar nuevamente, pero la frente de Zharkof estaba tersa, y no agitó la campanilla.

Ognef continuó:

—Cuando el caballo ha arrastrado el carro hasta lo alto de la cuesta no es necesario ayudarle. Hay que ayudarle mientras la está subiendo. Nosotros hemos arrastrado el carro cuesta arriba, nosotros, los campesinos, los que tenemos vejigas y callos en las manos. ¿Y vosotros? Vosotros veníais zumbando detrás. Y ahora queréis subiros al carro. No; nosotros no hemos vertido nuestra sangre para eso, para llevaros otra vez a cuestas. Nosotros hemos sido bolcheviques—concluyó agitando ambos brazos—y seguiremos siendo bolcheviques.

VI

De pie, entre la maleza de la abrupta colina, Yashka Chugúi contemplaba cejijunto la superficie cubierta de juncos del lago del Ganso. Más bien que un lago, era éste un ancho remanso formado por el río; pero a causa de su quietud, de sus escarpadas orillas y de las bandadas de gansos silvestres que lo habitaban había sido llamado el lago del Ganso. A través de la transparente neblina que se elevaba del agua, levemente sonrosada como un manzano en flor, el lago ondulaba y relucía como el lomo de un caballo negro.

Abriéndose camino a través de la espesa maleza, Yashka se acercó a la orilla, se puso en cuclillas y apoyando la cara en las manos contempló largo rato el agua. De ésta brotaban troncos de madera y peñas arcillosas cubiertas de musgo y de hierba y de vez en cuando corrían entre las peñas ligeros perrillos de

moran con asombrosa suavidad y rapidez, y escarabajos acuáticos que recorrían la superficie del remanso.

—El lago no puede estar vacío—murmuró Yashka—. Si los hay pequeños, también tiene que haberlos grandes.

Yashka tenía urgente necesidad de dinero. Sabía que sería sumamente difícil convencer a Yegor Stepanovich de que mandara los casamenteros a Steshka Ogneva (aunque Chujlai apenas intervenía ahora en los asuntos domésticos y acertaba a todo cuanto Yashka hacía). Le sería mucho más fácil arreglar la cosa si dispusiera de un centenar de rublos propios. Por eso había decidido evitar como pudiera el ojo penetrante de Kuzmich, el vigilante del río, para pescar en el lago del Ganso y vender la pesca en Ilim. Había estudiado el proyecto con Vasska Daria e Iván Merkushin. Estos sabían para qué necesitaba Yashka el dinero y accedieron alegremente a ayudar a su amigo.

Atento al más leve ruido, Yashka se inclinó más sobre el agua. El lago se extendía bajo el sol, moviéndose rítmicamente como el pecho de un hombre profundamente dormido y lamiendo curiosamente sus orillas.

Al cabo de un rato, Yashka empezó a perder la esperanza. Trató de idear otros planes para conseguir el dinero. ¿Iría a Ilim a buscar trabajo como carpintero? Lo menos tendría que trabajar dos años en la fábrica para poder ahorrar el dinero suficiente. Y la cosa no admitía espera. Lamentó haber devuelto a Plakuschchef el lío de ropas robado por Akhmetka. Entre ellas había un abrigo de piel de cabra que lo menos valdría setenta y cinco rublos y con las otras cosas podría haber reunido hasta los doscientos rublos necesarios. Claro que no estaba muy bien ni pensar siquiera en ello, pero ningún hombre se deja ahorcar con gusto.

De pronto, dió un respingo y luego se inclinó más sobre el lago. A su izquierda, por debajo de las colgantes ramas de los álamos temblones, movíase hacia el centro del lago un grupo de juncos anchos y aplastados. Luego apareció otro y después un tercero, y, de pronto, a unos cinco metros de Yashka, algo rompió la tersa superficie del agua.

—¡Eso debe ser un congrio!—dijo Yashka casi a voces.

¡Anda, si hay muchos, hay cada vez más!

Bajo las ramas de los árboles surgió otro grupo de hombres sonriéndose perezosamente. Después de nadar juntos unos instantes los peces se dispersaron de pronto en todas direcciones y la superficie del lago se alteró toda como si hubiera sido picada por un trajel de caballos.

—¡Oh! ¡Qué suerte!—dijo Yashka palmoteando, y echó a correr por la orilla del río hacia el pueblo.

El sol se ocultaba detrás de las colinas de Bellushije, tras un viejo risadio de acerandas mejillas. Pronto anochecería y Yashka tenía que procurarse una red. Esperaba que se la prestaría Stepan Ogniel. Asimismo tendría que informar a su amigo del acuerdo. Pero lo más importante de todo era que había que limpiar el lago de ramas y otros impedimentos, porque si no la red podría engancharse y se perdería para siempre. Pero la empresa de limpiar el lago no era nada sencilla.

—Una de dos—pensaba Yashka según corría—. O vuelves que acicalarte para hacerlo o vivir el resto de tus días en Zinka Plakushchef.

Saltando la valla que rodeaba la era, Yashka se apresuró al granero. Vanka e Iván se adelantaron a su encuentro.

—¿Qué? ¿Cómo va eso?—preguntó Vanka señalando hacia el lago con la cabeza.

—¡Hay montones de ellos! Iván, tú, procúrate la barca tú, Vanka, dile a tu hermanito que vigile la casa de Kuzmich mientras tú te quedas en la colina, detrás del granero. Pero no olvidéis el petróleo y algunas cerillas, y si ocurre algo me avisáis. ¡Hala, muchachos!

El crepúsculo azul cerrábase sobre los tejados de madera de Shirokoye. Yashka atravesó los cañamares, camino de la casa de Ognef. No lejos de la linde de su cañamar, Dunya Petrova estaba arrancando patatas para la cena.

—¡Ahí la tienes! ¡Mira qué bien se las arregla sin su marido!—se dijo Yashka mirando su encorvada espalda.

Y gritó:

—¡Que Dios te bendiga, viuda!

—¿Has encontrado las botas, Yashka?

—No. ¡Cualquiera sabe adónde han ido a parar! Las dejé en la escalera cuando volví, al lado de la ropa de Plakushchef. Y en cuanto salí de casa, me dijo mi padre: "¡Las botas han desaparecido!"

Por décima vez, Yashka explicaba a la viuda la desaparición de las botas de cuero de Pebelkin.

Dunya creía que Chujlaf tenía las botas y el propio Yashka se preguntaba muchas veces cómo podían haber desaparecido. Experimentaba un gran malestar cada vez que Dunya le interrogaba acerca de ellas: no podía creer que se las hubiera llevado el aire.

—Bueno, ¿qué voy a hacerle yo?—se dijo prosiguiendo su camino—. No voy a darle las mías.

Yashka penetró en el corral de Ogael como si llevara viviendo allí toda la vida, cerró la puerta de la valla cuidadosamente, sujetó el lazo en el clavo y, después de quitarse el barro que se había adherido a sus pies, penetró en la vivienda.

En la oscuridad de la choza distinguió la cabeza de Grusha en el camastro.

—¿Dónde está todo el mundo?—preguntó mirando alrededor.

—¿Eres tú, Yashka?—dijo Grusha incorporándose—. Acaba de acostarme un poco. He estado trabajando todo el día como una esclava. Las muchachas se han llevado a Steshka a Toronok.

—No la necesito—contestó Yashka—. ¿Dónde está Stepan?

—Está en casa de Chizhik. Están tomando té con ese hombre... ¿Cómo se llama? Zharkof... Está también aquí.

Yashka salió corriendo de la choza como un caballo desenfrenado. ¡Conque Steshka se había ido a Toronok! ¡Y eso que estaba que aquella noche iba él a pescar! ¡Puede que mañana Kuzmich le desollara como a un conejo, y ella se iba a Toronok! No pensaba más que en bailar y pavonearse por ahí. ¿Eso era lo que daba a entender cuando decía que tenía miedo de Peka Katsef? ¡Hipócrita! ¡Bueno, ya veremos!

Yashka bajó corriendo al valle de Krapivny y decidió marcharse a Tornok a ver lo que estaba haciendo Steshka. Quería presentarse entre el tropel de mozos y mozas y dar rienda

sulta a su sobre otra Strelka bailando con una marinera. Si ese perro lo que haría. La rodearía con el brazo—pensó Yu
fiera Zinka Pitkunchova—y la besaría apasionadamente delan
se de todo el mundo, delante de Strelka. ¡Que los vean ella y a
ver si volvía a marcharse de diversión! La dejaría allí y se iría
a Ilim a trabajar en una fábrica y al cabo de dos años volvería
a Shirokaya, pero no como estaba entonces, descalzo y con pa
cabos bailos en casa. Cuando volviera no vendría por su
Kirka Zhdarkin.

Ya había atravesado Yashka el valle, cuando se acordó de la
expedición pesquera y recordó que Vasska e Iván le estarían e
perando.

—Al fin y al cabo—pensó dando media vuelta y encaminán
se hacia casa de Chishik—, ¿quién te necesita ahora?

Al mismo tiempo se sintió profundamente complacido al pe
ser que Strelka ya no era una muchacha y que se hallaba tan
unida a él.

Pero esta alegría resultaba mezclada por el temor, la a
y la amargura que le produciría el hecho de que Strelka, en su e
peranza, se hubiera marchado a Toronok.

—No ha tenido paciencia...

VII

Después de una discusión borrascosa, interrumpida por gri
de cólera, los comunistas salieron triunfantes en el Congreso
los soviets del distrito. Hacia el término del Congreso los dele
dos estaban tan enfurecidos contra el grupo de los derechos q
cuando fué propuesto el nombre de Kershakof para el Co
ejecutivo la proposición fué acogida con una pita tremen
Los delegados votaron la lista presentada por la fracción c
munista: Shilof, Nikolaef, Embutka, Steyan Ogoef y Ogor
milin, adversario irreductible de Kershakof.

El Congreso terminó entre ovaciones, con la solemne pro
de prestar todo apoyo al nuevo Comité elegido, cantando la

ternacional e invitando a Zharkof a que visitara los pueblos que se había visto todavía.

—Hay que tratar a todos lo mismo—le dijeron.

Zharkof prometió ir cuando tuviera tiempo. Se tomaría un mes de vacaciones y lo pasaría en el distrito de Alai; pero por el momento le era completamente imposible. Asuntos urgentes reclamaban su presencia en la capital del distrito. Otra vez sería, más adelante. No podía decir aún nada en concreto. Los delegados se dieron por satisfechos y se marcharon a sus casas.

Pero cuando todos los delegados a excepción de los comunistas hubieron abandonado el Congreso y Zharkof manifestó la esperanza de que el nuevo Comité nombrado, bajo la dirección de Saloí, desempeñaría satisfactoriamente su trabajo, y procuró apartar de llam una Comisión de control, como uno de los pasos más importantes que habían de darse para el mejoramiento y el fortalecimiento del Partido en Alai, Zharkof, con gran asombro suyo, sintióse invadido de pronto por una sensación de profunda tristeza. Miró a Ogmef, a Katsef y a Chidiak, que le estaban esperando, y le entraron deseos de vivir, aunque sólo fuera por una hora, sin pensar en la "situación mundial", en la revolución social, en los bandidos, en la provincia, o aun en el mismo Chizhik... Simplemente vivir, eludir la carga de la eterna responsabilidad, de la responsabilidad por cada acto, por cada palabra, por cada movimiento. Vivir como vivía Chizhik. Ante sus ojos se alzaron los campos de Shirokoye, surcados por valles y barrancos, el Volga, Brusaki, el bosquecillo de abedules y las piernas desnudas y firmes de Stepka moviéndose entre los árboles.

—¿Qué me pasará?—se dijo mirando a Chizhik—. ¿Necesitaré un trabajo físico? En tal caso será preferible que me meta en una fábrica. O puede que sea la decadencia, el influjo de la atrasada vida del campo... Sí; sería magnífico pasarse quince días así... Pero no; no debe ser. Hay que volver al yunque.

—Alejandro Yakovlevich—le dijo Chizhik después de cuchichearle algo a Zajar—. ¿Por qué se marcha tan de prisa? Ya encontrarle. Venga a pasar la noche con nosotros en Shirokoye. Tomaremos té en mi casa y un poco de miel y podrá usted descan-

ción. Y por la mañana se marcharía usted por su camino, feliz de librarse de Chizhik.

Las palabras de Chizhik sonaron agradablemente en los oídos de Zharkof. En el bolsillo tenía el tercer telegrama pidiéndole que regresara al Comité del distrito. Era imposible no obedecer. Pero luego, como le ocurría tantas veces, Zharkof se engañó a sí mismo. Aseguróse que era absolutamente esencial volver a ver a Shirokoye con el objeto de corroborar las conclusiones que había sacado respecto a la situación de la comarca, hablar a los aldeanos en su misma casa. Aceptó la invitación de Chizhik y los cuatro hombres salieron para Shirokoye.

Una vez en casa de Chizhik se pusieron a tomar té y a charlar. Yashka penetró en el corral. No queriendo llamar a Stepan aparte se fué al cobertizo y, sentándose en el banco, se puso a pensar en Stubbs. A sus oídos llegaba la conversación entablada en la choza.

—Alejandro Yakovlevich—decía Chizhik—, pruebe un poco de sentido común.

—¿Cómo?

—Quiero decirle miel. Llama a la miel sentido común.

Zharkof se sonrió.

—¿Y por qué no?—dijo Chizhik poniéndose a contar una larga historia acerca de cómo algunos años atrás había curado con miel a un terrateniente enfermo.

—¿Por qué no te curas con miel el lobanillo de la nariz?—le preguntó Ognef sonriendo.

El verano anterior Chizhik se había arañado la nariz con los garfios de su red y la herida no se curaba a pesar de la aplicación de emplastos y cataplasmas.

—Esto no sirve—decidió Chizhik—. Estoy agotado. Me caigo a pedazos—y se había aplicado cera virgen en la nariz.

Mientras Zharkof estaba sentado a la mesa, el lobanillo de la nariz de Chizhik se le hizo tan repulsivo que se sintió como si le ofrecieran, no miel, sino un plato de gérmenes de la sífilis. Y que si se llevaba a la boca una cucharada de aquello inmediatamente se cubriría todo su cuerpo de pequeños bultos como el de la nariz de Chizhik. Miró con repugnancia la herida de Chizhik y

piel, y, sonriéndose, se puso a hablar a sus compañeros ocultando las manos debajo de la mesa

—No tenga miedo—le dijo Chizhik observando su confusión—. No se pega. Aquí no hemos tenido nunca infecciones. Somos la gente más limpia de la calle.

Chizhik contó la historia del origen de su herida. Hablaba de una manera tan peculiar y tan absurda que los otros tres hombres se desternillaban de risa.

—No era eso—dijo Zharkof alargando la mano hacia la miel.

—Magnífico.

Yashka acabó por sentirse terriblemente cansado y deprimido. Sentía un salvaje deseo de echar a correr a través de los campos, sepultarse en las profundidades de la selva y aullar al cielo tenebroso como un lobo: tan henchido se hallaba su corazón de ira y de dolor.

—¿Por qué has hecho eso?—por décima vez interrogó en su imaginación a Steshka, y acto seguido penetró resueltamente en la choza.

—¡Ah, Yashka!—exclamó Zharkof alargándole una mano y ajustándose los lentes con la otra—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—En Londres.

—¿Dónde?

—En Londres.

—Quiere decir en Nikolskoye. Lo llamamos Londres porque allí encontramos de todo: petróleo, sal, de todas las cosas—explicó Zajar.

—Y ahora todo eso se puede comprar abiertamente en el mercado de Alai—agregó Chizhik, sin decirle a Yashka que se sentara—. ¿Y qué has estado haciendo en Nikolskoye?

—He ido a vender el caballo. Estaba todo cubierto de llagas.

Zharkof se rió cordialmente cuando Zajar refirió la historia de Chujliaf y de su caballo el día que precedió a la incursión de Karasyuk en el pueblo. Yashka aprovechó la oportunidad para escar a Ognef afuera. Unos instantes después se les reunió Zharkof.

—¿Qué estáis cuchicheando ahí?

—Yashka quiere pescar. Ha venido a pedirme mi red y me que tendré que dársela. Me ha prometido pescar de nuevo hoy—dijo Ogniev sonriéndose—. Así es como le sobrevienen —¿Pescar?—preguntó Zharkov—. Yo también quiero ir. Hasta después no comprendió Zharkov que había sorprendido la invitación de Chizhik y se había ofrecido a acompañar a Yashka porque deseaba ver de nuevo a Steshka. Apenas tenía conciencia de este sentimiento, pero siempre que veía a Steshka, su hombre interior, que de costumbre colgaba laxo, recobraba su firmeza y sus piernas se tensaban. Resultaba en extremo agradable ver a Steshka, hablarla, lanzar una mirada furtiva a sus grandes ojos verdosos. Frecuentemente Zharkov pensaba en su propia mujer y comprendía que no deseaba tenerla eternamente delante de los ojos, figura encorvada y presurosa. Al hablar con los campesinos había recordado muchas veces las agudas y sensatas observaciones que ella le había hecho sobre la cuestión agraria. En su labor entre los aldeanos había aplicado con frecuencia y con notable éxito las indicaciones que ella le hizo antes de su partida. Pero más a menudo y de un modo totalmente distinto Zharkov pensaba en Steshka. Steshka le atraía. Sentía deseos de permanecer a su lado. Más de una vez se había acordado de ella en el curso de su trabajo e incluso durante su informe al Congreso del distrito. Más de una vez habíase sentido inclinado a citarla como un ejemplo de salud y de energía y a decir: "Por seres como éstos, por nuestra joven generación, vale la pena de trabajar y sudar por reconstruir y mejorar esta vida aldeana, salvaje, retrógrada, atrasada."

Acaso fuera por esto por lo que Yashka le atraía.

Ultimamente Yashka había eludido el contacto de Zharkov. Le había visto con Steshka riéndose los dos alegremente y esto le dejó taciturno y se alejó presurosamente de su vista. Ahora que Zharkov se había ofrecido a acompañarle, Yashka, conociendo de sobra la verdadera razón que se ocultaba detrás del ofrecimiento, no creyó improcedente ir acompañado de un hombre de la posición de Zharkov en una expedición que podía resultar peligrosa. Se sonrió y se volvió hacia Ogniev.

—Bueno, habla—dijo Ogniev riéndose.

—Es que..., la verdad..., no sé cómo decirlo... Vamos a ir por un sitio vedado. Nos pueden coger—dijo Yashka temiendo aguar la aventura.

—Ahora es cuando más me interesa—dijo Zharkof sin prestar atención al sentido de las palabras de Yashka—. Eso hace la cosa mucho más interesante.

—Bueno, pues entonces vamos.

—Yo también voy—agregó Ogurf.

VIII

Ilya Maximovich fué el último en marcharse de Alai. A pesar de su derrota en el Congreso sus ojos fulguraban. No había perdido la esperanza. Por el contrario, estaba convencido de que en las próximas elecciones—y en general—la victoria sería suya.

—Hemos dado un paso en falso—le dijo a Kondakof vaciando el samovar—. Pero la próxima vez quedaremos encima. Lo único que hay que hacer es aprenderse la lección y tener cuidado con lo que decimos—agregó Plakushchef reprochándole a Kondakof su desliz acerca de la trilla.

De paso para su casa, decidió visitar a Yegor Stepanovitch. Hacía tres días que no se habían visto. Quería discutir con él los acontecimientos del Congreso. Acaso fuera posible convencer a Chujliaf y sacarle de su agujero.

—Es un hombre verdaderamente listo, sólo que no se entera de las cosas. Si se decidiera a intervenir habría muchos que le seguirían.

Plakushchef atravesó el puente. El viento abrió de par en par la puerta del corral de Nikolai Pyriakin. La vaca parda se escapó entonces seguida por el potro y los dos animales echaron a correr hacia el valle de Krapivny.

—¡Vaya un cuidado que tiene esta gente!—gruñó Plakushchef y golpeó secamente en la ventana—. ¡Eh, campesino! ¡Tus animales se han escapado, corren hacia las parcelas!

—¡Kolya!—gritó Katya dentro de la choza—. ¡El caballo se ha escapado!

—¡Bueno, pues anda a buscarlo!—dijo Nikita en tono resentido.

—Es que me da miedo. ¡Muerde!

—¡Pues vaya un palo!

—No hay remedio—murmuró Ilya Maximovich poniéndose en camino hacia la casa de Chujlaul.

Yegor Stepanovich se hallaba sentado en la piedra vieja del corral, pensando en todos los disparates que le sugería el brandi.

—¿Por qué te preocupas del ganado ajeno?—preguntó a su hijo Ilya Maximovich—. Deja que los animales se vayan a los parajes. No les estaría mal que les estropearan las hortalizas.

Los dos hombres permanecieron sentados largo rato en la oscuridad del corral hablando de unas y otras cosas. Cuando las campanas de la iglesia dieron las diez y las diecisiete de Skoriepa recibieron dicirse en la penumbra general, Ilya Maximovich se levantó.

—Bueno, está bien. ¿Así que estás de acuerdo?

—¡Oh, sí! Doy mi consentimiento. Pero por lo que se refiere a Yashka...—Yegor Stepanovich chasqueó los labios.

Dos personas salieron sigilosamente del corral de Ogurtsov llevaban una caña al hombro y de la caña colgaba algo que arrastraba por el suelo.

—¡Redes!—exclamó Yegor Stepanovich—. ¡Van a robar pescado! ¡Qué comunistas!

—Bueno, eso no nos importa—dijo Plakuschchei, y después de buenas noches, se marchó a su casa.

—Es verdad que no nos importa—repitió Chujlaul.

Pero cuando Ilya Maximovich hubo desaparecido en la oscuridad rumbo hacia el valle de Krapivny, deteniéndose una vez para meter los animales de Pyrinkin en la parcela de Pavel Poco después llamaba precipitadamente a la ventana de Kuzmich.

—¡Bueno, pues anda a buscarlo!—dijo Nikolai sin ocultar su indignación.

—Es que me da miedo. ¡Muerde!

—¡Pues coge un palo!

—No hay remedio—murmuró Ilya Maximovich prosiguiendo su camino hacia la casa de Chujlinf.

Yegor Stepanovich se hallaba sentado en la piedra roja del portal, pensando en todos los obstáculos que le separaban de Dunki.

—¿Por qué te preocupas del ganado ajeno?—preguntó el saludar a Ilya Maximovich—. Deja que los animales se vayan a las parcelas. No les estaría mal que les estropearan las hortalizas.

Los dos hombres permanecieron sentados largo rato en la oscuridad del corral hablando de unas y otras cosas. Cuando la campana de la iglesia dió las diez y las chozas de Shirokoye parecieron diluirse en la penumbra general, Ilya Maximovich se levantó.

—Bueno, está bien. ¿Así que estás de acuerdo?

—¡Oh, sí! Doy mi consentimiento. Pero por lo que se refiere a Yashka...—Yegor Stepanovich chasqueó los labios.

Dos personas salieron sigilosamente del corral de Ogaf. Llevaban una caña al hombro y de la caña colgaba algo que arrastraba por el suelo.

—¡Redes!—exclamó Yegor Stepanovich—. ¡Van a robar pescado! ¡Qué comunistas!

—Bueno, eso no nos importa—dijo Piakushchef, y dándole las buenas noches, se marchó a su casa.

—Es verdad que no nos importa—repitió Chujlinf.

Pero cuando Ilya Maximovich hubo desaparecido, echó a correr hacia el valle de Krapivny, deteniéndose unos momentos para meter los animales de Pyriakin en la parcela de Pashka. Poco después llamaba precipitadamente a la ventana de la casa de Kuzmich.

IX

Yashka, Zharkof y Ognef descendieron la escarpada orilla. Hubiera sido más fácil y más agradable acercarse al lago por el camino, pero de este modo no hubieran podido librarse del ojo vigilante de Kuzmich ni les hubiera sido posible ver las señales de Vasska Darin. Apartando las zarzas, que les arañaban la cara y les rasgaban la ropa, descendieron al borde del lago. Esperando la llegada de Iván en la barca, clavaron la vista en el estrecho que ponía en comunicación el lago con el Volga. De vez en cuando brotaban los peces de debajo de las inclinadas ramas de los sauces y los gansos cacareaban entre las cañas rompiendo el profundo silencio. Luego todo recobraba la calma y el lago parecía nuevamente el fondo de una gigantesca botella.

No se veía la menor señal de la barca. Los hombres empezaron a sentir desazón. Yashka escupió en el agua con impaciencia. ¿Qué podía haber ocurrido? Hacía mucho que Iván debía haber estado allí esperándoles. Acaso le hubiera espiado Kuzmich. Kuzmich era un sujeto astuto y sagaz. Por supuesto, no haría nada mientras Zharkof estuviera allí. Se limitaría a sonreírse. Pero cuando Zharkof se hubiera marchado a la ciudad llevaría a Yashka a los tribunales y le originaría un sinfín de enojos y molestias. Acaso Kuzmich hubiera sorprendido la barca a la entrada del lago y se les echara encima de un momento a otro. ¿No sería conveniente que Stepan escondiera la red? Zharkof quería fumar. Varias veces había sacado ya la pitillera y se la había vuelto a guardar en el bolsillo al sentir en su hombro la mano previsora de Yashka. Entonces jugueteó con sus lentes y clavó la vista en el lugar por donde debía aparecer la barca.

—¡Qué excelente y enérgica familia forman!—pensó Zharkof mirando a Ognef y lamentando no haber apreciado desde un principio la valía de Stepan y no haber hecho ninguna tentativa por conseguir su amistad.

Silenciosamente, como si se deslizara a través del aire, surgió la barca de las sombras de la orilla y se aproximó a los tres hombres.

Ogmef salió Yashka empujando a Ogmef hasta dejarlo en el primero a la embarcación.

Los muchachos dejaron a Yashka e Iván se hallaban en la barca y sus blancos y desnudos cuerpos relucían en la oscuridad. Ogmef introdujo el bichero en el agua, sondeó y halló un lugar donde no cubría y los arrojó a la orilla. De este modo limpió el agua en una extensión de unos seis metros y luego dijo sonriendo:

—¡Si que hay aquí basura! Hay ramas y estarse de sobra.

¡Plum-m-m! Yashka e Iván se zambulleron en el lago un ruido semejante al de una granada al caer en el agua. Zharkof hallábase sentado en la proa, desconcertado por la actitud de sus acompañantes.

Helados escalofríos recorrieron su espina dorsal. Parecía que los muchachos llevaban bajo el agua demasiado tiempo y el lugar en donde se habían zambullido estaba completamente tranquilo. Acaso sólo fuera que la oscuridad le impedía ver bien. Apretó los labios y se inclinó sobre el agua. Esta se hallaba totalmente inmóvil y parecía terriblemente fría.

Quiso gritar a Ogmef que ya era hora de poner término a aquel estúpido asunto, pero en aquel preciso instante el agua se quebró en arrugas. Luego apareció una cabeza y la superficie del lago fué batida por los esfuerzos de una ancha armadura de madera. Ogmef tiró de ella y la depositó entre los juncos. Los dos muchachos subieron a la barca.

Yashka miraba hacia Shirokoye en tanto que Iván temblaba convulsivamente.

—¡Maldita sea! ¡Este agua está como el hielo!

—Es a causa de la corriente—le dijo Yashka sonriendo.

Luego miró a Ogmef y vió que el bichero había empezado nuevamente algo. Yashka volvió a zambullirse en el lago y le siguió.

De nuevo Zharkof estuvo mirando al agua durante un espacio de tiempo que a él se le figuró larguísimo, pero cuando vió en la superficie del agua una larga rama se apoderó de ella lo mismo que había hecho Ogmef, y la arrojó a la orilla. Luego vió a Yashka sacar la cabeza de debajo del agua como si fuera a reaparecer a poco con otra armadura de madera

—Ya sabía yo que había dos—dijo suavemente poniendo la armadura en la barca.

Así prosiguieron, Ognef sacando las algas y los hierbajos en su bichero en tanto que Yashka e Iván extraían los diamantes más pesados. A medida que progresaban, el trabajo fué haciéndose más difícil y los dos buceadores permanecieron en el agua casi todo el tiempo. Zharkof se dejó absorber totalmente por la aventura y no reparó en que tenía las botas metidas en el agua y los pantalones empapados por las rodillas.

SIXTO ERLAISON

I

Acechaban el invierno, anunciado por grandes manchas, por la huida de las grullas, por el aullido del viento y por la aparición de una cortina de hielo encima de los ríos. Pronto sería la época de los casamientos. Las calles de Shirokaya Semerinaa de cuatro y más de un muzhik se convertiría en marido y más de una muchacha olvidaría las reuniones vespertinas. Pero el hielo de Yashka estaba tan vacío como antes. La expedición por tierra al lago del Ganso había terminado en un completo desastre. Cuando la antorcha de Vanka Daria fulguró detrás de la cortina, la red quedó prendida en las ramas y con las prisas se había desgarrado la mitad. Por mucho que hiciera, Stepan no podría repararla: la red había quedado completamente inservible. Por supuesto, no había sido culpa de Yashka. No era culpa suya que en el último momento Zharkof hubiera temido que se extendiera la noticia de la aventura, lo que le hizo perder la cabeza por completo. ¿Por qué había ido con ellos entonces?

Después de aquella derrota, Yashka trabajó como un loco: segó y trilló como si estuviera preparando su tierra para la exposición. Hasta el mismo Yegor Stepanovich se quedó asombrado del trabajo de su hijo. Pero siempre que Yashka sugería que ya era hora de mandar los casamenteros a Stepka, recibía la callada por respuesta o bien su padre salía a toda prisa de

intención. Unos días antes, Yegor Stepanovich le había dicho:

—Ya te he dicho que aquí queremos alguien de nuestra misma clase. Ilya Maximovich tiene una muchacha excelente: tómela. Pero esa otra..., ésa es más pobre que un pordiosero. Yo no la quiero aquí.

Transcurrieron los días. Yashka se devanaba los sesos ideando modos y maneras de conseguir dinero. Cuando cayeron las primeras nieves y los trineos empezaron a deslizarse por los caminos escribió una carta a Zharkof. Este le contestó invitándole a ir a la ciudad y prometiendo encontrarle trabajo. La tarde anterior le había revelado a Stepka sus proyectos.

Caminando por el estrecho y fragoso sendero a través de los campos, Yashka reflexionaba sobre su situación. En el bolsillo llevaba una bolsita bordada por Stepka y a la espalda llevaba atado un saco de lona repleto de víveres, calcetines, ropa interior y un par de botas de repuesto.

Al llegar a los "nueve hermanos", un grupo de nueve robles que se alzaban al borde del camino, Yashka se detuvo y se volvió a mirar a Shirokoye.

—¡Adiós por ahora, Stepka!—murmuró colocándose bien el saco a la espalda—. Puede que no nos volvamos a ver—agregó tristemente, y prosiguió su camino.

Tenía que recorrer quince verstas antes de que anocheciera para llegar al pueblo de Kornetika, donde pensaba pasar la noche. A la mañana siguiente emprendería una marcha de cuarenta verstas y llegaría a la localidad en que se hallaba Zharkof a anochecido.

—Procura parar donde él—le había aconsejado Yegor Stepanovich—. De ese modo matarás dos pájaros de un tiro. En primer lugar, no tendrás que pagar alojamiento, y en segundo lugar, si te ve siempre a su alrededor, tendrá que buscarte una ocupación para desembarazarse de ti.

Chujliaf no había tratado de disuadir a Yashka de que dejara el pueblo; pero tampoco le había dado un caballo para que fuera hasta la ciudad.

—Nosotros hicimos mil verstas hasta el Caspio—le dijo—, y

no nos pareció nada. En cambio, esto sólo nos serviría. Debería p
recorrer poca cosa: tan fácil como escupir.

—¡Es un demonio!—gruñó Yashka escurriéndose en los s
tos y los baches del camino—. Está hecho de hierro...

Caminó de prisa, y a pesar de la punzante helada le
gó suficiente calor. Se desabrochó la chaqueta y aflojó la
cha más el paso. Divisando un campesino que conducía s
rro por la cuesta abajo delante de él, Yashka decidió alcanza
le para pedirle que le dejara subir. Echó a correr. El tío, sin
y bajó sobre su espalda, con lo que el tacón de una bota le
golpeó repetidamente el omoplato derecho. Al pronto, Yashka n
prestó atención a la molestia, limitándose a encogerse de hombros
Luego, los golpes se le hicieron insoportablemente dolorosos. Ent
tonces se detuvo, se colocó el saco de manera que las botas qu
daran encima y al echar a andar nuevamente acudió a su espíri
tu el recuerdo de las botas relucientes de Pchelkin. Más tarde
Yashka se acordó de que se le hubiera ocurrido esa idea
Inexplicablemente relacionó el incidente a Steshka.

II

Arrancando las heladas lágrimas del nudo de su pañuelo Steshka
siguió con la vista la figura de Yashka hasta que se perdió detrás
de la nevada colina. Lentamente echó a andar hacia su casa.

Steshka estaba triste. Su corazón parecía contraerse de pena
y sus grandes ojos, llenos de lágrimas, no se apartaban del suelo.
¡Qué vida más rara! ¡Cuánto trabajo cuesta ver las cosas con
claridad! Había que fijarse en Nastka Gurianova. Esta iba a
casarse con su amado, Vaseka Darin, y se pasaba todo el día
cosiendo vestidos nuevos y poniendo sus magníficas almohadas de
pluma en la ventana para que todo el mundo las viera. Andaba de
un lado a otro vestida como una muñeca... Y el paso de Nastka
ligero, su voz clara y profunda como la de una mujer. Y Vaseka
Darin tenía un traje nuevo... El domingo había pasado por
miendo por delante de la ventana. Andaba pavoneándose con su
traje nuevo y su abrigo de piel de oveja.

Todo el mundo estaba atareado. Las muchachas y los muchachos parecían embriagados de alegría juvenil. Pero Steshka no pensaba en ellos, no era por ellos por lo que las lágrimas brotaban de sus ojos y se congelaban como cuentas en su chal. Una pequeña valla se atravesaba en su camino, pero a pesar de su escasa altura no podía saltarla. Ella se esforzaba por franquearla, y los colores sonrosados abandonaban sus mejillas, sus ojos se perdían entre profundas sombras azules, las suaves venas azuladas de sus mejillas se hinchaban y algo se estremecía y se agitaba bajo su pecho. Sí; era un asunto de mujer, un asunto maldito... Pero Yashka no quería saltar la valla: quería dar la vuelta, como todo el mundo, en una troika de sonoros cascabeles, siguiendo el camino trillado.

—¡Ay de mí! ¡Qué vida ésta!

Steshka aligeró el paso y un sentimiento de rabia impotente la invadió al pasar por delante de la casa de Chuplof. Echó a correr por la callejuela. ¡A casa! ¡A casa lo antes posible, a arrojarse al cuello de su madre, a confesarle su ansiedad y su dolor, a dividirlo todo, todo! Puede que fuera más fácil de soportar la carga después de hacérsela compartir a su madre.

En la esquina de la calle—Steshka sólo se detuvo un momento—oyó las palabras soeces de un cantar que había sido inventado a propósito de ella y de Yashka. La voz era la de Peka Kataef. Steshka enrojeció, enderezó el cuerpo y, lanzando una breve mirada a Peka, pasó por delante de los muchachos que le rodeaban. Peka bajó la cabeza y la canción cesó. La risa de los muchachos inundó la calle. Steshka abrió la puerta de su casa de un puntapié, se despojó de su chal y se dejó caer en el camastro, en donde permaneció hasta anochecido sollozando dulce y abogadamente.

A anochecido, un grupo de muchachas invadieron la choza. Venían a invitar a Steshka a la reunión que celebraba Nastka Gurianova para despedirse de la vida de soltera. La misma Nastka hablaba sin descanso; Olena se llevó aparte a Steshka y le cuchicheó:

—Peka está borracho como una cuba. Está gritando en el corral de Fedunof, todo a causa de ti. Da verdadero miedo verle

Los muchachos se marcharon. Stepka los siguió hasta el portal y luego se sentó en el banco reconcentrado en sí mismo y pensando en Yashka. Miró al cielo estrellado contando las dos semanas que faltaban para el regreso de Yashka. A veces, sus ojos fulguraban de alegría en la oscuridad al pensar en el hijo que iba a tener. Si de veras estaba embarazada, le escribiría a Yashka: "Ven padre. Tienes que volver a Shirokoye..." Y ni que decir tiene que volvería; no iba a dejarla abandonada a la vergüenza y a la burla.

Stepka se pasó la mano por el cuerpo. Su vientre no estaba tan firme y musculoso como de costumbre. Se había vuelto más suave y parecía combarse.

Stepka se estremeció. Un hombre salió de la callejuela tambaleándose de un lado a otro de la calle y agitando amenazadoramente los palos. La muchacha se puso en pie y reconoció a Shtuka.

—¡Oga!—gritó Shtuka—. ¡Stepka! ¡Tú, comunista, entre dudas! ¿Te has creído que nosotros somos gusanos, eh? ¡Sal aquí y veremos quién es el que puede más!... ¿Quién está ahí?—gritó al reparar en Stepka—. ¿Con arreglo a qué decreto?

—¡Aquí estoy!—le gritó Stepka metiéndose en su casa.

Shtuka siguió vociferando a la puerta. Luego su voz se fue alejando, hasta que por último se extinguió, como si se la hubiera tragado la tierra.

III

Yegor Stepanovich Chuliaí estaba sumamente preocupado. ¿Por qué había vuelto Yashka? El muchacho decía que había olvidado sus documentos. Pero ¿qué necesidad tenía de documentos, puesto que iba a vivir con el hombre más influyente de toda la provincia? No; debía de tratarse de alguna otra cosa. Si se hubiera tratara de los documentos, Yashka los hubiera exigido y se hubiera vuelto a marchar; pero no había hecho más que pasear toda la tarde andando de un lado a otro por el pueblo en busca de algo. Debía tener algo en el magin, debía estar preparando

para algo, bien para cortarle las alas a Yegor Stepanovich o...

—¡Sería capaz de hacerlo el perro sin pestañear!

Yegor Stepanovich se levantó mucho más temprano que de costumbre con el presentimiento de que iba a sucederle algo. Sin causa justificada reprendió ásperamente a Klunya y anduvo sin objeto por el corral y los cobertizos. Al pasar por delante de un enorme armario que utilizaba como almacén secreto, Yegor Stepanovich se detuvo bruscamente.

—¡La corteza! ¿No se lo habrá dicho?

Desde hacía dos años Chujlaf venía robando corteza del bosque del Estado. Al regresar de los campos por la tarde, se deslizaba dentro del bosque, arrancaba la corteza de una veintena de tilos jóvenes, la ataba en un montón y la ocultaba en el cobertizo. Ahora, corriendo adentro en busca de su lazo, volvió y abrió el armario. Por primera vez se dió cuenta de la cantidad de corteza que había reunido. Había bastante para hacer zapatos bastos para todo el pueblo.

—Puede denunciarme y entonces me meterían... o hasta me meterán en la cárcel. Hoy día están deseando poder encerrar según pretexto. ¿Qué haría yo?

Chujlaf se puso a quitar la nieve alrededor del cobertizo con el propósito de ocultar la corteza debajo. Pero todavía no resultaba aquello lo bastante profundo y en todo caso no podía hacerlo durante el día porque podía verle la gente, y de noche puede que ya fuera demasiado tarde.

—¡Estos malditos!... ¿Quién anda ahí?

Al oír pasos que se acercaban, Yegor Stepanovich abandonó el armario. Viendo que se trataba de Ilya Maximovich, se tranquilizó un poco y salió del cobertizo cerrando la puerta tras él.

—Yegor Stepanovich—comenzó el otro—, ¿sabes si tu chico ha ido a la ciudad por mucho tiempo?

—¿Por mucho tiempo?—repitió Chujlaf atónito y encolerizado—. ¡Pero si está otra vez en casa! ¿Para qué le quieres?

Plakushchef se sentó en el banco.

—¿Para qué? Estoy preocupado... Un padre tiene corazón—y guardó silencio un instante—. Escucha, no quiero decírselo a nadie nada más que a ti. Anoche, Zinushka...—y se enjugó una

lágrima—la sorprendí cuando intentaba abotonarse, la pobre mu-
rura...

—¿Qué dices?

—Yo volvía a casa, del mitin. Entré en el pasillo y ni que á-
guien jadeaba. Creí que sería la ternera, que la teníamos mal
Entonces encendí una cerilla y la vi colgada allí.

—¿Es posible? ¿Y se ha hecho daño?

—Pudimos acudir a tiempo. Ya ves, yo he estado tan ocu-
pado últimamente que no había observado nada. Sólo ayer, cuan-
do me marché al soviet, me pareció que estaba llorando...

—¡Ah! ¡Pobre amigo!

—¿Recuerdas—dijo Ilya Maximovich apartando la vista—
nuestro convenio del verano pasado? Vamos a casarlos.

Los dos hombres guardaron silencio. Alegres pensamientos ac-
udían a la cabeza de Chujliaf como faroles que revolotearan a tra-
vés de la oscuridad.

—Buen negocio—se dijo—. Si éste coge a Kirka en un rincón
y le pone de su parte, entonces Yashka podrá hacer lo que quie-
ra acerca de la cortesía.

—Tu familia es precisamente de mi predilección—continuó
Plakushchef trazando rayas en la nieve con la punta de su
bota—. Y Yashka es un muchacho habilidoso.

Nuevamente se quedaron silenciosos.

—Sí, me acuerdo—dijo Yegor Stepanovich lentamente, mo-
viendo la cabeza—. Pero ¿qué quieres que haga yo? Si de mí
dependiera podrían casarse mañana, pero él tiene sus propias ideas.
Ya sabes cómo andan las cosas hoy día. No se puede uno casar
sin pedir permiso primero.

—Sí, ya lo sé. Pero podías tratar de convencerle, tentarle...

—¿Tentarle?—dijo Chujliaf echándose a reír—. No se puede
hacer eso con los muchachos de ahora. Cuando nosotros éramos
jóvenes era muy distinto. Nosotros no poníamos nunca los ojos
en una muchacha, pero ahora los muchachos corren detrás de
ellas cuando todavía andan en mantillas. De todas formas, cuen-
ta con mi consentimiento.

Los dos hombres hablaron de la temporada de invierno
mientos, y Yegor Stepanovich dejó caer algunas palabras sob

de Kirka Zhdarkin... Ahora estaba absolutamente convencido de que el presidente del soviet rural era un personaje importante en el pueblo, que podía servir de mucho si hacía falta... Shlenka, por supuesto, ¿qué clase de presidente era? ¡Una verdadera peste! Pero Kirka tenía la cabeza sobre los hombros y era útil para todo el pueblo. Ilya Maximovich había hecho bien en hacer presidente a Kirka y en apartar a Shlenka del soviet. Kirka era precisamente el hombre que se necesitaba; lo único que le hacía falta era que le empujaran un poco... ¿Qué opinaba de ello Ilya Maximovich?

Al llegar a este punto se separaron.

Yegor Stepanovich se sintió aliviado y alegre. Hasta lanzó unas cuantas palabras amables a los pollos que se habían salido de los límites de su territorio. Al entrar en la casa, cambió bruscamente de humor. Yashka estaba sentado al lado de Ilyusya limpiando cuidadosamente el polvo a las botas de cuero de Feklin. Yegor Stepanovich frunció los labios.

—¿De quién son esas botas? ¿Por qué andas trayendo siempre basura a casa sin pedirme permiso?

—¿No sabe usted de quién son estas botas?

—En mi vida las había visto.

—¿De veras? ¡Pues las he encontrado en su armario! Supongo que se habrán metido allí ellas solas. ¿No le da a usted vergüenza robar un par de botas a una viuda?

—¡So cochino!—imprecó Yegor Stepanovich a su hijo para sus adentros—. Todo el mundo se va a enterar... ¿Se las quitaré?

—El presidente va a venir por ellas de un momento a otro. Por eso las estoy limpiando.

Chujliaf se imaginó la mesa del soviet y vió ya a Manafa redactando el informe y a todos los campesinos riéndose.

—¡Mira que quitar un par de botas a una viuda indefensa, so granuja!

Por supuesto, Yegor Stepanovich negaría que conociera tales botas. El no tenía la menor idea de su procedencia. Yashka las había puesto allí a propósito para meter a su padre en un jaleo, para vengarse de él. Confiaba en que podría salir airoso ante los

tribunales, pero ningún fallo de los tribunales sería capaz de sos
lar las murmuraciones.

—Y Zhdarkin viene también por lo de la corteza. Dura que
había oído algo sobre eso...

¡No! Aquello ya era demasiado. El sudor brotó del sem
blante de Yegor Stepanovich como en la época de la siega. Sus
labios temblaron.

Oíanse pisadas en el corral. Alguien se limpiaba los pies a la
puerta. Yashka y Klunya guardaban silencio. La puerta se
abrió.

—¡Hola!—dijo Kirka Zhdarkin—. ¿Dónde está el dueño de
la casa?

Yegor Stepanovich saltó del banco y corrió hacia Zhdarkin,
tambaleándose en el hombro muy suavemente como si temiera par
tirle en dos.

—Precisamente llegas en el momento oportuno. Estaba pre
parado en mandar a buscarte.

Yashka abrió los ojos desmesuradamente. Con gran ama
bilidad, Yegor Stepanovich adelantó una banqueta, le quitó el
polvo con la manga y se la ofreció a Zhdarkin.

—Siéntate, Kirill Semafontich—dijo mirándole a los ojos a
Zhdarkin—. Tú eres el presidente del soviet y una gran auto
ridad en la aldea—agregó balbuciendo ligeramente—. Por mi
quería preguntarte: ¿puede un sin partido casarse con la hija
de un comunista? ¿Cómo podría hacerse?

—Claro que puede hacerlo—dijo Kirka sonriendo—. Hoy día
se puede uno casar con quien le dé la gana, no siendo familiar en
línea directa, se entiende.

—¡Oh! ¿Es ésa la ley ahora?

—¿Por qué quería usted saberlo?

—Pues porque mi Yashka, aquí presente, quiere casarse con
Steshka Ogneva y yo creía que la ley lo impedía. Pero si no es
que no...

Arrastrando los pies, Yegor Stepanovich se llevó a Kirka de
sigo a otra habitación.

IV

Por el lado materno Kirka Zhdarkin descendía de la familia Uvarkin. Su madre, Tatiana, una mujer sana y hermosa, había estado con su familia al servicio de Uvarof, un terrateniente. Las malas lenguas extendían todavía el rumor de que el marido de Tatiana, Senafont, un hombre tímido y sebioso, había muerto demasiado bruscamente. Uvarof le había ofrecido una perra un día que estaban de caza, y esto le costó la vida. Los hijos de Tatiana se parecían grandemente a Uvarof: eran pequeños y rubios. Sólo Kirka recordaba a su abuelo Artamon. Aun en la época en que Artamon andaba al borde de la sepultura, de un solo puñetazo hubiera partido el alma a un hombre.

Cuando Kirka regresó del frente encontró enterrada su parcela en un metro de hierbajos. El granero y el cobertizo estaban terriblemente ruinosos y las tablas del tejado habían desaparecido. (Más tarde Kirka pudo enterarse de que el culpable de esto era Chizhik.) Pero Kirka no se descorazonó. Se arremangó la camisa, se escupió en las manos y se puso a trabajar con la misma energía que había desplegado persiguiendo a los blancos en retirada. Arrancó los hierbajos de la parcela, compró dos jarras de aguardiente, reunió a todos sus familiares y en veinticuatro horas quedaron reparados el cobertizo y el granero. Muchos campesinos se mostraron profundamente impresionados por su conducta de regreso del frente: no se había puesto a perder el tiempo en fanfarronadas, sino que inmediatamente había arrimado el hombro, poniéndose a trabajar. Verdad es que no pocos de los aldeanos se rieron cordialmente de Kirka porque se había pasado todo el verano en su encharcado trozo de tierra; pero cuando llegó el otoño y el trigo de Kirka resultó ser el mejor de todo el pueblo, los campesinos se vieron obligados a tomarle en serio. Empezaron a pedirle consejo; y cuando Ilya Maximovich sugirió con toda cautela que Shlenka debía ser sustituido por Kirka como presidente del soviet rural, todo el pueblo de Shirokoye acogió la idea con entusiasmo y hasta el mismo Zajar Kataef votó por Kirka. El único hombre del pueblo al que Kirka esqui-

vaba y del que hablaba siempre en tono de burla en Steps Ogurev.

—Kirka se ha ido de nuestro lado. Nos le han robado—dijo Ogurev.

—¡Y qué tesoro se han llevado!—replicaba Kirka burlona mente y proseguía su camino con más resolución que nunca, s biendo que todo el pueblo le apoyaba.

Tenía el proyecto de cultivar remolacha y adormideras en s tierra el año próximo y emplear el dinero que obtuviera con s venta en la reconstrucción de su casa. Luego se casaría y tendría hijos.

—Pero ante todo tengo que arreglar mi casa y mi propiedad Luego será tan fácil elegir una muchacha como elegir una casera ja en el mercado.

Por algún tiempo habíase sentido fuertemente atraído por Steshka Ogurova, por su talle flexible, sus gruesas trenzas, su ad dorada alegría. Siempre que la veía, sentíase confuso, balbucía a hablaría. Al atardecer se sentaba melancólicamente a su puer tratando de distinguir la voz de la muchacha entre las múltiples voces de las mozas que concurrían a las reuniones vesperale Luego..., luego llegó el domingo de Pascua y todo cambió. Al s guiente día ya observó Kirka la diferencia en Steshka. A part de entonces su amor por ella fué ahogado por la amargura y l desilusión.

Aquella mañana, Yashka le había pedido que convenciera Yegor Stepanovich de que accediera a su casamiento con Steshk Kirka creyó estallar de rabia como estalla una sandía cuando s madura.

—Me ha quitado el bocado ante mis mismas narices y ahor quiere que yo se lo masque. ¡Vete al diablo!—le entraron deseos d gritarle, pero en vez de la cólera sintióse poseído por un sen miento de cordialidad, por un deseo de hacer algo bueno, co que le ocurría con mucha frecuencia y por la que Kirka se re prendía a menudo a sí mismo.

Por consiguiente, accedió a emplear toda la influencia q poseía sobre Yegor Stepanovich. Ahora que el mismo Yegor S

pacovich había zanjado la cuestión los dos jóvenes salieron a la calle. Kirka le dió una palmada en el hombro a Yashka.

—Bueno, Steshka es ya toda tuya. ¿A quién se lo vas a agradecer?

—Puede que sea mía y puede que no lo sea. ¡Cualquiera sabe lo que el viejo hará todavía!

—Cumplirá lo prometido y si no lo hace tienes que obligarle. Mira—agregó Kirka sacando del bolsillo el informe referente a las botas de cuero y a la corteza de los tilos—, si aquí pero, puedes emplear esto para reforzar tus argumentos. Y algún día podrás hacerme tú otro favor. Ahora tengo que marcharme. Yo también tengo algo...

—¿El qué?

Kirka se sonrió y meneó la cabeza.

—Es muy cierto lo que dicen los viejos de que las mujeres vuelven al hombre ciego y sordo. ¿Qué quieres? Yo no soy una espiga vacía... ¿Qué ruido es ése?

Ilya Maximovich estaba sentado en su cama golpeando la ventana.

—Bueno, Yashka, seamos amigos y choquemos la mano. Tengo que irme. Ilya Maximovich me está llamando.

Kirka entró en casa de Plakushchef. Esta se hallaba saturada del olor a aguardiente casero y llena del humo de tabaco áspero. Chizhik se levantó de su sitio junto a la mesa agitando los brazos ruidosamente para saludar a su primo Kirka. Nikita Gurianof, descuidando por un momento el pan de jengibre que estaba comiendo, dejó caer su puño sobre la mesa.

—Mira, Kirill Senafontich, tú estás todavía en pañales... No; no te enfurezcas...

—Nunca se debe ofender uno por las palabras de un anciano—contestó Kirka con una sonrisa.

—Tienes razón—dijo Nikita balanceándose con desazón—. Sí; eres aún un polluelo y ya te hemos hecho el hombre más importante de nuestro pueblo. ¿Comprendes el poder que tenemos, eh? ¡Qué poder!

—¡Cállese!—le interrumpió la mujer de Plakushchef—. ¡Cá-

bueno—y colocó un plato de pasteles encima de la mesa—. Haz el favor de sentarte, Kirill Semafortich.

—¡No! Kirya, Kirya, sigue donde estás. Quédate de pie de lante de la entrada y no te metas con nosotros. Nosotros... mientras la pobreza todo... Oro... Ven aquí, Kirya, hasta ahí dijeron que te bueno—y Nikita se rodinó de espaldas en el bra «Vaya un negocio que he hecho! He criado una hija y ahora tengo que entregarla. Voy a entregar mi hija, querido ca marados, mi Natya.

Nikita Gurianof dejó caer la cabeza sobre la mesa y sollozando una barbarie a Kirka—. Zina, trae otro vaso y un tenedor. ¿Querría tomar un bocado, verdad, Kiryushka? ¿No? Bueno, bebe un poco. ¿Tampoco? ¿No bebes? Anda, vamos a chocar los vasos...

—¡No!—dijo Nikita Gurianof levantando la cabeza—. Tengo que beber contigo, contigo, para celebrar este día.

Al oírse el voso a Zhdarkin, Zinka se ruborizó profundamente. Kirka alzó la vista hacia su rostro sano y resplandeciente y su corazón palpitó más de prisa.

—¡Cómo se ha desarrollado!—pensó—. ¡Cómo ha crecido!

—Kirka, Kirka—dijo Nikita tirándole de la manga—. Toma aquí tienes.

El licor casero era espeso y rojizo, como moho. Zinka se inclinaba hacia delante. Sus cejas eran rectas y tupidas y sus finos y redondos senos dejaban adivinar su forma bajo su vestido. Kirka la miró fijamente y absorbió de un trago el contenido de su vaso.

—¡Ahí lo tenéis!—exclamó Nikita—. En cuanto la gente joven se junta se pone a jugar al escondite con los ojos.

—¿De qué está usted hablando?

En su confusión, Kirka volvió a llenar su vaso y su turbación y desazón aumentaron todavía más cuando se dió cuenta de que se había servido él mismo. Enrojeciendo y riéndose, dijo en explicación:

—Estoy todo aturdido.

—Eso no importa, hermano. Así pasa siempre—le dijo Chizhik.

Involuntariamente, los ojos de Kirka siguieron la figura de Zinka al retirarse ésta.

—Así pasa siempre. No lo espera uno, ni siquiera se acuerda uno de ello..., y de pronto se le echa a uno encima.

Permanecieron sentados allí largo rato, bebiendo, gritando, besándose unos a otros. Zinka se acercó a la mesa cada vez con más frecuencia. Se había puesto un vestido nuevo y sus movimientos eran más recatados, más agraciados. Sus ojos relucían. Una vez, al tenderle a su padre un plato de pasteles, tocó con el pecho sin querer un hombro de Kirka. La muchacha se detuvo así un instante. Kirka se reclinó hacia atrás y miró con ternura sus ojos grises.

Ilya Maximovich lo había observado todo. Con uno u otro pretexto procuró que Zinka no se apartara de la mesa.

—¡Sería magnífico!—pensaba—. ¡Magnífico!

Yegor Stepanovich penetró en la choza y examinó cuidadosamente la habitación en que se encontraban los juerguistas. Le hizo una seña a Ilya Maximovich.

—Se trata de lo siguiente—comenzó cuando estuvieron fuera—. Sabrás que en mi cobertizo tengo cierta cantidad de cortezа. La tengo desde hace mucho tiempo...

—¿Desde el antiguo régimen?

—Sí-i.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues se trata de nuestro convenio—cuchicheó Yegor Stepanovich—. Esos espías han redactado un informe sobre ello. Me van a llevar a los tribunales y tú estás metido también en el asunto.

—¡Eh, Kirka, no mires así a la muchacha!—gritó Nikita—. ¡Fíjense! ¡La ha cogido!

—¡Oh!—chilló Zinka.

Yegor Stepanovich miró rápidamente a través de la rendija de la puerta y vió a Zinka debatiéndose en los brazos de Kirka.

—También te afecta a ti—prosiguió volviéndose hacia Ilya

kubitel—. Los dos quedaremos deshonrados... Tendremos que ver a Ogmel.

—¡Kirka!—gritó Nikita—. Si quieres os cuentemos. Vamos a ver, llevará un minuto juntarse a los dos. ¿Qué? ¿Queréis ¡Hable, hombre! ¡Ilya Maximovich!—agregó acercándose a la puerta—. ¿Quiere darle su hija a Kirka? ¡Kirka!—dijo volviendo a mirar—. ¡Vamos a cuarto, que el diablo te lleve! ¡Kirka, hermano—gritó Chishik—. Cuenta con ella.

La cabeza de Ilya Maximovich trabajaba más de prisa que nunca en mucho tiempo. No; no estaría mal del todo.

—Espera un poco y no metas la pata—le dijo a Nikita—. Ella sabrá lo que quieren y tienen lengua para hablar. Ahora déjame—y empujando a Nikita dentro de la casa cerró la puerta—. Es un mal asunto ese de la cantera, Yegor Stepanovich. Estoy seguro de que no es de los viejos días. No se puede conservar la cantera del año tanto tiempo. A lo mejor le cuesta dos meses. Y ahora no hay mucha esperanza de conseguir nada del presidente. Adonde, tu chico lo sabe. ¿Qué puede hacer el presidente? No puede echar tierra al asunto. Los hombres del grupo acabarán por descubrirlo y eso sería el fin de él.

—Ilya Maximovich, entra—gritó Nikita—. Entra, Yegor Stepanovich; has llegado a tiempo para asistir a una boda. Vamos a casar a nuestro sobrino Kirka.

El semblante de Yegor Stepanovich adquirió un color verdoso enfermizo. Meneó la cabeza.

—¿Así que creen que no puede hacerse nada, eh?

—Eso parece. Deberíamos seguir algún rodeo. Acaso..., puede que conviniera dejar que Yashka se salga con la suya.

—Sí, sí.

Y Yegor Stepanovich se tragó la saliva y corrió a su casa, maldiciendo varias veces por el camino. Llegó a su vivienda presa de verdadero furor.

—Está tratando de estafarme. Muy bien, ya veremos. ¡Yashka!—gritó dentro del cobertizo—. ¿Cuántas veces voy a decírtelo? Voto a bastar a los casamenteros y dígalo a Ogmel. Puedes creerlo. Hubiera querido retirar sus palabras no bien las hubo pronunciado.

nacido. Su cólera y su enojo subieron de punto hasta acabar por convertir su cuerpo en un horno: Chujlaf no podía apartar de su mente las palabras que había proferido.

V

La temporada de casamientos fué inaugurada por Vasska Durín. Llevando a su lado a la risueña Nastya, condujo varias veces su troika por la calle de Krivaya haciendo sonar alegremente los cascabeles. Esta alborozada despedida a su mocedad le embriagaba. Vasska hostigaba a sus caballos como un poseído. La yegua gris sacudía la cola como si quisiera espantarse los tábanos de los cuartos traseros. Cuando Vasska frenó delante de la pequeña iglesia del pueblo, el animal dejó caer la cabeza y pareció empequeñecer como un ratón agotado. Pero esto no importaba: allí estaba Nastya, con los ojos resplandecientes y las juveniles mejillas tan lozanas.

Con gran asombro de todos, Kirka Zhdarkin y Zaka Plakushchef siguieron a Vasska y Nastya. El mismo Ilya Maximovich condujo la troika a través del pueblo. Nunca se había visto semejante cosa en Shirokoye, y los campesinos hicieron tímidas observaciones acerca de esta extraña desviación de sus costumbres. Salieron a la calle y se quedaron con la boca abierta de envidia a la vista de los magníficos caballos negros. Bajo las manos expertas de Plakushchef los animales corrían como centellas por las calles de Shirokoye levantando torbellinos de fina nieve, y la blanca barba de Ilya Maximovich ondeaba al viento como un gallardete.

—Al fin ha pescado un yerno. Y ahora teme que el anzuelo se rompa. Por eso los guía él mismo.

La mitad del pueblo asistió a la boda de Kirka. Las puertas fueron abiertas de par en par. "Que vengan todos, los no perezosos y los que no sean enemigos míos." Y fueron todos, llevando licores y viandas, regalos para el novio y la novia. Durante una semana entera prosiguieron los festejos hasta que acabaron por perder todo sentido.

Después de ésta hubo otras muchas bodas. Los habitantes de Shirokoye iban de casa en casa, comiendo y bebiendo como llevaran muchas semanas sin probar bocado. Los campesinos de Shirokoye e Nikolskoye, de Nikolskoye a Alai, de Alai a Pokoye. Desde por la mañana temprano hasta bien avanzada la noche las calles estaban llenas de cánticos, de gritos y de peleas. Por la noche encendieron hogueras que enrojecían la nieve. Junto a la iglesia del barranco, en el mismo sitio en que había muerto su madre, Shenka fué encontrado medio muerto de frío. Yashka y la mujer de Mitka Spirin habían organizado un enredo amoroso con el joven Gusha. Mitka propinó a su mujer una soberana paliza a la vista de todos los aldeanos. Por la mañana, las mujeres se reunían en la fuente fatigadas y roncas. Presurosamente cogían el agua y se saludaban unas a otras.

—No queda nada para encender la lumbre.

—Se han vuelto todos locos—decía el abuelo Katai—. Les quiere decir que vamos a tener otra guerra. Traerán al mundo a montón de chicos y luego empezarán otra guerra.

—¡Bah! ¿Para qué?—dijo Nikita Gurinof—. Ya hay bastante guerra en todas partes donde hay chicos...

VI

Atravesando el hielo junto a la fuente, Yashka oprimió fuertemente a Steshka contra su pecho y le dijo:

—Steshka, mañana puedes esperar a los casamenteros.

Esto fué todo lo que le dijo; pero cuando llegaron a la esquina de baños la besó apasionadamente varias veces.

Aquella tarde Steshka se acostó en su camastro pensando lo que Yashka le había dicho.

—¡Oh, Yashka!—murmuró—. ¡Qué buen muchacho eres! La mesa estaba ya dispuesta. Stepan se levantó de la cama, desperezó y miró por la ventana.

—Hoy ha vuelto a caer una fuerte helada y no nos queda ya mucha leña.

Sin ningún miramiento se sentó a la mesa. En un rincón cantó un grillo.

—Eso trae buena suerte—dijo Grusha desde la despensa.

—No cuentes con eso—dijo Stepan con una sonrisa—. Ya lleva cantando ahí muchos años y todavía seguimos comiendo sopa de hierbas.

—Vamos, Steshka—llamó Grusha depositando un tazón de sopa encima de la mesa.

—No quiero nada.

—¿Qué te pasa, ángel mío? ¿No te sientes bien? Anda, la sopa está hoy muy buena.

—Podría estar mejor—dijo Stepan riéndose.

Pero Steshka no quiso comer. Contempló a su padre sorbía absorbía negligentemente la clara y grisácea sopa y escuchó al grillo que cantaba en el rincón y a *Zhdanka*, la ternera, que mugía al pie de la ventana. Su hermano Sergéi les había mandado dinero para comprar una vaca; pero como el dinero no daba para tanto, Stepan había comprado una ternera. Esta no tardaría en crecer y convertirse en una vaca, y entonces tendría terneras propias. Por eso la llamaban *Zhdanka* ("la que espera").

—¡Como si no supieran nada!—se dijo Steshka con indignación—. Están ahí come que te come—y enfurecida se retorció su delantal nuevo—. De eso es de lo único que se ocupan.

—¡Mamá!—gritó con voz tan fuerte que hasta ella misma se sobrecogió—. *Zhdanka* está mugiendo—agregó suavemente.

—Bueno, ¿y qué? ¡Déjala!

—Está bien... ¡Pobrecilla!...

Y fuera por indignación (¿era verdaderamente posible sentarse tranquilamente a comer a la mesa en semejante momento?) o por la tensión de la espera, las lágrimas asomaron a sus ojos y corrieron por sus mejillas.

—¿Qué te pasa, hija mía?—dijo Grusha acercándose a ella.

Pero Steshka no la escuchaba. Su corazón se había puesto a palpitar velozmente, de una manera desagradable, como si la persiguiera un oso.

—¿Me habrá mentido? Pero ¿por qué iba a mentirme? —¿Cuque es eso?—dijo Stepan depositando la cuchara limpiándose la barba y el bigote con la mano—. ¿Así que los mentecatos van a venir hoy?...

Grusha miró a Steshka y luego a Stepan. Una alegría centelleaba en sus fatigados ojos.

—¿Quién es él?

—Chajlia!

—¡Oh!

—Yashka me lo ha dicho hoy; pero aun ar sé muy bien...

Reinó el silencio. La sopa se enfrió. Una sonrisa jugueteó entre las sombras del semblante de Grusha. Steshka se desluzó de cuestro y se fué a la otra habitación. Oprimiendo la cara contra el frío cristal de la ventana, miró a la noche oscura.

¡Así que era verdad!

Del otro lado de las parcelas, la gente joven cantaba acompañada por la armónica. La armónica resonaba, las voces de las muchachas eran claras y argentinas. Los muchachos cantaban fuertemente.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Levanta la mesa en seguida! ¡Ya están ahí!—dijo Stepan.

Steshka se estremeció. Aun no había tenido tiempo Grusha de dejar la fuente en la despensa, cuando la puerta se abrió y los casamenteros penetraron envueltos en una nube de vaho. El primero en entrar fué Arjip, hermano de Yegor Stepanovich le seguído de Markel Bykof, hermano de Klunya y del padre de Yashka, Vasili Smorchok. Luego venían las mujeres y la esposa de Arjip.

—Buenas noches a todos—dijo Markel Bykof con voz gozosa sacudiéndose la escarcha de su larga barba—. ¿Querés recibirnos?

—Sí, siempre y cuando que no os traiga nada malo—replicó Stepan con una sonrisa—. Buenas noches, Markel Petrovich. Buenas noches, abuelo Arjip. Hace mucho tiempo que no os veíamos...

—¡Oh, no! No nos trae nada malo. ¿Verdad que no?—volvió hacia sus acompañantes.

—Bueno, en ese caso entrad—dijo Grusha—. Sed bien venidos a esta vuestra casa.

Los recién llegados permanecieron en la habitación de la entrada. La atmósfera se llenó del olor de los abrigos de piel de oveja y de la húmeda frescura del invierno. Steshka se ocultó detrás de la hornilla y Grusha llevó la lámpara. La lámpara proyectó sombras movibles sobre las paredes y las cucarachas huyeron ruidosamente hacia sus rendijas.

Los huéspedes tomaron asiento. Markel y la viuda Elka se sentaron bajo el icono, lo que daba a entender su categoría.

A lo largo de la calle sonaron algunos portazos. Luego chirrió la puerta de la cerca y los casamenteros del lado de Steshka penetraron en la choza. Llegó Grigory, el hermano de Grusha, acompañado de su mujer; Nikolai Pyriakin, el pope y su mujer, que era madrina de Steshka. El abuelo Katai fué el último en llegar. Era padrino de Steshka y había prohibido rigurosamente a su hijada que se casara sin su consentimiento. Cuando supo que Yushka iba a casarse con Steshka se fué a la casa de Ogud sin atender los consejos de su familia, que trató de disuadirle.

—No la entregaremos así como así—dijo poniéndose el chaquetón.

Los recién llegados se sentaron también. El pope se colocó cerca de la hornilla, sacudiendo su pequeña cabeza y cruzando sus gordezuelos brazos encima de su abultado vientre. Su mujer se sentó a su lado, apretando sus finos labios.

—Bueno, ya estamos aquí—comenzó Markel atusándose la barba—. ¿Empezamos nosotros?... Bueno, ¿y por dónde empezamos?... Pues veréis..., podemos decir: Tendréis la bondad...

—Eso es a la antigua—le interrumpió Nikolai—. Eso se ha acabado.

—Bueno—dijo Markel—. Lo haremos con arreglo a los decretos. Lo haremos así si queréis. A ver, ¿dónde está la novia?

—¿Y dónde está el novio? Queremos ver al novio—parloteó la viuda Arina.

—El novio nos ha dado plenos poderes.

—Así es. Estamos plenamente fa-cul-ta-dos—dijo Markel atusándose la barba—. Bueno, ¿y qué hay de la dote?

—¡Oh!—exclamó Arina—. Eso lo tendría que dar vergüenza.
—¡Oh, no!—replicó Markel—. Eso es a la antigua. Hasta la novia la que tiene que traer la dote.
Todo el mundo se echó a reir. ¿Conque Markel quería ser una revelación por su cuenta? ¡Vaya un vivo!
—Bueno—prosiguió Markel—, ella va a casarse con un hombre...
—Sigue tú, Stepan—dijo Arina lacrimdole señas a Ivan—. ¿Es qué no dices algo?
—Sigo usted, siga usted, abuelo... El abuelo Vasil es el hombre de más autoridad entre nosotros. Que hable él primero—dijo Ogud poniendo los ojos en los hombros de Katai.
—Muy bien—asintió Katai—. Traedme el libro.
—No se arruge del Oeste—le dijo Markel—. Digamos antes qué dote van a dar a la muchacha.

El abuelo Katai reflexionó un momento. Luego se volvió hacia Stepan y Grusha. Esta se ruborizó y dijo precipitadamente:

—Todo va a ser suyo.

—¡Oh, no! Hay que poner las cartas boca arriba. Eso lo puede decir cualquiera.

—Y a lo mejor luego no es suyo todo.

—¿Qué más querías?

—Muy bien—dijo Katai después de cuchichear al oído de Grusha—. Un espejo.

—Aceptamos—dijo Markel y dobló un dedo.

—Cinco vestidos.

—Aceptamos.

—Bueno, una mesa, seis sillas, una colcha de raso, colcha y ropa de cama y dos almohadas.

—Un juego de té de plata y un reloj de oro—dijo Markel y todo el mundo se echó a reir.

—Está bien—dijo Grigory—. Aceptamos. Pero vosotros tenéis que traer mil rublos.

—Pero el colchón tiene que ser de pluma—dijo Markel doblando y doblando otro dedo.

—¡Bueno, basta de bromas!—exclamó la mujer del pope

Markel, condúcete como es debido. Este es un asunto serio y tú se pones a gastar bromas.

—Está bien, madrecita—contestó Markel con el mismo tono de guasa—. Ya se han encargado ellos de la parte seria y a nosotros no nos queda más que reír.

—Bueno, ¿y qué podemos esperar de vosotros?—comenzó Katai cuando la risa hubo cesado—. Cortinas—dijo moviendo una cuenta del ábaco.

—¿Para qué queréis cortinas? ¡Si que traéis costumbres raras en vuestra familia!

—¿Para qué queréis vosotros sillas entonces?

—Estoy sudando—dijo Markel despojándose de su chaqueta—. Sigamos. Hombre, no estaría mal que dierais a la novia una cuchara de plata.

—Tenemos una, pero está toda arañada y torcida—dijo Grusha riendo.

—Un abrigo de piel de oveja para la novia—dijo la mujer del pope.

—¿Aceptamos?—preguntó Markel mirando en derredor.

Vassili asintió con la cabeza.

—Sí; sólo que tendréis que esperar a que tengamos las pieles.

—Cincuenta rublos—dijo Katai apartando las cuentas—. Polainas y chanclos, vestidos, una jarra de vino, aguardiente—y se volvió a mirar a Ognief—, cuatro jarras...

—No está mal la oferta.

—Mire, más vale que me dé el ábaco—dijo Markel—. Esas cuentas no valen para nada.

—Bueno, ¿y vosotros?—dijo Grigory—. Ahora os toca a vosotros.

Markel habló en voz baja a Vassili. Luego se levantó.

—Pues bien, escuchad mi fallo. Aceptamos el abrigo, sólo que habrá que esperar. Aceptamos veinticinco rublos, polainas y chanclos. Aceptamos cortinas y todo lo demás... Sólo que por el vino tendríamos que ir a Nikolskoye y eso está muy lejos y cuesta mucho dinero. En cambio, el aguardiente se puede hacer aquí.

—¿Cómo va a hacer Stepan el aguardiente? No puede.

—Entonces ¿para qué queréis el abrigo?—gritó la mujer de

Arjip—. Yo soy una vieja, pero me da vergüenza salir a la calle en un abrigo de piel.

Todo el mundo se puso a hablar a la vez, chillando, como pollos asustados en su gallinero por la noche. La voz de María se elevó por encima del confuso clamor.

—Escuchadme, quiero que me contestéis... Tengo entendido que también el camarada Lenin... Stepan Jaritonovich, escúchame. Me parece que has olvidado que el camarada Lenin dijo que no se debemos ser avaricioso...

—Nos dijo que tuviéramos compasión, y Dios bendiga su palabras—dijo Arjip.

—Reflexiona un poco, Stepan Jaritonovich. Pedís más de cincuenta rublos. Si fueran cien, podría pasar...

Discutieron todos largo y tendido, agitando los brazos e interrumpiéndose unos a otros. Al fin, el abuelo Arjip se levantó y se dirigió a la puerta. Sus acompañantes le siguieron. Al verlos salir, el corazón de Stoshka palpitó violentamente y su abuela casi tiró de Grusha detrás de la hornilla.

—¡Madre, se marchan!...

En el corral, Mariel celebró un consejo de guerra. Su voz pugnaz sobresalía por encima de las demás. En la choza, los familiares de la novia se habían congregado alrededor de la mujer del pope.

—¡No cedáis!—parloteaba ésta—. ¡No cedáis! Este año han sacado más de seiscientos puds de centeno. ¿Por qué no hablas tú, Stepan?

—¿Qué queréis que diga? A mí todo esto me parece la mar de divertido. Steshka es nuestra única hija y él es el hijo único de Yegor Stepanovich. Sin embargo, aquí estamos regateando cuánto dinero vamos a sacar de un bolsillo para meterlo en el otro. ¡Cien, doscientos!... ¿Qué más da? De todas formas, han de quedarse con todo.

—¡Bah! Eso es un desatino—dijo la mujer del pope—. Lo que dices es una tontería.

—Bueno, pues si es una tontería, haced lo que queráis. Yo estoy de acuerdo con todo.

—¡Papaíto!—susurró Steshka—. ¡Papaíto! ¡Qué bueno eres!

Su semblante se contrajo por el esfuerzo que hizo para contener las lágrimas. Grusha se señaló al vientre:

—La he llevado aquí, la he criado, y ahora...

—Bueno, bueno, madre—dijo Katai dándole una palmadita en el hombro—. No pensarás que vas a tenerla a tu lado hasta que te mueras. Para eso tenemos hijos, para que se puedan casar.

Estuvieron hablando un rato y luego se quedaron silenciosos, sentados junto a la mujer del pope.

La puerta chirrió y los casamenteros volvieron a entrar y ocuparon nuevamente sus sitios.

—¿Qué? ¿Habéis tomado un poco el aire?—preguntó Nikolai Pyriakin.

—Sí—contestó Markel con aire hurraño—. Y hemos tomado una decisión. Aceptamos todo lo que proponéis, menos el abrigo de piel de oveja... No hace ninguna falta.

—¡Hombre, eso es volverse atrás!—protestó Katai—. Vamos a empezar otra vez. Cien rublos...

Las sombras se agitaron sobre las paredes y la voz de Katai fué ahogada por el estrépito general.

—¡Fijarse en qué familia entra ella! ¡Si es un verdadero tesoro!...

—¡Pero no será la hija mimada!—chilló Arina.

—¡Y botas de abrigo para la novia!

—¡No! Las botas tendréis que dárselas vosotros.

—¿Queréis que se case en zapatillas?

—La llevaremos en un carro. No se va a helar.

—¡Y cuánto aguardiente?

—Ya lo hemos dicho: cuatro jarras.

—Entonces tendréis que hacerlo vosotros.

—Ahora ha empezado la lucha por el aguardiente—exclamó Markel—. Ya estoy viendo que la milicia tiene algo que decir sobre ello.

—Podéis hacerlo con miel, con [illegible] No está prohibido hacer en casa aguardiente de miel.

—Bueno, pues entonces hacedlo.

—Nosotros nos casamos cuando el hombre—gritó la joven es-

pesa de Vasili—. Tuvimos kvass y lo echamos pestiños. Bue
dió buen sabor y sólo nos costó tres puds todo ello.

—Bueno, pero eso era cuando el hambre. Entonces se pod
ocar cualquier cosa por el grano.

—Nos bebimos por valor de tres puds—siguió la mujer sin
pondo profundamente—. Y vosotros queréis doscientos pud
—¡Basta! ¡Basta! ¡No habléis todos al mismo tiempo!—gri
Markel—. No cabe duda que no queréis que se llegue a un acu
do, puesto que no hacéis más que poner obstáculos por el cam
no. Bueno, escuchad. Voy a decir las cosas claras. Aceptamos es
cuenta rublos, un abrigo de piel de oveja cuando tengamos la
pieles y todas las demás cosas. Pero nada de vino ni de aguardie
te. ¿Estáis de acuerdo? Es peligroso tener aguardiente. Podría
meternos en la cárcel y el vino es demasiado caro.

—¡Yo no soporto!—exclamó Grigory—. ¿Os habéis creído q
vamos a beber agua caliente en la boda?

—Con agua caliente podríais arreglaros. ¿Por qué no?

—¡Escuchad vosotros!—exclamó Nikolai Pyrialin alzando l
voz—. Eso no es el modo adecuado...

—Nikolai quiere beber. Le gusta mucho tomar un vaso de v
en cuando...

Esta observación enfureció a Nikolai. ¿Había bebido él cu
con el dinero de otro? No; siempre con su dinero. Nadie podí
reprocharle nada sobre este particular. Y al fin y al cabo, ¿po
qué eran tan testarudos? ¿Habían venido aquí a pavonearse
hacer el tonto? Todo el mundo da vino para la novia en una bod
Y Yegor Stepanovich no iba a arruinarse aunque estropeara va
te rublos.

Nikolai quiso decir esto, pero era inútil tratar de hacerse
sobre los gritos de los demás. La terquedad y la ira soplaban
través de la estancia como una ráfaga de aire helado.

—Os daremos cinco puds de grano—dijo Stepan repentinam
te—. Con eso podrás hacer el aguardiente, Vasili. Cuando h
gas para ti, hazlo también para mí. Así quedará resuel
cuestión.

—¡Conque es eso lo que quieres!—exclamó Vasili pon
dose púrpura de cólera—. ¿A lo mejor querrás que te pag

quebrar la sopa y que haga todo lo demás? ¿Es que quieres que lo demás te hagamos la boda? No; hoy día no hacemos esas cosas.

Todo el mundo guardó silencio, mirando a Vassili. Esta vez le tocó a Stepan enfurecerse.

—¿Qué quieres decir por los demás?—exclamó aproximándose a Vassili—. ¿Crees que ése es el único mozo del pueblo? ¿Crees...—los labios de Stepan temblaron de indignación y la excitación le impidió encontrar un insulto adecuado para lanzárselo a Vassili—, crees...?

De pronto se irguió, sus labios recobraron su frescura y con voz dura exclamó:

—¡Doscientos rublos! ¡Doscientos rublos! No hay allo un novio en el pueblo.

—¡Oh, Dios mío!—murmuró Steshka estremeciéndose como un cordero perdido en la nieve—. ¡Oh, Dios mío!

—No debéis insultar de esa manera—dijo Katuh—. No lo consiento. Vamos a entregar una muchacha que es toda bebe y alimbar. No encontraréis otra como ella en toda la comarca.

Los casamenteros empezaron a ponerse los chaquetones. Los hombres se encasquetaron las gorras, las mujeres se anudaron los pañuelos y todos se dirigieron hacia la puerta proyectando sus sombras en las desnudas paredes de madera.

La puerta crujió y en el umbral apareció Yashka desprendiendo vaho. Llevaba la gorra ladeada. Hízose un silencio absoluto. Yashka miró a Stepan y a Grusha.

—¿Qué? ¿Aun no habéis terminado de regatear?

Lentamente, unos tras otros volvieron a tomar asiento.

—¿Dónde está Steshka?

—Allí—dijo Grusha señalando al rincón de la hornilla.

—¿Qué ocurre? ¿Cuánto lleva durando esto?

—Se trata del aguardiente, Yashka, del aguardiente—repuso Markel.

—Tenemos que dar aguardiente.

—Desde luego—asintió Markel—, no podemos celebrar nada sin eso.

—¿Y la milicia?—preguntó Vassili.

también la sopa y que haga todo lo demás? ¿Es que quieres que los demás te hagamos la boda? No; hoy día no hacemos esas cosas.

Todo el mundo guardó silencio, mirando a Vassili. Esta vez le tocó a Stepan enfurecerse.

—¿Qué quieres decir por los demás?—exclamó aproximándose a Vassili—. ¿Crees que ése es el único mozo del pueblo? ¿Crees...

—los labios de Stepan temblaron de indignación y la excitación le impidió encontrar un insulto adecuado para lanzárselo a Vassili—, crees...?

De pronto se irguió, sus labios recobraron su firmeza y con voz dura exclamó:

—¡Doscientos rublos! ¡Doscientos rublos! No hay allí un novio en el pueblo.

—¡Oh, Dios mío!—murmuró Steshka estremeciéndose como un cordero perdido en la nieve—. ¡Oh, Dios mío!

—No debéis insultar de esa manera—dijo Katia—. No lo consiento. Vamos a entregar una muchacha que es toda bebe y alhucar. No encontraréis otra como ella en toda la comarca.

Los casamenteros empezaron a ponerse los chaquetones. Los hombres se encasquetaron las gorras, las mujeres se anudaron los pañuelos y todos se dirigieron hacia la puerta proyectando sus sombras en las desnudas paredes de madera.

La puerta crujió y en el umbral apareció Yashka desprendiendo vaho. Llevaba la gorra ladeada. Hízose un silencio absoluto. Yashka miró a Stepan y a Grusha.

—¿Qué? ¿Aun no habéis terminado de regatear?

Lentamente, unos tras otros volvieron a tomar asiento.

—¿Dónde está Steshka?

—Allí—dijo Grusha señalando al rincón de la hornilla.

—¿Qué ocurre? ¿Cuánto lleva durando esto?

—Se trata del aguardiente, Yashka, del aguardiente—repuso Markel.

—Tenemos que dar aguardiente.

—Desde luego—asintió Markel—, no podemos celebrar nada sin eso.

—¿Y la milicia?—preguntó Vassili.

—¿Qué ocurre con la milicia? ¡Vaya un miedo que le ha entrado de repente por la policía!

—¿Los invitaremos también?

—Pues claro, ¿no sabes eso?

—Bueno, pues entonces ya está arreglado—dijo Mariei frotándose las manos.

La mujer del pope se levantó. Sabía que la madre de Yashka sostenía las antiguas creencias. Aunque Yashka y su madre habían sido bautizados, el pope no era recibido en su casa. Seguramente esto era culpa de Yegor Stepanovich, que llamaba a todos los popes avaros y embaucadores.

—Ahora deseo decir unas palabras. Me lo ha pedido ella, Steshka. El pope debe tener entrada en la casa, pues de lo contrario el casamiento no tendrá lugar.

—¿A qué viene hablar de eso?—gruñó Katai—. Ese es el lado religioso—agregó manoseando los periódicos que se hallaban encima de la mesa—. Stepan Jaritonovich, ¿desde cuándo recibes estos periódicos?

—Desde hace mucho—dijo Stepan conteniendo con dificultad una sonrisa.

—¡El lado religioso!—gritó la mujer del pope—. Pues sin eso no recibirá mi bendición y sin eso ella no se casará.

—Eso son tonterías—dijo alguien desde el rincón.

—¿Que no se casará?—preguntó Yashka palideciendo.

—¿Y creía que él va a poner a su madre en vergüenza?—dijo Vasili.

Yashka saltó al centro de la habitación a la confusa y llorosa Steshka.

—¿Has oído lo que han dicho?

En silencio, Markel se pasó los dedos por la barba, miró cejijunto hacia el suelo. Stepan volvió la vista para otro lado. Los demás permanecieron silenciosos mirando ansiosamente a la pareja. Yashka inclinó la cabeza y rodeó con su brazo los temblorosos hombros de Steshka.

—¿Te casarás?

—Pues claro—dijo Steshka suavemente—. Estoy toda—agregó en voz más baja todavía.

Yashka lanzó una mirada triunfante a la mujer del pope, que volvió la cabeza enfurecida y tiró a su marido de la manga. Éste la apartó con un gesto y sus gruesos labios se abrieron en una sonrisa.

—Los tiempos han cambiado. Déjame en paz.

—Ahí tiene usted, padre—dijo Nikolai Pyriakin—. Hoy día todo el mundo se sale con la suya.

Los campesinos se echaron a reír y se pusieron a hablar unos con otros.

Arina pidió velas para colocarlas delante del icono. Marfud se rebuscó en el bolsillo—era sacristán—y sacó un cabo de vela.

—Lo has llevado en el bolsillo de un lado a otro y ahora quieres ofrecérselo a Dios.

—A Dios le da lo mismo. No es muy melindroso.

El cabo de vela comenzó a arder borrosamente delante del deteriorado icono.

Alguien propuso que se fuera a buscar a Yegor Stepanovich, a Klunya y a los demás parientes de Yashka. Parecía ser que Yegor Stepanovich se había entretenido en algún sitio. Nikolai Pyriakin y Grigory llevaron algunas tablas y bancos de casa de los vecinos y las colocaron en las dos habitaciones mientras las mujeres se ocupaban con las sartenes y las cacerolas. En la hornilla comenzó a arder la leña: había que preparar un poco de sopa para celebrar el acontecimiento.

Comenzó la fiesta.

Yegor Stepanovich se sentó entre la joven pareja y Klunya. Algunas de las mujeres, medio embriagadas, se acercaron a él y entonaron canciones pidiéndole dinero. Yegor Stepanovich fingió no oírlas y volvió la cabeza o las pagó con bromas. Hacia el final, cuando ya habían sido consumidas ocho jarras de aguardiente (en aquellos momentos nadie sabía ni se preocupaba de a quién pertenecían las jarras), Yegor Stepanovich se levantó y se acercó a Ognef.

—¡Hola, tú, viejo halcón!—gritó—. Halcón, sí... Pero yo solía cazar los pájaros al vuelo...

—¿Cómo es eso? Cuéntanos.

—Sí, lo hacía... Así era yo. Pregúntale a mi mujer, pregún-

todo, ella podrá decirte algo... Y mi Yashka... Y deja dicho
Stepan Jarlamich, que tu Stiopka nunca se hubiera apoderado de
mi chico—y Chujlaf levantó el brazo derecho y agitó en el aire
un dedo humedo—, si no hubiera sido por algo..., por algo.
Vamos a sacarla del arroyo, a tu Stepanida...

Yegor Stepanovich se detuvo, comprendiendo que había ido demasiado lejos. Aunque Ognef estaba bebido, las últimas palabras de Chujlaf le habían herido profundamente. Por otra parte estaba harto de Yegor Stepanovich y de sus interminables lamentaciones.

—En verdad, nosotros vivimos en el arroyo—asintió Chujlaf empezó de nuevo:

—Sí, sí. Y deberías darnos las gracias por sacarla de la basura. Yashka, ¿oyes lo que dice tu padre?

Yashka frunció el ceño. A su alrededor los campesinos se reían, cantaban, patalearon.

—Sólo que nosotros no acostumbramos a guardarnos las botas de dentro—agregó Ognef ruidosamente, echándose a reír.

Estas palabras habían sido proferidas en voz baja, pero Yegor Stepanovich las oyó distintamente y comprendió. Arrugó la frente, hizo una seña a Klimya y se levantó de la mesa. Todos los que le vieron salir pensaron que se retiraba detrás del cobertizo.

VII

—¡Stepan! ¡Eh, Stepan!—Grusha le sacudió irritada—. ¡Levántate! ¡Levántate! ¿Es que no puedes?

El aguardiente había producido a Stepan un terrible dolor de cabeza. Cuando abrió los ojos, Grusha se inclinó sobre él y le anunció que había pasado algo en casa de Chujlaf. Cuando Yegor Stepanovich salió de la choza de Ognef se había encerrado en su casa y no quiso dejar entrar a nadie. Declaró rotundamente que no tenía el menor propósito de emprenentar con los Ognef y si algún otro lo quería, allá él. Yegor Stepanovich se las arreglaba muy bien solo. A Dios gracias, no tendría que mendigar, dijo, siempre encontraría quien le hiciera algún trabajo a cambio de

lugar de paz. Yegor Stepanovich no soñaría nunca la calma del seno de aquel pordiosero de Ognef. Ni siquiera había dejado entrar en su casa a Klunya o a Yashka.

—¡Conque sí!—gritó Stepan levantándose de un salto—. ¡Eso es lo que él quiere!

Steshka dormía al lado de la hornilla. Abrió los ojos y vió una mancha de sol en el techo. Al recordar los acontecimientos de la noche precedente, esperó con impaciencia que la puerta se abriera y que los invitados llenaran la choza de nuevo. Luego, su atención fué absorbida por la conversación de sus padres.

—Es una vergüenza horrible—decía su madre.

—No es la vergüenza lo que importa—gritó Stepan—. Pero yo lo siento por ella. ¿Por qué se metería siempre los viejos en las cosas de los jóvenes?

—Lo deben saber—pensó Steshka—. Deben saberlo todo.

Apresuradamente se vistió y atravesó la habitación. La puerta gimió y entró Yashka.

—¡Hola!—dijo malhumorado.

Steshka cogió el pasaporte con dedos rígidos. Se puso pálida.

—¿Qué pasa?

—¿Qué ocurre, Yashka?—preguntó Stepan.

Yashka se sentó en el banco y miró lentamente a su alrededor, deteniéndose su mirada en Steshka. Luego alzó la mano y cerró el puño.

—¡Ese viejo de hierro no quiere que se celebre la boda!

—¡Oh!

Steshka frunció las cejas y su barbilla se cubrió de arrugas semejantes a un nudo complicado. Los ojos de Grusha se llenaron de lágrimas como pequeños charcos durante el deshielo. El viento silbó agudamente en la chimenea y luego todo se quedó tan en calma que podía oírse la pesada respiración de Steshka. En el rincón se puso a cantar el grillo.

—¡Échale un poco de agua caliente!—le dijo Ognef a Grusha—. Bueno, Yashka—agregó volviéndose—, podíamos habérnoslo emparado. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Has cambiado tú también de parecer?

—¡Oh, tío Stepan! ¡Yo no abandonaré nunca a Steshka, nun-

es! Stashka... no es mi novia, es mi mujer. Ya hace mucho que es mi mujer. Debe usted comprenderlo.

Grusha lanzó un chillido y dejó caer el plato que tenía en la mano. Los fragmentos se esparcieron por el suelo y las lágrimas surcaron el rostro de la mujer. Claro está que ya había oído algo. Ultimamente Stashka decía cosas raras en sueños. Hablaba de niños. ¿Por qué iba a hablar de niños una muchacha soltera? ¡Conque era aquello! No; no sentía ira contra Stashka, se sentía muy bien de cómo había amado ella a Stepan antes de casarse. Una muchacha no piensa gran cosa cuando está enamorada. Sin embargo, ella no había consentido que los otros fueran los hijos. En su boda los casamenteros no habían tenido valor a presentar un traje roto a los padres de Grusha.

—Bueno, ¿qué haces ahí llorando?—exclamó Stepan interrumpiendo el hilo de sus meditaciones—. Ven aquí y ármate a la boda, Yashka—dijo la obediente—. Deberías habérmelo dicho hace mucho tiempo—prosiguió Stepan—. Es de lamentar que el viejo no quiera la boda, pero ¿qué importa? Tus padres son jóvenes tú eres fuerte, puedes muy bien mantenerte firme sobre tus propias piernas—Ogud guardó silencio un momento—. El abuelo solía decirme a mí cuando yo era pequeño: "Supuesto cuando crezcas procura no arrastrarte nunca a cuatro patas. Si te caes, levántate en seguida: no te arrastres nunca. Cuando se va de rodillas la gente le picotea como los gansos."

Yashka levantó la cabeza, miró a Stepan, a Grusha, y por último a Stashka. Los labios de la muchacha temblaban, las aletas de su nariz se habían dilatado, sus ojos verdosos estaban desorbitados, en parte por el miedo, en parte por la alegría, parecían hundirse más aún en los azulados cercos que los rodeaban.

—Fíjate en tus brazos—dijo Stepan cogiendo una de las manos de Yashka y alzándola por encima de su cabeza—. Son brazos de carro, no brazos. Con unas manos como éstas no necesitas ser y sin embargo estás todo abatido. Si yo tuviera veinte años menos ya te enseñaría.

Yashka se echó a reír. Después de todo, no se había acabado el mundo ni se había abierto ningún abismo entre Stepan y ella. Allí estaba Stashka, hermana y querida de su corazón. No era

más que alargar la mano y vivirían juntos hasta su muerte. Todo el mundo había nacido sin nada puesto. No había más que fijarse en Kirka Zhdarkin. Había venido del frente tan desnudo como el día que su madre le echó al mundo, y ahora había que ver lo bien que había arreglado sus asuntos.

Yashka volvió a reírse y Grusha le sonrió. Esta sentía un cariño maternal por Yashka y ahora le era aún más querido que antes. También Steshka se echó a reír.

—Sois unas criaturas sin juicio, jovenzuelos—dijo Stepan—. No sabéis una palabra de las leyes. Ahora no vivís bajo Iván el Terrible, sino bajo el poder soviético. Por lo tanto, vamos al soviet. Iremos a ver a Zhdarkin, y él os casará, aunque ya parece que vosotros os habéis encargado muy bien de hacerlo. Y si ese viejo gruñón no os deja entrar en casa le llevaremos a los tribunales. ¡Vamos!—exclamó Stepan con voz entusiasmada como la de un chiquillo—. ¡Vamos allá!

Ognef se puso su raído chaquetón de piel de oveja. La seriedad de Yashka se había disipado por completo: tan sencillo, natural y necesario se le figuraba lo que Stepan había propuesto. Se puso la gorra e hizo señas a Steshka diciéndole con los ojos: "Ya ves tete y ven."

—Pero...—dijo Grusha—. Pero... debíamos..., debíamos...

—¿Qué es ello?—dijo Stepan sonriéndose—. ¿Queréis bendecirlos? Muy bien, bendícelos, pero date prisa.

Dos cabezas juveniles, una pequeña, con el pelo espeso y rizado y la otra grande y desgreñada, se inclinaron delante de Grusha.

Aquella noche Ognef les cedió su cama. Grusha les tapó con su abrigo de piel de oveja y sus cálidas lágrimas cayeron sobre la mejilla de Steshka. Ésta oprimió las manos a su madre. Más tarde Stepan la oyó murmurar:

—Padre es tan bueno que no nos arrojará de casa. Trabajaremos con él, no nos abandonará en el apuro. Pero tengo miedo a tu padre, a Yegor Stepanovich. Ayer me echó una mirada como si hubiera prendido fuego a su casa.

Stepan se acercó más a Grusha y le acarició el arrugado rostro con su mano callosa.

VIII

A la mañana siguiente un murmullo malicioso y burlón corría por todo el pueblo. Partió de la puerta de Akulina Chumalikha, y adquiriendo peso como una bola de nieve, corrió de casa en casa, de calle en calle, a lo largo de las veredas y los callejones, por encima de los montones de nieve, hasta que se detuvo en casa de Yegor Stepanovich y se precipitó dentro.

—¡Anoche la ido a casa de los Ogneis. ¡Al soviet por la mañana y a la cama por la noche! ¡Vaya un hijo! ¡Y vaya un padre! Son como dos perros. Se lanzan uno a otro en la esquina de la calle y se marchan juntos.

Yegor Stepanovich rechinó los dientes y aconsejó a María Ilyinichna que no se metiera en los asuntos de los demás, sino que mirara por su propia nuera, Ulka. Cuando se quedó solo, sentóse bajo el icono y se puso a devanarse los sesos.

Sí; había recibido dos rudos golpes a un mismo tiempo. Yashka se había marchado. ¡Le habían arrancado una parte de su propio ser! ¡Y de qué manera! ¡Si ese hijo de perra le hubiera dado a entender por lo menos que su padre significaba algo para él, algo más que..., que una piedra de las colinas de Balbashya!... El otro golpe era todavía más duro: se lo había asestado Plakushchef. ¡Una bonita prueba de amistad! Yegor Stepanovich se encontraba al borde de un precipicio e Ilya Maximovich, lleno de bondad, le había precipitado al abismo... Bueno; se regocijaba demasiado pronto. No era tan fácil desembarazarse de Yegor Stepanovich. Puede que Plakushchef se hiciera daño a sí mismo. Y cuando Yegor Stepanovich tomaba la decisión de acabar con alguien se podía dudarse del resultado: el golpe daría en el blanco.

Pero ¿cómo? ¿Cómo podría recobrar aquella parte de sí mismo? Podía ser que le habían arrancado? ¿Cómo podría recuperar [illegible]? ¿Cómo podría conseguir que el resto de la barba de Ilya Maximovich fuera arrastrado por el viento? Plakushchef gozaba [illegible] en el pueblo de muchísima influencia: su yerno era el presidente del soviet, al que todo el mundo obedecía, y Yegor Stepanovich

se hallaba completamente solo, como un viejo lobo acosado, y aunque le quedaban dientes, los tenía rotos...

Transcurrieron varias semanas. El cabello se le puso gris por las sienes y las arrugas de su frente hiciéronse más numerosas. Llegó un día en que no pudo resistirlo más tiempo.

—El calamidad de nuestro hijo ha ido al Comité ejecutivo —le gruñó a Klunya cuando estaban comiendo.

Inmediatamente se llenó de furor por haber hablado a su mujer y porque Klunya había levantado la cabeza con asombro; pero ya que había empezado a hablar, prosiguió con voz ronca e irritada:

—Esos son los manejos de Stepan Ogouf. ¿Por qué te quedas con la boca abierta? No es más que él. Le habrá dicho: "Vete a que te den un papel que diga que pueden disponer de la mitad de la casa de tu padre"—Chujlaf agitó la cabeza enfurecido—. ¿Conque vais a llevaros la mitad de esta casa? ¡Ya lo veremos! Prefiero prenderle fuego y luego podéis ir a vuestro Comité a ver lo que hace. Y a vuestro soviet rural. ¿Qué me importa a mí? ¿Ha sido vuestro Comité el que ha salido para construir esta casa, o he sido yo?

—No te alteres así, viejo—le dijo Klunya con voz débil y quebrada—. Todos los jóvenes son lo mismo. Ya volverá. Después de todo es nuestra propia carne y nuestra propia sangre.

Su trémula voz y en realidad todo cuanto Klunya decía aumentaban el mal genio de Chujlaf.

—¿Cómo voy a saber yo si es mi propia carne y mi propia sangre?—bisbiseó—. Sólo Dios sabrá de dónde ha salido.

Los ojos de Klunya se dilataron de espanto. Levantó la mano derecha.

—Lo más probable es que ni siquiera sea mío—gritó Yegor Stepanovich en el colmo de la exasperación—. Parece un bastardo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué estás diciendo?—exclamó Klunya haciendo la señal de la cruz sobre él—. Vuelve en ti.

—¡No me hagas la señal de la cruz encima!

—¡Mira que hablar así, teniendo un pie en la sepultura! ¡Eso es lo único que te faltaba: renegar de tu propio hijo!

—¡Te he dicho que no me hagas la señal de la cruz encima!

Ya estoy hartísimo. Mejor sería que se la hicieras a tu hijo. Se ha metido en esa cooperativa, ¿oyes? En el verano se tiene que levantar los pantalones y el calamidad de nuestro hijo se los ha llevado con ellos. Y ahora dale la mitad de todo, dásela, para que se la lleve el viento. Has vivido, trabajado y ahorrado (tenemos lagos en el pecho) y ahora dáselo todo para que te digan mendigar por las calles en tu vejez.

La paciencia de Klunya se había agotado. Hacía tantos años que guardaba silencio, tantos, que había perdido la cuenta. Entretanto Yegor Stepanovich yacía a su lado por la noche masculando el cuerpo, y una vez que había conseguido lo que deseaba, se volvía de espaldas y se ponía a roncar como un cerdo o se dedicaba a la otra habitación y se sentaba a la ventana pasándose el resto de la noche vigilando su propiedad. Muchos años los años que habían pasado así, y toda su vida Klunya había guardado silencio.

—¡Eres un verdugo!—exclamó—. ¡Toda la vida me has martirizado! ¡Has maltratado a todo el mundo!

Yegor Stepanovich desenarrujó los ojos como si el banco del cobertizo en el que se sentaba siempre que estaba preocupado se hubiera puesto a hablar de repente.

—¡Cómo!—chilló—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Vete tú también! ¡Fuera todo el mundo! ¿Conque te he torturado, eh? ¿Conque he torturado a todos? ¿Pues qué haces ahí? ¡Corre detrás de tu hijo, corre detrás de él, y yo...!

Klunya abrió la boca. Quiso gritarle a su marido todas las amargas palabras que había ido acumulando en el silencio de muchos años; pero Yegor Stepanovich se precipitó a la casa y apagó la lámpara.

—¡Voy a quemarlo todo! ¡Todo, para fastidiarte! ¿Ahora tienes miedo? ¿Dónde está la lámpara? ¡Voy a quemarlo todo!

Yegor Stepanovich se dió cuenta de que había dicho la palabra por decir las cerillas y repentinamente toda su furia se disipó. Echó a correr al cobertizo y se sentó en el banco.

—¿Qué será este poder soviético? ¿Qué será?

Yegor Stepanovich experimentó la soledad de un hombre

gido. La pesadumbre y la angustia oprimieron su pecho. Parecía que el tejado de pizarra, con toda su carga de nieve, las vigas de roble del techo y hasta el pálido cielo pesaban sobre su cabeza concertados para aplastarle.

¿Tendría razón Yashka? ¿No le habrían traicionado los años a Yegor Stepanovich y no le quedaría más que lamentarse y morir? No; Yegor Stepanovich no se lamentaría y mucho menos se pondría al cuello el nudo corredizo. Pero había que hacer algo. No quería andar de un rincón en otro como un viejo devorado por los piojos. No quería rechinar los dientes en un silencio de impotencia contra sus enemigos.

Largo rato permaneció sentado en el cobertizo buscando algún asidero. De cuando en cuando, su meditación era interrumpida por el ruido de los sollozos de Klunya; pero este ruido pasaba por su lado sin dejar huella, como una nube en un cielo claro. Al atardecer, se levantó oyendo pisadas detrás de la cerca y miró por la ventana a la callejuela. Por ésta pasaba Kuzmich, el vigilante del río.

—Este es el hombre—pensó Chujlaf con alivio—. Es un viejo zorro, pero conoce muy bien a esa gente.

Chujlaf atravesó precipitadamente el corral. Kuzmich se hallaba a la puerta.

—¡Entra, entra, Abram Kuzmich! Tengo algo que decirte.

Kuzmich titubeó, pero Chujlaf le tiró de la manga y le condujo hacia la casa.

—¿Es que ya no quieres hablarte con nosotros?... Klunya, prepara el samovar. Nosotros, los viejos, necesitamos algo caliente para entrar en calor.

Sacó una llave del llavero que llevaba en el bolsillo y se la tendió a Klunya. Ésta se hallaba atónita, tanto porque su marido le hubiera confiado una de sus llaves como por haberle dicho que preparara el samovar.

—Cuando saques el samovar, no te olvides de cerrar el armario.

Klunya sacó el samovar del estante más alto y miró dentro. Las arañas habían tejido en él sus telas. Meneó el samovar y las arañas cayeron al suelo y empezaron a correr. Klunya las aplastó con el pie desnudo y vertió agua en el samovar.

El samovar burbujeó alegremente y de los dos agujeros de la tapa se elevó el vapor con un silbido juguetón. La tapadera se cubrió de húmedas gotas, como si sudara. Esto enojó a Chujlaf, que tapó los agujeros. Entonces el samovar, como si se hubiera ofendido, se puso a gemir.

—Escucha, Abram Kuzmich—comenzó Chujlaf—. Tú tienes a muchos de ésos, a esos gobernadores. Explícame cómo son esas. Dicen que las leyes permiten al hombre vivir como le da la gana, siempre y cuando que no se meta con los demás, se entienda con ladrones... Libertad absoluta para los campesinos y escañas para todos... Bueno, ¿qué te parece a ti todo esto, Abram Kuzmich?

Kuzmich apartó el platillo de su cara y sus ojos pequeños y vivaces miraron a Chujlaf por encima del borde.

—Es verdad. Persiguen algo... Pero es muy difícil decir qué.

Chujlaf estaba convencido de que Kuzmich sabía muy bien lo que se perseguía y que si se callaba era sólo por astucia campesina. Yegor Stepanovich se puso a revolotear en torno a Abram como un halcón. Habló de todos los parientes del campesinado del río, abofeteándolos con grandes extremos: su padre era un hombre bien nacido y sus hermanos los más trabajadores del pueblo. Llegó a Kuzmich en persona: no había un hombre mejor que Kuzmich en toda la aldea. ¿Qué en toda la aldea? Ni en toda la comarca podría encontrarse otro tan formal. Entonces Abram se inclinó hacia delante y le cuchicheó a Chujlaf al oído:

—Sí, persiguen algo..., y muy de prisa. Los burgueses van a apoderarse otra vez de todo, de todo, y dejarán a esta gente del soviet en el gobierno. Pero los burgueses serán los que hagan girar la rueda...

Chujlaf pensaba en su oro, en sus tres mil rublos. Pero no habló de esto.

—¡Oh!—dijo con una sonrisa—. ¡Y yo que creía que pertenecías a su religión! ¿Ahora te sales con ésas?

—¡Oh, no!—y Kuzmich agachó más la cabeza extendiendo los dedos—. ¡Oh, no! Mi creencia es ésta. Cada hombre se hace su camino y si lo encuentra no lo deja. Haya el gobierno que haya, rojo o verde, sigue su propio camino, con cualquier gobierno y

hombre—agregó con aire enfático echándose hacia atrás—sigue su propio camino con el gobierno que se te antoje. Un gobierno no es más que un gobierno.

Chujlaf palmoteó.

—Tienes razón, muchísima razón.

—Sí—prosiguió Kuzmich—. Tú sigue tu camino. Si te encuentras con una zanja sáltala o da la vuelta—y al decir esto movió los dedos rápidamente sobre la mesa para ilustrar su parecer.

Los dos hombres bebieron té. Bebieron hasta que tuvieron que inclinar el samovar. Chujlaf se enjugó el sudor de la cara e interrogó nuevamente a Kuzmich.

—Y ahora dime, Abram Kuzmich: ¿cómo está hoy eso de repartir la propiedad de un hombre? ¿Es legal?

—Hombre, ¿qué quieres que te diga? Ellos dicen que es legal —dijo Kuzmich apartando la vista—. Además, ¿cómo se puede saber en estos tiempos lo que es legal y lo que no lo es?

—Mira, te lo voy a decir más claro. ¿Puedes echar a un hombre de tu propia casa?

—¿De qué se trata? ¿Piensas repartir tu propiedad?

—¡Te estoy hablando de echar a un hombre y tú te pones a hablar del reparto!

—Tú sigue tu camino—cuchicheó Kuzmich—. Después de todo, ¿qué es una ley? Se la puede retorcer para aquí y para allá. Precisamente por eso son leyes. ¿No comprendes? Si no, podrán echarte a ti de tu casa perfectamente. Tú no le esperes. ¡No! Déjale venir. Y luego podrás hacerlo despacio, de una o de otra manera. Dicen que hasta se puede desgastar una piedra gota a gota. Y yo te conozco bien—agregó dando un empellón a Chujlaf y riéndose estrepitosamente—. Nada, hombre, déjale que vaya a los tribunales. Y cuando vayas a declarar dices: "Yo no le he echado. Lo que ocurre es que todavía es un chiquillo y a causa de su juventud trae la casa revuelta." Y entonces los jueces le dirán que es demasiado joven. "Eres demasiado joven, chico—le dirán—; eres demasiado joven para administrar la casa." ¿Comprendes ahora?

Chujlaf asintió con la cabeza.

—No debes abandonar nunca tu propio camino.

Cuando Kuzmich se hubo marchado Yegor Stepanovich se puso a pasear por la habitación esperando a Yashka. Al día siguiente seguía todavía esperando. Las tablas crujían bajo sus pies y los pensamientos que llenaban su cabeza parecían devolver su crujido.

—Yashka vendrá—se decía—. Fingirá que está apenado y dirá: «¡Perdóneme, padre!» Y entonces yo le perdonaré. ¡Qué ex... prendido se va a quedar!... ¡Pero luego ya veremos!

Sin embargo, Yashka no regresaba. Al tercer día, Chujlaí no pudo resistir la tensión nerviosa.

—Vete a buscarle—le dijo a Klunya—. Yo no soy una fiera. Dile que vengan.

Al atardecer Klunya llevó a casa a la joven pareja. Yegor Stepanovich estaba sentado bajo el icono leyendo su breviario y murmurando con voz gangosa:

—¡Aleluya, aleluya, aleluya!

Yashka lanzó una mirada a la cama y se volvió a su madre.

—Madre, haga la cama. Traiga una manta nueva y ponga unas cortinas. Nosotros dormiremos aquí y ustedes pueden acostarse en el camastro.

En su rincón, Chujlaí se estremeció de cólera. Le entraron ganas de gritar: "¿A qué crees que has vuelto? ¿Eres tú aquí el amo o lo soy yo?" Pero acordándose del consejo de Kuzmich se dominó y gruñó:

—Está bien, podéis dormir en la cama. Sólo que me he olvidado de traer otra cuchara. No tenemos más que tres.

—Steshka y yo nos arreglaremos con la misma. Así será más dulce, ¿verdad, Steshka?... ¿Qué es lo que te pasa? No estás en una casa extraña. Estás en tu casa y no te muevas del rincón como si fueras una extraña...

—¿Vuestra casa? ¡Primero tenéis que apoderaros de ella —estuvo a punto de exclamar Chujlaí, pero se contuvo— tendréis que esperar a conseguirla, mocosos.

—Haced la cama y barred el suelo. Todo está lleno de basura.

Yashka besó tiernamente a su mujer y le dió palmaditas en la espalda.

—Bueno, padre, vamos a vivir aquí todos.

Chujlaf se encogió de ira. Sacudió la cabeza, pero se inclinó precipitadamente sobre el breviario y se puso a murmurar sumamente:

—¡Dejemos que cada criatura alabe al Señor!...

Khuya tiró dulcemente a Steshka del vestido y se la llevó a la despensa. Allí, riendo y llorando a la vez, le acarició el cabello y las mejillas y sus lágrimas cayeron sobre las manos de Steshka.

—Yo te quiero mucho, Steshenka—murmuró—. Yo cuidaré de ti.

SEPTIMO ESLABÓN

I

Llegó la primavera, gris y brumosa. Caminando a lo largo de la calle el maestro Evdokimof exclamó: "¡Ya está aquí la primavera! ¡Qué bien que se respira, Yegor Stepanovich!" ¿Bien? Al tanto, su propio dedo se le figura una vara de hierro. ¿Qué es lo que había después de todo en la primavera de tan agradable? Todo estaba hirsuto. Los campesinos araban todo el día en los campos, chillando como conejos. ¡Qué bien que se respira! Ponte tú a un arado y entonces verás lo bien que se respira! ¿Y ése era un hombre instruído? ¿Para qué servía? Debería ayudarle al hombre a enterarse de las cosas, y en lugar de eso todo lo que se le ocurría era decir: "¡Qué bien que se respira, Yegor Stepanovich!" ¡Y qué bien que se respiraba en Bresk! Los miembros de la cooperativa se habían reunido para la labranza y prácticamente se habían visto obligados a tirar ellos mismos de los caballos. ¡Tenía gracia! ¿Cómo podía esperarse que trabajase un caballo que no había comido nada más que hierbajos? Mientras araban, Davidka Panof y Nikolai Pyriakin habían reñido. Sus dos caballos habían sido uncidos al arado y Davidka, marchando detrás de ellos por el surco, fustigaba al caballo gris de Nikolai, pero se apiadaba de su propio caballo. Indudablemente, todo hombre se compadece de su propio caballo y Nikolai se enojó por los golpes que recibía su potro gris. ¡Con qué se

se había pegado Davidka a su cabello? Sus estridentes gritos llenaron el aire en derredor de Brusski. Stepan había hecho las paces entre ellos, pero en realidad no quedaron reconciliados. Davidka había anunciado su propósito de abandonar la cooperativa y el potro gris de Nikolai sufrió un accidente y se mató. Kolya valía para coger peces o para estar tumbado de espaldas mirando a las musarañas; pero era una calamidad cuando trataba de dedicarse a las verdaderas faenas campesinas. Más le valía haberse quedado en Moscú de fogonero.

Y no era esto todo: ¡el día anterior Stepan había mandado a Nikolai a la ciudad a estudiar! Esto era otra broma. ¿Es que Nikolai era un chiquillo? Bueno, que se vaya, y que se vaya Stepan también. ¡Para lo que importaba!... Ilya Maximovich Plakuchef constituía la verdadera preocupación. Desde el día en que Yegor Stepanovich había estado en su casa, Plakuchef no había vuelto a mirarle a Chujlaí. Ambos observaban de cerca todo cuanto acontecía en Brusski; pero cuando se encontraban en la calle, se hacían los desentendidos y miraban para otra parte, como enemigos. Ilya Maximovich era el hombre al que había que tener. Se rumoreaba que trataba de organizar un grupo bajo su propio control para apoderarse de Brusski y también se decía que Stepan Ognef quería dividir la calle de Krivaya en dos partes: una bajo su jefatura y la otra bajo la de Plakuchef. Cada hombre podría elegir el lado que prefiriera, pero tendría que tener en cuenta que los que siguieran el camino de Ognef convertirían pan blanco, en tanto que los que siguieran el de Plakuchef vivirían de cortezas secas... Y Yegor Stepanovich, al parecer, iba a quedar en el centro balanceándose de un lado a otro como un dedal enorme en el dedo meñique. ¡No! Yegor Stepanovich no tenía el menor propósito de quedarse en esa posición. Después de la conversación con Kuzmich había decidido el camino que iba a tomar. Ya había permanecido bastante tiempo sentado en el banco mirando a las musarañas. Ya era hora de que se levantara a actuar, a conseguir que cada cual ocupara el sitio que le correspondía. Yegor Stepanovich empezó a concurrir a las reuniones y a hablar a los campesinos con sosiego y naturalidad, como si se hablara a sí mismo.

—Yo no estoy en contra de la cooperativa. Por mi parte podrían coger también esta calle si quieren. Lo único que digo es que se han apoderado de un trozo de tierra al lado mismo del pueblo, en donde podríamos haber plantado magníficas huertas. Podrían ir a Zolaika. ¿Que está muy lejos? Bueno, ¿y qué? Que se vayan allí y nos den un ejemplo. ¡Pero aquí! Vamos, lo que hacen aquí es como sentarse a una mesa con la sopa puesta y las cucharas al alcance de la mano. Y cuando han engullido toda la sopa exclaman: "¡Fíjense, os estamos dando un ejemplo!" Sin embargo, yo no estoy en modo alguno contra ellos. Lo único que quiero es que reine la paz en el pueblo.

En la primavera se reunieron varios campesinos alrededor de Yegor Stepanovich: Petka Kudeyarof, Shlenka y Markel Bykof. Aunque Bykof desconfiaba de Chujlaf, como una ternera de ojo rizado, no se apartó de su lado. Luego vino Chizhik, el cual había enfadado con Kirka porque, durante la boda de éste, Kirka le había preguntado de pronto: "Chizhik, ¿por qué cuando yo estaba en el frente me quitaste las tablas del tejado?" También vinieron Kuzmich y sus hermanos. Todos juntos acabaron por formar un grupo considerable y Yegor Stepanovich dejó de sentirse como un guerrero solitario en el campo de batalla. Hasta pensó de que fuera acaso formar otra cooperativa agrícola. Le sería más fácil vencer los obstáculos no hallándose solo.

Yegor Stepanovich estudiaba el proyecto continuamente. Si estaba acostumbrado a trabajar solo y no le resultaba empresa fácil rebajarse a Shlenka y Petka Kudeyarof para convencerles de que le siguieran.

Examinando las verdes calabazas, atravesó su parcela de la isla de la Vaca y franqueó la valla que la separaba de la tierra de Plakushchef. Allí se paró en seco: Stepan Ognef bajaba la cuesta con dos cubos de agua colgados de un palo que llevaba sobre el hombro. Ognef llegó a su parcela y se puso a regar las hortalizas.

—Te vas a despellejar la espalda—se dijo Yegor Stepanovich riéndose para sus adentros—. Tú eres tonto, Stepka, deberías ir bajar conmigo. Debías dejar a Nikolai y a Davidka... ¡Le avisaré?

En voz alta exclamó:

—Buenos días, pariente. ¿O no eres mi pariente?

—Bueno digo—contestó Ognef.

—Oye, ¿por qué estás enfadado conmigo? Convendría que fuéramos amigos. Los dos seguimos el mismo camino y además somos parientes. Podemos cavar juntos la tierra.

—Está loco—se dijo Stepan sonriendo.

Reparó que las manos de Chujlaf temblaban y que sus ojos miraban furtivamente de un lado a otro.

—Tú eres un socialista revolucionario, eso eres, un socialista revolucionario. Revuelves el agua sucia y no te preocupas un comino de quién perciba el olor.

—No me llames socialista revolucionario—dijo Yegor Stepanovich frunciendo el ceño—. No lo soy. Los desprecio. Yo estoy dispuesto a morir por los soviets y de todas formas...—Chujlaf tragó saliva y guardó silencio dicíndose para sus adentros: "Hasta un perro contesta a un silbido y la tripa de Stepan está vacía. Le han aplicado buenos impuestos y ahora es el momento de apoderarse de él." —Yo no puedo vivir sin trabajar—agregó rápidamente, acercándose más al otro—. Yo no puedo vivir sin trabajar. Fíjate en ti mismo, por ejemplo. Supongo que estuvieras apurado por los impuestos o por lo que fuera y que acudieras a mí como pariente tuyo. Yo te ayudaría...

—¡So bribón!—dijo Ognef riéndose.

Yegor Stepanovich le cogió a Stepan por una punta de la chaqueta.

—Espera, testarudo...

Stepan se detuvo y miró a Chujlaf a la cara, que estaba arrugada y lastimosa como la del mendigo Pankrat. Una oleada de cólera invadió a Ognef. Le entraron ganas de descargar el puño en aquel rostro, de aplastarlo como un buñuelo.

—Suéltame la chaqueta, que no es la falda de una mujer.

Y según se alejaba, Ognef le gritó por encima del hombro:

—Lo que yo tengo que decirte no me llevará mucho tiempo: no siento más que no haber acabado con un perro como tú cuando he tenido ocasión.

—En fin, no le puedo conquistar de esta manera—pensó

Yegor Stepanovich mirando en derredor— Menos mal que no nos ha visto nadie.

Cuando Ogniev se hubo perdido de vista, murmuró:

—Ya veremos quién acaba con quién. ¡Ya lo veremos!

La salada brisa primaveral corría sobre los campos arrancando las deterioradas cercas de las parcelas y levantando el polvo en la ruca de Stenka Razin.

Yegor Stepanovich regresó del valle. Al llegar a la puerta de su casa gritó:

—¡Stoshka! ¡Stoshka! ¿Qué quiere decir esto? ¿Te has creído que vives en una taberna? ¿No sabes dónde se pone el cubo? Ahí es. El clavo está aquí, cuélgalo aquí... Está bien, sigue gruñendo... Ya tendrás motivos para gruñir.

II

—¡Viejo gruñón!—murmuró Stoshka—. ¡A todas horas me estás riñendo!

Stoshka colgó el cubo en el clavo y corrió adentro a ver a la pequeña Annushka. Annushka tenía ya casi dos meses. Cuando nació, la noticia se extendió por el pueblo como la cola de un pavo real.

—¿Cómo es posible? ¡No hace seis meses que Stoshka se ha casado y ya tiene un chico!

—Es la moda soviética—dijo con sorna Akulina Chessalova—. Si se casa una muchacha por el soviet puede darse por seguro que tendrá un chico a los seis meses.

Bueno, que dijeran lo que quisiesen. Los ojos de Annushka eran grandes y ligeramente verdes como los de su madre y su barbilla era redonda y firme como la de su padre. Stoshka se pasaba las noches sentada junto a la cuna de la niña cantando dulcemente y esperando el retorno de Yashka. Hacía cuatro meses que Yashka se había marchado al Caspio. Estaba trabajando allí y escribía con frecuencia a Stoshka. En su última carta le decía que no tardaría en volver a casa. Esto la había hecho feliz y nadie sabía por qué andaba de un lado a otro con una sonrisa tan alegre y

satisfecha en el semblante. Una mañana las mujeres le preguntaron en la fuente cómo era que se conservaba tan bien, "redonda y sonrosada como una manzana".

—Fíjate en Zinka Plakushcheva o en Nadya Gurianova, o en cualquiera de las demás. Todas se han agostado dos meses después de su matrimonio y tú sigues toda en flor. ¿Cómo es eso?

—No sé—contestaba Steshka riéndose.

Cuidadosamente se inclinó sobre la cuna, levantó a Annushka y acercó la sedosa boquita a su seno repleto de leche. Pensó en Yashka, en su ancho pecho, en sus brazos vigorosos y en su paso firme. Pensó también en lo que le había dicho su madre unos días antes:

—Stepan se pasa toda la noche dando vueltas en la cama. Grita en sueños y jura que prefiere morir antes que ceder a Yegor Stepanovich, que preferiría ahorcarse a ceder para aquí como un cangrejo.

El día anterior, habiéndose enterado del trastorno motivado por Pyriakin, Steshka fué a ver a sus padres. Stepan se hallaba sentado a la ventana y parecía todo arrugado y seco como una rama arrancada del árbol. Su barba parecía haber crecido y estaba más enmarañada; los ojos los tenía hundidos. Cuando vió a Steshka se sonrió y quiso decir algo alegre y cariñoso; pero sólo palabras tristes salieron de sus labios. Agitó la mano y se volvió hacia la ventana. Cuando Grusha salió de la habitación Stepan se volvió nuevamente hacia su hija.

—Es terriblemente duro, Steshenka... No sé si tendré las energías suficientes para llevarlo a cabo. Esta gente es ignorante, inculta y atrasada. Hace un par de días algún loco rompió todos los cristales de la estufa de las hortalizas. Menos mal que esa noche no heló, porque entonces todo se hubiera perdido. Pero fuera quien fuese no lo hizo sin querer. Alguno ha debido inducirle. Está tratando uno de hacer algo bueno, de mejorar las cosas, como acabar con las cucarachas, y la gente se pone en contra...

Ognef guardó silencio.

—Si tu marido quisiera ayudarme podríamos transformar todo el pueblo. Pero con esta gente es muy duro. El potro de Nikolai se ha muerto y Davidka se pasa el día de morro. No me extraña-

ya?

ya que me abandonara—Pierpan se inclinó hacia delante—. Oye, Stubika, ya sabes que tenemos tu vaca y yo necesito comprarte algo... ¿Me dejas que la venda? Puedes decirle a tu madre que Yashka se la ha comprado diciendo que la vendiera y que cuando tenga comprará otra. ¿Eh?

Stubika aceptó con gusto a que fuera vendida la vaca. Luego había escrito a su hermano Sergei a Moscú sobre el caso y aquella misma mañana una postalita que su padre pasaba muy malas noches debido a esta terrible enfermedad porque encontraba muy difícil la vida. ¿Podría darle Sergei algún consejo o hacer algo? ¿No podía venir a Shirokoye una semana a ver las cosas por sí mismo?

Khaya penetró en la habitación y se inclinó sobre Annushka.

—El pichoncito está dormido.

—Sí, está dormido—contestó Stubika dulcemente volviendo a dejar la silla en su sitio.

—Tápala, tápala.

—Tiene bastante calor, madre.

III

La puerta se abrió y se cerró varias veces. En el crepúsculo vespertino los compañeros de Chujlai se reunieron en el cobertizo. Yegor Stepanovich arrastró una mesa hasta el rincón del corral junto a la cuadra, colocó en ella cinco jarras de aguardiente y unos platos de ensalada con tomate. Luego cortó alrededor de la mesa, dando un vistazo definitivo a los preparativos.

—Servirse—dijo tranquilamente.

Los invitados titubearon. Chizhik fué el primero en tomar asiento. Empuñó su vaso con ambas manos y lo levantó por encima de su cabeza.

—¡Por la cordura de Yegor Stepanovich—chilló—y por toda la compañía!

—¡Chist! ¡Bajito!—bisbiseó Yegor Stepanovich—. Hay oídos por todas partes.

Los otros siguieron el ejemplo de Chizhik: Kuzmich y sus hermanos, Kudeyarof y Shlenka. Sólo Markel Bykof estuvo a

pensativo. Tenía los labios firmemente apretados bajo la rizosa barba y sus ojos se clavaban ceñudamente en el rincón de la cuadra. Parecíale que se había metido por el camino equivocado. Pero ¡qué iba a hacerle si Yegor Stepanovich se clavaba a él como un tornillo! ¿Cómo podía negarse? ¿Cómo iba a decirle: "Esto no es cuenta mía, Yegor Stepanovich"? Después de todo eran parientes y Chujliaf podía serle útil algún día. ¿Qué le importaba Brusski a él? Los tártaros habían utilizado esta tierra como letrina y ahora Ogoef se había quedado con ella. ¡Pues dejarle! Markel era sacristán y quería dedicarse a la apicultura. Luego acabaría sus días en paz, con las abejas y la caja de las velas... ¡Y ahora venían a darle la lata con aquella cooperativa que sólo acarrearía nuevos trastornos!... ¡No había más que ver los hombres que se habían reunido! Shjenka: no habiera dado un grano de trigo por su nombre. Petka Kudeyarof: ¿es que un remendón era un hombre? Plakunhchef le había arrojado de su lado y por eso había venido a refugiarse con Yegor Stepanovich. Y Chizhik era tan poco de fiar como una semana con cinco martes. ¡Vaya una compañía! Lo mejor sería marcharse. Allí estaba la puerta. ¡Coger la puerta y a casa! "Adiós, seguiremos caminos diferentes!" Pero sus pies no se movían y en lugar permanecía quieta. Sólo dentro de él la cólera hervía y se hinchaba como un torrente al atravesar un barranco. Por lo menos se negaría a beber. No habría nadie que le obligara a eso, hicieran lo que hiciesen.

—No bebo. Nunca toco el veneno.

Yegor Stepanovich clavó la vista en Markel por debajo de sus fruncidas cejas.

—Vamos, bebe. Yo no acostumbro a tocarlo; pero cuando es necesario, es necesario.

Markel se limitó a menear la cabeza cada vez que intentaron persuadirle.

—Bueno, si no quiere no vamos a obligarle. Bebed vosotros, camaradas—dijo Yegor Stepanovich con una sonrisa, sorprendiéndose de haberles llamado camaradas. Era la primera vez en su vida que empleaba esta palabra. "La próxima vez estoy viendo que

los llamo comunistas—se dijo—. En fin, lo que tiene que ser, tiene que ser"—y se llevó el vaso a los labios.

Comieron y bebieron. Los cachiporros fueron entrando de poco en poco. Cuando estaban más que medio borrachos Yegor Stepanovich se levantó.

—¿Qué es lo que yo quiero? Si yo tuviera el poder pondría las cosas como es debido... Pero ahora..., este poder, esta dictadura... Los obreros tienen el poder y los campesinos son los que pagan y mirar. Todos sabemos que cada cual cuida ante todo de sí mismo... Y si nosotros tuviéramos el poder, yo por ejemplo, cuidaría de mí mismo...

—Tiene razón, Yegor Stepanovich, tiene mucha razón.

—Eso es la cuestión.

—¡Silencio!—gritó Kuzmich—. Yo soy el presidente y no le he dado permiso para hablar, Petka. Cállate. ¡Yegor Stepanovich, continúa!

—Y al fin y al cabo—prosiguió Obujkof—, ¿quién soy yo? Lo que yo predigo se cumplirá... Pero yo quiero que mi tierra esté toda en un sitio. Ahora la tenemos en cuarenta sitios distintos y hay que andar saltando de un trozo a otro como un conejo. No, así no es buen gobierno. Si nosotros estuviéramos en el poder procuraríamos que fuera repartida otra vez como es debido.

—Tiene razón—dijo Kuzmich tratando de levantarse—. Los algunos días el inspector del bosque me dijo a mí que el único camino para llegar al comunismo era una nueva distribución de la tierra.

—Un camino u otro. De todas formas no tardaremos en verlo. Pero ahora...

—Yo también estoy en favor de eso—dijo Kuzmich.

—Kuzmich, tú eres el presidente, no interrumpas.

—Si al menos pudiéramos repartir la tierra de nuevo—siguió Yegor Stepanovich—, les demostraríamos lo que puede hacer. Entonces habría buenas cosechas, seguro.

—¿Tú quieres convertirte en un kulak, eh? ¡Eso es lo que!—gritó Petka Kudeyarof, y levantándose del banco se arremangó un brazo y agitó el puño.

—¡Gandules! ¡Gandules y ladrones!—chilló Kuzmich—. ¡Por todas partes no se ven más que ladrones, ladrones!

Petka rechinó los dientes y se arremangó el otro brazo.

—¡Yo no hablaba de ti, no me refería a ti!—dijo Kuzmich precipitadamente—. Hablaba en general.

—¿Qué es eso de ladrones, eh?

—¡Petya, Petya!—gritó Chizhik—. Es muy duro para ti, muy duro... Una casa, una vaca, un caballo, veinte colmenas... Yo te ayudaré, Petya.

Chizhik le echó los brazos a Kudeyarof repitiendo a voces: "Una casa, una vaca, un caballo y abejas..." Kuzmich siguió lamentándose en voz alta de los holgazanes y los ladrones. Y Yegor Stepanovich, tratando de apaciguar a sus invitados, gritaba más que todos juntos. Únicamente Shlenka permanecía callado, y sus entornados ojos erraban de la ensalada al aguardiente y viceversa. Con dos dedos húmedos y sucios se metía en la garganta los tiernos y aplastados tomates.

—¡Bebed!—dijo llenando los vasos—. ¿Qué hacéis ahí gritando todos?

—Tiene razón, vamos a tomar otro vaso—dijo Yegor Stepanovich.

Bebieron. Chujlaf se aprovechó de la pausa.

—Tenemos que abuecar a Ognef de Brusski. Ya lo hemos decidido. Primero le abuecaremos, y luego implantaremos nuestra cooperativa en Brusski. Podemos decir que hemos sido siempre verdaderos comunistas, pero que Ognef se puso por medio y nos cortó el paso... Iremos al distrito y diremos eso, y si no basta iremos a la capital.

—Tienes razón—dijo Chizhik—. Yegor Stepanovich, tú deberías estar en el Comité ejecutivo.

—¡Bribones!—murmuró Kudeyarof—. ¡Bribones!

Pero cuando oyó que iba a actuar como representante de la futura cooperativa contuvo la lengua.

—Petka es el hombre indicado—dijo Chizhik—. No tendrá más que ponerse todos sus andrajos. Dirá: "Yo soy un proletario, ya me veis", y se irá al distrito... Y también tenemos que saldar

cuentas con Kirka... ¿Qué tablas le he robado yo del sobrino, eh? ¿Qué tablas? Que vuelva a decirlo.

Los ojos nublados de Kudeyarof erraron de uno en otro rostro. Con aire soñador echó a su vientre el aguardiente de un vaso y se puso a mascar un tomate. Lanzó un eructo y dió su consentimiento.

—A mí me da lo mismo: presidente, representante o lo que quieras. Ya hemos visto cosas peores que ésas cuando éramos soldados, cuando Nikolai era todavía...

Petka fué interrumpido. Cuando estaba borracho siempre se ponía a hablar de su vida en el antiguo ejército zarista; pero ¿quién iba a escucharle cuando cada cual tenía hazañas propias de las que vanagloriarse?

Siguieron bebiendo y prodigándose alabanzas a sí mismos y recíprocamente. Algunos de ellos vomitaron, pero volvieron a sentarse a la mesa a beber: después de todo, nadie se muere de un mareo...

Casi inconscientemente, Markel Bykof se levantó, apartó la manta de Chishik y salió a la calle...

Cuando Davidka Panof regresaba poco después de su puesto la oyó el albarista en el corral de Chujlinf. Dejó los cubos vacíos en la entrada de su choza y se escurrió por detrás de ésta hasta el cobertizo de Yegor Stepanovich. Abriendo un agujero en la empalizada de espinos, miró al interior y se quedó unos momentos contemplando a los juerguistas. Luego se incorporó y murmuró para sí:

—Os elegiremos a todos para representantes, y en cuanto a ti, Chujlinf, te meteremos tantos clavos en la cabeza que te verás pasar el resto de tus días sacándotelos.

IV

Aquella noche aullaron los perros. De uno a otro extremo de la aldea resonaron sus aullidos roncos, profundos, temerosos. Los campesinos consideraban aquello un mal augurio que presagiaba desgracias: ladrones, lobos o algunos otros huéspedes inhabituales

por el estío. Con aire soñoliento, se desfilaban de sus chozas y examinaban a la luz de los faroles los cerrojos de las cuadras, cuando a las ovejas de los apriscos. Fuera de éstos ningún ladrón podía robarlas ni podía matarlas ningún lobo; las ovejas balarían al acercarse el peligro y prevendrían a los campesinos.

El aullido de los perros hizo ponerse en pie a Ilya Maximovich. Éste pasó revista al corral, dió una palmada al potro en el cuello y sacó a las ovejas del aprisco. Durante un rato permaneció en el corral escuchando el aullido de los perros. Luego se metió dentro y se acostó junto a su mujer. Pero no podía conciliar el sueño. Aunque ya habían transcurrido siete u ocho meses, Ilya Maximovich no podía acostumbrarse a la ausencia de Zinka. Y no es que lamentara que Kirka se la hubiera llevado. Kirka era un campesino fuerte y su familia sería fuerte también. Pero muchas veces Ilya Maximovich sentía un gran deseo de acariciar la sedosa piel de Zinka como acariciaba a su potro y ella no estaba ahora allí.

—¡Qué cosa más rara es este mundo!—pensó mirando a través de la ventana a una estrella distante—. Trae uno hijos al mundo, los cría y cuando han crecido y pueden desenvolverse solos se marchan a una casa extraña... ¡Lisaveta!—dijo llamando a su mujer—. ¡Lisaveta!

Elisaveta dormía con sueño profundo, respirando intensamente.

—Duerme como un tronco.

Plakushchef se levantó otra vez de la cama y salió al corral. La noche se extendía sobre el pueblo; pero el cielo tenía un tinte rojizo como el fondo de un gigantesco cubo mohoso horadado por clavos de plata.

Los perros aullaban. En la linde de la aldea, los lobos hambrientos se deslizaban hacia las casas rechinando los dientes. Iban capitaneados por un viejo lobo de pelo gris que se arrastraba sobre tres patas. Sus hazañas le habían hecho famoso en Shirokoye. El año anterior había causado grandes estragos entre las ovejas pertenecientes a Tatiana Trubka y Nikita Siny y el año anterior a éste había caído en la trampa del pastor Fila. El lobo se arrancó la pata prisionera y huyó al bosque. Ahora, gruñendo suavemente, se adelantaba cojeando y husmeando las cercas. Al llegar

al volverse de Yegor Stepanovich se detuvo vacilante, sin
de aventurar a la selva. Ya casi había un agujero y algo más de
se encontraban las ovejas. Tres patas retrocedieron un paso, bajo
avanzaron cautelosamente arrastrándose sobre el vientre y el ho
sal introducir la cabeza por el agujero. Las ovejas se amon
con desconfianza y de la lengua del lobo corrió la saliva.
. En ese instante la escopeta derribó la cerca y se precipi
sobre las ovejas.

Al llegar a pocos las voces por la mañana las mujeres vieron
la cumbre del barco de los lobos. Llevaron la noticia a Yego
Stepanovich. Chujtal se enmarañó la gorra, alimentó por el cha
bo, y salió corriendo; habían sido muertas doscientas ovejas. Ya
pado ronco y débil brotó de su garganta:

—¡Oyeee!...

Se oyó la voz sobre los ojos y atravesó el rumor de la
lada del pueblo. Caminando por los senderos solitarios y sobre
ve de hierba, se tardó en dejar atrás la campiña, como una p
cada mancha verde. Del otro lado, disminuían las chozas
sobre los valles y los barrancos de Shirokaya. Tenues espirales d
humo se elevaban de las chimeneas... Las mujeres estaban e
cendiendo la lumbre y, a no dudar, hablando de la desdicha qu
le había sobrevenido a Yegor Stepanovich. Sí; sin duda se est
dan riendo de él encima. Chujtal se apartó del sendero y sobre
por donde quisieron llevarle los pies. Las ramas de los matore
se prendían a su burdo pantalón y a su camisa roja, y le empe
ban para atrás. Apartándolas, Yegor Stepanovich se abrió c
mino a través de la espesura y bajó al valle de Dolny trans
un surco negro por entre el delicado ramaje de los matorrales q
cubrían las vertientes.

El sol se había remontado en el cielo absorbiendo el ro
las hojas. Una neblina transparente se elevaba de las hondo
y los barrancos. Detrás de Ballashija, oscuras nubarrones se
batían como perros en traílla amontonándose en grupos
grises, que resaltaban como peñascos en el azul mate del cie
Sopló el viento, haciendo inclinarse a los árboles jóvenes.

Yegor Stepanovich no oyó el rumor de las nubes. Atrave
valle y salió al campo de Vinnaya. Al otro extremo del campo

desnivel. Delante de él se abría el abrupto barranco del Puio. Por encima de la espesura que cubría la otra vertiente del barranco, dos milos y una corneja perseguían a un buitre. El buitre, sin hacer caso de sus chillidos, describía círculos cada vez más altos, desapareciendo casi en las profundidades azules del cielo. Luego, se dejó caer como una piedra.

Involuntariamente, Yegor Stepanovich se acordó de las palabras de Sutiagin: "La vida acaba de marcharse como un buitre que se ha ido de la estaca." Chujliaf miró al fondo del barranco y pensó: "Lo mejor sería que me tirara de cabeza."

De pronto retrocedió, estremeciéndose como un gato desparramado. Entre los matorrales del fondo del barranco, estaba dormido el lobo de las tres patas, respirando profundamente y con regularidad. La piel de su vientre, salpicada de la sangre de las ovejas, estaba tersa como un tambor. A Yegor Stepanovich se le pusieron los pelos de punta.

—¡Voy a matar a ese carcamal!

Calladamente, sin apartar la vista del dormido animal, Chujliaf se tendió de bruces en el suelo y comenzó a arrastrarse hacia el roble que extendía su sombra en aquel extremo del barranco.

—Bajaré al barranco por ese lado y me arrastraré por el fondo. El bicho está bien repleto y no será difícil dar cuenta de él. ¡Con tal de que no se despierte!... ¡Con tal de que pueda acercarme a ese derrengado!...

Yegor Stepanovich siguió arrastrándose suave y cautelosamente. Ni siquiera alarmó a un cuervo que estaba posado en una piedra junto al roble.

Al fin llegó al árbol. Sus verdes ramas se extendían como ramas gigantescas.

—Le cogeré—pensó Chujliaf—. Le llevaré al pueblo y libraré a los campesinos de este tullido criminal. Entonces todos los campesinos me darán algo, acaso un cordero, y para el verano los corderos serán ovejas y así habré recuperado mis ovejas.

Se detuvo a escuchar. Su corazón palpitaba como el martillo de un herrero machacando el hierro. No se dió cuenta de que los subarrones se habían congregado siniestramente sobre su cabeza, ni de que la sombra del roble había desaparecido, ni de que los

evidente murmuraban de un modo peculiar, pero un rumor muy distinto. Se levantó viento.

Y de repente, ¡zas!

Yegor Blopanovich se despertó con la cara contra el suelo barro lanzando un grito. Recibió un golpe en la cabeza y la gorra salió despedida, con las alambres retorcidos, seguida con un sonido silbante ensima de una piedra. Esta fué la cosa que Yegor Blopanovich vió, lo único que pudo recordar después. No vió sino el estrépito del trueno despertó al lobo, que lanzó una mirada a Yegor Blopanovich, gruñó, retrocedió y por último echó a correr rajando a lo largo del barranco. Ni siquiera vió a Markel Dykol y a Petka Kudeyarof bajar corriendo el barranco, cavar la tierra con las manos y depositarlo en el hueco que le han hecho.

V

Era día de fiesta y la cálida y agradable lluvia primaveral había refrescado la tierra hasta hacerla florecer como una muchacha joven. Los bosques y los campos estaban verdes. A través de los charcos que cubrían las calles de Shirokaya, los campesinos se dirigían a casa de Yegor Blopanovich. Apretujados todos en el portal, formando una sólida muralla de seres humanos, charlaban unos con otros. Los parientes de Chujlaf estaban en la casa. ¡Y cómo no se iba a hablar de aquello! ¡Era un acontecimiento tan raro y tan extraordinario, sin precedentes en Shirokaya! ¡Un hombre había recibido grave daño a causa de su gorra? Podría decirse, a causa de que su gorra tenía la armadura de alambre seco y mustio. Tenía ya todo el pelo gris y un barba de cabra había adquirido un sucio color blanquecino, en tanto que la nariz aparecía contraído por una iracundia perversa. Sólo una cosa podía hacer: abría los ojos, contemplaba a los presentes con una mirada venenosa y murmuraba:

—Kvass.

Khunya se hallaba sentada a sus pies. Las puntas de sus

fieltro, anudado bajo la barbilla, sobresalían como las orejas de un conejo. La parte superior le cubría los ojos. Enfrente de ella se encontraba Ilya Plakushchef. Éste había ido a visitar al enfermo: una desgracia así podía ocurrirle a cualquiera. Hundiéndose los dedos en la barba, miraba fijamente a Yegor Stepanovich como si fuera la primera vez que le veía. Al lado de Plakushchef se encontraban Markel Bykof, Kudeyarof y el abuelo Katai.

—¡Y ayer mismo que yo reñí con él! Me quitó mi cortina o quiso quitármela. Yo había reunido la cortina y la quería para mí. ¡Qué pecado!

—No se apure, abuelo. Ahora no es el momento oportuno, ahora no...

—¡Fuera de aquí, fuera! ¿Qué hacéis ahí todos apiñados? No se puede respirar.

Hombres y mujeres miraron todavía con más fijeza a Yegor Stepanovich, alargado el cuello como gansos por encima de un valla.

—Ya veis, llegamos con el tiempo justo—decía Pedia Kudeyarof relatando la historia por centésima vez—. Pero le pusimos entre la tierra y eso le sentó bien.

Gruñendo y abriéndose paso a codazos entre los congregados, Shlenka penetró en la habitación. Estrujando la gorra entre las manos se quedó mirando a Yegor Stepanovich.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Ya lo han contado mil veces—dijo Plakushchef apartándole y se volvió hacia la muchedumbre congregada a la puerta—. ¡Marcharse, hala! ¡Podéis hablar fuera!

Shlenka se acurrucó en un rincón junto a la hornilla y se puso a fumar, y a los pocos momentos aplastó el pitillo con su desnudo talón.

Yegor Stepanovich se movió y se incorporó ligeramente. La manta se escurrió de sus hombros, dejando al descubierto los prominentes huesos de su pecho y los dos hoyos enormes de la base de su garganta.

—Ognef—murmuró roncamente—. Para decirle adiós.

Klunya se estremeció y lanzó un gemido.

—Yo iré, yo iré—dijo Ulka, la nuera de Bykof.

La muchedumbre se abrió para dejarle paso. Levantándose la faldas, Ulka corrió por la calle hacia la choza de Ognef, corriendo con los pies desnudos el húmedo suelo.

—¿Adónde vas, Ulka?—le preguntaban los campesinos.

—A buscar al tío Stepan, a Ognef. Quiere decirle algo.

—Eso es que se va a morir—murmuraban los aldeanos apiñados alrededor de la casa de Chujlaf y apretujándose junto a las puertas y las ventanas.

La oscuridad comenzaba a invadir la casa.

—¿Es el fin?—preguntó Markel inclinándose hacia Pa kuhchef.

—Por lo visto. ¡Qué lástima! Todo es por causa de estos pillos, por no haber sabido detenerse a tiempo. ¡Qué hombre!—Pakuhchef se volvió bruscamente y golpeó en la ventana—¡Fuera! ¡Marchaos de aquí!

Las caras pegadas a la ventana no se movieron. Ilya Manovich se encogió de hombros.

—No se moverá aunque se les eche agua hirviendo.

—¿Cómo ha ocurrido?—preguntó nuevamente uno entre la muchedumbre.

—¿Cuántas veces querías que os lo cuente?

—¡El tío Stepan!—exclamó Ulka abriéndose paso en la habitación.

Al aparecer Ognef, Bykof y Pakuhchef se adelantaron y le estrecharon la mano. Colocaron una banqueta junto a la cama y se apartaron a un lado.

—No discutas con él, Stepan—cuchicheó Katai—. No discutas. Está en sus últimos momentos.

—Buenos días, parienta—dijo Stepan saludando a Khavr

Yegor Stepanovich abrió el ojo izquierdo, miró a Ognef y le reconoció. El ojo relucía de malicia. Luego abrió el otro, se incorporó ligeramente y murmuró:

—Estarás contento... Ya me voy a morir, ¡oh!

Ognef tenía todo el cuerpo bañado en sudor.

—Yegor Stepanovich—le dijo suavemente después de un ve pausa—, me has mandado llamar para decirme algo y

me tiene sin cuidado. Tú eres el que me has llamado. Tú lo has querido.

La cabeza de Chujlaf volvió a desplomarse en la almohada. Durante breve rato permaneció inmóvil. Luego, lanzando un profundo suspiro, volvió a incorporarse y alzó una mano descarnada.

—Se ha acabado. Brusski se ha acabado. Renuncio a Brusski —Chujlaf guardó silencio un instante—. ¡Eh, Siepa! ¡Vaya tierra que es! Hace mucho tiempo mi padre y yo se la arrendamos a Sutsgin. ¡Qué cosechas daba!

Las lágrimas corrieron por su arrugado rostro como líquido de requesón exprimido. Su mano tembló y colgó laxa a un lado de la cama. Algo duro y amargo subió a la garganta de Siepan. Sentía una gran compasión por Chujlaf y al mismo tiempo deseaba salir de la casa, marcharse.

Durante largo rato Yegor Stepanovich permaneció silencioso, con los ojos cerrados. También los demás guardaban silencio, respirando profundamente y con regularidad. En el silencio podía oírse la respiración de la muchedumbre de fuera, lenta y tensa, como un fuelle manejado por un herrero perezoso. Khanya se echó más aún sobre los ojos el pañuelo negro matizado de blanco. Su cuerpo parecía haberse estremecido. Katai arrastraba la punta de su bota por las rendijas llenas de barro que quedaban entre las tablas del suelo. Levantándose de su banqueta, Stebka escuchó ávidamente con los labios entreabiertos.

—¡Dejadme pasar, dejadme que entre!—gritó una voz a la entrada—. ¿Qué ha pasado aquí?

La muchedumbre se hendió rápidamente como si un erizo gigantesco se abriera paso entre los campesinos. Stebka lanzó un grito y se precipitó hacia delante. Sus brazos se cerraron en torno al corto y robusto cuello de Yashka.

—¡Oh, bien mío!

Por la noche, cuando ya los habitantes de Shirokoye se habían ido a sus casas, Yashka y Steshka estaban acostados detrás de las cortinas, cuchicheando dulcemente. Annushka dormía entre los dos. Yashka había traído cien rublos, un poco de tela de lana para hacer un vestido a Steshka y un poco de satén azul para Annushka.

Stepka se acariciaba el vigoroso y velludo pecho, bostezando y riendo dulcemente.

—¡Qué barba has echado, puerco espín!—dijo restregando su sedosa mejilla contra el hirsuto rostro de Yashka.

Yashka se incorporó un poco y le cogió la cabeza entre las manos. La cabellera de Stepka se derramó sobre la almohada como una espesa madeja de seda.

—¿Tú..., Stepka?—inquirió Yashka en voz baja.

—¿Qué?—dijo ella mirándole con alegría y con temor.

—Tú... Hoy día, ¿sabes?..., las mujeres jóvenes...

—¡Yashka! ¡Sólo tú! ¡Sólo tú, cariño mío!

Stepka se inclinó hacia él y le tapó la boca con sus labios. Sofocado por el beso, Yashka dijo riéndose:

—Pon a Annushka en la cuna.

Stepka levantó a la niña y cuidadosamente la depositó en la cuna. Su camisón se escurrió, dejando al descubierto parte de su espalda.

Los esposos conversaron.

—Ahora compraremos un caballo y entraremos en la cooperativa. Primero vamos a esperar a ver lo que le pasa al viejo. Puede que se muera. Entonces no tendremos que dejar la casa. Resulta muy duro vivir sin casa propia.

Al tercer canto del gallo se quedaron dormidos y por la mañana temprano el joven matrimonio se dirigió a la choza de Grusha. El samovar bullía encima de la mesa. El sol arrojaba sus dorados rayos a través de la ventana y la dorada luz jugueteaba sobre la pared gris. Riendo y llorando a la vez, Grusha acercó un plato de patatas fritas a Yashka, le puso una servilleta en las rodillas, como a huésped de honor, y no apartó la vista un momento de su atezado rostro.

—¿Y está muy lejos ese mar?—le preguntó.

—Muy lejos, lo menos a mil quinientas verstas.

—¿Y no se ve nada desde allí?

—Sólo agua todo alrededor. Y no la puede uno beber porque es amarga.

Grusha se quedó con la boca abierta meneando la cabeza. Stepan permanecía con una expresión de inquietud en el

siento, bebiendo su té precipitadamente y mirando por la ventana.
—Y ahora—dijo Yashka volviéndose hacia Ognef, al terminar su descripción del mar Caspio—, ahora voy a comprar un caballo y voy a ingresar en la cooperativa.

Los ojos de Ognef centellearon. Durante unos instantes se quedó mirando fijamente la mancha de sol de la pared. Luego apuró su taza de té con un gesto vehemente.

—¿Un caballo? Ayer, cuando venía de Alai vi arrollado a Pavel Bykof junto a la barandilla de la iglesia. Me detuve y le pregunté: "¿Qué haces ahí, Pavlushka?" "Ya ves—me dijo—, quiero un caballo tan grande como una casa y un carro tan grande como la calle. Así engancharé el caballo al carro y de un solo viaje podré llevarme todas las gavillas del campo." Al principio yo me eché a reír: "¡Qué necio eres!", dije. Pero después cambié de parecer. "Esta idea de un caballo tan grande—pensé—no se le ha ocurrido sólo al tonto de Pavel. Todo campesino quisiera tener uno igual, sólo que no dice nada." Ya ves, todo el mundo tiene unas cuarenta parcelas diferentes y si quiere uno trillar con pala de grano tiene que ir a los campos lo mismo que unos años para coger las gavillas... ¡Tiene gracia!

Ognef guardó silencio y se quedó mirando por la ventana. Yashka estaba perplejo. Había esperado que Stepan recibiera con agrado su ofrecimiento y le animara. Quiso replicarle y tuvo buscando las palabras adecuadas. Stepan se puso a hablar de nuevo quedamente, como si pensara en alguna otra cosa.

—Y ese caballo existe... Existe... Un buen caballo.

—¿Qué estás hablando?—dijo Grusha—. ¿Es un acertijo?

—¿Un acertijo?—dijo Ognef riéndose—. A nosotros todo se nos figuran acertijos, pero no hay tales acertijos. Sólo es nuestra ignorancia, nuestras necias y viejas costumbres... Tenemos que conseguir un tractor, Yashka—agregó dando una palmada al joven en el hombro—. Ese es el caballo que nos hace falta. ¡Y tú hablas de un caballo! También yo cometí la estupidez de traer caballos de la ciudad y fíjate lo que ha pasado. Nikolai y Davidka ya no quieren mirarse a la cara, han reñido lo mismo que chiquillos. Ahora tengo que irme otra vez a la ciudad a pedir un tractor. Puede que me lo den y puede que me digan: "No; ya te he

mos ayudado bastante. Te hemos ayudado una vez, te hemos ayudado dos; pero ya has recibido bastante." De todas formas no voy ahora mismo para no perder el vapor, porque si no, tendría que esperar todo un día en el embarcadero. Yashka, no te enfades conmigo por lo que te he dicho—agregó Stepan poniéndose en la gorra gris y echándose al hombro un pequeño saco—. Te digo la verdad: tenemos que tener un caballo de acero.

VI

En el pueblo se cuchicheaba que la vida de Yegor Stepanovich pendía de un hilo. No tardaría en disfrutar del descanso eterno. Akulina Chusilkina era la que con más celo difundía el rumor. Varias veces al día corría a casa de Chujlaf y permanecía de pie junto de Yegor Stepanovich meneando la cabeza.

—¡Oh, sí! Se muere... No cabe duda que se muere.

—Todos tenemos que morirnos—le contestaban.

—Sí, claro; todos tenemos que morirnos—asentía ella.

El abuelo Maxim Fedunof iba también varias veces. Yegor Stepanovich le había pedido prestado medio rublo hacía tiempo y no se lo había devuelto. El abuelo Maxim iba a visitarle con el rumor que en sus últimos momentos Yegor Stepanovich se acordara de devolverle los cincuenta copeks.

Chujlaf gruñía y gemía, pero no quería rendirse. Klunya colgó una argolla en el techo sobre la cama y a ella ató una toalla. Agarrándose a ésta con sus dedos secos y huesudos Chujlaf se incorporaba en el lecho.

—No voy a morirme. No me moriré, sólo por fastidiaros. Todos estáis esperando mi muerte y tú también la estás esperando, vieja. Si me muero no te perdonaré. Nos encontraremos en el otro mundo y a todos les diré: "Esta es mi esposa legítima, que me ha perseguido hasta la sepultura."

Klunya se desplomó a sus pies sollozando e implorando su perdón; pero Yegor Stepanovich no quiso concederle y le pegó una clase de mucras.

El domingo por la mañana, cuando la casada empezó a

pequeña iglesia tocaba a misa con sus entrecortados sones, Yegor Stepanovich, después de vaciar un jarro de kvass, se puso a empujar febrilmente la manta y sus mangas como si la ropa estuviera cubierta de trozos de paja que quisiera quitar.

—Bueno, madre, esto ya ha ido muy lejos, muy lejos. Ya no queda nada adonde mirar.

Klunya estalló en sollozos, mientras Akulina corrió a buscar al papa. Al enterarse de que había llegado la última hora de Yegor Stepanovich, el abuelo Katai vino a despedirse de él. Se sentó junto a la cama y se quedó mirando a la cara cerosa de hundidos ojos.

—Yegor Stepanovich—dijo suavemente—. Escucha, ¿qué dices de los funerales? ¿Quieres reposar al lado de tu padre, al lado de Stepan? ¿Dónde quieres ser enterrado?

—¡No, oh, no! Aunque estés todo el día no le sacarás ninguna respuesta—dijo Klunya intercalando un sollozo entre cada sílaba.

Esta contestación irritó a Katai. ¿Qué tenía que murmurar la vieja antes de que él se hubiera despedido de Yegor Stepanovich?

—Yegor Stepanovich, querido amigo, dime tu último deseo. Puedes morirte sin pronunciar una palabra.

Chujlaf abrió los ojos.

—Kvass.

—¿Cómo?

—Kvass.

Avidamente, sin tomar aliento, Yegor Stepanovich se bebió el jarro de kvass. Cuando hubo terminado, miró al rincón de la estancia suspirando profundamente y luego a la toalla que colgaba por encima de su cabeza. Después de un prolongado silencio manifestó el deseo de ser enterrado al lado de Sutingin. Había vivido toda su vida con el terrateniente y además habían sido amigos. Ese era su único deseo. ¿Su propiedad? Hoy día un hombre no disponía de sus propios bienes. Todo estaba trastornado. Cualquiera que fuese al que pudiera designar como heredero, los hombres del grupo se las arreglarían para que se apoderara de todo el que ellos quisieran. El hubiera querido frustrar sus proyectos, prender fuego a todo, antes que...

...pujos a dotarse—pensó Katai.
...ola. Vaya sorpresota!—dijo Pinkushat en...
...cubrir desde la puerta—. No te muevas. Ajante a la vaca
...pie.
...Que la aparte! Fijate. Todos mis vecinos están enfermos.
...Cuando se pone una cuerda, no se tira, se le lleva
...se pide.
...Tiene razón—dijo Yegor Stepanovich sonriendo.
...pero de pronto una sombra azul se extendió sobre su cara
...el padre Jarlampy se encontraba en el umbral.
...Quién diablos le habrá traído?—pensó Chujlaf irritado.
...Habia la cuerda como los cuervos... Estamos, padre—dijo a
...su hijo.
...Hum, hum, Yegor Stepanovich—murmuró Jarlampy—. ¿Qué
¿Te estás preparando para el viaje? ¿Quieres la extremaunción?
...—La de un viaje que todos tenemos que seguir—dijo Yegor Stepanovich sonriendo tercamente.
Chujlaf miró al pensado vientre del pope y se puso a hacer cuentas de la parroquia. ¿Cómo andaban las colectas? ¡Mal! ¡Vaya, es lástima! ¿Así que también usted tiene mucha prisa? Bueno, pues tenga paciencia. Dios quiere que tengamos paciencia. Chujlaf miró a Jarlampy a los ojos.
—Siempre hay tiempo para eso—dijo.
—¿Para qué?—preguntó Jarlampy.
Luego, adivinando, agregó precipitadamente como si se defendiera a Chujlaf:
—Sí; claro. Sobra tiempo. Sí, sí.
Yegor Stepanovich suspiró y declaró que había decidido esperar un poco. Cuando fuera necesario mandaría llamar al pope.
Durante tres semanas más yació en cama gimiendo constantemente. Un día, cuando los demás miembros de su familia se habían ido a atender los sembrados, se arrastró a gatas hasta la puerta y alzó la vista hacia el sol.
—¡Cómo luce! ¡Siempre está luciendo y nunca estalla! Por nosotros estallamos y nos convertimos en polvo.
Permaneció un rato al sol y luego, con gran dificultad, se puso en pie. Las delgadas piernas le temblaban. Lentamente se

a través del corral. En el rincón del cobertizo descansaba la escoba contra la cerca. La había dejado allí él mismo varias semanas antes. La escoba pesaba mucho y las rodillas de Chujlaí empezaron a dolerle.

Yegor Stepanovich barrió el corral y en el rincón, junto a un montón de estiércol, encontró una mohosa moneda de cinco copeks, ornada de las águilas zaristas. Chujlaí restregó la moneda contra las tablas de la puerta hasta que relució.

—Cinco copeks. Verdad es que no se puede comprar nada con ella. Sin embargo, da lástima tirarla. Al fin y al cabo, son cinco copeks.

Durante un momento, Yegor Stepanovich se imaginó que él era como aquella moneda de cinco copeks. La idea sólo duró un instante: la apartó de su mente y volvió la cabeza al oír llamar a la puerta de la cerca. Shlenka penetró de lado, como un cangrejo apalancado.

—¿Estás levantado?—preguntó cuando aún se hallaba a cierta distancia del otro.

—¿Y tú creías que iba a hincarla? ¡No lo sueñes! Ni el trueno ni el rayo pueden conmigo.

—Sí... ¡Oh, no!... ¿Cómo?... Me alegro mucho de verte levantado otra vez.

—Ya sé que te alegras—gruñó Yegor Stepanovich apropiándose la moneda—. ¿A qué has venido?

—Ognef ha desaparecido—comenzó Shlenka mirando por encima de la cerca al corral de Nikolai Pyriakin—. Ha desaparecido el mismo día que se despidió de ti. Nadie sabe dónde ha ido. Unos dicen que ha ido a Moscú y otros que se ha ahorcado en el bosque por causa de todos sus apuros. Debía estar cansado de la vida.

—Bueno, si se ha ido, mejor. ¿Qué nos importa?

—Puede que si él no está aquí se disuelva la cooperativa o cosa por el estilo. Y entonces nosotros podríamos hacer lo que plazcamos el otro día, ¿te acuerdas?

—¿Y qué que se disuelva? ¿Crees que yo voy a ir contra mis propios parientes por despecho? Bueno, él se ha ido, y tú ¿qué es lo que quieres? ¿Más harina? ¡No tengo más! ¡No tengo

pasa! ¿Oyes que le estado ahorrando para ti? ¿Que espera que ¡Ahorra! ¡Ve al Comité de los Pobres!

—En el Comité no quieren darme nada. Dicen que estoy rico el gobierno. "Tú estás de parte de Yegor Stepanovich—me dicen ¡Ves con él!"

—¡Oh!—dijo Yegor Stepanovich frunciendo el ceño—. ¿Y qu se lo que yo tengo? ¿Tengo un granero, verdad? ¿Y quién se lo ha dado?... Vosotros, todos los proletarios, no hacéis más que lo Nada. "¡El poder es nuestro, el poder es nuestro!" Muy bue pero los otros tienen el pan, vosotros no valéis para nada. ¡Toma!—agregó alcanzándole la moneda—. Aquí tienes un pes ariete.

—¿Y qué voy a hacer con ella, Yegor Stepanovich?

—¡Ah! ¿Conque eres tan rico? ¿No la quieres? Bueno, pu tírala.

Chajlaf se guardó la moneda en el bolsillo. De la calle llegó u ruido fuerte y retumbante. Yegor Stepanovich se sobresaltó, cr creyó que el campanario se había venido abajo. Pero cuand vió a los campesinos, hombres y mujeres, unos y otros, corr por la calle adelante, exclamó:

—¿Qué pasa en ésa? ¿Qué es?

—El demonio sabe. Son los de la cooperativa que vienen arr trando una cosa. Es una cosa que corre y detrás tiene ruedas; encima de las ruedas hay tablas, y en las tablas va subido Stepa Ogouf.

—Parece un cañón.

—No, no es eso.

—¡Es un *dractor*, idiotas!—gritó Petka Kudeyarof corrie hacia la cloza de Ogouf haciendo tremolar a cada paso su sucio y remendado mandil.

—¡Ah, un tractor!—exclamó lentamente Yegor Stepanovich retrocediendo y sintiendo que se le revolvían las tripas.

—¿Qué? ¿Lo has visto tú?—le dijo a Shlenka, que se había todavía a su lado.

—Sí, lo he visto. Es una máquina.

—¿Y la entiendes tú? No; tú no entiendes nada.

—¡Oh, sí! La entiendo—dijo Shlenka ruborizándose y

—Bueno, vete. Vuelve por la noche y trae un saco.

Los campesinos hormiguean en el corral de Ognef como se agolpan los tratantes alrededor de un buen caballo en la feria anual. Chizhik corrió varias veces alrededor del tractor dándole palmadas en los flancos de acero. Se enjugó el sudor de la cara y declaró rotundamente:

—No; no servirá. En nuestros campos es un suplicio con los caballos. ¡Conque con esta cosa!... ¡Fijaos en esta rueda tan grande! Se hundirá en la tierra.

—Ya veremos cómo trabaja—murmuró Yegor Stepanovich.

El timbre de su voz le sorprendió. Tosió y agregó suavemente:

—No les basta un nudo, tienen que ponerse otro al cuello. En nuestros campos hay que desenganchar a los caballos ¡y ellos se presentan con un tractor! ¡Qué maravilla!

Davidka Panof corrió hacia Chujliaf, plantándose delante de él con sus arqueadas piernas separadas.

—¡Viejo asqueroso! ¿Qué sabes tú de esto?

Los campesinos se alborotaron y se echaron a reír, no tanto por las palabras que había empleado Panof como por el hecho de que se hubiera atrevido a dirigírselas a Chujliaf. Yegor Stepanovich se encogió, hundiendo la cabeza entre los hombros. De pie al lado de Chizhik, pareció un segundo Chizhik, igualmente pequeño e insignificante (1).

VII

Junto al tractor, que se encontraba en Brusski, dormitaban Ognef y Panof. Stepan sentía como si una úlcera enorme le devorara el estómago.

—¡Mira que si después de todo no funciona!—dijo contemplando la máquina—. Se burlarán terriblemente de nosotros. El mismo Chujliaf nos echaría del pueblo.

—Marchará, ya lo creo que marchará—dijo Panof tentando las ruedas—. ¿Cómo no va a funcionar un caballo tan magnífico? No

(1) Chizhik es el diminutivo de Chizh, que significa "verderón".

Lenes más que pensar un poco: si no sirviera, ¿nos iba a mandar el gobierno que lo tuviéramos? ¿Nos iba a vender el gobierno algo estúpido y perjudicial? ¿En cuánto tiempo tenemos que pagarlo? ¿Dos años? Muy bien, ya veremos.

Hasta el amanecer permanecieron sentados junto al tractor, hablando y trazando planes para el futuro. Cuando empezó a clarear, no pudieron resistir más y apoyando la cabeza en un tractor se quedaron dormidos...

Arrastrándose sobre el vientre Shlenka subió la loma que caía sobre el Volga. Sus grandes ojos relucían pálidamente en sus hundidas cuencas. Cuando llegó a Drunki, se deslizó sin ruido hasta el tractor, levantó la lona que lo cubría y hundió un fornido en diversas piezas de la máquina. Cuando hubo terminado se escabulló. Algunos guijarros que sus pies habían arrancado corrieron por la pendiente y cayeron al agua.

—¡Maldita sea!—murmuró Shlenka echando a correr cuesta abajo hacia la orilla del río.

Ogaf se adormeció.

—David, ¿te has dormido?

—¿Eh?—dijo Panof incorporándose.

—Digo que si te has dormido. ¡Si que estás hecho un buen vigilante! Me parece que alguien ha venido por aquí.

—¿Quién podía haber venido? Tú sueñas.

—¿Quién? Pues mucha gente...

Ogaf se levantó. En la húmeda hierba de la loma distinguió huellas de pasos. Miró hacia la orilla del río y al Volga, que bajo la luz del amanecer.

—Alguien ha estado aquí.

—Pero ¿quién?

—No lo sé, pero se ven pisadas.

Panof se estremeció bajo la helada brisa de la mañana.

—Nikolai—gritó levantando la puerta de la tienda—. Levántate en seguida y haz una prueba antes de que venga la gente. No tardarán en estar aquí.

Nikolai Pyrinkin salió tambaleándose de la tienda, se echó de prisa la cara con un poco de agua fría y se secó en la lona de la tienda.

—¡Qué tonta más áspera!—dijo riéndose y soltando la lona.

Luego se dirigió al tractor. Después de echarle gasolina dió vueltas a la manivela. El tractor rugió y se estremeció.

—Ahora, Nikolai, pon los dos ojos en lo que haces. Hoy es el día de la demostración. Tenemos que enseñarles de qué madera estamos hechos nosotros, los mendigos y los vagabundos—dijo Ognef.

—Tenemos que demostrarles lo que tenemos por cara—gritó Panof.

—Ya lo sé. ¿Creéis que no lo sé?

—Sí, sí—dijo Panof contentísimo—. Muy bien. Les demostraremos cómo nuestra comuna puede sacar pan de las piedras. Les haremos comprender que es una palanca que nos ayudará a elevarnos a una nueva vida.

El motor carraspeó, se estremeció y se quedó callado.

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre? ¿Se ha parado?

Ognef se puso a temblar.

—¡Mira bien! ¡Puede que lo hayas parado tú mismo!

Se volvió hacia Shirokoye y escupió furiosamente en el suelo.

—¡Maldita sea! ¡Ya están aquí!

El rugido del tractor había puesto en pie a los aldeanos. A lo largo de los tortuosos senderos, a través del valle y del barranco, levantando el polvo y llamándose unos a otros, corrían todos hacia Brusski. Los primeros en llegar fueron Petka Kudeyarof, los hermanos de Kuzmich, Chizhik, Plakushchef y Yashka Chuplef.

—¡A ver, valientes!—gritó Chizhik—. ¡Enseñadnos vuestro caballo y veremos si trabaja mejor que los nuestros!

—¿Qué es lo que hay que enseñar?—replicó Nikolai—. Lo atraviesa todo.

—¡Que se vea!—dijo Petka riéndose—. Si no, puede que te atravesemos nosotros a ti.

Ilya Maximovich miró al tractor por debajo de sus tupidas cejas. Estaba cruzado de brazos y sólo se movía su barba. La brisa la llevaba de un lado a otro. Larga y blanca, ondeaba suavemente sobre sus anchos hombros...

—¡No funcionará!—gritó Petka Kudeyarof—. ¡Nada en el mundo le hará funcionar!

—¡Súbete los pantalones, que se te están cayendo!—le dijo Ognief.

Y volviéndose a Nikolai le susurró:

—¿Qué, Kolya? Quisiera que me tragara la tierra.

—¿Qué voy a hacerle yo? Ya veis que estoy haciendo todo lo que puedo.

—¿Qué, va a tardar mucho, Kolya?—volvió a gritar la voz de Chizhik.

Otras voces se unieron a ella.

—¿Qué es ello? ¿No quiere morder el freno?

—¿Queréis que os ayudemos?

—¡Enganchate tú, Stepan, y verás como marcha!

—No apuraros, ya marchará para el invierno.

Las risas de los campesinos acribillaban a Ognief como balas. Sus labios temblaban, los músculos de su rostro se contraían y sus manos se abrían y cerraban.

—¡No me fastidiéis! ¡Sois más pesados que moscas en un penal!—gritó Nikolai—. ¡El demonio sabe lo que ha ocurrido! Se ha roto algo, estoy seguro, pero no consigo descubrir el qué.

Como el golpeteo del granizo en un cristal cayeron las voces de la muchedumbre sobre los miembros de la cooperativa.

—¿Habéis oído, ciudadanos? ¡Se ha roto algo!

—Siempre ocurre lo mismo. Cuando no funciona una cosa dice que se ha roto.

—¡Eh, valientes! ¡Podéis poneros en conserva!

Nikolai miró furiosamente a los campesinos y se deslizó debajo del tractor.

—¡Ah, tiene estropeada la tripa!

—¡Llamad al veterinario!—dijo Chizhik.

—¡Ja, ja! ¡Dos mil rublos que han tirado!

Ilya Maximovich abrió los labios:

—¿Dos mil? No tienen ni dos copeks para pagarlo.

—Tendrán que pagarlo con el pelo de la cabeza de Pavlo —dijo Chizhik.

—Ciudadanos—dijo Yashka con voz excitada—, ¿por qué ha llais tanto? Puede que efectivamente esté mal algo.

—Seguro que está mal—dijeron los campesinos—. Han cambiado un arado y les han dado un espantamoscas.

—Bueno, campesinos, ya veis lo que significa un comunismo. Ahora podemos marcharnos a casa a enganchar los caballos y con ellos aravemos los campos. Esta comuna va a seguir aquí todavía mucho tiempo. Tendremos ocasiones de sobra para venir a admirarla.

Piakushchef dijo esto con tono despectivo y dió media vuelta. Conversando animadamente los otros campesinos le siguieron.

Nikolai salió de debajo del tractor y exclamó en voz alta:

—Alguien ha andado en el motor. ¡Si que están hechos buenos vigilantes!

Precipitadamente dió vuelta a la manivela y saltó al asiento. El tractor se puso a rugir y a bufar. Luego echó a andar y las dos rejas de acero hendieron la abandonada tierra.

Los habitantes de Shirokoye volvieron corriendo y sus gritos de entusiasmo ahogaron el estruendo del tractor. Medio ensordecido por el aterrador estrépito, Ogtef corría detrás del tractor agitando los brazos como un molino de viento bajo una fuerte brisa.

—¡Sigue, Kolya!—gritó con toda su fuerza—. ¡Sigue! ¡Vamos a enseñarles! ¡Más de prisa!

El tractor, como un enorme escarabajo de acero, avanzaba lentamente, abriendo la tierra por igual a su paso. Delante, a través de Brusski, corrían dos antiguos y endurecidos senderos.

Los campesinos no se movían, siguiendo a la máquina con ojos atentos y maravillados. Chizhik se quitó la gorra y miró a los dos senderos.

—No; no podrá pasarlos, no los pasará.

Las rejas del tractor zumbaron sobre la dura y áspera cuesta de los senderos. Vibrando estrepitosamente, el tractor subió la cuesta, hendiendo el suelo virgen de Brusski.

—¡Fijarse! ¡Ahonda un palmo!

—¡Mucho más!

—Ara bien, ¿verdad?

Pero Chizhik no quería rendirse.

—Desde luego que ara bien; pero fijarse qué despacio va. No puede trabajar más de prisa con los caballos.

—¡Ven detrás de mí!—le gritó Nikolai.

Chibik salió de la muchedumbre y siguió al tractor. Sonrió de Nikolai se volvió a mirarle por encima del hombro y puso marcha en segunda. Chibik echó a correr detrás agitando los brazos. Sus pies se hundían en la blanda tierra del surco.

—¡Que te quedas atrás!—gritaban los campesinos—. ¡Que te quedas atrás!

Cuando el tractor llegó al bosquecillo de abedules Chibik le dejó como si hubiera llevado una pesada carga cuesta arriba.

—¿Quieres que vaya más de prisa?—le gritó Nikolai.

—¡No-o! ¡Vas a cansar la máquina!...

Chibik se desplomó sin aliento en el suelo.

La muchedumbre había seguido con grandes carcajadas la lucha de Chibik y el tractor. El tractor siguió avanzando cuesta arriba hasta que llegó al extremo más lejano de Brusski, dejando en pos de sí un ancho y profundo surco.

Discretamente, Yegor Stepanovich Chujlaf se deslizó entre la muchedumbre. Ogael reparó en él. Silenciosamente, los campesinos le abrieron paso y formaron círculo alrededor de los dos hombres.

—¿Qué? ¿Quién ha pronunciado la última palabra, eh?—dijo Ogael señalando con la cabeza al tractor.

Los campesinos guardaban silencio y alargaban el cuello. También Chujlaf permanecía silencioso. Bajo las blancas cejas, sus ojos negros erraban lentamente por sobre las caras de los aldeanos, el tractor y el campo. Nuevamente contemplaron toda la escena y se quedaron fijos en el tractor. Yegor Stepanovich se estremeció ligeramente y se echó la gorra sobre los ojos.

—Ya veremos—murmuró—. No alabes tu pan antes de haber sembrado el trigo.

Y poniéndose las manos a la espalda se abrió camino a través de la muchedumbre:

—Dejadme paso.

En silencio los campesinos se separaron para dejarle pasar; silenciosamente volvieron a juntarse. Yegor Stepanovich se dirigió a través de Brusski en dirección de Shirokaye. Desde lejos parecía que llevaba las manos atadas a la espalda.

OCTAVO ESLABÓN

I

Los años corren, cuesta arriba o cuesta abajo. Como quiera que corran, no es posible detenerlos. Las chozas encorvan y se doblan hacia la tierra. Las esquinas se desmoronan, y sus desmontadas superficies brillan a la luz crepuscular como huesecillos. Ello es agradable para los niños que corren por las cercas saltando a las chiquillas, que lanzan chillidos. Pero hay en sus voces, a la par que alegría, terror. La gente vieja murmura:

—Todo se está desmoronando.

Trozo a trozo desaparecen las chozas corroídas y ruinosas y son sustituídas por nuevas casas de madera de pino que huelen a alquitrán. Unos construían sus nuevas casas en el lugar que ocupaban las antiguas y otros seguían viviendo en las viejas chozas, sentados a la ventana y mirando al mundo como gatos. No importaba. Vivían como habían vivido sus padres y sus abuelos, en las mismas chozas, sin ver nunca el pan blanco ni conocer nunca el reposo. Tampoco esto importaba. ¡Si al menos los años no se diluyeran unos en otros, si los años no corrieran al menos en direcciones diferentes!... En Sbirokoye, los años—y sobre todo los pensamientos—se confundían unos con otros como leña amontonada en desorden sobre el suelo. Era imposible distinguir el principio y el fin. En otro tiempo se habían deslizado como se desliza el río desde su nacimiento, como el Volga: en el invier-

se alzaban bajo su sábana de hielo; en el verano, bramaba entre sus escarpadas orillas como espumosa cerveza. En otro tiempo todas las cosas—ideas y proyectos—seguían una dirección constante: los hombres respetaban las costumbres de sus padres y heredaban el patrimonio que éstos les legaban. Al morir se lo legaban a sus hijos.

—El camino que tu padre ha seguido es el camino que tú debes seguir.

Ahora todo estaba confuso e ininteligible. Los pueblos se habían quedado sin habla y sin entendimiento, paralizados por el desconcierto, como una ternera asustada que se detiene con las orejas gachas ante una encrucijada deseando echar a correr...

Pero ¿adónde?

¡Si al menos se supiera!

Los campesinos de Shirokoye sólo salían una cosa: más allá del pueblo, en Brunki, donde las piedras rojas se hallaban cubiertas en otro tiempo de espesa maleza; en Brunki, donde había vivido el terrateniente Sutagin, el tractor cantaba su canción de hierro en el segundo verano. Ninguna bandada de cuervos seguía su estela, los bueyes zapateros no se arrastraban a través de los surcos: la tierra ya no era regada por el sudor humano y el zumbido del motor ahogaba los gorjeos de las alondras.

Los campesinos llegaban por las carreteras, por las veredas y los campos a contemplar la máquina maravillosa, a tentar los surcos con sus manos rudas y callosas.

—No se pueden hacer esos surcos con caballos.

—Es verdad que no.

—Funciona de primera, ¿verdad?

—Fíjense cómo gruñe y resopla.

La canción del motor se clavaba en sus espíritus como se hunden los clavos en la madera. A algunos de los campesinos les quitaba el descanso. Al atardecer, sentados en los bancos a la entrada de sus chozas, cuchicheaban entre sí—casualmente, de pasada, por así decir—y el cuchicheo se deslizaba de casa en casa como un reguero de pólvora. Asimismo, al atardecer, en la casa de Stenka Razin y al son de la armónica, las mozas y los mozos cantaban canciones acerca del enorme cenagoso gris, del

tor. En otro tiempo, cuando se abría la ventana, oíanse canciones sobre la esclavitud y los latigazos padecidos por los antiguos habitantes de Shirokoye. Pero ahora eran muy otras las canciones que se oían.

—¿De dónde las han sacado?

—¿Quién les ha enseñado a cantar esas canciones?

—Lo mejor que aprenden es lo que no se les enseña.

—Sí; pero ¿de dónde?

Este pensamiento ardía en la cabeza de Kirka Zhdarkin como el hierro al rojo, impidiéndole descansar. Por el tercer año Kirka era presidente del soviet rural, por el tercer año gozaba del respeto y de la bienquerencia del pueblo, por el tercer año tumbaba por cada calabaza, comía sólo pan de centeno y siguiendo el ejemplo de Plakusbchef almacenaba el grano en el granero y llevaba pantalones de lienzo hechos en casa. Había adelgazado y su voluminosa cabeza temblaba sobre su afeitado cuello. Pero a pesar de todo, Kirka Zhdarkin se había construido una casa magnífica al lado de la de Markel Bykof, tenía en el corral una vaca—de raza excelente—, ovejas y cerdos, y *Serka*, su caballo, se había hecho famoso en toda la comarca por su celeridad.

No obstante, Kirka estaba confuso y desconcertado. Veía a los campesinos partirse el espinazo en los campos durante todo el verano. Nikita Gurianof había escupido sangre durante quince días sin detenerse... Y además, todo el mundo le irritaba y le oprimía. No querían hacer nada que no hubieran hecho antes sus abuelos. Kirka había plantado azúcar de remolacha en su parcela y alguien (¡si al menos supiera quién había sido!) había arrancado las plantas cuando estaban todavía verdes y las había dejado en el suelo en ordenadas hileras.

—El hombre debe tener su tierra propia—decía Ilya Maximovich reflexionando en voz alta, sentado en una piedra junto a la cueva de Kirka—. Cuando uno tiene su tierra propia puede hacer uno lo que quiera y como le dé la gana. Pero tal como están ahora las cosas no hace uno más que lamentarse...

Kirka subió el décimosexto saco de patatas de la cueva y lo dejó en el montón que había en el corral. Había decidido enviarlas para la venta a la ciudad la mañana siguiente. Era un mo-

nuevo apertuno para ello. Se disponía a bajar por otro lado cuando las palabras de Ilya Maximovich le dejaron clavado al suelo.

—¿No sería volver para atrás que cada cual tuviera su propia?

—Tal vez... Para el hombre que no tenga adónde agarrarse, pero tú estás ahora bastante bien. Estás subiendo la cuesta a la carrera.

—Bajar Kotel piensa formar un grupo para trabajar el campo de Vinnaya con un tractor. Eso es más sensato, creo yo.

Los ojos de Plakushchel se movieron rápidamente de un lado a otro bajo los tupidas cejas.

—Todavía es muy joven—se dijo—y como se escape una noche habrá quien le recupere. A su edad es peligroso.

Se volvió hacia Kirka y le dió cariñosas palmadas en el hombro.

—Amiga mía, ¿por qué no vives en paz? La gente te respeta y tú no haces más que buscarte trastornos. Vive en paz y vive con cuidado. No olvides que el agua no corre bajo una piedra quieta.

Se detuvo, comprendiendo que lo que estaba haciendo era aconsejarle a Kirka que llevara una vida vegetativa, y prosiguió precipitadamente:

—Quiero decir, lo que quería decirte era que si pretendes recorrer una escala de golpe no lo consigues, pero si le vas arrancando las palmas una a una es muy sencillo.

—Eso es un viejo refrán.

Kirka se acordó de un encuentro que había tenido unos días antes en la ciudad con un antiguo amigo. Había conocido a Rubenchik en el frente y éste era ahora director de la cooperativa de la ciudad. "Estoy ayudando a la reconstrucción—le dijo Rubenchik—porque para eso hemos vertido nuestra sangre. ¿Y tú" ¿Qué podía hacer lo que hacía Kirka? ¿Qué podía contestarle? Se las había arreglado para tener una esposa: Zinka. Esta había engordado, era como una buena silla de montar. ¿Y qué más? Tenía un caballo. ¿Y qué más? Un caballo magnífico y una huerta. Y por eso por lo que hemos luchado? Te has metido en una madriguera, camarada Zhdarkin, te has metido en una profunda

—Eso es un viejo refrán—repitió dirigiéndose a Ilya Mosewich—. Usted mira para atrás. Está acostumbrado a arañar la tierra con los dientes y de ese modo sólo conseguirá estropearse la dentadura.

La inesperada respuesta sobrecogió a Plakushchef.

—No hables de esa manera sobre la gente. No digas esas cosas. Una vez que alejes al pueblo de ti será el fin de los dos, de ti y de mí. Haz lo que yo te digo.

La viuda Lunya Pchelkina penetró en el corral.

—Kirill Sennfontich—dijo—, apiádate de mis pobres huérfanos. No tengo nada que darles de comer. Dame unas patatas. Cuando maduren las mías te las devolveré.

Kirka se enojó.

—¿Qué querrá todo el mundo de mí? Yo no pido nada a nadie y ellos acuden todos a mí, los holgazanes. Son demasiado vagos para trabajar.

Para librarse de la viuda escogió una docena de patatas medio podridas y se las entregó.

—¿Estas? ¡Tómalas y envenénate tú con ellas!—exclamó Dunya tirándoselas a los pies—. ¡Y dicen que eres cristiana! ¿Para quién las estás guardando? Tú no tienes dioses. ¿Las guardas para llevártelas contigo a la sepultura? Sigue, sigue guardando. Iré a otro más pobre que tú.

La viuda atravesó la calle y entró en la casa de Nikolai Pyriakin.

A Kirka se le figuró que algo caliente y pesado le corroía las entrañas. Trató de sacudir este sentimiento, pero tornó a experimentarlo y sintió como si un cuchillo se le hundiera entre las costillas. Corrió al corral y vió a Zinka que llevaba un cubo de comida para el caballo.

—¡Engancha el carro y lleva todas las patatas a la Pchelkina!

—¡Cielo santo! ¿Para qué?

—¡Llévaselas, te digo!

—Espérate. Me he pasado todo el verano con la espalda doblada sobre ellas.

—Y yo te digo que no quiero esperarme. ¡Llévaselas!

Kirka sacó el potro de la cuadra, que se encabritaba jugue-

200

tando. El hombre tiró de él y le engarrió al carro. Zinka empujó las ruedas soltando.

—No quiero darlas. No quiero darlas. No quiero, no quiero y no quiero.

—¡Toma!

Por primera vez Kirka pegó a su mujer.

—¡Kiryaka!—gritó Ilya Maximovich.

II

Mucho tardó Kirka en apaciguar a Zinka. Le suplicó que le perdonara, mientras Zinka gritaba y se tragaba las lágrimas. Cuando Ilya Maximovich los dejó Zinka se llevó a Kirka al pajar...

Kirka bajó cansado, con las ropas arrugadas, y permaneció largo rato en el corral contemplando el montón de patatas. Luego escupió en el suelo y dijo dirigiéndose al interior:

—Que venga alguien—Matka Spiria—a cargar las patatas.

—¿Y tú?

—Yo tengo que irme al soviet.

Ilya Maximovich le vió bajar la cuesta y dirigirse a través de las parcelas hacia la linde del pueblo. Apoyando la cabeza en las manos, *Plakushchef* se puso a reflexionar.

—¿Y ahora? He luchado duramente por Druski y ahora Qué tiene Druski bien sujeto en el puño. Querer luchar con él es como gritarle al cielo vacío. Se puede ir uno al campo y estarse un año gritando al cielo. No servirá de nada.

Y no era esto todo. Zaovraabenoye empezaba a moverse y algunos de los campesinos de la calle de Krivaya también. Ilya Maximovich había decidido resistir y combatirles. Pero ¿a qué podía agarrarse? ¿A la comunidad rural? En esa comunidad Ilya Maximovich era como una tabla en el mar.

—Si empiezan quedaremos destrozados. ¡Hay que hacer algo! Pero ¿qué puedo hacer yo? Tendré que esterrarme como un topo o... dar la cara.

Ilya Maximovich levantó la cabeza y miró a Druski.

Aquella tarde reinaba gran agitación en la calle de Krivaya

Los campesinos se congregaban en pequeños grupos en sus corrales. Los viejos murmuraban y meneaban la cabeza, pero los jóvenes campesinos—en particular los que se habían casado el otoño anterior—hablaban incesantemente.

—Vosotros no sois más que polluelos que acabáis de salir del cascarón—les decían.

—Y en vuestras cabezas hay más morralla que en los tubos de la basura.

Ilya Maximovich sugirió a Nikita Gurianof que los proyectos de Kirka debían ser cortados en flor.

Con la cabeza al descubierto, Nikita corría de una en otra choza tratando de borrar los primeros pasos dados por Kirka.

—Con esta rotación cuatrienal de cosechas sacia nuestra tierra—sostenía.

Los campesinos discutían con él trazando dibujos en el suelo con sus varas para demostrarle que ocurría todo lo contrario.

—En ese caso no nos quedará terreno para los pastos. ¿Vais a atar las vacas a los mandiles de las mujeres?

—¿Y con qué vais a alimentar vosotros a las vacas? ¡Como no coman polvo!...

—Tendréis que cavar cuatro albercas en los campos, poca si no ¿de dónde vais a sacar el agua?

—Las cavaremos.

Bueno, este sistema no daba resultado. Nikita probó otro.

—Kirka no anda bien de la cabeza, ¿no lo habéis observado? Sigue el camino de su abuelo Artamón. ¿Os acordáis? Empezó con el suministro de agua, queriendo traer el agua desde la fuente hasta la misma calle. Y ahora éste, ¡ya veis lo que se le ha ocurrido! Primero empezó en aquel pantano y ahora quiere que se vuelva a repartir toda la tierra. Ha perdido el juicio.

Sí; los habitantes de Shirokoye se acordaban. Artamón había insistido en su idea y también quiso abrir una mina en las colinas de Shijan. "Ahí es donde el pueblo encontrará su fortuna—había dicho—. Está enterrada en las colinas. Si cavéis allí brotarán ríos de miel y las orillas serán de dulce jalea, y todo junto..."

Este método dió mejor resultado. Produjo una gran impresión sobre los campesinos y las mujeres lo cogieron y extendie-

pés el rumor de esos en esos. Así llegó a los oídos de Zinka. Se sorprendió a la choza de Ogniel y encontró a Kirka sentada a la mesa en ella. ¡No! Déjale en paz.

—¿Qué te ocurre, Zinka? ¿Hay fuego o qué?—dijo Kirka asustada por los hombres.

—La gente dice, dice que...

Kirka estaba excitada como solía ocurrirle en el frente ante de un ataque.

—¡Así es que ha empezado!—se dijo, y súbitamente sintió que le abandonaba su decisión—. Podía habérmelo esperado. Vamos a emprender la lucha.

—Bueno, ¿qué es lo que dicen?—preguntó Grusha.

—Sobre el abuelo Artamón, y dicen que Kirka es lo mismo. Inopinadamente Kirka se echó a reír.

—Esos son manejos de tu padre. Ha inducido a alguien para hacerlo. Tú siéntate aquí y no te preocupes.

Tiernamente Kirka la condujo a su lado en la mesa. Era la primera vez que la acariciaba delante de otras personas.

Encima de la mesa bullía el samovar. Steshka se hallaba sentada entre Yashka y Grusha. Stepan no apartaba los ojos de la cara de Kirka.

Al principio el viejo amor por Yashka despertóse en el pecho de Zinka, pero ésta lo contuvo rápidamente y se dijo: "Tengo a Kirka. ¿Es peor que Yashka? Ya ves qué gorda se ha puesto Steshka."

—Zinaida Ilyinichna, ¿quieres una taza de te?—dijo Grusha acercándole una taza de te muy cargado.

—¿Tenéis te verdadero?—exclamó Zinka—. Nosotros sólo tenemos hojas secas de frambueso.

—Ya ha empezado—pensó Kirka con irritación—. Cuando se pone a hablar quisiera que me tragase la tierra.

Miró coléricamente a Zinka y luego, involuntariamente, a Steshka. La tenue sombra de una sonrisa jugueteó un momento en los gruesos labios de ésta. Kirka se estremeció. ¿Debería besarla de nuevo? La tenía allí, del otro lado de la mesa, y no podía alcanzarla... Ya era tarde.

—Debería... Pero ¿en qué estoy pensando?—desechó la idea, pero nuevamente miró a Zinka y a Steshka.

—Quedamos en que empezaremos así—dijo Stepan—. Tú coges una punta, Kurmish y Burdiashka, en tu grupo, y yo cogeré esta punta. Sólo que debemos ponernos a trabajar pausadamente. A los campesinos no les gusta darse prisa. Hay que conducirles poco a poco. No podréis hacer nada en un año, puedes darlo por de contado. Deberías entrar en la cooperativa. Pero puede que sea mejor que esperes para hacerlo y sigas mientras tanto trabajando entre el pueblo. Tú y Zajar por un lado y nosotros por el otro... Y así pondremos la mina.

A altas horas de la noche Kirka y Zinka se fueron a su casa. Kirka le estrechó la mano a Stepan larga y calurosamente.

—Kirka—le dijo Zinka interrumpiendo su meditación—. Duerme en la casa esta noche. Hace demasiado frío en el pajar.

—Bueno, lo haré.

—¿Adónde vas?

—Tú métete dentro. Voy a casa de Kataef.

A grandes zancadas Kirka atravesó la calle y bajó al valle de Krapivny.

III

Estremeciéndose y agitando sus túnicas multicolores, arregladas por el sueño, la aurora corría por el cielo y se reflejaba en el frío rocío de los frondosos robles y de los tupidos frambuesos.

El sol se levantó detrás de las colinas de Shijan, alegre y sonrosado como un chiquillo de tres años, y sonrió a los campos y a los bosques extendiendo sus largos y sucesivos dedos sobre los tejados de retama y tocando sin ruido los azules cristales de las chozas. De los helechos y las ortigas del valle de Krapivny elevábase perezosamente la bruma, remontando de mala gana las laderas hasta que se enredaba y desaparecía entre los sauces y los manzanos silvestres.

Shirokoye se despertó.

La puerta de la cerca de Markel Bykof se abrió y uno tras otro

salieron nueve cerdos gruñendo y sacudiendo sus largas y finas orejas.

—¡Pashka!—gritó Markel corriendo a la puerta—. ¡Coge los cerdos, hijo de perra! ¡Se han escapado!

A gatas en el suelo, Pavel se arrastraba por el corral trazando con una vara el perfil de una enorme herradura. A la voz de Markel dejó de reir y señaló a la herradura.

—¡Fíjese! ¡Vaya un caballo! Si yo pudiera enganchar un caballo así a un carro tan grande como esta calle llevaría todas las gavillas del campo en un viaje.

—¡Idiota! ¿Por qué me miras con esos ojos de besugo? ¡Mira los cerdos se han escapado! ¡Corre por ellos!

Pavel sacó a su padre una lengua enorme y roja.

—¡Dichoso! ¡Ya te daré yo!...—y Markel avanzó un paso.

Pavel echó a correr en busca de los cerdos. Markel salió al corral lentamente, como probando la fuerza de su paso. Por encima de la cerca miró a la calle.

—¿Por qué pecado me habrá mandado el Señor a ti, monstruo asqueroso?—murmuró—. Otras gentes tienen hijos, pero tú eres una monstruosidad, una verdadera monstruosidad. Ahora ha vuelto a pararse. ¡Pashka! ¡Ahora mismo salgo, espera que te coja!—y amenazó a su hijo con un puño grande y velludo, marchándose después al cobertizo.

Sentándose en el banco inclinó la cabeza, y su cabello, cortado en forma circular, colgó todo de un lado. Parecía como si de su cabeza colgara un manojo de espigas de centeno.

El sol mañanero abrasaba. El zumbido de voces humanas, el mugir de vacas y terneras, se extendió pacíficamente sobre Shirkoye. De la lejanía llegó el sonido dulce y uniforme de una campana.

—Debe ser la de Nikolskoye—pensó Markel—. Está a nueve verstas y se la oye. Así deberíamos tener una campana nosotros. La nuestra no hace más que zumbar.

Permaneció sentado largo rato escuchando la campana. De cuando en cuando salía Ulka de la casa a buscar leña o agua. Markel la contemplaba.

—¡Vaya mujer!—se decía—. Joven y lozana, toda leche y miel. Con una mujer así sería yo capaz de trabajar hasta los viernes

sequedas y trabajar bien y alegremente. Pero él, mi pina... ¿Qué herradura es la que ha dibujado aquí? ¡Ui!

Cuando la campana cesó de repicar se puso a pensar en el pinar. Desde hacía algún tiempo le ocurría esto con gran frecuencia. Siempre que se hallaba a solas los pensamientos surcaban a través de su cabeza como importunos insectos. Markel los desechaba, pero ellos volvían zumbando. Y ahora, en cuanto se sentaba, pensaba en su propia vida, en el tiempo pasado.

Markel sabía que en el sitio en que ahora se alzaba Zagvazdoye había existido en otro tiempo un impenetrable pinar. Aun en los días de más calma el murmullo de los árboles podía oírse en muchos kilómetros a la redonda, y cuando había tormenta el bosque rugía. Los pinos jóvenes y esbeltos se desplomaban con un estrépito ensordecedor, cayendo sus copas contra los otros árboles, y allí se marchitaban y adquirían para siempre una tonalidad gris. Las ramas se quedaban desnudas y los troncos se iban pudriendo poco a poco. Debajo del bosque, la tierra era un pantano y aquí y allí relucían profundas y quietas charcas. En el fondo del barranco el río Alai juguetea entre sus escarpadas y estrechas orillas. Había fieras en el bosque y por la noche los lobos lanzaban sus chillidos siniestros.

A este bosque acudieron desde sus primitivas moradas, establecidas en el alto Volga, los Bykofs, que pertenecían a la secta de los viejos creyentes. Junto al lago Blanco, rodeado de altos y sanos pinos, abrieron cuevas, se construyeron pequeñas chozas de barro y se pasaron los días y las noches rezando y despojando a los caminantes.

El camino que iba de Moscú al Volga pasaba por el Alai y por el lago Blanco. Entre Moscú y el Volga viajaban muchos mercaderes. Armados de rastrillos y hachas, los Bykofs salían a su encuentro y les despojaban de todo cuanto llevaban. Luego arrojaban a las víctimas a las charcas para que no quedara el menor rastro de ellas.

Así vivieron largo tiempo. Crecieron y se multiplicaron. Los jóvenes robaron esposas de apartadas aldeas. Las muchachas encontraron maridos. Y pronto en el pinar brotaron diferentes nombres: Sergutof, Nouskof, Gurianof, Pinkushelef. La tierra que

Así
envuelta al lago Blanco resultó insuficiente y los más jóvenes se trasladaron del otro lado del Alat. Así vivieron, y los jóvenes crecían hasta y los viejos se doblaron hacia la tierra y se fueron al bosque. Allí se consagraron a Dios y cuando morían entregaban a sus descendientes: "No perdáis vuestra libertad. Vivid según la Evangelios. No os olvidéis de vosotros mismos, y cuando seáis viejos, rezad por que os sean perdonados vuestros pecados."

Luego aparecieron de repente los regimientos del zar. Entre apoderaron de los jefes y los colgaron de los pinos. A los más poderosos e intrépidos los ataron a las colas de los caballos y los arrastraron a los animales por el bosque. Entre la espesura quedaron aquellos los hosco de aquellos que no quisieron rendirse ni aun bajo la tortura, que no quisieron renegar de su fe. Después, la zarina Ekaterina dió esta tierra a la condesa Karpachija, la cual no se mezcló con la religión de los Bykofs. La condesa reunió a todos los moradores de su tierra y ordenó que fuera talado el bosque pinar.

Los árboles centenarios cayeron bajo los golpes de las hachas y de las sierras, tocando con la cresta la tierra húmeda, rugiendo como fabulosos gigantes. El lago Blanco quedó al descubierto frente al cielo. También al descubierto quedaron las chozas y las colinas de los Bykofs. El sol alumbró aquellas tinieblas centenarias. Las ciénagas se evaporaron y el sol absorbió la humedad de la tierra. Las chozas parecían sonreír alegremente.

Pero sólo los niños y los mozos se regocijaron al sol. Los Bykofs más viejos se retiraron al bosque, a las sombrías y silenciosas chozas. Espoleados por la condesa, los hombres derribaban los árboles y arrancaban y quemaban los tocones. Desde las primeras horas de la mañana hasta bien avanzada la noche el bosque es turbado por gritos humanos. El humo de los árboles quemados flotaba entre la espesura, envolviendo las cuevas y las chozas de los Bykofs. Los Bykofs mandaron exploradores: todos volvieron con malas noticias. Ahora no tenían un jefe como Saffron Bykof que había guiado a su familia a través de las ciénagas y los espesos, a lo largo de senderos trazados por animales feroces desde el alto Volga hasta el lago Blanco. Habían perdido a su jefe y habían perdido su bravura, y al fin los Bykofs doblegaron

cervía ante la condesa. Entonces se pusieron a mandar balsas de troncos río abajo, conduciéndolas a lo largo del Alai hasta el Volga, y por el Volga al mar. Con las balsas se iba su libertad.

Así era como había ocurrido. Pero al envejecer, la condesa Karpochija cambió a los Bykofs por un hermoso caballo de que era dueño el príncipe Ermolof, antepasado de Sutiagin. Ermolof les trató de muy distinta manera. Hizo salir a todos los Bykofs del lago Blanco y les instaló en lo que era ahora la calle de Krivaya. Los bautizó a todos en el río Alai y les obligó a construir una pequeña iglesia. De los pasados tiempos tan sólo perduraba una levísima sombra de libertad.

Markel Bykof era miembro de la Iglesia ortodoxa, pero tenía las ideas y las costumbres de sus abuelos. De joven había llevado una vida holgada. Formó un grupo de mordvinianos y de tártaros. Éstos quemaban sus trineos y Markel corría a las aldeas prósperas a recaudar donativos para las víctimas del fuego. Al cabo de uno o dos meses regresó a Shirokoye con los bolsillos repletos de dinero. Parecía que los aldeanos se habían olvidado por completo de aquello; pero acaso no lo hubieran olvidado, sino no hicieran más que aguardar el momento, reservándose el golpe para una ocasión más propicia. Entonces se echarían encima de él. "Eres un pordiosero. Eso eres tú. Nada más que un pordiosero."

Los campesinos de Shirokoye ignoraban en absoluto que Markel había sido amigo del bandolero tártaro que robaba las caballerías y el propio Markel hacía todo lo posible por olvidarlo.

Aquello había sido un pecado, pero ya había pasado. ¿Por qué acordarse de ello? Puede que la gente llegara a enterarse y entonces, cuando fuera viejo, le retorcerían el pescuezo. Para borrar aquel pecado Markel había quemado innumerables cirios ante la imagen de San Jorge, el matador del dragón. Sin duda Dios le habría perdonado desde hacía mucho tiempo. Ahora estaba completamente limpio ante Dios. Con tal de que la gente no se enterara, no descubriera su pecado... Con Dios ya había hecho las paces hace tiempo.

Markel iba a misa con regularidad y llegó a hacerse sacris-

tán. De las golondrinas solía decir: "La golondrina es un pá-
ro celestial: lleva plegarias al Todopoderoso." Más de una ve
había abofeteado a los chicos por destruir los nidos de las gol-
drinas, diciéndoles con voz gangosa: "Podéis empujar las bo
de los chillones (llamaba "chillones" a los gorriones) porq
varon clavos a los judíos para que los hundieran en el cuerpo d
Cristo. Pero las golondrinas son pájaros de Dios."

Y Markel prosperó. Los aldeanos le respetaban. El sabía q
le respetaban porque administraba bien su casa, porque su pro
ro estaba bien surtido, porque era sacristán y acaso también po
que andaba con la cabeza alta y de su bolsillo dió para que se
trajera una balaustrada alrededor de la iglesia, pintándola
mismo de verde. Markel estaba satisfecho. Sólo una cosa le tu
baba, y esto le pesaba como una piedra alrededor del cuello: s
hijos no seguían sus mismos pasos. El mayor, Mijail, había a
sado en el ejército rojo hacía ya mucho tiempo. Ahora e
comandante rojo y vivía en Moscú. En su fuero interno, Mark
estaba orgulloso de su hijo, pero sus aspiraciones eran distin
"Ahora Mishka ya no sirve para la casa. Vive, pero es como
no viviera."

El segundo hijo, Pavel, era alto y fuerte como su padre, pe
andaba mal de la cabeza. Dos años antes, Markel le había casa
con una de las mozas del pueblo. Aunque Ulka era hija de
viuda, era muy trabajadora y cantaba muy bien. Era rebosa
dulce como el azúcar pilón. "Puede que cuando duerma con
mujer como ésta—pensó Markel—recobre el juicio."

Pero no había sido así. Era como si Markel hubiera escup
en el polvo con el propósito de borrarlo. Lo mismo que antes
su matrimonio, Pavel seguía vociferando sus cánticos, persig
do a los perros por todo el pueblo, tirando de las cuerdas de
campana—su pasión favorita—y amenazando a su madre: "¡Te
a estrangularte, perra!"

—¿Qué voy a hacer con este idiota?—se preguntaba Mark
Cuando seamos viejos nos retorcerá el pescuezo el cochino

Un perro lanzó un alarido en la calle.

Markel se levantó.

—¡Pashka!—gritó a través de la cerca—. ¡Pedazo de

Nin! ¿No te tengo dicho que dejes a los perros en paz? Trae los cerdos ¡Ya verás como te coja! ¡Ya te daré yo!

Y Markel corrió a la puerta.

IV

Kirka Zhdarkin acababa de despertarse. El ruido que hacía Zinka con sus cacerolas le había despertado, así como el chillido del derrengado cochinillo que estaba debajo de la cama.

De mala gana, Kirka se levantó y se puso sus viejos pantalones del ejército rojo, una camisa blanca y botas. Cogiendo bajo el brazo su raída cartera de lona, exclamó:

—¡Me voy al soviet!

—¿No almuerzas primero?—le dijo Zinka.

Kirka salió sonriendo. Se puso la gorra y se dirigió hacia la cerca.

—¡Salud, Markel Petrovich!—dijo—. ¡Eh! ¿No me oyes? Te he dicho que ¡salud!

—¿Eh?—dijo Markel volviendo la cabeza—. ¡Ah! ¿Eres tú? ¡Buenos días!

—¿Qué haces ahí renegando tan temprano?

—¡Oh, es mi manera de ser, Kirill Senafontich! Estoy haciendo la ronda de la casa. Cuando una vaca se levanta, muge, y cuando nos levantamos nosotros, gritamos.

—¿Quieres decir que imitas a las vacas?

—¡Hombre, ninguno de nosotros se distingue mucho de las vacas! ¿Y qué haces tú vestido todo de uniforme?

—¿Yo?

—Sí—dijo Markel mirándole a través de la cerca—. Yo no, seguro.

—Hoy es día de fiesta.

—¿Cómo es eso? ¿Qué fiesta?

Kirka reflexionó un momento y contestó al buen tuntún:

—Hoy es la fiesta de la Constitución. ¿No lo sabías? Es algo así como el santo del zar que teníamos antes.

—Claro que lo sé—dijo Markel sonriendo—. ¡Vaya si lo sé!

Si las cosas marcharan con arreglo a la Constitución viviríamos mucho mejor de lo que vivimos. Lenin era un campesino listo. Nos ha dado una Constitución magnífica; pero nosotros no sabemos cómo...—Markel titubeó.

—¡Oh, sí! Ya sé, ya sé—dijo Kirka tecleando con los dedos en la estaca de la cerca—. A propósito, ¿qué noticias tienes de Moscú? Dicen que tu hijo vive en un caserón de piedra y que anda en automóvil.

Markel se acercó más. "¡Ya quisieras poder compararte a con él!", pensó. Y lentamente dijo:

—¿Qué quieres? Yo no creo que sea ése su sitio. Debería vivir con su padre. Aquí no vivimos mal, y sin embargo ha tenido que marcharse a su caserón de piedra.

—¡Bah! Eso no es tan malo tampoco. Una casa de piedra no puede quemarse.

Markel extendió los dedos de sus dos manos hasta que crujieron las coyunturas.

—Es verdad que es de piedra, pero no es suya. Siempre conviene vivir en casa de uno, aunque sea pequeña. ¿Y qué gana él? ¡Nada! Es un pobre.

—¡Pero alguien tiene que ir al servicio!

—Es verdad, pero él ya ha hecho su parte y debería dejarlo. Eso es lo que hacen los demás y algunos ni siquiera sirven nada. Fíjate en los tártaros. Esos no van al servicio. Se quitan la vida y se estropean los miembros para no ir, y no van.

—¿Está eso también de acuerdo con la Constitución?—preguntó Kirka suavemente.

Markel alzó la vista. Kirka se hallaba recostado contra la cerca riéndose en silencio.

—¿De acuerdo con tu Constitución, eh?

Ambos se miraron unos momentos en silencio. Los ojos de Markel relucieron de ira. "Te estás riendo otra vez—se dijo—¡Tarambana maldito!"

Markel se estremeció como bajo una fría ráfaga, se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

La puerta de la casa chirrió y se abrió. Ulka bajó corriendo los escalones de la entrada. Llevaba un vestido azul y en la cara

sostenía un cubo. Sus desnudos hombros brillaban a la luz del sol. Balanceando enérgicamente los brazos y sacando el vientre, arrojó el agua sucia por encima de la cerca y miró a Kirka.

La cerca se estremeció bajo el puño de Kirka y la sonrisa desapareció de su semblante. "¿Qué me pasará?—se dijo, y miró a la chimenea—. Sí, ¿de acuerdo con la Constitución, eh?"

—¿Adónde tiras ese agua? ¿No tienes otro sitio?

—Siempre la tiro aquí. ¿A qué viene esa excitación?

—Me tiene sin cuidado que la tires siempre aquí. Tienes la lengua demasiado afilada.

—Siempre la he tenido.

—Siempre, siempre.

—Sí, siempre. ¡Hay que verle!—dijo Ulka riéndose a carcajadas.

Su voz era fuerte y cristalina. A Kirka se le contagió su alegría y se rió también.

Markel se restregó las manos en el pantalón y volvió la cabeza para otro lado, escuchando. Desde el río, arrastrado por el viento, llegaba el sonido de voces humanas y el gruñido de los cerdos.

—¿Qué ocurrirá allí? ¡Otra vez esos cerdos!

Markel echó a correr hacia las casetas de baños y hacia el barranco levantando el polvo con sus destrozadas botas de fieltro.

Ágilmente Ulka se subió a una de las estacas de la cerca alargando su blanca garganta. "Parece una chiquilla", se dijo Kirka y de un ágil brinco se colocó a su lado.

V

El terreno del barranco, hacia las casetas de baños, era pantanoso. Allí crecían desmedrados sauces y al atardecer los juncos se balanceaban y murmuraban dulcemente. En la primavera, al derretirse las nieves, los sauces y los juncos quedaban cubiertos de una espesa capa de légamo, y en el verano, cuando el légamo se había endurecido, aparecían grietas en la superficie como aparecen arrugas en el rostro de un viejo y la ciénaga despedía un

olor pestilente. Nubes de mosquitos y de cinifes se cernían sobre aquel paraje. Sin embargo, para los cerdos aquello era el paraíso. Devoraban las raíces y la espinosa hierba y en el tiempo caluroso se daban sus baños porcinos revolcándose en el cieno y gruñendo de delicia.

Dos años antes, Mitka Spirin se había empeñado en cultivar una parcela en esta ciénaga. El primer verano se lo pasó arrancando las raíces de los cañaces y el segundo verano llevó estiércol a la parcela. Aquella primavera había cavado pequeños agujeros y había plantado pepinos. Los pepinos habían salido y sus finos zarcillos se entretejían adornados de amarillentas flores. Y de pronto, los cerdos de Markel Bykof habían hecho irrupción por la cerca que separaba la parcela de las cuestas de baños y habían destrozado los incipientes pepinos.

—¡Fuera!—gritaba Mitka corriendo hacia la parcela con un enorme estaca en la mano.

Ulka y Kirka le vieron correr a través de la parcela descargando estacazos a diestro y siniestro y gritándole a Pavel:

—¡Pásalos, Panya, pásalos! ¡Vamos a darles una lección! ¡El espíritu del mal se ha metido en estos cerdos! ¡Pásalos, no les dejes salir por ese agujero! ¡Pásalos!

Arrodillado detrás de la cerca al lado del agujero, mostrando sus grandes y blancos dientes en una constante mueca de ilotera, Pavel golpeaba a los cerdos. En cuanto un cerdo se acercaba al agujero, Pavel le golpeaba con un palo enorme haciendo uso de toda su fuerza. El animal retrocedía como un corcho en una botella. No encontrando salida de la trampa, los cerdos corrían de un lado a otro por la parcela, chillando bajo los golpes que llovían de la estaca de Mitka.

Markel llegó a la colina y levantando los brazos al cielo gritó:

—¡Pashka, idiota! ¡Pashka!

Sobre el río Alai, las voces de mujeres que reñían en las parcelas de la orilla opuesta se mezclaban en confuso rumor al chillido de los cerdos y a los gritos de Mitka, Pavel y Markel.

—¡Qué simple es!—dijo Ulka riéndose sosegadamente— pegando a sus propios cerdos. ¿Verdad que es tonto?—y se volvió hacia Kirka—. ¡Ya ves!

Kirka la miró y vió que las lágrimas estaban a punto de asomarle a los ojos. Parecióle que Ulka llevaba mucho tiempo quejándose de una pena constante sin encontrar nunca respuesta. Su pétreo semblante se dulcificó. Ulka se estiró el vestido y saltó al suelo. Se reclinó contra la cerca y Kirka sintió sus senos contra sus pies.

—¿Por qué tengo yo que soportar este martirio? ¿Quieres decírmelo?

De pronto se incorporó, se sacudió como un perro al salir del agua y se dirigió presurosamente a la puerta de la vivienda murmurando:

—¿Qué es lo que digo? No me conozco.

—¡Ulka!—murmuró Kirka—. ¡Ulka!

—¿Qué ocurre?—repuso ella volviéndose—. ¿Por qué me detienes?

Kirka olvidó lo que quería decirle.

Ulka se mordió el labio inferior con irritación.

—Bueno, ¿qué? ¿Qué?—y agitó la mano—. Todos sois iguales. Todos tenéis la misma cosa en la cabeza.

Lentamente subió los escalones. Sus atezadas piernas relucían al sol.

—No, Ulka. ¡Ven aquí!—dijo Kirka en voz alta, sentándose en la cerca.

Ella se detuvo y volvió la cabeza. En sus ojos centelleaban como hogueras dos chispas de risa. La frente de Kirka estaba cubierta de sudor. Se lo enjugó con la manga.

—¿Verdad que hace calor?

—Hace mucho calor, Kirill Senafontich. Hace un calor verdaderamente terrible—dijo Ulka sonriendo, y se aproximó a la cerca con sus grandes y azules ojos muy abiertos—. Bueno, ¿para qué me has dicho que viniera?

—¿Saltaré al suelo?—se dijo Kirka—. ¿Qué es lo que espero? ¡Ah! Las mujeres tienen fuerza y el hombre no sabe contener su lengua.

Kirka alargó las manos hacia ella.

—Tú—dijo.

Ulka se echó para atrás y se puso pálida.

—¡Tú, Kirill Senafontich!—susurró como si temiera despertar a un niño dormido—. No me toques. No bromees. Déjate de bromas...

—Sólo..., sólo quería preguntarte... ¿Cómo te va... en tu vida de casada?

—¿Te interesa mucho?—la sangre retornó a sus labios y sus mejillas se sonrojaron vivamente bajo la curtida tez—. Bien, muy bien. Tenemos de todo: vacas, caballos, pan. Cuando yo vivía con mi madre comíamos cortezas secas—e inclinándose hasta él hasta extendió los brazos—. Apenas si nos teníamos de pie.

Ulka no concluyó la frase. Un chillido penetrante llegó del umbral de la casa de Kirka.

—¡Ah! ¿Así es como pasas el tiempo? ¿Conque ibas al soviet, no? ¿No ibas a trabajar? ¿Conque ibas al soviet?

Kirka adivinó inmediatamente el origen de la voz. Zinka se hallaba en el umbral, con el rostro pálido y contraído, repitiendo histéricamente:

—¿Conque ibas al soviet, no? ¿No ibas a trabajar?

—¿Para qué demonios crees que necesito yo a tu Enka —gritó Ulka.

Y volviéndose penetró en su casa, sin acordarse de llevar el cubo.

Cuando Mitka divisó a Markel, echó a correr entre los cerdos, tiró su cayada y le gritó a Pavel saliendo nuevamente al descubierto:

—¡Pashka! ¿Qué estás haciendo? ¡Vas a matar a los cerdos! ¡Los animales no saben lo que se hacen, hombre! ¡Markel Petrovich, fíjate lo que está haciendo tu hijo! ¡Los vas a matar, Pashka! ¡Quítate del agujero, quítate!

Mitka saltó la cerca y arrebató el palo a Pavel. Pavel se quedó inmóvil, riéndose estúpidamente, y volvió a apoderarse del palo, agitándolo por encima de su cabeza.

—¿Qué haces, Pashka? ¿Qué haces?—gritó Mitka echando a correr a través del fangal, saltando de un pedrusco a otro.

Los cerdos se precipitaron a través del agujero uno tras otro, como un tren. El viejo verraco abría la marcha.

de lovezatora. Detrás venían los vagones, y la ondulante línea reptó y chilló encaminándose hacia las parcelas del valle de Krapivay. En ellas se hallaban trabajando algunas campesinas acompañadas de la gente vieja y de los chicos. Al ver que los cerdos se les echaban encima los atacaron con las palas y los azadones. Chillando y gruñendo los animales repelieron el ataque, metiéndose bajo las faldas de las mujeres, derribando a los chiquillos y aplastando las verdes calabazas. El abuelo Maxim Fedunof asestó un fuerte golpe al verraco en el hocico con su palo. El animal lanzó un gruñido y se desplomó entre unas plantas retorciendo las patas.

Privados de su jefe y arrojados a una estampida salvaje por los gritos y los golpes de los campesinos, los cerdos dieron la vuelta y se encaminaron hacia Shirokoye. Markel Bykof venía dando tumbos por el otro lado del río.

—Markel Petrovich—le gritó Maxim—, algún demonio te ha matado el verraco. Fíjate... ¿Cómo habrá sido nadie capaz de levantar la mano contra un pobre animal?

El abuelo Maxim dió media vuelta y se dirigió precipitadamente hacia su choza.

Los viejos, las mujeres y los niños rodearon al animal moribundo, que se retorcía de dolor. Pálido y respirando pesadamente, Markel se inclinó sobre el cerdo.

—¿Tiene alguien un cuchillo?—preguntó con voz ahogada.

—Puede que se ponga mejor—dijo uno suavemente—. No es cosa fácil matar a un cerdo. Son animales muy fuertes...

—No; quiero un cuchillo.

La tía Grunya Gurianova se escurrió de la muchedumbre y corrió a la choza en busca de un cuchillo.

VII

La voz de Nikolai Pyriakin resonó a través del fresco aire matinal.

—¡Eh, amigos! ¿Por qué tardáis tanto? La humbre está consumiéndome.

Las barcas de los pescadores resaltaban sobre la cinta lisura de la orilla. Habían cogido un gordo esturión.

—Vamos a llevarlo—contestó Stepan sosteniendo en la mano un pez fresco y temblo roso—. Ahora vamos, Kolya.

Como dos negros tizones Stepan Ogaf y Davidka Pasf cruzaron la blanca orilla bañada por la luz orgullosa de su victoria.

Junto al bosquecillo de abedules de Brusski los miembros de la cooperativa guisaban una sopa de pescado. El agua hervía en la marmita colgada sobre el fuego. El pescado se retorcía en el agua caliente y glóbulos de grasa subían a la superficie. A cierta distancia, el tractor se movía sobre la tierra.

—Nikolai—dijo Ogaf riéndose—, corre otra vez detrás del tractor montado en tu vara.

—No; ya lo he hecho bastantes veces.

—Vuelve a probar. Puede que esta vez le cojas—dijo Davidka—. ¡Anda!

—Ya lo he hecho bastante.

Nikolai se sentó junto a la lumbre y echó más leña. La más seca crujía; pero una rama verde de abedul silbó y se retorció en espiral. Nikolai metió la rama húmeda en el corazón de la hoguera.

—¡Fíjate!—dijo sonriendo—. No está en el sitio debido. ¿Oís cómo se queja? Pero la leña seca sí está en su sitio y se siente feliz.

—¿Qué quieres decir con eso?—dijo Stepan sorprendido.

—Sí, ¿qué?—agregó Davidka—. ¿Qué quieres decir?

Nikolai hurgó la lumbre con un palo.

—Quiero decir que lo mismo ocurre con el hombre. Si no está en el sitio debido trabaja mal y le salen vejigas en las manos. Pero si está en el sitio debido se siente feliz en su trabajo.

—¡Oh, quítate de ahí!—dijo Stepan echándose a reír—. ¡Vaya unas ideas que está engendrando ahora su cabeza! Sin embargo, tiene razón.

—Y además—prosiguió Nikolai haciendo una mueca y quitando una chispa que le había saltado a la barba—, y también cuando nosotros empezamos a trabajar aquí en Brusski, pasaba lo mismo que esa rama de abedul, sólo que en vez de

gruñones. Y ahora—reflexionó un momento y luego señaló hacia la tienda en que yacía el viejo arado con los dientes de hierro embotados—, y ahora somos exactamente lo mismo que ese arado.

—¿Cómo es eso?

—Hombre, pues porque tampoco nosotros hacemos nada. No te enfades, Stepan. Ahora que el tractor ha venido ya no somos los campos nosotros. Grigory y algún otro hacen todo el trabajo para los demás y así es como se hace también la trilla.

—¿A qué vienen todos esos desatinos?—dijo Stepan frunciendo el ceño.

—Temo que nos volvamos todos unos vagos.

—¡Oh!—exclamó Stepan soltando la carcajada y en ello se le contagió a Davidka—. ¿Conque es *ese* el problema? ¿Temes que nos volvamos todos unos vagos? ¿Has oído? Dice temo que ya no tengamos callos en las manos y que nos pongamos tan gordos que no nos podamos mover.

—No, escuchad, dejarse de risa—dijo Nikolai apretando la cabeza y las manos—. Sois demasiado listos. Tú, David...

—No, Kolya—dijo Stepan dejando de reír—. No hay peligro. Hemos sudado bien en ello. ¿No necesitamos un descanso? Claro que sí. Ya hemos sudado bastante en Bruski. Llevamos aquí varios años. Y ahora estamos descansando y recobrando fuerzas. Luego nos pondremos otra vez a trabajar. Tenemos de sobra que hacer, hermano. En primer lugar tenemos que echar abajo la vieja comunidad del pueblo y tenemos que llenar todos los agujeros...

—No. A mí no me metáis en eso.

—Nos arreglaremos sin ti. Tú sigue en Bruski. Y además, ¿no se está cayendo tu casa a pedazos? Claro que sí, y lo mismo la mía, y lo mismo la de Grigory. Aun cuando tuviéramos suficiente pan para comer, todavía nos quedará mucho que hacer. Esas barracas—y señaló a través del barranco al viejo cobertizo del terrateniente—tenemos que ponerlas en orden. Es una casa de piedra y resultaría muy bien para un club o una escuela comunal con comedor. Hasta que todos tengamos lo suficiente para vivir bien, hasta que todos tengamos un lugar pro-

pio y un lugar para todos, nos quedará trabajo de sobra. Y no para un poco. Para el otoño todos acudirán corriendo a la cooperativa. Las viejas barreras se vendrán abajo.

—Sí—dijo Davidka—. Ya hay algunos ahora que habían de venir.

La sopa hervía.

—¡Orishka!—gritó Nikolai apartando la marmita de la lumbre—. Ven aquí, la sopa está lista.

El tractor avanzó sobre hierbajos y piedras, viró bruscamente y se detuvo junto al fuego.

—Ahora puedes descansar un poco, buen mozo—dijo Grigory Skulof dirigiéndose al tractor y sentándose junto a la lumbre—. Ya estoy completamente acostumbrado a él.

—Llama a Shtirkin, Kolya.

Nikolai se incorporó sobre las rodillas, se llevó la mano a la boca y gritó:

—¡Shi-ir-kin! ¡A co-mer! ¡Ya está la sopa!

Shtirkin salió del bosquecillo de abedules. Llevaba un haz a la mano. Rascándose la barbuda barbilla se sentó junto al fuego.

—Hay mucho que trabajar ahí. Se había podrido todo bajo el terrateniente.

Los milagros de la cooperativa comieron su sopa en silencio y hablaron de su trabajo. Pronto sería necesario uncir la trilladora al tractor y marchar a la era de Shirokoye. Allí les trillaría la mies a los campesinos si lo deseaban. Pasaron a hablar de sus mujeres. Hoy día no eran tan irritables y pendencieras como antes. Y la Katya de Nikolai parecía haber rejuvenecido: los huesos de sus hombros ya no sobresalían y siempre tenía la sonrisa en los labios. Grusha Ogneva parecía mucho más lozana.

—Ahora está verdaderamente jugosa—decía Stepan.

Así hablaban e indicaron a Nikolai que si Katya tenía un niño tendrían que bautizarle al estilo revolucionario.

Y mientras tanto, en los campos, los campesinos de Shirokoye trabajaban su tierra con arados y rastrillos. El sudor goteaba de sus caballos y el polvo se adhería en espesas capas a sus húmedos cuerpos. Los campesinos caminaban detrás de sus

lle tendido con la cara vuelta hacia el cielo, hacia el ardiente cielo azul.

—Hace falta que llueva.

—Fijarse, se está secando todo—murmuraba Chizhik—. Apenas se llega a la punta de un surco y ya se ha secado todo.

En la linde del bosque Petka Kudeyarof se arrastraba fatigosamente detrás de su yegua gris. De cuando en cuando, su látigo hendía el aire con un silbido. Petka se volvió a mirar a Chizhik.

—Tío Savel—gritó—, ¿tienes un pitillo?

—¿Eh? ¿Algo que fumar?

Chizhik se detuvo y se metió la mano en el bolsillo. La bolsa estaba llena de tabaco.

—No me queda nada—gritó—. Se me ha acabado todo.

Y para sus adentros murmuró: "Aquí no hay nada para ti. ¡Siempre pidiendo y pidiendo!"

Los miembros de la cooperativa les miraron y se echaron a reír.

—¡Fijarse! Todos acaban así.

—Seguirán así hasta que vengan a nosotros—dijo Stepa—. Tenemos que traer a Yashka.

—Ya va a venir—dijo Nikolai agitando su cuchara—. Le he visto hace poco y me ha dicho: "Es cosa resuelta: me voy con vosotros."

VIII

La casa de Chujliaf se hallaba dividida en dos: habíase puesto un endeble tabique, pero aun siendo endeble no era posible franquearlo.

Detrás del tabique vivían Yashka y Steshka.

Y esta separación existía también en la cabeza de Yegor Stepanovich.

—El padre de la familia y el hijo de la familia en una misma casa y sin embargo separados. ¿Cómo es posible vivir así?... Vivir uno junto a otro y no decirse nunca una palabra...

Yegor Stepanovich se dió un tirón en la camisa y miró por la ventana.

—¿Qué clase de vida es ésta?—pensó—. Un padre trabaja por sus hijos toda su vida, pero los hijos... ¡Oh, no!

En el corral juguetean unos cuantos pollos, pollos amarillos. Los pollos de Pyriakin se habían mezclado con los suyos y picoteaban en el suelo.

—No se preocupan nada, aunque los pollos no sean nuestros—pensó para sí adentros pasó a la otra habitación y miró por la ventana: todas las cosas le inspiraban los mismos pensamientos. Un carro a medio terminar se hallaba reclinado contra la cerca. Yegor Stepanovich había pensado comprar otro caballo y había contratado a un jornalero mordviniano para que le construyera el carro; pero el hombre tuvo que ser despedido. ¿Cómo iba a tener al mordviniano estando la casa dividida en dos?

—¡Yegor!—gritó Khasya—. La comida está preparada. Hay hay pastelillos de los que a ti te gustan.

—¿Dónde está Yashka?

—En casa de su suegro. Se ha ido muy temprano.

—Siempre están allí.

Chufiat se quedó silencioso.

—¡Qué frío tengo!—pensó—. En cuanto hace un poco de fresco me hielo. Lo que yo esperaba no ha sucedido. Y ahora ha sucedido esto. ¿Por qué todas las cosas..., todas las cosas se darán trastornadas, trastornadas? ¿Por qué?

Yegor Stepanovich hubiera querido vivir en paz. Le hubiera gustado que su vida transcurriera dulcemente, sin rozamiento. Pero todo se le rompía en las manos y si ponía un remiendo en un sitio se rompía por otro.

Desde una lejanía gris se adelantó hacia él la figura del joven y animoso Yegor Stepanovich.

—Exactamente lo mismo que Yashka—murmuró casi imperceptiblemente—. La misma hechura, exactamente igual. ¡Lo que podíamos haber hecho juntos! El tiene fuerza y también tiene buena lengua. No hay más que ver cómo dió cuenta el primer día de Ilya Maximovich, y delante de todo el mundo. ¡Si yo pudiera volver todas las cosas del revés! ¡Si yo pudiera prescindir de los años y comenzar la vida de nuevo, sabiendo dónde están todos los baches y las zanjas, dónde hay que dar la

vuelta y cuando hay que marchar en línea recta sin miedo! Sería magnífico empezar otra vez; pero eso es imposible. Los años no son como las cuentas del ábaco. No es posible moverlos hacia atrás y hacia delante, agregarlos o quitarlos a capricho. Pero los años...—Yegor Stepanovich suspiró—. Podría irme a un monasterio, sólo que dicen que los han derrumbado todos.

Se echó a reír con irritación al recordar a qué avanzada hora había chirriado la puerta la noche precedente detrás del tabique para dar paso a alguien en la habitación de Yashka. Yegor Stepanovich se paseaba de arriba abajo reflexionando y a veces, sin darse cuenta, lanzaba fuertes exclamaciones.

—¡Cállese! ¡Va usted a despertar a la niña!—le gritó Steshka.

—¡Ahí los tenéis! ¡Despertar a la niña!... Nosotros solíamos dormir cuando todas las campanas estaban repicando y nadie las oía siquiera. Y aquí no puede uno ni murmurar... ¡Ahem!

IX

En la orilla del Volga, bañada por la luz del sol, se hallaba Yashka. Tenía desabrochada la camisa. Llevaba a Annushka en sus brazos. Annushka agitaba las manos, parloteaba y le tiraba a Yashka de las orejas.

—¡Quietecita, niña, quietecita! ¡Mira, ahí está mamá!

Steshka estaba tendida en el río levantando surtidores de agua con los pies. El agua espumeaba y la espuma, arrastrada corriente abajo, se diluía como la nieve en el deshielo. La blancura de su espalda resaltaba sobre el fondo oscuro del río y su larga trenza trazaba una línea negra a lo largo de su espalda dorsal. Cuando se alejó de la orilla de una vigorosa brazada la gruesa línea negra onduló de un lado a otro.

—¡Eh, Yasha!—gritó—. ¡Yasha! El agua está muy caliente. Deja a Annushka en el suelo y ven nadando.

Yashka sentó a la niña en la orilla, junto a las ropas de Steshka, reunió unas cuantas piedrecitas, azules, blancas y rojas, alisadas por el río, y las colocó delante de Annushka.

—Toma, juega con ellas, nenita.

Annushka cogió una piedra y se la llevó a la boca.

—¡Oh, no! No hagas eso. No debes comértelas. No son galletas.

Desde el Volga llegó la voz cristalina de Steshka:

—¡Yasha!

—¡Ya voy!... Toma, juega con ellas un ratito.

Yashka golpeó las piedras. Annushka se echó a reír alegremente y se cayó de un lado. El sol la calentaba dándole sueño. Sus ojos se cerraron.

Yashka se quitó la camisa y los pantalones y corrió al borde del agua. Sin detenerse, se zambulló en el río y el agua saltó en surtidor centelleando unos instantes bajo el sol. Yashka salió a la superficie unos metros más allá y alcanzó a Steshka de unas cuantas brazadas.

—¡Ven, Steshka! ¡A ver si me alcanzas!

Ambos nadaron en línea recta a través del Volga dejando tras de sí una estela de rizosa espuma. A los pocos momentos sus blancos cuerpos desaparecieron y sólo se vieron dos oscuras cabezas balancearse sobre el ancho y azulado torso del Volga.

—¡No te quedes detrás!—gritó la voz de Yashka, baja, pero distinta, surcando el agua—. ¡No te quedes detrás!

Yashka y Steshka avanzaron más lejos hasta que sus cabezas aparecieron como dos puntos negros subiendo y bajando en la tranquila superficie del río e impulsados por la corriente. Luego dieron la vuelta. Yashka nadaba de espaldas; Steshka, de costado. Sus cabezas casi se tocaban. Avanzaban hacia la orilla soleada y desierta.

De pronto, a unos diez o doce metros de la orilla, en donde más fuerte era la corriente, Yashka sacó medio cuerpo del agua, gritó: "¡Oh!" y desapareció de la vista de Steshka.

Steshka siguió nadando riéndose y mirando para atrás. De donde Yashka se había zambullido aparecían burbujas sobre la superficie del agua que se rompían en minúsculos círculos de espuma.

—¿Por dónde saldrá? ¿Por allí? ¿Iré allí? Voy a coger de pelo. Pero a lo mejor está debajo mismo de mí.

Steshka zambulló la cabeza bajo el agua esperando ver

Yashka, y luego nadó hacia la orilla. A unos cinco o seis metros de esta sintióse invadida de repente por la ansiedad.

—¿Por qué tarda tanto?

Dejó de nadar y movió sus manos lentamente a través del agua, mirando de nuevo al sitio en que Yashka había desaparecido. El corazón empezó a palpitarle rápidamente. Volviéndose hacia la orilla gritó:

—¡Yashka!

Y luego, en voz más alta y más penetrante:

—¡Yashka, por amor de Dios!

Sus manos se negaban a moverse como si alguien se las sujetara fuertemente debajo del agua. La orilla estaba cerca, muy cerca, y allí estaba Annushka, acostada pacíficamente de lado bajo la luz del sol.

Recurriendo a sus últimas energías Steshka se acercó más a la orilla y trató de ponerse en pie. El agua le llegaba a los labios y lamía su boca, abierta de terror. Echó hacia atrás la cabeza. La corriente le hizo perder pie.

Steshka lanzó un grito y casi inconscientemente se puso a nadar otra vez. Las brazadas parecían llevarle un año, toda una eternidad.

—¡Yasha! ¡Auxilio!

Y luego con absoluta desesperación:

—¡Yasha! ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa?— gritó Yashka apareciendo delante de ella—. ¿Qué ocurre?—y en su semblante resplandeció una sonrisa.

Ella le echó los brazos al cuello.

—¡Oh! ¡Qué susto me he dado! Creía...

La corriente arrastró el cuerpo de Yashka junto al suyo. En el agua estaba frío y escurridizo como seda. El contacto de su cuerpo con el de ella despertó en Steshka una sensación que nunca había experimentado. Sus labios se movieron sin proferir un sonido y en sus ojos se reflejaba la embriaguez de una nueva felicidad. Los músculos de los brazos de Yashka ondulaban como una cuerda floja. Steshka se reclinó en sus brazos dentro del agua, que acariciaba suavemente su pecho. Sus labios se encontraron, y susurraron dulce y ávidamente. En silencio, Yashka

abogó el susurro con sus labios y se sentó en frente del recién
El húmedo y atezado cuerpo de Stiopka relucía bajo la luz
del sol.

Annushka se despertó.

X

—¡Ah! ¡Aquí está la pareja! ¡La gansa y el ganso!—dijo Davidka saludándolos desde el sitio que ocupaba junto al fuego—¡Daros prisa, si no queréis quedaros sin sopa!

—Te has olvidado de la gansita. No son un par, son una tropa —y Stepan tendió los brazos a Annushka—. ¡Y figúrate qué gansita!

Los hombres se apartaron para dejar sitio a Stiopka y Yashka.

—Precisamente estábamos hablando de ti—le dijo Nikolai a Yashka—. Te estábamos poniendo verde.

Annushka cogió una cuchara enorme.

—¿La habéis visto?—dijo Stepan frunciendo el ceño—. ¡La señorita, está usted comiendo sin haber trabajado!

Annushka se volvió hacia él y le hundió los dedos en la espesa barba.

Davidka dejó su cuchara en el tazón y se volvió hacia Yashka.

—Oye, tú, que todavía nos debes una boda. Te has llevado a la mejor moza del pueblo y lo has hecho todo a la chita callando.

—Esperaremos a que pase la siega—dijo Stepan.

—Entonces celebraremos un festín de boda para la cooperativa y para todo el pueblo, tío David—dijo Yashka—. Yo me casaré ya solo, y de todas formas..., Stiopka y yo hemos decidido definitivamente ingresar en la cooperativa. ¿Queréis admitirnos?

—Tendremos que pensarlo—dijo Davidka apretando los labios—. Ya veremos.

—Sí; tenemos que pensarlo—corroboró Stepan.

—No les hagas caso—dijo Nikolai—. Precisamente estamos diciendo que nos alegraríamos mucho de tenerte con nosotros

—¡Vaya, ya ha salido el secreto!—dijo Stepan riendo—. ¡Qué Kolya éste! En fin, que tendremos festín de boda... ¡Pero qué calor hace! Yo creo que nuestras cosechas resistirán, porque las hemos sembrado muy hondo. Pero me parece que las de los otros campesinos lo van a pasar mal.

NOVENO ESLABÓN

I

Nikita Gurianof dió la vuelta varias veces a los campos examinando las cosechas. Cada vez su espalda se encorvaba más y más adelgazaba su cuerpo. Aquel día apenas podía arrastrar los pies por el suelo. Se detuvo en el corral y se quedó mirando tristemente hacia los campos. Por encima de ellos giraban en torbellino nubes de polvo como si jugaran al escondite.

—¡Hay que fijarse!—dijo Nikita sin mover apenas los labios que estaban secos y descoloridos como mustias calabazas—. No es posible hacer nada con eso. ¡Oh!

Suspiró profundamente y dentro de su pecho se oyó un chasquido como de hielo fino aplastado por los pies.

—Tendremos que volver al pan negro.

—Y podríamos darnos por contentos—murmuró Mitka Spirin llegando del río con una carga de corteza de árbol—. Pero si tenemos que vivir de ajenjo y acederas reventaremos, seguro.

Mitka se echó a reir con tono chillón.

—Y Ognef ha dicho que los papeles dicen que seguramente tendremos grandes lluvias para el día de la Virgen o poco antes.

—¿Para el día de la Virgen? Para entonces habremos reventado.

—Puede que llueva antes.

—¡Oh, no! Está así desde la primavera. La tierra está más dura que el hierro. Ya no se puede esperar nada bueno. Fíjate qué calor hace. Todo se lo lleva el polvo.

Dos barbas se alzaron hacia el ardiente cielo: la de Mitka Spirin, fina y ligeramente gris; la de Gunsnof, rojiza, cuadrada, estriada de blanco.

—¿Sabes una cosa, Nikita Semyonich?—dijo Mitka alternando con su voz la calma canicular—. Yo creo que nuestra tierra ha sido embrujada. En cuanto aparece una nube se parte en dos y se marcha en direcciones distintas como si alguien la hubiera barrido.

—Es posible. Pero yo creo que todo es culpa de las colinas. A ellas es a las que hay que culpar de todo. Ya ves tú, hace tres días hubo un verdadero diluvio en Nikolskoye, y aquí todo está seco aunque ni siquiera hay diez verstas de distancia. ¿Por qué es eso? Por las colinas. No tienen más que fijarse. Cuando las nubes vienen de este lado tropiezan con Bolshaya e Skipa y se marchan en otra dirección. Deberíamos echarlas abajo—agregó Nikita después de una breve pausa—. Todos los del pueblo deberíamos ir allí a derrumbarlas o por lo menos deberíamos abrir un paso entre ellas. Debíamos hacer que Kirka se ocupara de la tarea. Pero ¿qué es lo que hace ahora? Nada más que andar de un lado a otro por el pueblo.

Mitka miró a las colinas. Estaban cubiertas de árboles y rodeaban los campos de Shirokoye como una herradura. Se imaginó que ya se había abierto un camino a través de ellas y que las nubes se habían congregado encima como la espesa humareda que salía de la chimenea de la caseta de baños. La lluvia caía a cántaros y los campos reverdecían. La tierra respiraba satisfecha y los campesinos también.

—Sí—dijo—, sólo que nuestro presidente está pensando en otras cosas. Anda demasiado atareado con su mujer. ¿Sabes que el otro día la dió una buena paliza y se marchó a ver a Ulka, la mujer de Pashka? En eso es en lo que pasa el tiempo.

Mitka guardó silencio. En las cercanías, un niño gemía monótonamente. Junto al lago, los niños gritaban en sus juegos, y el herrero Vassili golpeaba el yunque con su martillo.

—Dicen que también hay sequía en Nikolskoye—dijo Mitka rascándose la mano—. Y en Ermolovka ha estado diluviando.

—Deberíamos derrumbarlas—murmuró Nikita sin prestando atención al ruido que llegaba de la calle.

En la calle, cerca del pozo, se encontraba la choza del viejo Pajom Pchelkin. La choza era muy vieja, como el propio Pajom. Varios campesinos se habían congregado a la puerta y Pajom andaba de uno en otro gimiendo.

—He vivido aquí setenta y tres años y ahora tengo que dejarla y marcharme a vivir entre extraños. Tengo que dejarla y marcharme.

Miró a los campesinos y sus ojos se detuvieron en Markel Bykof. Alargó la mano derecha.

—Está bien, tómala, Markel Petrovich. Pero no seas tacaño. Te llevas un magnífico género. Bueno, ¿cuánto me vas a dar, Markel Petrovich?

Markel se sonrió, juntó las manos detrás de la espalda y miró por la calle abajo a su magnífica casa. Luego volvió la cabeza, lanzó una mirada desdeñosa a la pequeña y decrépita choza de Pajom.

—¿Para qué puede servirme? Sólo con que la des un puntapié te sería imposible reunir todo el polvo que caería.

—De todas formas, podrías ayudarle a un viejo que está en un apuro—dijo Mitka.

—¿Así que tengo que morir?—dijo Pajom golpeándose el pecho con un puño pequeño y endeble—. Ningún hombre quiere morir y tú sabes de sobra que muchos hombres hubieran muerto en los años negros si no se hubieran ido a otro sitio en donde había pan que comer. Lo mismo pasa ahora. ¿Crees si no que iba a vender mi casa?

—No morirás—dijo Mitka, y se volvió hacia Markel—. Debes ayudarle. Puede servir para Pavel o para Miguel cuando vuelva. Debes ayudarle, tú tienes de sobra.

—¿Tú tienes muy buen corazón, verdad?—replicó Markel—. ¿Pues por qué no le ayudas tú? También tú tienes de sobra. Vende tu otra vaca, que no la necesitas para nada, y ayúdale tú la choza.

—¿Quién, yo?—Mitka se echó a reír—. ¡Habrías visto! ... Bien sabes, bien sabe todo el mundo que yo no puedo comprarla...

—Sí, ¿verdad? Pero ¡bien que corres a arrimarte a los demás que la compran! Pero tú no. Bueno—agregó volviéndose hacia Pajom—, por ayudarte te daré tres puds.

Los campesinos se movieron desanimados y clavaron los ojos en el suelo como si hubieran sido arrastrados a la plaza del mercado sin los pantalones puestos. Pajom se estremeció y tiró a Markel de la manga. Al mismo tiempo dió una patada a la esquina de la choza. Al golpe cayeron al suelo trozos de madera podrida por la humedad y debajo del banco chillaron asustados los ratones.

—¡Mira! ¡Fíjate en las esquinas! ¡Mira qué madera! Hoy no encontrarás una madera de pino semejante en toda Rusia.

—Tres puds—repitió Markel—. Y sólo es por...

—¿Tres puds? ¡No la doy por tres! Prefiero prenderle fuego. Prefiero prenderle fuego con mis propias manos antes que darla por tres puds.

Ulka salió corriendo de su casa. Haciéndose sombra en los ojos con una mano y sujetando con la otra su pañuelo contra el pecho, gritó:

—¡Eh, oiga! ¡A comer!

—Bueno, préndele fuego—dijo Markel, y se alejó atendiendo a la llamada de Ulka.

—¿Adónde piensas ir?—preguntó Mitka sentándose en el banco.

—A Kizliar. Un sobrino mío de Ermolovka me ha dicho que vaya a Kizliar. Dice que allí hay de todo. Uvas y vino, y que ni siquiera hay que sembrar las patatas porque crecen solas.

Los campesinos se sentaron alrededor y se pusieron a fumar, protegiendo los pitillos con las manos puestas en trompa. Estaba todo tan seco que la menor chispa podía originar un fuego. Así escucharon las historias que les contaba el abuelo Pajom acerca de Kizliar.

—En China dicen que comen saltamontes fritos. Y dicen que saben muy bien. Pero China está muy lejos... Yo

Stepan Ognef se acercó a ellos, dejó caer su azada en el suelo y escuchó un momento las historias de Pajom.

—¿Quieres morir en un sitio extraño?—dijo—. ¿Es que no ese las sepulturas mejor que aquí?

—Pero ¿qué quieres que haga, Stepashka? ¿Qué voy a hacerle yo?— y Pajom se incorporó sobre sus rodillas—. Dime cómo puedo arreglarme para no morirme de hambre. ¿Crees que, si gusto marcharse lejos, el diablo sabe dónde? ¿Crees que yo me iría por mi gusto?—y el viejo se enjugó una lágrima—. Lo único que siento es que no me haya llevado la muerte antes de llegar a este extremo.

—Ya te encontraremos algo aquí. Teniendo manos siempre hay algo que hacer con ellas. Pero tenemos que pensarlo todo.

—Siempre estás diciendo grandes cosas—Mitka dió una escupida final a su pitillo—. Pero hay tanto sentido en todo lo que dices como en esto—y arrojó la colilla al suelo y la aplastó en el polvo con su descalzo y sucio talón.

—No debes hablar así—dijo Pajom—. Es una necedad. Stepan tiene la cabeza sobre los hombros, tiene una buena cabeza.

II

Los días corrían y las noches se hacían más cortas. Cada vez con más ardor quemaba el sol, pareciendo pesar sobre la seca y agrietada tierra.

Las mujeres estaban enloquecidas por el temor a la sentencia del hambre. Los campesinos andaban por las calles silenciosos y tristes, o se sentaban en los bancos de los corrales con sus largos brazos de hinchadas venas colgando inertes a ambos lados de su cuerpo. Algunos se subían a los tejados de las albertizos y clavaban la vista en el cielo avizorando la llegada de las nubes.

Pero ninguna nube llegaba.

—Se van a alguna otra parte... En alguna otra parte deben estar diluviando, pero aquí, en Shirokoye, nunca se ve ni una sola. Llegaron días y noches de angustia y de zozobra. Todos los

corazones estaban sofocados y oprimidos por la amargura y la cólera campesinas.

Luego se extendió el rumor por toda la aldea.

—En Kamyshlof, a unas ciento cincuenta verstas de Shirokoye, hay una viuda cuyo icono hace milagros.

Al principio nadie quiso creer el cuento; pero cuando se dijo que habían acaecido milagros en diversos sitios—en Zuima, en Ermolovka, en Ilim—, las mujeres de Shirokoye comenzaron a excitarse. Al atardecer, envueltas en sus velos, cortas por detrás de las casas hacia el río Alai, rondas y procesiones como si fueran al encuentro de un amante clandestino. Aquél era el sitio elegido por la tía Grunya Gurianova. Allí, las mujeres que ella había escogido se reunían por la noche, y sin prestar apenas atención a los mosquitos, se arrodillaban a la orilla del río y rezaban a la Virgen para que les enviara un signo...

Transcurrieron los días. En los campos, las cosechas se agostaban, los arroyos se secaban, el ganado enflaquecía y enjambres de insectos oscurecían el aire.

La iracundia de los campesinos fué subiendo de punto. Sus ojos tenían un fulgor salvaje, sus pasos eran blandos, cautelosos, de ladrón... Las frentes de las mujeres estaban cubiertas de bultos. Sus cuerpos sangraban de las picaduras de los insectos: durante siete noches habían rezado junto al agua. Unas perdieron la fe y no volvieron más, como vacas extenuadas que abandonan el rebaño. Las otras siguieron rezando silenciosamente en tanto que las lágrimas corrían por sus mejillas, implorando ávidamente a la Madre de Dios que acudiera en su ayuda. Los párpados de Zinka se cerraban, a duras penas conseguía mantenerlos abiertos con los dedos. Tenía la espalda dolorida, dolíale todo el cuerpo, la cabeza le pesaba como si fuera de plomo; pero Zinka dominaba su dolor y seguía rezando.

—Procuraré soportarlo y ella me ayudará. Hará recobrar el juicio a Kirka y puede que me dé un niño..., sólo uno—rezaba Zinka golpeando con la frente la orilla del río.

Otro rumor siguió a éste.

—En Zubovka, a treinta verstas de Shirokoye, una santa virgen ha estado en éxtasis siete días, y al despertar el día octavo

los ángeles la han conducido a la iglesia. La gente que estaba en misa la ha visto, y en una mano llevaba un pedazo de carne y en la otra un poco de hierba verde. Esta carne cura toda clase de enfermedades. El tullido anda cuando le han tocado con ella y el ciego ve. Si traemos un poco de esa hierba al pueblo seguramente lloverá.

Aquella noche el abuelo Maxim Fedunof llevó la noticia de la santa virgen a las mujeres del río y agregó:

—Id allí, hijas mías. Está a treinta verstas por el camino del Tártaro, todo seguido, sin dejar la carretera. Allí encontraréis la santa virgen. Coged un poco de la hierba y traedla a nuestro pueblo, a nuestros campos. Pero tenéis que daros prisa, porque el Cielo no le ha dado mucha hierba y pronto se le habrá acabado.

Por la mañana temprano, antes de que el pastor Fila hubiera tocado su cuerno y de que su desgreñado mastín le hubiera contestado con su prolongado aullido, la tía Grunya Gurianova y Zinka tomaron el camino de Zubovka.

Aquella misma tarde algunas campesinas de Zubovka y Kamyshlof llegaron a Shirokoye, cayeron de rodillas delante de la iglesia y de rodillas se arrastraron hasta la puerta de la misma entonando himnos al Señor.

Los aldeanos de Shirokoye las contemplaban atónitos.

—Aquí ha ocurrido un milagro—les dijo una de las forasteras—. Un ángel vuela alrededor de vuestra iglesia, por debajo de la cruz, y el icono de la puerta se ha vuelto nuevo.

—No estaría mal guardarlas aquí a todas en la iglesia—pensó Markel Bykof—, si Ognef y su policía no nos metieran en la cárcel por ello.

La perspectiva le aterrorizó.

—¡No blasfeméis!—gritó a las mujeres.

III

Al mediodía, cuando más calentaba el sol y cuando los bueyes, sacudiéndose fatigosamente del cuerpo los enjambres de moscas, trataban de protegerse de sus rayos, Grunya y Zinka

dieron la vereda que iba de las colinas de Bisjan hasta el Alai. Caminaban despacio, con la cabeza inclinada.

—¿Qué les diremos? ¿Qué les diremos?—murmuró Grunya.

Al llegar al río fueron acogidas por una salva de preguntas que les dirigieron las mujeres allí reunidas.

—La Virgen ha muerto—exclamó Grunya inopinadamente—. Ha muerto el día octavo.

Las mujeres se echaron a llorar y las dos trabajadoras sudaron todavía más la cabeza. Juntas todas salieron por la calle arriba. En la calle, sus gritos se mezclaron con el cántico de los popes alterando la siesta de los aldeanos de Eurokaye.

Kirka salió de su casa, miró a las mujeres, escupió en el suelo y murmuró al tiempo que corría el largo cerrojo de hierro de la puerta:

—Podéis seguir cantando, podéis seguir.

Se subió al pajar y se tumbó sobre la descabezada y sedosa paja. Esta olía a centeno y a cuticrol fermentado. Del otro lado de la cerca zumbaba un moscón y gorjeaban los gorriones. Sobre él, debajo del tejado, zumbaban las moscas perezosamente. En el corral de Bykof, Kirka oyó alzarse la voz aguda y monótona de Pavel.

—Esta no, aquélla. Esta no, aquélla.

Kirka se levantó y miró por encima de la cerca. En el corral de Bykof se hallaba el caballo enjaezado ya. Tenía una pata cogida en las bridas. Pavel estaba agachado y gritaba:

—Esta no, aquélla. Esta no, aquélla.

El animal pataleaba en el endurecido suelo y aplastaba las orejas. No podía comprender a Pavel y en consecuencia se enfurecía. Pavel seguía gritando al tiempo que le golpeaba las rodillas con el mango del látigo:

—Esta no, aquélla. Esta no, aquélla.

Ulka salió del cobertizo.

—¡Oh, qué sesera! ¿No puedes tú quitar las riendas?

La mujer tocó al caballo en la pata y dijo dulcemente:

—Levanta esta pata, *Bulanka*.

Inmediatamente *Bulanka* levantó la pata. Ulka desenredó las riendas. Pavel se echó a reir y apoyó un sucio dedo en el pecho de Ulka.

—¡Quita de ahí, asqueroso!

Ulka le dio una bofetada con la mano húmeda y corrió a la puerta. Desde allí le hizo una mueca y gritó remedándole:

—¡Esta no, aquella! ¡Renacuajo!

Ulka penetró en la casa. Durante un rato Pavel anduvo alrededor del caballo, tirando de las riendas de un lado a otro y arrollándoselas al brazo. Luego se subió al carro, se dejó caer, se puso en cuclillas en el suelo y con el mango del látigo empezó a trazar el perfil de una enorme herradura en el polvo del corral.

Kirka lanzó un suspiro y volvió a desplomarse sobre la paja.

—¿Por qué ha de ser así? ¿Por qué ha de llevar un hombre estas cadenas conmigo? Tiene derecho a arrancárselas, pero no lo hace. Ese idiota de Panka... Y lo mismo Ulka... Se iría a la tumba con las cadenas alrededor del cuello.

Sus pensamientos tornaron a Zinka.

Kirka estaba furioso porque Zinka había ido a Zubovka y había ido en secreto. Al principio había tomado la resolución de decirle en cuanto volviera que buscase otro compañero de vida que quisiera su vida con otro. Estaba decidido a eso... Al principio pensó en darle la vaca y quedarse él con el caballo. La vaca era de raza excelente y la había criado él mismo, la había llevado en sus brazos cuando era una ternerilla desvalida. Ahora la vaca de Kirka era la más hermosa de todo el rebaño. Le daba pena separarse de ella. Kirka decidió quedarse con la vaca. ¿Y Zinka? Bueno, Zinka podía quedarse con las ovejas... Pero Kirka había elegido él mismo las ovejas. Más de una vez había recorrido las cincuenta verstas que distaba la granja del soviet a causa de las ovejas y ahora se iría a quedar con ellas algún extraño, que seguramente mataría a las mejores porque no cuidaría de ellas. No, Kirka no le daría tampoco las ovejas. Lo mejor que podía hacerse (ni que decir tiene que no se separaría del caballo hasta su muerte) era que Kirka se quedara con todo el ganado y el grano y Zinka se quedara con la casa. Que viviera allí. Pero también es verdad que Kirka había invertido muchas energías en construir la casa. ¿Sería para algún extraño para quien él había pasado las noches sin sueño y doblado la espalda sobre la azuela trabajando más que diez hombres juntos? En cierto caso...

ía, sí, puede que en ciertos casos no hubiera procedido muy racionalmente; pero ¿iba ahora a entregar su casa a un extraño y volver a pasarse noches sin sueño y días de martirio para conservar otra casa? No; no entregaría la casa. Pero ¿y Zinka? Kirka extendió los brazos desesperadamente. No le podía dejar nada...

A Kirka se le figuraba que él y Zinka se hallaban atados por una fuerte cadena. Un extremo de ésta rodeaba su cuello, el otro el de Zinka. Él tiraba en una dirección y Zinka tiraba en la dirección contraria. O mejor dicho, Zinka no tiraba. Permanecía elevada resueltamente en un sitio, aguardando que Kirka dejara de tirar para poder seguir de nuevo los dos juntos, felices como una joven pareja, a lo largo del mismo camino...

Cuando llegaron a casa de Kirka, las mujeres cesaron en sus cánticos, cuchichearon entre sí y luego se dispersaron. Zinka quiso abrir la puerta de la cerca. Su corazón se contrajo de dolor y sus manos temblaron.

—¿Qué es esto? ¿La puerta cerrada?

Y gritó:

—¡Kiryusha!

—¿Quién es?

—¿Quién va a ser? ¡Yo! ¡Soy yo!

—¡Ah! ¿Eres tú? Bueno, pues sigue rezando a Dios. Puede que Él te abra la puerta. Yo no soy el portero.

Zinka golpeó ligeramente la puerta con el puño. Las piernas se le doblaban y la espalda le dolía a causa del largo viaje. Habría querido acostarse allí mismo, junto a la puerta, y quedarse profundamente dormida. Al principio sollozó calladamente, luego más fuerte. Su respiración fué entrecortada por breves y violentos hipidos.

—No lloriquees. Tus lágrimas no me conmueven. Sólo consiguen irritarme.

Los sollozos cesaron. Stepan Ognef se acercó a la puerta y habló dulcemente a Zinka. Luego saltó la cerca y subió al pajar. Stepan se sentó a los pies de Kirka con las cejas unidas en una tupida recta.

—¿Qué haces aquí acostado desde hace tres días? Las mujeres andan todas excitadas. Quieren que se celebre una procesión

y todo el mundo está trastornado y fuera de sí. Mientras tanto, tú te estás aquí tumbado encima de la paja. Mereces una buena paliza, lleno —agregó irritadamente—, ¿por qué no dices algo?

—¿Una paliza? Siempre es fácil encontrar alguien para hacer eso; pero ¿quién va a curar las heridas?

—¿Quién? ¡El ejército!—exclamó Ogniov—. En el ejército le curan en seguida. En el frente hubo heridas graves; pero cuando llegaba el comisario se curaban en un momento. ¿Entiendes, tonto? Pues bien, piensa en los verdaderos trastornos que hay ahora. La gente se muere del calor, todo se está echando a perder, y tú te estás aquí dormido pensando en tus pequeños dolores y sufrimientos. ¡Todo este alboroto por un simple granito! Ahora tienes que darnos pruebas de alguna iniciativa, tienes que reunir a la gente, organizarla y conducirla a combatir el hambre al unísono... ¡Y aquí estás tú con tu granito! ¿Tienes una riña con tu mujer y corres a esconderte en el pajar? Sí; has olvidado todo lo que Lenin nos ha dicho...

Al pronto Kirka se sintió enfurecido por las palabras de Ogniov, pero al oír el nombre de Lenin sonrió amargamente.

—Pero, tío Stepan, ¿qué voy a hacerle yo? ¿Voy a tapar el sol con un colchón o mandarle una nota diciéndole que no debe retardar tanto, eh?

—¡Oh, cabezón!—exclamó Ogniov riéndose—. ¡Cómo te has acostumbrado a tus papeletas! Escucha—agregó ya en serio—: las nuevas parcelas abarcan unas trescientas dieciatinas. Tenemos que construir una presa en el Alai y regar las parcelas, para que si no sacamos nada de las cosechas podamos tener por lo menos patatas y calabazas. Así saldremos adelante. ¿Has comprendido, gente?

—También yo había pensado en eso, pero ¿lo aceptarán?

—¡Vaya un majadero que estás hecho! ¡Y eso que dicen que nuestro presidente es famoso en toda la comarca! No sabe decirles que a la gente hay que organizarla, unirla, convencerla. Decirles: aquí, de un lado, está la tumba, y aquí, de otro, la vida, la vida para vosotros y la vida para vuestros hijos. ¿Qué prefiere, morir o vivir? ¡Elegid! ¿Creen que no van a elegirlo? ¡Hala, vamos allá!

Ambos bajaron del pajar.

—Kirill Senafontich, precisamente quería verte—dijo Markel Bykof llegando hasta la cerca.

—¿Sí?

—Sí—dijo Markel rascándose la espalda, toda erizada a causa de la presencia de Ognef—. Ya sabes cómo se ha puesto el mundo se ha vuelto loco. Ahora quieren salir con los santos a tomar para que llueva.

—¿Una procesión?

—Sí. Eso es. Una cosa así.

—¿A qué viene todo eso, Markel Petrovich? El salir a dar un paseo no va a servirnos de nada.

—Ya lo sé—dijo Markel encogiéndose de hombros—. Yo creo en ello tan poco como tú, pero no cabe duda que ellos lo quieren.

—Bueno, ¿qué te parece?—dijo Kirka volviéndose hacia Ognef y sonriendo—. Por mi parte yo no me opongo. Si queréis rezar, rezad. Y si no queréis, no lo hagáis. ¿Cuándo queréis hacerlo?

—Hoy, en la misa de por la tarde, y mañana por la mañana con los iconos...

—Perfectamente. Podéis hacerlo, con la bendición de Dios.

—Bien, magnífico, magnífico—murmuró Markel echando a correr al cobertizo en que le esperaban los creyentes, Nikita Gerrianof, Chizhik y Shlenka.

—¿Qué? ¿Has visto?—dijo Kirka riéndose.

—Sí. ¿Sabes lo que vamos a hacer?

Y Ognef se inclinó hacia Kirka y le susurró al oído unos momentos, gesticulando enérgicamente según hablaba.

—De acuerdo—dijo Kirka—. No estará mal.

Stepan se fué a su casa y Kirka entró en su vivienda.

Zinka se hallaba sentada en un rincón borrando una cabeza de cerdo que había sido dibujada con yeso en el icono. Haciéndolo sollozando y murmurando quedamente para sí:

—Lo ha hecho él para burlarse de Dios... Ha querido insultar a Dios y también a la Santísima Virgen... Dicen que la Santísima Virgen tenía una hierba milagrosa, y luego unas gentes han dicho que fabricaba aguardiente y se la han llevado al puesto de policía... ¡Oh Dios mío, no les dejes hacerlo!

Ambos bajaron del pajar.

—Kirill Senafontich, precisamente quería verte—dijo Markel Bykof llegando hasta la cerca.

—¿Sí?

—Sí—dijo Markel rascándose la espalda, todo confuso a causa de la presencia de Ognef—. Ya sabes cómo es la gente. Todo el mundo se ha vuelto loco. Ahora quieren salir con los iconos a rezar para que llueva.

—¿Una procesión?

—Sí. Eso es. Una cosa así.

—¿A qué viene todo eso, Markel Petrovich? El salir a dar un paseo no va a servirnos de nada.

—Ya lo sé—dijo Markel encogiéndose de hombros—. Yo creo en ello tan poco como tú, pero no cabe duda que ellos lo quieren y sonriendo—. Por mi parte yo no me opongo. Si queréis rezar, rezad. Y si no queréis, no lo hagáis. ¿Cuándo queréis hacerlo?

—Hoy, en la misa de por la tarde, y mañana por la mañana con los iconos...

—Perfectamente. Podéis hacerlo, con la bendición de Dios.

—Bien, magnífico, magnífico—murmuró Markel echando a correr al cobertizo en que le esperaban los creyentes, Nikita Cherianof, Chizhik y Shlenka.

—¿Qué? ¿Has visto?—dijo Kirka riéndose.

—Sí. ¿Sabes lo que vamos a hacer?

Y Ognef se inclinó hacia Kirka y le susurró al oído unos momentos, gesticulando enérgicamente según hablaba.

—De acuerdo—dijo Kirka—. No estará mal.

Stepan se fué a su casa y Kirka entró en su vivienda.

Zinka se hallaba sentada en un rincón borrando una cabeza de cerdo que había sido dibujada con yeso en el icono. Hacíalo sollozando y murmurando quedamente para sí:

—Lo ha hecho él para burlarse de Dios... Ha querido insultar a Dios y también a la Santísima Virgen... Dicen que la Santísima Virgen tenía una hierba milagrosa, y luego unas gentes han dicho que fabricaba aguardiente y se la han llevado al puesto de policía... ¡Oh Dios mío, no les dejes hacerlo!

Luego acudieron a su espíritu otros pensamientos, tenebrosos y dando vueltas como gentes que han perdido el camino en una noche oscura. Zirka trató de verlas con claridad y sólo la vista se le nublaba hasta que le dolieron los ojos. Pero no le fue posible distinguirlas.

—¡Oh Dios mío! ¡Oh Santísima Madre de Dios! ¡No se deje hacerlo!

Lanzó un suspiro y cayó de rodillas delante del icono. Con la mano derecha se persignó y murmuró una oración apenas perceptible.

—¡Lo mismo que un papel—dijo Kirka riendose al penetrar en la habitación—. ¿Por qué te levantas? Mamá, o quien fuera, se estuvo un día rezando de rodillas, según dicen, y tú te pones en cuanto me ves. ¡Golpéate la cabeza contra el suelo! A lo mejor sale algo.

Kirka miró por la ventana abierta a la calle, amodorrada en la calurosa tarde. Hasta las moscas se habían retirado a la sombra. Sólo en el corral de Pajom Fedotkin los cerdos se revolcaban en el frío lodo al lado del pozo, y Simón, el hijo de Akulina Ostrovna, dormitaba junto a la lobera, con la cabeza apoyada en el barril.

Ilya Maximovich penetró sin ruido y se sentó al lado de la hornilla. Zirka le ensalió la cabeza de cerdo pintada encima de horno.

—Hábiele, papaito.

Ilya Maximovich miró la encorvada espalda de Kirka y movió la cabeza con aire de reproche.

—¡Simón!—gritó Kirka desde la ventana—. ¡Eh, tonto! ¿Estás dormido?

—¿Qué-é?—se oyó contestar.

—No te hagas el remolón. Corre a casa del pope y dile que el presidente necesita verle en seguida. Ha venido un inspector para el de la ciudad y tiene que firmarle.

—¿Me vas a dar un poco de tabaco por ir?

—Sí; te daré dos onzas. Y de paso entra en casa de Pedro Kudeyarof y dile que traiga un litro de lo mejor. Pero que

Luego acudieron a su espíritu otros pensamientos, tambaleándose y dando traspiés como gentes que han perdido el camino en una noche oscura. Zinka trató de verlos con claridad y clavó la vista en los cuadros hasta que le dolieron los ojos. Pero no le fué posible distinguirlos.

—¡Oh Dios mío! ¡Oh Santísima Madre de Dios! ¡No le dejes hacerlo!

Lanzó un suspiro y cayó de rodillas delante del icono. Con la mano derecha se persignó y murmuró una oración apenas perceptible.

—¡Lo mismo que un pope!—dijo Kirka riéndose al penetrar en la habitación—. ¿Por qué te levantas? Moisés, o quien fuera, se estuvo tres días rezando de rodillas, según dicen, y tú te paras en cuanto me ves. ¡Golpéate la cabeza contra el suelo! A lo mejor sale algo.

Kirka miró por la ventana abierta a la calle, amodorrada en la calurosa tarde. Hasta las moscas se habían retirado a la sombra. Sólo en el corral de Pajom Pobelkin los cerdos se revolcaban en el frío lodo al lado del pozo, y Simón, el hijo de Akulina Chesalona, dormitaba junto a la hoguera, con la cabeza apoyada en un barril.

Ilya Maximovich penetró sin ruido y se sentó al lado de la hornilla. Zinka le enseñó la cabeza de cerdo pintada encima del icono.

—Háblele, papaito.

Ilya Maximovich miró la encorvada espalda de Kirka y meneó la cabeza con aire de reproche.

—¡Simón!—gritó Kirka desde la ventana—. ¡Eh, buen mozo! ¿Estás dormido?

—¿Qué-é?—se oyó contestar.

—No te hagas el remolón. Corre a casa del pope y dile que el presidente necesita verle en seguida. Ha venido un despacho para él de la ciudad y tiene que firmarlo.

—¿Me vas a dar un poco de tabaco por ir?

—Sí; te daré dos onzas. Y de paso entra en casa de Pedro Kudeyarof y dile que traiga un libro de lo mejor. Pero que

como es debido, ¿entiendes? Así: "El presidente ha ordenado que le lleves un litro de lo mejor." ¡Hala, ahora!

—¿Para qué quieres el aguardiente?—preguntó Zinka desconsolada. ¿Vas a darte ahora a la bebida? Eso sólo nos faltaba.

—Oye, Kiryusha—dijo Ilya Maximovich—, ¿has perdido el juicio, o qué?

—¿Qué vas a hacer?—gritó Zinka—. No podemos mostrar la cara en el pueblo, y todo por causa tuya. Y ahora te vas a dedicar a la francachela. ¡Estás martirizando a tu mujer y a todo el mundo! ¡Sí, tú, tú!

—No digas desatinos, Zinushka. Pierdes la cabeza por nada.

Ilya Maximovich le acarició la cabeza y miró a Kirka. Pero Zinka siguió gritando entre sus sollozos:

—¡Deberías retener la lengua cuando hablas de Dios y no blasfemar! Dios tiene paciencia, mucha paciencia, pero después de eso...

—Muy bien, dame tiempo.

—No. No es ésa la cuestión. De ningún modo. Vosotras, las mujeres, en vez de curar una herida, no hacéis más que agrandarla. Escucha, Kiryusha: ¿por qué no me dices lo que te propones realmente? Después de todo, yo no soy tonta ni soy un extraño para ti. ¿Qué es lo que tienes en la cabeza? No olvides que es muy peligroso jugar con los campesinos. En seguida le tumban a uno. Vamos, dímelo.

Kirka lanzó un profundo suspiro y se sentó en el banco. Había pensado librarse de las tenaces y vigorosas manos de Plakushechef, y mira por dónde Ilya Maximovich le hablaba afable y cariñosamente.

—Queremos construir una presa... para regar el valle.

—¡Oh, eso es magnífico! Estoy de acuerdo. No tengo nada que oponer. Debemos construir una presa y para ello trabajaremos todos juntos... Y tú—agregó volviéndose hacia Zinka—, no te pases el tiempo enfurecida y renegando. La idea de tu marido es magnífica. Significa un gran negocio. Bueno, me voy a hablar de esto con algunos de ellos.

Ilya Maximovich salió.

Kirka se le quedó mirando a través de la ventana con el ceño fruncido. Luego se volvió hacia Zinka.

—¿Dónde está la compota?

—En la cueva—murmuró Zinka a través de sus lágrimas.

¿Para qué la quieres?

—Eso es cuenta mía.

Kirka bajó a la cueva. Zinka hipó y luego se puso a sollozar a gritos secos y penetrantes. Poco a poco sus sollozos hicieron más fuertes. Murmuró para sus adentros, y viendo que Kirka no reaparecía le gritó:

—¡Y a ella, a tu Ulka, la voy a sacar los ojos! ¡Espera y verás! ¡La voy a sacar los ojos!

Kirka se sacudió y para ahogar la voz de su mujer se puso a cantar la *Internacional*. En un rincón había un montón de calabazas. Lanzó una mirada a ellas y se dijo:

—¡Qué broma es! Se está muriendo la gente de hambre y él tiene montones de calabazas pudriéndose en la cueva. Y además es estéril. ¿De qué sirve una mujer que no tiene hijos? Es un pepino en conserva, no una mujer.

Kirka pensó en Ulka, lozana y vigorosa. Se la imaginó llevando en brazos un pequeñuelo tan parecido a Kirka como una gota de agua a otra.

—¡Uf!—dijo escupiendo y riéndose para sus adentros—. ¿De qué está pensando el camarada Zhdarkin? ¡Déjate de eso! ¡Tienes cosas serias que hacer y tú te estás aquí pensando en las mujeres, majadero!

IV

Mishka tocó la campana para la misa de la tarde.

Las quebradas notas de la vieja campana repercutieron a través del aire bochornoso, y penetraron por las ventanas y puertas abiertas de las chozas de los campesinos llamándoles a la oración.

Las mujeres se santiguaron, los hombres se untaron pomada en el pelo, los jóvenes se pusieron la ropa de los domingos y todos los habitantes de Shirokaye hallábanse en camino hacia

diminuta iglesia del pueblo. Markel Bykof marchaba a la cabeza de la larga fila. Llevaba botas de afiladas punteras y andaba con gran solemnidad. Detrás de él iban Mirka Sjörn con destrozados chanclos de mujer, Petka Kuskyarof y Nikita Gurianof, haciendo las mujeres, llevando pañuelos grises, y la gente joven en indumentaria de fiesta. Detrás de todos iba el abuelo Maxim Fedunof, tosiendo a causa del polvo y trotando como una vieja cabra detrás del rebaño.

Tambaleándose ligeramente, Kirka se aproximó a la cerca y contempló la procesión de verdaderos creyentes. Cuando todos hubieron pasado se volvió y le dijo a Simón:

—En cuanto hayan desaparecido todos coge el jamelgo de Bykof y aparéjalo y luego te apoderas de ese que está ahí tumbado como un saco. Y ahora no olvides lo que te he dicho. Ponle en el carro y llévale a la iglesia. Pero procura que todo salga bien. Yo estaré en el soviet.

Dos terneras salieron trotando por la callejuela a la calle de Krivaya y se detuvieron ante el corral de Mirka Sjörn. De pronto, como a la voz de mando, se pusieron a mugir, alargando el cuello hacia la puerta. Fueron seguidas de las vacas, que levantaron nubes de polvo al moverse, agitando sus repletas ubres de un lado a otro. Detrás de las vacas vinieron algunas ovejas atropellándose unas a otras con *desazón*.

—¡Oh, estos bichos!—gritó Ulka saliendo precipitadamente del corral de Bykof.

Las ovejas se dispersaron y volvieron a reunirse mirando estúpidamente las estacas de roble de la cerca y la puerta. De pronto echaron a correr por la calle, seguidas de los campesinos que se habían quedado en casa y que habían salido a la calle atraídos por el ruido. Los campesinos hacían más ruido todavía que los mismos animales. A medida que iban cogiendo las ovejas las conducían a los corrales respectivos.

Ulka cogió su oveja en la esquina de la choza de Tyrkin y la arrastró a su casa de las patas delanteras. Al pasar por delante del soviet lanzó una mirada a Kirka por encima del hombro. La mujer acababa de darse una carrera y sus mejillas aparecían coloradas bajo la atezada piel. Su alto y desarrollado

pecho se movía rítmicamente bajo la fina blusa de algodón. Desde la ventana Kirka vió sus senos, apretados como dos bloques de hormas, a través del escote de su blusa gris.

—¿Qué es lo que miras?—gritó Ulka aflojando imperceptiblemente el paso.

Kirka se puso colorado y quiso contestarle en son de broma. "Deberías taparlos." Pero guardó silencio.

—¡Di, vieja bruja! ¿Qué es lo que miras?—gritó Ulka otra vez.

—¡Ah! Se lo dice a la oveja—pensó Kirka.

Y asomándose a la ventana gritó:

—¡Ulka! ¿Por qué no dices al viejo diablo que saque las ovejas de la iglesia lo mismo que hace con las vacas?

Ulka se detuvo restregándose el hombro con la mano izquierda y meneó la cabeza.

—No te ocupes del demonio. Más valía que vinieras a ayudarme.

Kirka se sentó y miró para otro lado.

—Esa no es la misión de un presidente. Yo no he sido elegido para ocuparme de las ovejas. He sido elegido para ocuparme...—se detuvo un momento a reflexionar—de los mosardones.

—¡Ahí le tenéis! No le parecen bien las ovejas. Pero los mosardones pican.

—¿Eso qué importa? En cambio tienen muy buena voz.

—¡Qué charlatán te has vuelto, Kirill Senafontich!

Ulka se sonrió, se estiró el vestido y arrastró a la oveja un poco más.

—¡Ulka!

—¿Qué pasa ahora?

Ulka se detuvo, meneó la cabeza y siguió andando hasta la puerta de su casa. Abriéndola de un puntapié introdujo a la oveja en el corral. Las otras la siguieron. Ulka se cruzó de brazos y se quedó mirando a la casa del soviet.

—¡Qué tonto soy!—murmuró Kirka mirándola— Si no la gente nunca acabarán de hablar de ello.

Kirka se quitó de la ventana y se sentó a la mesa, pero después de un momento se levantó y asomándose de nuevo gritó a Ulka.

Todavía vagaban por la calle unas cuantas ovejas. Las terneras mugían, y los chiquillos, abandonados en las chozas, lloraban sin cesar. Un jamelgo enganchado a un carro salió de pronto del corral de Kirka y el curioso vehículo avanzó por la calle en dirección de la iglesia.

—¡Kirill Senafontich, so demonio! ¿Qué es lo que te has propuesto? ¡El pope en carroza!—exclamó Ulka echando a correr por la calle riéndose a carcajadas.

La iglesia estaba atestada de los fieles creyentes.

Las mujeres se encontraban a la izquierda, con los labios apretados severamente y con una expresión solemne en el rostro que parecía decir: "Sólo en Ti, Todopoderoso, creemos y confiamos", en tanto que cada cual pensaba: "¿Habrán cuidado la vaca? ¿Habrán metido los bollos en el horno?"

Los hombres se encontraban a la derecha, mirando al suelo y deseosos de dormir. Al fondo se hallaba Markel Bykof junto a su caja de velas atusándose la barba y vendiendo cirios. Mientras hacía sonar las monedas de cobre pensaba en su mujer enferma, en sus hijos, que no seguían sus pasos, y en Kirka, que se estaba riendo siempre de él, el bribón. Cuando Ulka entró en la iglesia siguiendo de cerca al pope, Markel pensó: "¡Es una preciosidad! Hasta a los campesinos se les van los ojos tras ella... ¡Es sabrosa!"

Todo el mundo se quedó perplejo. Tambaleándose de un lado a otro, el padre Jarlampy subió al altar. Llevaba el cabello en desorden, sus brazos colgaban inertes y sus labios sobresalían como si fuera a escupir.

—¡Fijarse qué atormentado está!—cuchichearon las mujeres.

Los hombres agacharon todavía más la cabeza y se dieron unos a otros con el codo.

El padre Jarlampy permaneció en el altar mientras el monaguillo abría el libro disponiéndose a ayudar a la misa. El pope bajó del altar, se detuvo unos momentos junto a la barandilla y volvió a subir a su sitio.

—¿Qué le ocurrirá?—pensó Markel—. Debe haber pasado algo. Se me figura que Kirka ha hecho de las suyas.

Cerró la caja de las velas, se metió la llave en el bolsillo y se dirigió precipitadamente por la nave central hacia el altar.

Ya iba a subir el primer escalón cuando el padre Juliampy volvió a bajar del altar y se quedó mirando a los fieles con ojos turbios. Levantó la mano lentamente y se puso a hablar, bajando bruscamente numerosas veces como si estuviera golpeando a alguien.

—Deseo deciros... Escuchad, las mujeres no deben venir a mi iglesia si no se han lavado. No se puede venir aquí lleno de suciedad. Así no se puede venir a la iglesia. ¿Me lavo yo o no me lavo?

Mitka Spirin se precipitó hacia delante y exclamó:

—¡Eh, tú! ¿Qué es lo que estás vociferando ahí? ¿Qué tenerias con ésas? Eso no es cuenta tuya. ¿A qué nos habías de bañar? ¡A ti sí que te vamos a dar un baño!

Esto le tiró a su marido de la manga.

—¡Mitya, cállate!

—¿Quién es él? ¿Es suya la iglesia? No es suya, es nuestra.

—Muy bien, muy bien, es vuestra—y Juliampy se echó a reir como un chiquillo y se desplomó junto a la barandilla del altar.

Los creyentes cuchichearon entre sí. De pronto Akulina Chesalkina se puso a chillar. Los hombres vociferaron y la gente joven se echó a reir estrepitosamente. Hablando a voces unos con otros salieron en tropel de la iglesia y se dirigieron por la calle siguiente. Simón Chesalkin corrió a su encuentro.

—¡Venid al mitin, ciudadanos!—gritó—. Vamos a tratar de los impuestos y otras cosas.

V

Llegó la noche y la oscuridad se extendió sobre los techos de las chozas apagando el reflejo del tejado de pizarra de la casa de Yegor Stepanovich Chujliaf. Hasta la paja del techo de Shlenka parecía lisa y en orden.

El mitin se celebraba junto a la lechera en donde durante el día los gorriones gorjeaban sin cesar y Simón Chesalkin estaba contra el barril.

—Ya es hora de dormir—pensaba el abuelo Pajom Potelkin mirando a los reunidos, a la mesa vagamente alumbrada por una sola vela y a Kirka—. Y ahora empiezan con este lamentable asunto.

—Ciudadanos—comenzó Kirka inclinándose hacia delante sobre la mesa—. Se abre la sesión. Haced el favor de nombrar un presidente para la asamblea.

—¿Cómo? ¿Otro presidente?—murmuró Pajom sacudiendo la cabeza—. ¿Otro?

—Tú mismo, Kirill Senafontich.

—Nombrad otro para cambiar. ¿Por qué he de ser siempre yo?

—¡Nikita Gurianof!—gritó Mitka Spirin.

—Eso sirve.

—¡Nombradle!

—¡Vamos, Nikita!

—¡Que sea Nikita!

Kirka miró en la dirección de los gritos. Junto al muro en que se hallaba reclinado Nikita Gurianof se encontraba un grupo de campesinos que era el que proponía a Nikita. Gurianof les cuchicheaba algo y señalaba hacia la mesa.

—¡Oh! ¡Conque ha venido todo el regimiento por allí—pensó Kirka.

Y en voz alta dijo:

—Bueno, escribiremos el nombre de Nikita Gurianof.

—¡Zhdarkin, Kirill Senafontich!—gritó Petka Kudeyarof sentándose a una banqueta junto a la mesa—. ¡Kirill Zhdarkin! ¡Kirill Senafontich!

—Lo pondremos a votación—dijo Kirka—. ¡Los que estén conformes con Nikita Gurianof!

—¡Cuenta primero tus votos!

—No; por Nikita.

—Uno después del otro.

—¿Quién está por Nikita?

—¡Vamos, ciudadanos!—gritaron los hombres del árbol—. ¡Levantad las manos por Nikita!

—¡Votad por Nikita!

—¡No tengáis miedo, ciudadanos! ¡No hay nada que temer!

—¡Pido la palabra!—gritó Pajota.

—¡Ya hablarás después!

—Pero entonces se me habrá olvidado. Quiero hablar ahora.

tas vacas. Si las lleva a pastar a un mal sitio.

—Eso vendrá después.

—Pero yo...

—¡Cállese, abuelo!

—¡Eh! ¡No quieren dejarme hablar! Ahora no es como antes. Antes podíamos hablar todo lo que quisiéramos y hablar...

—¿Quién vota por Nikita Gurianof?

Junto al árbol se levantaron unas veinte manos.

—¡No basta!—gritó Petka Kudeyarof—. ¡Tenéis tantos votos como plantas tiene un cabello!

—¡Que se cuenten!... ¡Que se cuenten!

—Ya estoy contando—repuso Manafa.

—Ahora cuenta tus votos.

—Muy bien. El que quiera votar por mí que levante la mano.

—¡Ciudadanos!—gritó Petka Kudeyarof extendiendo los brazos—. ¡Vamos a votar por Kirill Semfontich Zhdarkin! ¡Levantad la mano!

Stepan Ogaf levantó su farol iluminando los rostros arrugados de los campesinos, unos barbudos, afeitados otros.

—Uno, dos, tres—comenzó Manafa—. Haced el favor de tener la mano levantada, ciudadanos. Tres, cuatro. ¡Eh, tú! ¿Qué te pasa? ¿Es éste tu codo o qué? Si quieres levantar la mano levántala. Cinco, seis...

—¡Un chaparrón!—gritó uno.

Kirill Semfontich obtuvo la mayoría.

—Bueno—comenzó—, tenemos dos cuestiones en el orden del día. La primera se refiere a los impuestos y la segunda es si debemos dividir en grupos la comunidad del pueblo. Bajo este punto discutiremos la proposición de construir una presa en el río Alai con el objeto de regar el valle. ¿Queréis plantear alguna otra cuestión?

—No.

—Con eso ya tenemos hasta mañana.

Kirka se puso a leer con voz rápida y clara:

—La cuestión de la tributación es urgentísima y debe ser discutida inmediatamente en una asamblea de todos los ciudadanos. Los resultados de la discusión deberán ser comunicados en seguida al Comité ejecutivo... ¿Está claro?

Los campesinos permanecieron silenciosos tirando de los pantalones y de las camisas. Produjose una especie de murmullo como el de las cañas al susurrar débilmente bajo la brisa vespertina.

—Lo entendemos muy bien, pero, sin embargo, no está muy claro—murmuró alguien.

—Pido la palabra—dijo Mirka.

—Muy bien, Spirin tiene la palabra.

—Está muy claro—comenzó Mirka subiéndose a un tocón—. En realidad, está demasiado claro. Sólo que lo que yo tengo que decir es esto: ¿de dónde vamos a sacarlo? Nosotros no nos oponemos a pagar los impuestos, hermanos, pero ¿con qué vamos a pagar? No tenemos ni un rábano en los graneros.

Mirka había hablado a los campesinos sosegadamente, pero con la mayor seriedad en su voz. Ellos le contestaron hablando todos al mismo tiempo.

—¡Cualquiera sabe si tendremos ninguna cosecha!

—¡Y quieren impuestos!...

—¿De dónde lo vamos a sacar?

—Ya está bien. Que se suprima del orden del día.

—¡Y que no lo vuelvan a plantear!

—¡Es muy fácil hablar de los impuestos!

—Vosotros no tenéis que pagar nada.

—Siempre somos nosotros, nosotros. Nosotros somos siempre los que tenemos que pagar. ¿Cuándo vais a sacar algo a los campesinos pobres?—gruñó Filat Gusef desde el árbol—. ¿Cuándo vais a pagar ellos algo?

El abuelo Pajom, que se había quedado medio dormido, se despertó, y abriéndose camino a través de la muchedumbre, gritó:

—Y después de todo, ¿quién necesita impuestos? ¿Es que no podemos vivir sin ellos? ¿Para qué los queremos? No los pagaremos. Ya está. Es muy fácil, no los pagaremos.

—¿Y cuándo van a pagar algo los campesinos pobres?—exigió obstinadamente Filat Gusel.

Poco a poco se fué extinguiendo el alumen.

—¿Es eso todo?—preguntó Kirka.

Los campesinos se quedaron silenciosos agitándose y sorbiendo la sal.

—Me dejáis sorprendido—dijo Kirka tranquilamente—. Es cierto que hace años dependiendo de vuestra propia vida y bebida, os conducís como si estuvierais en la feria anual. ¿Qué sabemos con gritar? Absolutamente nada. Si no hay nada en los cestos, nada se os pedirá. Pensad un momento en lo que se os ha pedido que hicierais. Se os ha pedido que discutierais la cuestión desde el punto de vista legal. Es posible que la ley no sea justa y en ese caso tendremos que modificarla...

Kirka leyó el decreto sobre la tributación. Los ojos bizcos que robaban a Nikita Gusiasel asomaron de nuevo y se clavaron hacia el grupo situado junto a la mesa y que se había congregado alrededor de Zajar Katsef. De cuando en cuando Kirka fué interrumpido por exclamaciones, silbidos y gritos.

Cuando fué abordada la cuestión del reparto de la cosecha del pueblo el grupo de Gusiasel se alejó como apartando a los demás campesinos y sostuvo un continuo fuego de interrupciones.

VI

Cuando el pueblo abandonó la iglesia había oscurecido por completo. San Jorge, el matador del dragón, miraba colérico desde el icono y la Santísima Virgen de Kazan miraba derechamente frente a ella con ojos que abultaban como cebollas. Markel no había visto nunca los ojos así hasta entonces y varias veces, subir al púlpito, se volvió a mirarlos.

Jarlampy estaba tendido junto a la barandilla del altar. Había vomitado en la estrecha alfombra gris y un gato estaba lamiendo la vomitona y escupiendo como si probara bebida prohibida. Markel apartó al gato de un puntapié y llevó a Jarlampy arrastras a su casa.

—¡Aquí le tienes, madrecita!—dijo metiendo al pope en la vivienda—. ¡Ya ha terminado sus oraciones, gracias a Dios!

La mujer del pope se retorció las manos. Markel se enjugó el sudor de la cara y se encaminó a través de la oscuridad hacia la choza de Akulina Chessalkina. Sabía que desde la muerte de su marido la viuda Chessalkina almacenaba el propósito de vender las colmenas que aquél había cultivado.

—Dios bendice al hombre que vive con abejas—murmuró Markel—. No le roban a uno. Producen riqueza a su amo.

Al pasar por la casa del soviet se detuvo desconcertado. Iluminados por la luz de varios faroles, los campesinos pasaban uno tras otro como un rebaño de ovejas en el corral de Nikolai Pyriakin. Kirka y Nikita Gurianof se hallaban a la puerta gritando:

—Petka Kudeyarof, por el reparto.

—Matvey Trufilkin, por el reparto.

—Mitka Spirin, contra el reparto.

—Merkushchef, por el reparto.

—Yafim Zdobnof, por el reparto.

—Fadey Gurianof, contra el reparto.

—Se han vuelto locos todos—pensó Markel—. Pero ¿por qué será por lo que se han vuelto locos? En fin, tengo que marcharme...

Volvió la esquina y llegó a la choza de Akulina.

—Sería magnífico que me diera las abejas por quince puds. Pero no va a querer, la maldita. Sin embargo, sería magnífico. De todas formas yo no pienso darle dieciséis.

Cuidadosamente levantó el picaporte y lanzó una mirada en derredor del corral para ver si había algún perro. Markel tenía miedo a los perros. Tranquilizado, se escurrió sin ruido dentro de la choza. Akulina estaba ocupada en la despensa y hablaba con su hijo.

—¿Le has insultado, Simka?

—Sí—contestó Simón, que estaba acostado en la cama.

—¿Le has llamado cochino?

—Sí; se lo he llamado. Déme algo que comer.

—¿Le has dicho que era un estafador y un granuja y un ladrón?

—Sí; un estafador y un granuja y un ladrón.

—Y todavía es poco. Deberías haberle dicho algo más. Deberías haberle dicho: "Puedes dar gracias a que no tengo pedido a que mi padre ha muerto, porque si no, ya te hubiera enseñado de él..." —y Akulina se acercó a la puerta y la golpeó con una cuchara de madera—. Sí; ya te hubiera enseñado tú a ti misma.

—Pero ¿de quién estáis hablando?

—¡Anda! Pues del sastre, Markel Petrovich. Ha hecho una chaqueta al chico y las mangas les ha estropeado, el tío bribón. Se estuvo tiempo y tiempo y al fin fui a verle y le dije que si la había terminado o pensaba estarse con ella toda la vida. Entonces fué y me dijo: "Ahrutita, Akulina. Ya no falta nada. Sólo hay que coserle las mangas y eso le puedes hacer tú misma. Yo estoy muy ocupado." Y yo me la traje.

Akulina corrió al armario, sacó una chaqueta hecha con paño gris de uniforme y la sacudió.

—Me la traje y le puse las mangas y ahora ¡ya ves lo que parece! Habría que arrancarle la barba por un trabajo así. Resulta que me he gastado hasta el último copek en hacerle un chaqueta al chico y ahora no puede salir a la calle. Prefiere Simka. Enséñasela.

—¡Oh! ¡Déjame en paz!

—¡He dicho que te la pongas!—gritó Akulina— ¡Pero diablejo! ¡Me estás matando a disgustos! ¡Póntela, te digo! ¡Póntela, hijo de perra!

—Pero si puedo verla así.

Y Markel cogió la chaqueta y examinó las mangas. Al principio no observó nada de particular en ellas. Las mangas eran lo mismo que todas. No tenían agujeros ni remiendos. A decir verdad, estaban bastante bien hechas. Pero de pronto, Markel se echó a reír.

—¿Las has puesto tú misma?

—Sí, yo misma, Markel Petrovich, yo misma. Fijate en mis pinchado todos los dedos.

—¡Pero mujer! ¡Fíjate! ¡Lo has hecho todo del revés!

puesto la manga derecha en el hombro izquierdo y la izquierda en el derecho!

—¡Ahí tiene usted!—gritó Simón soltando de la risa.—¡Ya se lo decía yo! Ya le decía yo que había sido culpa suya. Lo había usted hecho mal y no hacía más que insultar al santo. Lo rra la boca cuando estén bailando los mayores!

—¡Cállese usted!

—¡Mírale! ¡Cualquiera hace carrera de él! ¡Si te pudra viste ra ya te calentaría las costillas!

—Escucha, Akulina—la interrumpió Markel—. ¿Qué hay de tus abejas? Dicen que van a poner un gran impuesto sobre las abejas.

—¿De dónde voy a sacar yo el dinero para pagar los impuestos?

—Eso les tiene a ellos sin cuidado. Ellos lo piden y nada más. Pero mira, puesto que eres parienta mía, aunque no poco lejana, por la línea del bendito Semyon, que en paz descanse, voy a darte un buen consejo. Deja las abejas, véndelas. Entonces te verás libre de los impuestos.

—Pero ¿a quién se las voy a vender? ¿Quién me las va a comprar? Dicen que los campos están lo mismo que el año negro.

—Es verdad. Hoy día es muy difícil vender nada. Se acerca un año de hambre. Sí, sí. Es muy difícil. Acaso, una suerte... Por ejemplo, hace poco tiempo me han preguntado si no sabría de alguien que quisiera vender abejas. Y yo estaba tan ocupado que no tuve tiempo de preguntártelo. ¿Cuánto pensabas pedir por ellas?

—¿Cuánto piensas tú que debo pedir, Markel Petrovich? Aconséjame. Tengo doce colmenas y las abejas son muy grandes.

—Bueno, pues podrías sacar ocho puds por ellas—dijo Markel titubeando.

—¿Ocho? No; no las daré por ocho. ¡Anda! ¡En la primavera me daban dos chervonetz por cada colmena y tú dices que ocho puds por todas!...

—¿Qué tiene que ver la primavera pasada?—dijo Markel—. Ahora no estamos en primavera. En la primavera me da-

ban a mi *siento* cincuenta rublos por mi cerdo y si sabes lo vas uno al mercado tienes que llorar para que te den quince rublos. No hay que contar por la primavera—agregó Markel mostrándose disgustado—. Te convendría coger los ocho pud. Si las abejas se te mueren ni siquiera sacarás eso por ellas.

—Pero, Markel Petrovich—dijo Akulina, y su semblante se cubrió de arrugas—. ¡Reflexiona un poco! Tú mismo vendes una vela por cinco copeks y ya ves lo pequeñas que son, casi no se ven. Y éstas son abejas y además de la miel se puede sacar cera bastante para hacer mil velas. ¿Venderías tú las velas por tres copeks?

—Tú *véndelas* primero—se dijo Markel—y luego ya veré yo *cómo* vendo.

En voz alta replicó:

—No te ocupes ahora de las velas. Las velas son una ofrenda a Dios y no es éste el lugar oportuno para hablar de eso. Es un gran pecado.

El regateo prosiguió largo rato y durante el mismo hablaron también de sus parientes y amigos y del estado de las cosechas en los campos. Markel Petrovich desviaba continuamente la conversación a la cuestión del hambre y del gran número de campesinos que habían muerto el año negro.

—¡Ojalá no tengamos que cavar nuevas tumbas este año detrás de las eras! Cuando hay hambre la gente que queda no tiene fuerzas para llevar los cadáveres al cementerio y es mucho más conveniente cavar nuevas tumbas detrás de las eras.

En cuanto Simón terminó de cenar y se marchó a la cama Markel se abalanzó como un buitre sobre Akulina. Le recordó los días de su juventud. ¿No se acordaba de cómo ella y Markel habían jugado juntos? ¡Sí, sí! Entonces eran otros tiempos. No era como ahora, cuando cada muchacha elegía al hombre que amaba y cada muchacho elegía mujer siguiendo los impulsos de su corazón. Entonces era muy distinto. Puede que Markel se hubiera casado con Akulina y hubiera vivido con ella dichosamente hasta el término de sus días.

Akulina se conmovió hasta las lágrimas y por último cedió

a vender once colmenas a Markel Petrovich por dos pods de centeno.

Satisfecho de tan afortunada transacción y pensando en comprar más abejas y pasarse los días con ellas, Markel se dirigió de la viuda.

En el corral de Kirka Zidarkin bailaban algún tiempo. Markel avanzó calladamente.

—¿Qué haces ahí tan silenciosa, ahijada?

Zinka se estremeció y después de una breve pausa contestó:

—Estaba mirando las hortalizas, padrino.

—¿Las hortalizas? ¿Qué hortalizas hay ahora?—murmuró Markel disgustado—. ¿Cómo va a haber ahora hortalizas? Ya sé yo qué hortalizas son. He oído hablar de ellas y las he visto también con mis propios ojos.

Markel se sentó a su lado en silencio.

Los campesinos reunidos en la feria estaban armando un gran alboroto.

Markel meneó la cabeza.

—No, ahijada. Da verdadera pena mirarte. Eres una sabihonda, sí—y se inclinó hacia ella hablándole dulcemente—. Es una vergüenza lo que está haciendo en el pueblo. ¡Ya ves qué idea tan perversa! ¡Hartar de aguardiente al pope! Pero el pecado no ha de caer sobre la cabeza del buen padre: caerá sobre la suya, por blasfemo, y sobre la tuya. En tu casa ha sido donde ha puesto en vergüenza a una persona sagrada.

Zinka tenía el corazón bastante dolorido. No podía mostrarse en el pueblo porque las mujeres hacían de su vida una carga. ¡Y ahora venía Markel a restregarle sal en las heridas!

—El se precia de defender la verdad—prosiguió Markel—. Dice que la verdad se abrirá camino. Pero la verdad no siempre es necesaria. Nosotros hemos vivido mucho y sabemos cuándo es necesaria y cuándo conviene guardársela. Esto es a veces lo más sensato. Pero ¿y él? El se ha convertido de repente en un gran defensor de los soviets. Sin embargo, como llegue a suceder algo todos huirán de él como moscas de la pez. Sólo que puede darse

por seguro que la paz será untada a su puerta. No tendrá e
espatarria.

Zinka experimentó un doloroso y sofocante sentimiento. No podía comprender cuál era aquella verdad innecesaria de la que hablaba Markel. Por el contrario, ella le había pedido siempre a Kirka que le dijera la verdad, la verdad acerca de por qué había dejado de amarla, por qué estaba enfurecido con ella. Pero Kirka se limitaba a bufar y guardaba silencio.

En la oscuridad vieron a Ulka atravesar la calle corriendo velozmente, pero con cierto aire de cautela. El corazón de Zinka palpitó más de prisa y Markel se quedó mirando a su nuera hasta que se perdió de vista.

—¿Adónde irá?—pensó—. ¿Será verdad que se va con Kirka? Pero no; se oye la voz de él en la asamblea.

Markel se puso a hablar a Zinka de otras cosas.

—Lo mejor sería que dejara su cargo de presidente. Eso se le ha de acurrucar nada bueno. Fedunof lo dejó y fijate como está ahora. Tiene otro caballo de carreras y su tierra se encuentra en un estado magnífico.

—No se trata sólo del soviet—contestó Zinka trabajosamente—. Se pasa todo el tiempo leyendo libros. No hace más que leer y luego se pone delante del retrato de ese hombre, de ese Lenin, y se golpea el pecho con el puño gritando: "¡Puedes confiar en nosotros, camarada Lenin! ¡Cumpliremos tu voluntad! ¡La cumpliremos!" Sólo que esa voluntad yo no acabo de comprender qué es.

—Se tratará de las iglesias, seguro—le dijo Markel—. Kirka sólo tiene una idea en la cabeza y es destruir todos los templos sagrados para convertirlos en salones de baile.

—Una vez le dije, sólo por tratar de distraerle: "Kirka, hay que limpiar el caballo." Pero él me contestó: "El caballo es tuyo y la vaca es tuya. Cuida tú de ellos y déjame en paz."

—El hombre se ha vuelto completamente loco—terminó Markel después de una breve pausa.

Pensando en sus propios proyectos para desembarazarse de Kirka como presidente del soviet, aconsejó a Zinka que [illegible]

de su marido una declaración formal y formada de que le trans-
fería todo a ella.

—¡Pero si me lo da todo! "¡Ahí tienes!"—me dice—. ¡Quédate con todo! Vamos al servicio y allí formalizamos una liberación de separación y yo me iré a la ciudad. Vivir aquí es como vivir con una piedra en el cuello."

—¿Conque ha llegado hasta eso? ¿A dártelo todo, eh? Pero no se marchará. Seguirá aquí para arrepentirlo todo.

—Yo no le comprendo—prosiguió Zaika a través de su lágrimas—. Tan pronto me insulta y me maldice de tal manera que me entran ganas de no volver a hablarle nunca, como me muestra bueno y cariñoso y empieza a hablar de una nueva vida. "Pero ¿qué más quieres, Kiryusha?—le digo yo—. Tenemos una casa, un caballo, una vaca, pan y sólo dos bocas que alimentar. Podemos vivir como queramos." Entonces se enfurece terriblemente otra vez y empieza a gritarme. No le comprendo.

—Alguien debe de haberle embrujado.

Hacia la lejana los campesinos volvieron a gritar.

—¡Y el que no nos ayude no tendrá agua!—gritó Kirka.

—¡Ni tierra!

—¡Eso es!

—¡Votad por Kirill!

VII

Los campesinos se marcharon a su casa después de la reunión charlando volublemente en la oscuridad. Kirka se despidió de Ognef y torció hacia su casa tan cansado como si hubiera estado cargando gavillas todo el día. Pero sentíase muy feliz. Aquel día, él, Ognef y Zajar Katnef habían dado el primer paso para la destrucción de la vieja comunidad del pueblo. Verdad es que había habido que luchar muchísimo en la reunión: Nikita Gurinof y Mitka Spirin habían iniciado una pendencia con el objeto de demorar toda resolución. Al principio declararon que las mujeres no estaban presentes en la reunión y que sin las mujeres

de su marido una declaración formal y firmada de que le transfería todo a ella.

—¡Pero si me lo da todo! "¡Ah! fiestas!—me dice—, ¡Quédate con todo! Vamos al soviet y allí firmaremos una fórmula de separación y yo me iré a la ciudad. Vivir aquí es como vivir con una piedra en el cuello."

—¿Conque ha llegado hasta eso? ¿A dártelo todo, eh? Pero no se marchará. Seguirá aquí para estropearlo todo.

—Yo no le comprendo—prosiguió Zaika a través de sus lágrimas—. Tan pronto me insulta y me maldice de tal manera que me entran ganas de no volver a hablarle nunca, como se muestra bueno y cariñoso y empieza a hablar de una nueva vida. "Pero ¿qué más quieres, Kiryushka?—le digo yo—. Tendremos una casa, un caballo, una vaca, pan y sólo dos bocas que alimentar. Podremos vivir como queramos." Entonces se enfurece terriblemente otra vez y empieza a gritarme... No le comprendo.

—Alguien debe de haberle embrujado.

Hacia la leñera los campesinos volvieron a gritar.

—¡Y el que no nos ayude no tendrá agua!—gritó Kirka.

—¡Ni tierra!

—¡Eso es!

—¡Votad por Kirill!

VII

Los campesinos se marcharon a su casa después de la reunión charlando volublemente en la oscuridad. Kirka se despidió de Ognef y torció hacia su casa tan cansado como si hubiera estado cargando gavillas todo el día. Pero sentíase muy feliz. Aquel día, él, Ognef y Zajar Kataef habían dado el primer paso para la destrucción de la vieja comunidad del pueblo. Verdad es que había habido que luchar muchísimo en la reunión: Nikita Gurianof y Mitka Spirin habían iniciado una pendencia con el objeto de demorar toda resolución. Al principio declararon que las mujeres no estaban presentes en la reunión y que sin las mujeres

no podía adoptarse un acuerdo de tanta importancia. Entonces fueron contados los campesinos y se vió que el número de los concurrentes excedía con mucho al reglamentario. Después de esto Nikita planteó la cuestión del hambre, habló largo rato y por último declaró que no tenía confianza en los que contaban los votos. Por consiguiente, los campesinos hubieron de entrar uno a uno en el corral de Nikolai Pyrlakin, contándose así sus votos en pro o en contra del reparto de la comunidad del pueblo. La mayoría se declaró en pro. Esto hacía feliz a Kirka y también estaba contento porque todos los campesinos habían accedido a comenzar a la mañana siguiente los trabajos para la construcción de la presa. Al mismo tiempo, empero, una tristeza incomprensible oprimía su corazón.

—¿Qué será?—se dijo—. ¿Por qué soy así? Cuando estoy con la gente me siento muy bien, pero en cuanto estoy solo me entra la angustia.

Al acercarse a su casa oyó la voz de Markel desde el banco.

—Bueno, ya vienen ahí y yo tengo que marcharme. He comprado las abejas a Akulina y quiero ir a casa a decírselo a la familia. Les va a gustar.

—Pero háblele usted, padrino. A usted le teme algo.

—Lo haré. Pero se ríe siempre de mí. Sin embargo, espera un poco. Pronto se le habrá acabado la risa.

Kirka dió media vuelta y se marchó hacia el río Alai. Se sentó en una piedra en el mismo lugar en que las mujeres lavaban la ropa. El río juguteaba blandamente entre los frondosos sauces; la frialdad de la noche le rodeaba disipando su cansancio. Una ternera erraba por la parcela de Mitka Spirin mordisqueando las verdes calabazas. A Kirka le entraron deseos de tenderse en el suelo. Se escurrió de la piedra y se acostó sobre la fría arena.

Las ranas croaban en la charca y un perro ladraba en la calle de Krivaya. De Zaovrazhenoye llegaron las voces de unas chachas que cantaban al son de la armónica:

Nuestro presidente, Kirka
el que gobierna el soviet,

—¡Esos bastarduelos!—gruñó Kirka— ¿Qué les pasará que no pueden dejar de hablar de Ulka? Deben ser las artimañas de Nikita.

Sin embargo, el cantar le agradó. Inclinó la cabeza y pasó los dedos sobre la húmeda arena. Luego se levantó con el propósito de marcharse a casa, pero el ruido de alguien que andaba descalzo por el agua le detuvo. Miró alrededor: una mujer andaba por el borde del remanso alargando el cuello y gritando:

—¡Tel-tel-tel-tel!

La sílaba repercutió distintamente por todo el río. Kirka miró más atentamente. La figura que andaba por la orilla opuesta le era familiar. En aquel momento la mujer desapareció entre algunos arbustos y reapareció unos instantes después del lado más apartado del remanso. Nuevamente gritó:

—¡Tel-tel-tel-tel!

—¡Ulka!—gritó Kirka.

La mujer se sobrecogió, divisó a Kirka y contestó:

—Yo soy. ¿Quién llama?

—¿Qué haces por aquí a estas horas de la noche? ¿No tienes miedo a que los malos espíritus vengan a tentarte?—dijo Kirka riéndose.

Comprendió que esto daría una nueva oportunidad a los aldeanos para chismorrear, pero no era culpa suya.

—¿Miedo a quién?

—A los malos espíritus, he dicho. Aquí hay muchos en la caseta de baños.

—A mí no me asustan esos demonios, Kirill Senafontich. Bastante malo es para mí mi propio suegro, mucho peor que los espíritus de la caseta de baños. Nuestra ternera no ha vuelto a casa todavía y si no la encuentro me van a matar del disgusto.

—¡Pero si está ahí, en la parcela de Spirin!

—¿Otra vez en la parcela de Mitka? ¿En esa charca asquerosa?

Levantándose las faldas, Ulka corrió ligeramente a través del remanso y se acercó por la orilla.

—Me martirizan terriblemente. Mi suegra se lleva con ella todo el día insultándome. Me llama perra y mal bicho. Y luego el viejo no me deja en paz. Siempre me está persiguiendo. Yo le he dicho que me deje tranquila. "Estése quieto—le digo—. Es un pecado. ¿Es usted escribiba y se conduce así con la nuera?" Pero él dice que a los viejos les gusta mucho más que a los jóvenes tocar a las muchachas. "¡Viejo carcamal—le digo yo—. ¡Viejo carcamal! ¿Quién le va a mirar a usted?" ¿Qué es lo que le dicho?—agregó Ulka retrocediendo.

Kirka se acordó del día de la cena, cuando los ojos de Ulka habían reflejado su pena. ¿Era aquélla la pena que reflejaba? Involuntariamente, la cogió por los hombros.

—No; dime. Dímelo todo. No tienes por qué tener miedo.

Ulka se sentó en la piedra poniendo en la arena la bota de sus pies descalzos. Al cabo de un rato sacudió la cabeza en señal de resolución y al hacerlo se le soltó el cabello. Se lo recogió y le sonrió hacia Kirka con una débil sonrisa.

—Bueno, me da lo mismo... Tenía que decírselo a alguien ya que me lo has preguntado te contestaré. Ya no puedo salir de la casa...

Y en voz más baja Ulka agregó:

—Si voy a las eras corre detrás de mí, y si voy a los baños me persigue hasta allí sin dejar de pellizcarme. ¿Pero se me habrá tomado? ¡Yo no estoy hecha de madera!

Ulka guardó silencio. A Kirka le entraron deseos de estrechar entre sus brazos, de estrecharla fuertemente contra su pecho y decirle todo lo que pensaba; pero le faltó valor.

—¡Oh, Ulka!—dijo suavemente—. ¿Por qué no te has conocido antes?

Y luego en voz más alta agregó:

—¿Y tú?... ¿No tienes miedo de pecar, eh?

Ulka se sonrió, miró sus piernas desnudas y luego a Kirka.

—¿Pecar? ¿Con quién? Si es alguien al que se quiere, se necesita, no es un pecado. Kirill Semiónich, yo no

Ese Pashka... ¡Uf!—y escupió de asco—. Parece una rana. Siempre está babeando. La primera noche...

Ulka se estremeció y se quedó silenciosa. Luego, estremeciéndose, se acercó más a Kirka. Este vió sus ojos profundos, su cara fuertemente esculpida. Los rizos de sus sienes brillaban con un fulgor de plata, como las ondas del río que lamían la orilla.

—Me están martirizando—susurró ella—. Kiryusha, también a ti te martirizan. Tú crees que no lo sé, pero aunque no soy más que una mujer, comprendo las cosas, Kiryusha.

Ulka se calló y ambos escucharon el rumor del río, que jugueteaba entre los sauces, el martilleteo de las ranas en la charca, el suave murmullo de los cañaverales.

Kirka la rodeó con sus brazos. Ulka temblaba levemente. Kirka la estrechó más fuertemente, ávidamente. Y de súbito, Ulka, que había sido siempre tan fuerte, tan sufrida y tan disimulada, se encogió como si le hubieran extraído todos los huesos del cuerpo.

Los dos se sobresaltaron al roido de un caballo que galopaba cerca. Era el caballo de Kirka, y Zinka y Markel Rybol corrían detrás de él.

—¡Kiryusha!—gritó Zinka—. El potro se ha escapado.

—¡Déjale!—murmuró Kirka.

Kirka y Ulka cruzaron el agua somera del remanso, atravesaron la espesa maleza y las parcelas y subieron la colina. Allí se sentaron debajo de un avellano.

Las hojas susurraban dulcemente como si murmuraran en sueños.

—Este año hay muchas avellanas—dijo Ulka riéndose quedamente.

—Sí; hay muchas—dijo Kirka riéndose también.

DÉCIMO ESLABÓN

I

En las primeras horas de la mañana, Kirka se encontraba bajo un avellano contemplando a Ulka, que bajaba la colina. Por un momento, la mujer desapareció entre los arbustos y los árboles para reaparecer luego del otro lado del río. Cuando hubo atravesado la callejuela y penetrado en su corral, Kirka se encaminó hacia el valle por una vereda poco usada apartando las manos para espantar a las pertinaces moscas.

Andaba con paso ágil y seguro, sintiéndose tan fresco como un caballo que acaba de bañarse en el río. Al pronto, la comparación le hizo sonreír; pero la firmeza de su marcha, la elasticidad de su cuerpo y el deseo de cantar y gritar de pura alegría confirmaron el pensamiento. Se detuvo, se dió una palmada en los muslos y miró hacia Shirokoye y a la casa de Mariel Bykof silbando suavemente. Creyó divisar a Ulka corriendo por el corral de Bykof. De cuando en cuando ella se detenía y agitaba la mano. Markel estaba inmóvil en el umbral.

—En fin, así son las cosas—murmuró Kirka sin prestar sentido ninguno a las palabras.

Miró al valle de arriba abajo tratando de planear el trabajo que había de hacerse aquella mañana. ¿Dónde debería construirse la presa y dónde debería abrirse el canal? Estas cuestiones debían ser examinadas; pero, contra su voluntad, los pen-

sentimientos de Kirka se volvieron en otra dirección. La claridad de su cuerpo (sólo había experimentado esta sensación en los primeros días de su regreso del frente) resultaba tan agradable como lo era beber agua en una fresca fuente un día caluroso. Era agradable también que Ulka no le hubiera arrojado, no se hubiera alejado de él, sino que hubieran pasado toda la noche a un lado bajo el avellano de la colina... Ulka le había hablado sin detenerse de Markel Bykof, de su conducta con ella, de Pavel y de lo terriblemente duro que le resultaba vivir con los Bykofs. Kirka la escuchó atentamente y creyó vivir él mismo toda su degradación. Escuchándola se acrecentó su odio por Bykof y no sólo por Bykof, sino también por Plakushchof, y por Gurinof, y por todo el pueblo. Se acordó de las remolachas arrancadas, de las calabazas podridas en la cueva de Zinka y de los cristales de la estufa de Ognef que habían sido rotos en la primavera. Cuando Ulka le cogió la cabeza con sus fuertes manos y la atrajo hacia la de ella, poniéndose a besarle ávida y apasionadamente los labios, los ojos, la larga y arqueada nariz, murmurando: "¿Me quieres, Kirka? ¿Me quieres?", Kirka cayó por un momento en un estado de inconsciencia. Al punto, guardó silencio. Luego, cogiendo a Ulka entre sus brazos, dijo repitiéndose:

—¿No lo ves? ¿No lo ves?

Ahora, en la mañana, pensó en Ulka, no sólo como en una mujer joven y lozana, sino como en alguien muy cercano a él, en alguien a quien conociera desde hacía muchos años. No la había tocado durante la noche: Ulka se había ido de su lado lo mismo que había venido. Le había dado miedo tomarla, había temido las murmuraciones a que ello podría haber dado lugar. Y más aún había temido causarle daño a ella. El podría haber soportado cualquier cosa, los chismes y los insultos, la pérdida de este o aquel amigo en el pueblo; pero ¿y Ulka?

—¡Grandísimo majadero!—se dijo a sí mismo—. Deberías haber aprovechado la ocasión en vez de estarte ahí sentado con la boca hecha agua. Sin embargo—se dijo según bajaba la colina—, no se puede uno dar una satisfacción cuando ello implica daño para otro. Verdad es que ella es joven e inocente y con un marido tan idiota como el suyo debe de estarle haciendo falta al-

guien. Pero no se puede coger la piel de otro para curarse las propias heridas. Eso no está bien.

Kirka aligeró el paso.

—Además—agregó en voz alta—, no has perdido nada. Estás mejorando a través de todo su cuerpo—al principio en una suave sepia—, tomando algo vago, pero que parecía rodearle y envolverle como absorbe la oscuridad al día. Sabía por experiencia que esto era el anuncio de alguna dificultad... Aun hubiera lanzado alguien un rumor malicioso en el pueblo, aun fuera sólo una bagatela sin importancia que no hubiera preocupado a nadie. Ciertamente esto le había ocurrido con frecuencia a Kirka. Sentíase inquieto y preocupado, le empezaba a dar el cuerpo hasta el punto de que no podía encontrar descanso y luego resultaba que se trataba de algo absolutamente importante. Esta era la agitación que le dominaba ahora. El cuerpo se le contraía tan dolorosamente que le entraban ganas de dejarse caer sobre la rosada y amarilla hierba, golpear sus pies contra el suelo y gritar y bramar como brama una vaca cuando está pariendo.

—Pero ¿qué será? No puede ser nada.

Reconcentró sus energías y se precipitó hacia delante; pero a los pocos metros aflojó el paso y se quedó alicaído, como se planta junto a una hoguera, con los largos brazos inertes. Ahora se sentía más parecido a una gallina después de una batalla en corral que a un caballo recién bañado.

—Pero ¿qué puede ser, después de todo? ¿Zinka?

Durante la noche no había pensado ni siquiera una vez en Zinka. Ahora se acordaba de ella, pero únicamente como se acuerda un campesino bien alimentado de su comida.

Kirka se sentó en un saliente del suelo, apoyó la cabeza en las manos y reconcentrándose en sí mismo indagó la causa de su ansiedad.

—¡Ya está! ¡Eso es!

El año precedente, siguiendo los insistentes consejos de Pukhef, había cogido cuatro sacos de trigo del almacén de Zinka no. Esto había sucedido de una manera totalmente sencilla

Ilya Maximovich había repartido el grano para la siembra (Kirka se encontraba en la ciudad en aquel entonces y había confiado a su suegro la distribución de la semilla), y fuera porque Ilya Maximovich hubiera engañado en el peso o porque hubiera más grano que la cantidad registrada, después de que los campesinos hubieron recibido su correspondiente parte, quedaron en el granero cuatro sacos de trigo. Kirka quiso darle el grano a alguien, pero Ilya Maximovich se opuso.

—¿Cómo vas a darlo? Tú has recibido mil ciento veinte pude sacos seguramente te preguntarán: "¿De dónde has sacado esos dieciséis pudi?" Lo único que conseguirás así será meterme a mí en un lío y buscártelo tú también. Lo mejor sería que te quedaras tú con ese grano y no cometes ningún pecado.

Por consiguiente, Kirka se había quedado con los cuatro sacos de trigo.

—¡Necio! ¡Zoquete!—y se golpeó la frente— ¡Cabeza de chorlito! ¡Como si hubiera alguna necesidad de hacer eso!

Con los ojos enturbiados miró a Shirokoye y su mirada se detuvo en la casa de Plakushchef. Se le figuró que una gruesa cuerda se extendía desde el corral de Ilya Maximovich hasta la colina: un extremo se hallaba atado fuertemente a una estaca incrustada en el suelo y el otro rodeaba a Kirka. Él ya no era Kirill Zbdarkin, presidente del soviet rural, sino puro y simplemente un flaco y rendido caballo cuyo cuerpo se hallaba cubierto de llagas producidas por el látigo y que arrastraba una pesada carga.

II

Al enterarse por Zajar del acuerdo adoptado por la asamblea, el abuelo Katai se levantó por la mañana temprano antes de que se despertaran los demás moradores de la casa, se chapoteó precipitadamente la arrugada cara con agua fría y salió corriendo a la calle. Corrió de choza en choza animando a los campesinos con suaves palmaditas en sus huesudos hombros.

—Siempre conviene esquivar la muerte. La muerte siempre a la vuelta de la esquina y hay que escurrirse en la esquina contraria y sacarle la lengua: cógeme si puedes.

—Tiene usted razón, abuelito—decían los campesinos asombrados—. Ella se esfuerza por llevarle a uno a la tumba y uno le hace regates: cógeme si puedes y cuando me cojas me tirará al suelo...

Katai se puso a discutir con las mujeres.

—Vosotras, las mujeres, habéis sido creadas sólo para una perdición.

—¿Y de dónde ha salido usted, quiere usted decírmelo?—exclamó la viuda Lushka con las manos en las caderas—. ¿De dónde ha salido usted? Conteste.

—¡Ah, desvergonzada! ¡No tienes ni pizca de vergüenza, Lushka! Vosotras, las mujeres, descarriáis a los hombres. Es mi opinión.

Cuando los campesinos de Zacvrashnaya echaron a andar, Katai, reprendiendo a Alexis y a Peka por no darse prisa, cogió un saquito, se lo echó al hombro y se estiró como un soldado en la parada.

—¿Adónde vas?—le dijo Khrestia, queriendo quitarle el saco—. Allí vas a perder las pocas chicharas que te quedan.

—Oye, tú, vieja—dijo Katai juntando los talones y sacando la barbilla—. Fíjate en mí. Todavía valgo para el frente. Tú puedes cuidar de la casa, que yo y los chicos iremos a trabajar. ¡Deprisa, Peka, Lekay, vamos!

—¡Fíjense en él! ¡No ha hecho más que dar unos pasos y ya está gruñendo! ¡Y ahora se pone a pavonearse! ¡Como si a trabajar tanto!...

—¡Vamos, muchachos! Bueno, ¿a qué vienen tantas risas?

—No hay motivo de risa—dijo Zajar—. ¡Dejarse de risas y vamos!

Camino ya del valle, Katai se rezagó. Se había encontrado con Markel Bykof, que llevaba sus colmenas por la calles hacia el huerto de cerezas.

—¿Qué llevas ahí, Markel Petrovich?—inquirió Katai.

—Ya lo ves: abejas.

—¡Ah! ¿Conque te dedicas a eso? Yo he decidido siempre tener abejas. ¿No vienes al valle?

—Ya he mandado dos allí—contestó Mariel irritado, y prosiguió su marcha.

—¡Oh! ¡Así son las cosas!—murmuró Katai.

El abuelo Katai atravesó el puente sobre el Abi. Pero antes de llegar al valle se quedó sin aliento y se sentó bajo un manzano silvestre.

—No tengo fuerzas... Voy a descansar un rato. Sonia sigue así como si todo se me hubiera congelado por dentro—murmuró según se sentaba en la hierba.

Por su lado pasaron los aldeanos, los de Zavrazhnaya, los de la calle de Krivaya, los de Bardiashka, entrechocando los azadas, las hachas y las horquillas. Una hilera de carros se extendía a lo largo del camino. Una nube de insectos cernían sobre los caballos. Con el día llegó el calor. Este aumentaba de intensidad a cada momento como si saliera de un horno ardiente. Todos los que pasaban por delante de los ojos de Katai habían crecido ante su vista, y ante su vista se habían casado. Algunos de ellos tenían ya hijos, hijos e hijas crecidos. De mala gana, lentamente, la larga trailla avanzaba hacia el valle y sólo dió pruebas de alguna actividad cuando el tractor surgió de la calle de Krivaya y se arrastró estrepitosamente a través del cañamar. Detrás del tractor marchaban los miembros de la cooperativa acompañados por Stepan Ognef. Este iba seguido de Davidka Panof, Ivan Shtirkin y Grigory Skulof. Detrás de ellos venían sus mujeres, en tanto que Yashka y Steshka cerraban la marcha.

—¡Inseparables!—murmuró Katai.

Y gritó:

—¡Yashka, Yashka, llévame contigo, querido, llévame contigo!

—¡Ah! ¡Aquí está el hombre más importante de todos!—exclamó Yashka acercándose al abuelo Katai—. Steshka, ¿por qué has dejado a tu padrino en la estacada? ¿Has olvidado cómo nos ha casado a los dos?

—¡Cállate!—dijo Steshka apartándole.

Y se inclinó sobre Katai, sonriéndole tiernamente como si hablara a Annushka.

—Pero, querido abuelo, ¿por qué se ha quedado usted atrás?

—¡Aquí estamos nosotros!—dijo Yashka levantándose del suelo—. Bueno, vigile vd. del otro lado. Usted será nuestro centinela, abuelo. Siéntese ahí debajo del arce y mientras que le llevemos a casa, abuelo?

—Puede que le fuera mejor marcharse a casa... ¿Quiere usted

—¡Oh, no! A casa no.

Katai conocía muy bien el carácter de los campesinos. Había aprendido a conocerlos en el transcurso de su larga vida. Recordaba que una vez, en un año de hambre, cuando los campesinos transportaban el heno del terraplenado para venderlo en la ciudad, vieron a un forastero que yacía en la nieve al lado del camino. Se le habían acabado las fuerzas y les suplicó en nombre del Señor y de Jesucristo que le llevaran consigo. "¡Seguidme silenciosamente agarraros al carro, campesinos!" Pero ellos pasaron en silencio y a la vuelta le volvieron a ver muerto de frío en la misma posición que le habían dejado, sólo que la cabeza se le había caído hacia atrás y su rojiza barba apuntaba al cielo. Katai se acordaba todavía de la barba roja y sabía que el campesino era salvaje cuando estaba hambriento.

—Cada cual por sí solo—pensó—. Cada cual por sí solo: si es fuerte saldrá adelante y si es débil quedará aplastado. No motivo para tener miedo.

—Mire, puede usted quedarse aquí sentado—dijo Yashka ayudando a Katai en el árbol—. Y déjeme la azada. Puede vd. ser útil.

—No, no. No toques mi azada. Dentro de un rato me levantaré y trabajaré un poco.

—Bueno. Y si necesita usted algo no tiene nada más que llamarme.

—Te llamaré. Ahora vete y mete prisa a la gente, porque si no, se harán los remolones y eso hará que el trabajo sea todavía más duro... ¿Qué están haciendo allí?

Kirka y Stepan Ognef, seguidos de un grupo de campesinos, andaban por el valle midiendo las distancias por pasos, se empujaban uno de otro, se tumbaban de bruces y gritaban:

—¡Está un palmo más alto! ¡Acércate un poco más!

—Están levantando el plano, abuelo—dijo Yelka inclinándose sobre Katai.

—¿Eh?

—El plano. Hoy día no se puede hacer nada sin planearlo primero. Nosotros trabajábamos al principio sin plan en Brusski y no podíamos adelantar nada. Por eso hemos tenido que empezarlo todo de nuevo. En la primavera empezaremos como es debido y todo resultará tan claro como los dedos de la mano.

Petka Kudeyarof salió de entre las matas y se subió a un montecillo. Apoyándose en su azada gritó:

—¡Eh, ingenieros! ¿Vais a acabar pronto? El sol está ya casi en la hora de comer.

—No has hecho más que levantarte y ya quieres comer—le replicó Nikita Gurianof, agregando para sus adentros: "¿Por qué me ocupo de él? ¡Cuánta maldad hay en todos nosotros!"

Petka parpadeó y meneó la cabeza.

—De todas formas no he de ir a ti a pedirte la comida.

—Ya me lo supongo—dijo Nikita—. ¿Para qué diablos te necesito yo? Yo alimento a mi perro; pero él al menos me es útil.

Los campesinos se echaron a reír. Ilya Maximovich tiró a Nikita de la manga.

—¡Déjale!—susurró—. ¿Para qué quieres reñir? No sacarás nada bueno.

Kirka y Ognef midieron el valle a lo largo y a lo ancho y discutieron con los campesinos cuál era el sitio más acertado para construir la presa y abrir el canal. Cada campesino hacía una proposición diferente y en cada proposición se ponía de manifiesto el deseo que cada cual tenía de que el canal pasara lo más cerca posible de su parcela. Ilya Maximovich propuso, con toda naturalidad, que el canal fuera construído del otro lado del camino. Todo el mundo se quedó atónito. ¿Qué objeto tenía construir el canal allí? ¿De qué serviría en el otro lado del camino?

—¡Está pensando en su propia parcela!—gritó Mitka Spirin señalando con la azada hacia la isla de la Vaca—. No le basta con que él y Chujlaf arrambiaran con toda la tierra: también

quiere el agua. Todo el mundo para ellos y que los demás se mueran de sed.

—¡Oh, no, no!—protestó Ilya Maximovich—. ¿Qué se le ocurre dicer? ¡Qué ocurrencia!

—No hables siquiera de ello—exclamó Nikita Gurianof sobresaltado—. No lo pienses siquiera. No tiene ningún sentido.

—Pero ¿qué es lo que he hecho? Me he limitado a sugerir que construyesie el canal del otro lado del camino y desde allí el agua bajará a todos los campos. ¡Figurese qué alivio hay!

—¿Por qué no hacerlo en el cielo?—dijo Mitka sulfurado con su sonda hacia el cielo—. Seguramente desde allí lo regaría todo.

—Sí; sería mucho mejor allí—dijo Ilya Maximovich con su risa ajustándose la chaqueta.

—No tiene vergüenza ni conciencia—dijo Zajar Kozef en voz baja, pero perfectamente perceptible.

Ilya Maximovich se encogió de hombros. Los campesinos siguieron a Kirka y a Stepan.

—¡Ahora se ha enfadado!—dijo Shlenka juntando las manos—. Se ha puesto de morro como una señorita.

Ilya Maximovich se apartó a un lado abismado por sus propios pensamientos. En la reunión celebrada la noche anterior cuando los campesinos iban desfilando por el corral de Nikita Pyrinkin, él había dicho: "Yo no estoy ni en pro ni en contra. Tengo que pensarlo."

Después fué a ver a sus parientes y amigos, les habló de esto y otras cosas y por último dejó caer una o dos palabras acerca del reparto de la antigua comunidad. "Eso no sería malo de por sí; pero la cuestión es que luego podrían arrastrarnos a su causa." Esta sugerencia había suscitado la oposición de sus parientes y amigos al proyecto. A la mañana siguiente habían de reunirse todos ellos a la casa del soviet a decirle a Manila que borrase sus nombres. Sin embargo, eran muy pocos los que apoyaban a Ilya Maximovich: los Gurianofs, los Bykofs y Yegor Semenovich Chujlinf. Todos los demás aldeanos seguían a Kirka Ognef. La totalidad de Zaovrazhnoye apoyaba a Zajar Kozef. Ilya Maximovich había intentado emprender un viaje y que se

habían vuelto contra él y le habían mordido. Hasta aquel mezquino de Mitka Spirin quería también morderle.

Estos pensamientos ocupaban el espíritu de Ilya Mastorevik. Trató de decidir el camino que debería seguir, inclinándose cada vez más por la resolución de marchar con los demás y esperar los acontecimientos. Al mismo tiempo sentíase profundamente avergonjado consigo mismo por haberse diferenciado voluntaria e irrefleexivamente del resto del pueblo.

—¡Qué estúpido he sido! ¡Ni en pro ni en contra! ¿No he podido haber encontrado otra cosa mejor que decirles?—se dijo Pukubef con amargura.

Los campesinos decidieron abrir el canal por el centro del valle, aunque hubiera sido mejor cavarlo por el extremo más bajo no del valle y llevar el agua, siguiendo un rodeo, a la parte superior. La presa sería construida a una media versta del valle, en la confluencia del Alai con el río Kruteia.

—Bueno—gritó Kirka una vez que se hubo llegado a este acuerdo—. ¡Ciudadanos, camaradas! ¡Vamos a empezar! Aquellos de vosotros que vayan a construir la presa que suban allí, y los que vayan a cavar que se pongan a cavar.

—Di al menos "con la bendición de Dios"—dijo Zajar sonriendo.

Los habitantes de Shirokoye comenzaron a moverse. Las mujeres y los jóvenes que se habían sentado por el valle en pequeños grupos, se pusieron de pie. Petka Kudeyarof se encaminó a su parcela.

—Cavaré seis metros y luego me iré a casa.

Siguiendo su ejemplo, Mitka Spirin se marchó corriendo de la parcela de Gurianof a la suya.

—Tienes mucha razón. No tiene sentido cavar junto a la tierra de otro.

Todavía no habían decidido Kirka y Stepan a quiénes debía enviarse a construir la presa y a quiénes a cavar el canal, cuando los campesinos echaron a correr a través del valle cada cual hacia su parcela. Algunos, cuya tierra se hallaba distante, se cayeron al suelo de la velocidad que llevaban.

Ognef se echó a reír.

—¡Míralos!—le dijo a Kirka—. ¡Se te ha desbandado todo el ejército!

—¡La economía individualista!—dijo Shirkin sonriéndose.

Yashka se subió a un pequeño cerro y gritó:

—¡Eh! ¡Corred más de prisa, que os va a ahogar el agua!

—¡Alto!—gritó Ogaef—. ¿Qué significa todo esto? ¿Creéis que la cooperativa va a construiros la presa mientras vosotros cavéis surcos en vuestras propias parcelas? No; eso no basta. Así no es como hemos convenido trabajar. ¡Vamos, Kirill Semiutich, ordénales la retirada!

Kirill levantó su azada y condujo a unos cuarenta hombres, capitaneados por Nikita Gurinof, hacia el emplazamiento de la presa. Los hombres caminaban despacio, de mala gana, como si tuvieran los pies clavados al suelo.

—Sería mejor que cada cual trabajara en su parcela—propuso Petka Kudeyarof—. De esa manera trabajaríamos mucho más...

—¡Vamos, vamos!—dijo Kirka tirándole de la manga—. Ya hablarás después.

Cuando Kirka y Ogaef hubieron conseguido sacar a los campesinos de sus respectivas parcelas los colocaron a cada cual en su sitio.

—¡Ahora podemos empezar!—gritó Kirka de nuevo.

Kirka se incorporó y recorrió con la vista a todos los obreros. Había muchos. Ulka se encontraba en el centro, al lado de Pavel Bykof. La mujer le miró y se sonrió. Kirka le devolvió la sonrisa. Sólo una persona en el valle observó su mutua inteligencia: una profunda cólera contra Kirka, tanto por cuenta propia como por su hija Zinka, elevóse en el pecho de Ilya Marmovich.

III

El trabajo no marchaba muy bien. Mitka Spiria se hallaba al lado de Kirka sin mover apenas la azada. No inclinaba la espalda, y en cambio miraba a cada momento hacia Shirkine. Estaba furioso, pero se dominaba esperando que Mitka se pusiera a trabajar de veras. Al fin, no pudo contenerse más tiempo

—Ten cuidado—le dijo—. Vas a partirla.

—¿A partir el qué?

—¡Anda, pues la tierra! Te mueves con tanto cuidado como si fuera de cristal.

—¡Ya empiezas con tus bromas estúpidas!—murmuró Mitka—. ¿Por qué sólo yo? ¿En qué tengo yo que trabajar más que los demás?

Y en voz más alta agregó:

—¿Soy yo un operario tuyo? ¿Me has contratado tú? ¿Me pagas sueldo?

Kirka sacudió la cabeza como si le hubiera picado una avispa.

—Si yo tuviera que pagarte sueldo no te tendría ni medio hora.

Mitka se reclinó hacia atrás e hizo una mueca.

—¡Uf!—y Kirka escupió en el suelo.

—Puedes escupir...

Mitka se tragó las últimas palabras y se puso a desmenuzar el duro suelo.

Kirka se dirigió a una parte más elevada del terreno y examinó el trabajo. Los campesinos estaban fumando, riendose y mirando al cielo. Las mujeres se llamaban unas a otras y aquí y allá surgía una acalorada disputa entre los aldeanos de Krivaya y los de Zaovrazhenoye. Unicamente Zajar Katarf ponía todas sus energías en el trabajo, y en la presa los campesinos dirigidos por Ognef se portaban bastante bien. Los hombres llevaban grava y estiércol; el tractor iba cargado de tablas. Detrás del sauce en que se hallaba sentado el abuelo Katai, Shlenka brincaba de un lado a otro dejando la azada en el suelo tan pronto en un sitio como en otro.

—¿Qué haces ahí?—le gritó Kirka.

—Hay aquí una culebra, Kirill Semafontich, y no quiere pasar por encima de la azada. Se va a un lado y cuando pongo la azada allí se marcha a otro. No quiere pasar por encima.

Kirka le miró con severidad.

—Lo hace a propósito, nada más que por enfurecerme.

—¿No te gusta, eh?—y Shlenka chasqueó los labios y partió la culebra por la mitad con su azada.

Acto seguido se dirigió lentamente hacia el canal.

—¡Camaradas!—gritó Kirka poniéndose de puntillas— ha
dia trabajando todos como si lo hicierais para personas extraña
Si sigue así no habremos terminado para el otoño y todo se ech
rá a perder. Estamos trabajando para nosotros, así que procura
mos trabajar de firme.

Durante unos momentos los campesinos trabajaron con un poco
más de energía; pero después volvieron a flojear, se enderezaron
y miraron al caluroso cielo.

—En fin, ¿qué voy a hacer con vosotros?—murmuró Kirka
Y marchándose en busca de Ognef le dijo:

—Habría que darles a probar el látigo. No quieren trabaja
Ognef miró atentamente a través del valle.

—Sí, tienes razón.

Reflexionó un momento quitándose el sol de los ojos con su
ancha y delgada mano, y gritó:

—¡Kolya! ¡Kolya! Ven aquí y date una vuelta con el tractor
El tractor arrancará la corteza dura de encima.

A los pocos momentos, el tractor retumbaba a lo largo del
valle y en la línea señalada para el trazado del canal sus dos ruedas
hendían el duro y seco suelo.

—¡Eh, vosotros!—gritó Nikolai—. ¡Os voy a cavar el canal
¡Fijaros!

El tractor avanzaba y los campesinos se apartaban, le veían
pasar y volvían a juntarse. Las mujeres fueron las primeras en
hablar y luego los hombres las imitaron. Al poco tiempo todos
agitaban las manos y gritaban como saludando al tractor.

—Yashka, vete allí a animarles un poco. Márcales el paso
Nosotros seguiremos aquí. ¡Hala! ¡Sigamos con la faena!—
Ognef blandió su martillo enérgicamente.

Yashka bajó corriendo la colina y se mezcló con los campe
sinos que estaban cavando el canal. Echando hacia atrás la cabeza
se puso a cantar una canción. Al principio sólo se le unieron los
jóvenes. Pero pronto los campesinos de más edad le acompañaron
A los pocos momentos todo el valle se llenó con sus voces, pro
fundas, roncas o penetrantes. En la presa, Kirka distinguía por
el clamor general la voz profunda y llena de Ulka.

—¡Eso está bien! ¡Así debe ser! ¡Todos juntos somos una gran familia!

Se quitó su andrajosa guerrera del ejército rojo, se escupió en las manos y hundió la azada en la tierra.

—Eso es el camino—dijo Mitka.

Este miró en derredor, y viendo que todo el mundo trabajaba efectivamente con ahínco, agregó (pero esta vez sin soltar):

—Eso es el camino. Vamos por el canal.

El abuelo Katai abandonó el suyo y se acercó a los campesinos.

—Hijos míos, tenemos que huir de la muerte.

Nadie le escuchó. Las voces, los gritos y las risas individuales se perdían en el torrente general de sonidos. Todo el mundo cantaba. Hasta Zajar Katael, cuyo rostro se contraía por el esfuerzo al levantar y arrojar los grandes y pesados terrones, siguió la letra con su voz ronca y la dispersó por el valle. Únicamente Ilya Maximovich trabajaba en silencio, pero sus finos labios se movían bajo su barba al compás de la canción.

—¡Hey-ho-o!

La voz de Ulka se hinchó y subió.

Ilya Maximovich apretó los labios; pero Kirka se sintió arrastrado por la voz de la mujer y alzando la azada a gran altura la acompañó con tan potente voz, que todo el mundo dejó de cantar sorprendido. Durante unos instantes sólo pudieron oírse las dos voces. Luego los campesinos se echaron a reír y reanudaron la canción.

El cántico se fué extinguiendo y sólo se oyó ya la pesada y rítmica respiración de la muchedumbre, el repercutir del hierro y el gemido de alguno que otro campesino al levantar una carga excepcionalmente pesada. Las estacas para la presa habían sido transportadas ya. Durante dos horas los aldeanos trabajaron en silencio, febrilmente, como poseídos de entusiasmo.

Stepan Ogniel se enjugó el sudor de la cara con la manga. Dejó caer su martillo y miró al valle. Un hormiguero humano se afanaba en él y el canal, como si estuviera vivo, trazaba una ancha senda negra sobre el suelo.

—Esto es..., el trabajo colectivo—murmuró Ogniel con voz

—¡Eso está bien! ¡Así debe ser! ¡Todos juntos como una gran familia!

Se quitó su andrajosa guerrera del ejército rojo, se escupió en las manos y hundió la azada en la tierra.

—Ese es el camino—dijo Mitka.

Este miró en derredor, y viendo que todo el mundo trabajaba efectivamente con ahínco, agregó (pero esta vez sin mascullar):

—Ese es el camino. Vamos por el canal.

El abuelo Katai abandonó el sauce y se acercó a los compañeros.

—Hijos míos, tenemos que huir de la muerte.

Nadie le escuchó. Las voces, los gritos y las risas individuales se perdían en el torrente general de sonidos. Todo el mundo cantaba. Hasta Zajar Kataef, cuyo rostro se contraía por el esfuerzo al levantar y arrojar los grandes y pesados terrones, siguió la letra con su voz ronca y la dispersó por el valle. Únicamente Ilya Maximovich trabajaba en silencio, pero sus finos labios se movían bajo su barba al compás de la canción.

—¡Hey-ho-o!

La voz de Ulka se hinchó y subió.

Ilya Maximovich apretó los labios; pero Kirka se sintió arrastrado por la voz de la mujer y alzando la azada a gran altura la acompañó con tan potente voz, que todo el mundo dejó de cantar sorprendido. Durante unos instantes sólo pudieron oírse las dos voces. Luego los campesinos se echaron a reír y reanudaron la canción.

El cántico se fué extinguiendo y sólo se oyó ya la pesada y rítmica respiración de la muchedumbre, el repercutir del hierro y el gemido de alguno que otro campesino al levantar una carga excepcionalmente pesada. Las estacas para la presa habían sido transportadas ya. Durante dos horas los aldeanos trabajaron en silencio, febrilmente, como poseídos de entusiasmo.

Stepan Ognef se enjugó el sudor de la cara con la manga. Dejó caer su martillo y miró al valle. Un hormiguero humano se afanaba en él y el canal, como si estuviera vivo, trazaba una ancha senda negra sobre el suelo.

—Esto es..., el trabajo colectivo—murmuró Ognef con voz

trémula—. Si quisiéramos, si nos pusiéramos a ello, podríamos ver montañas.

Las palabras de Stepan llegaron a los oídos de Nikita Gurmof. Éste enderezó la espalda y miró al valle.

—Sí. Así pensaba en los viejos tiempos cuando la finca Yordaban dos jarras de vodka para los segadores y ¡hala a trabajar con ahínco, que por la noche tendréis otra jarra! ¡Y cómo trabajábamos!

Al oír las palabras de Nikita, Ogurf se estremeció de pavor como si le hubieran volcado encima un cubo de inmundicias. Levantó el martillo y lo descargó con todas sus fuerzas en la estaca de madera.

IV

Recostado contra la cerca que rodeaba el colmenar en el huerto de los cerezos, Markel Bykof contemplaba el valle desde la colina.

Los trabajos se prosiguieron desde hacía ocho días. Durante este día los campesinos habían acudido en el valle y Markel veía progresar la presa y extenderse el canal cada vez más. ya había llegado hasta el cañamar. Oía el estruendo del tractor, los martillazos, las canciones cantadas a coro. Por la noche ardían hogueras en el valle y los hombres y las mujeres se sentaban alrededor del fuego, montando la guardia de la presa. Ulka llegaba casa al atardecer, bulliciosa y feliz, y durante la cena relataba todo lo que había acaecido en el valle. Después de cenar volvía a las hogueras.

—¿Qué demonios encontrará ahí? Lo más probable es que se haya enredado con alguno y por eso dice todas las noches que le toca velar... Y con un tonto como éste—decíase Markel mirando de Ulka a Pavel—no es de extrañar.

Cuando Ulka se levantaba de la mesa, se quitaba las migas del vestido, se persignaba precipitadamente delante del icono, se anudaba el pañuelo debajo de la barbilla, Markel murmuraba:

—Te estás ahí delante del sagrado icono como si fuese un espejo.

—¿Cómo?

—¿Por quién has tomado a Dios, por un juguete?

Markel se irritaba contra Ulka porque no le había oído y contra sí mismo por haber hablado. Sin embargo, continuaba:

—Te conduces como si no fuera Dios, sino cualquiera cera esa.

Ulka se volvía hacia su suegro, le miraba derecho a los ojos, le hacía un guiño y echaba a correr.

Markel salía de la casa tras ella y subía y bajaba la colina de detrás de la era con la vista clavada en las lejanías del valle, como mira un lobo hambriento en el duro invierno las lares aldeanas. Varias veces tomó el sendero que conducía al valle por la orilla del río para ver lo que estaba haciendo Ulka; pero no acababa de resolverse y siempre tornaba hacia su casa. Al pasar por la casa de Kirka veía a Zinka arrebujada en su chal y sentada a solas en el banco del corral. Una noche se encontró con Ilya Maximovich. Plakushchef le habló largo rato de las cosas de la parroquia diciendo que todo el mundo había perdido la fe y que todo parecía andar de mala manera. Luego se puso a hablar de los asuntos del propio Markel y le sugirió que vigilara de cerca a Ulka..., y que acaso fuera lo mejor mandarla a la ciudad...

—Tenla viviendo un poco tiempo en la ciudad como sirvienta o algo por el estilo, porque como no te andes con cuidado el mejor día te encuentras con un huésped inesperado en tu casa.

Markel se dió por ofendido al oír estas palabras y le replicó a Ilya Maximovich que tuviera cuidado él de Zinka y no metiera las narices en los asuntos ajenos.

—Bueno, bueno. Yo te lo he dicho sólo para avisarte.

Markel se llevó dos dedos a sus ojos:

—Tengo las pupilas abiertas, gracias.

Con esto se separaron, y cuando la ancha espalda de Plakushchef hubo desaparecido en la oscuridad, Markel se sacudió como si acabara de salir de un baño frío y resopló fuertemente. Era muy cierto: algo podía sobrevenir... Ulka podía llevarle a casa efectivamente un hijo de Kirka. No cabía duda que se entendía con Kirka, pues si no ¿por qué iba a hablarle Plakushchef del asunto? ¿Y tendría que mantener él a un extraño? Sin embargo, no era ésta la verdadera cuestión: era otra cosa. ¿Es que no era

Markel lo bastante viril? ¿No se mantenía firmemente sobre sus propias piernas?

—¡Tsa!—y chasqueando los labios, abrió los brazos como para abrazar a Ulka.

Esto había ocurrido dos días antes.

Cuando Ulka llegó a casa a la tarde siguiente les dijo que Stepan Ogaef y la cooperativa habían decidido construir un molino junto a la presa. Habían obtenido permiso del Comité ejecutivo del distrito para utilizar el viejo granero de Siava y ya Ivan Shirkin había llevado a la presa en el tractor la mitad de las tablas de que estaba construído el granero.

—¿Y te interesa a ti eso? ¿Te importa mucho?

—¿A mí? ¡Quia! No hacía más que contarlo—repuso Ulka riéndose.

La mujer de Markel, Matrosha, se limpió la boca con los dedos y miró a Ulka.

—Corren por el pueblo ciertos rumores acerca de ti, Ulka.

Ulka clavó la vista en la mesa.

—¡Oh! No es extraño que corran con un tonto así. Han traído ustedes un hijo al mundo para que sea la desesperación de la familia.

—¡Ulyana!—gritó Markel.

Pero Matrosha se había echado ya a llorar. Entre sus sollozos siguió refiriendo las murmuraciones del pueblo.

—¡Cállate, no gruñas!—le gritó Markel y se volvió hacia Ulka—. Y tú, escucha: ya estoy harto de que vayas al valle y sigues yendo allí no vuelvas a casa.

—Está bien, está bien.

Ulka se levantó de un brinco de la mesa y corrió hacia la hornilla a coger su abrigo de piel de oveja. Al subirse a una banqueta para alcanzarlo pisoteó la gorra de Markel.

—¡Que estás pisando mi gorra! ¿No lo ves?

—¿Su gorra? ¡Si es una basura!—y la tiró de un puntapié a la banqueta.

—¡Ulyana!

—¿Qué pasa con Ulyana? ¡Siempre me he llamado Ulka! ¿Qué ocurre?

Ulka se encontraba ya en la puerta cuando se le ocurrió a Markel que podría marcharse efectivamente de la casa. Entonces se levantó de la mesa y quiso gritarle: "¡Detente!" Pero Ulka agitó sus faldas y dió un portazo.

Al día siguiente ya no fué a casa a comer. Ahora Markel abandonaba de vez en vez sus abejas y contemplaba atentamente el valle pensando en Ulka, tratando de distinguir su figura en aquel hormiguero humano.

Otro incidente preocupaba en extremo a Bykof. Unos días antes, Chizhik había convocado a todos los colmeneros y había propuesto que se dividieran en dos grupos, uno que llevara sus abejas al valle de Dolliny y el otro que se quedara en el pueblo. A pesar de la sequía, los colmeneros querían obtener una buena cantidad de miel. Markel fué colocado en el grupo que tenía que emigrar al valle. Markel no podía negar que había sequía, pero se opuso tenazmente a la propuesta.

—¿Cómo voy a marcharme yo? Tengo que estar al cuidado de mi cargo. No me puedo llevar a cuestas la casa de Dios, ¿eh? Pensadlo un poco. Si me llevo allí las velas y alguien quiere una, ¿va a recorrer todo el camino hasta el valle de Dolliny?

—Bueno, pues tendrás que elegir entre las dos cosas—le atajó Chizhik—. Cría abejas o vende velas.

—¿Y no puedo cambiar con alguno? ¿No hay nadie que quiera cambiar conmigo?

Ninguno de los colmeneros quiso cambiar de sitio con Markel.

—Sois unos descreídos, sois todos unos descreídos—dijo Markel abandonando la reunión.

Ahora, según contemplaba el valle, lanzaba frecuentes miradas hacia la derecha, en donde a una media versta de su colmenar Chizhik y su grupo habían movilizado todo un ejército de colmenas. Poco tiempo antes Chizhik se había acercado a Markel y le había dicho:

—Sería mejor que te fueras, Markel Petrovich, pues si no, acabaremos con todas tus abejas. Convendría que cedieras. Tú eres novicio en la cría de abejas y no sabes lo que pueden hacer otros. Acabaremos con todas tus abejas.

—¿Por qué sois tan malos?—dijo Markel sonriendo.

—Porque tú originas un trastorno. Otros podrían seguir tu ejemplo y creer que pueden hacer lo que quieran.

—Bueno, pero todo es culpa vuestra.

—Como quieras. Pero tú ten cuidado.

Desde hacía cosa de una hora venía ocurriendo algo singular entre las abejas. Chichik había vertido algo en un cubo y había saltado de una en otra de sus colmenas rociando a las abejas abría la colmena, vertía parte del contenido del cubo dentro y volvía a cerrarla.

—Debe de ser agua porque hace mucho calor—pensó Markel.

De pronto, zumbando enfurecidamente, pasó una abeja por junto a su cabeza con la velocidad de una bala. Markel siguió su vuelo.

—¡No es mía, la maldita!

Un momento después se precipitó entre sus colmenas gritando como si la tierra ardiera bajo sus pies. Innumerables abejas enfurecidas zumbaban alrededor de su cabeza y atacaban sus colmenas en torno a las cuales desarrollábase una lucha mortal. Las abejas de Markel, sorprendidas por el ataque de las abejas extrañas salieron de sus colmenas a la defensiva y volaron por alrededor en una densa nube negra zumbando belicosamente.

—¡Malditos diablejos, malditos diablejos! ¡Ese lo ha hecho aposta!

Al pronto, Markel perdió la cabeza por completo. Luego, cayó de rodillas, cerró las colmenas y trató de alejar a las abejas extrañas moviendo los brazos como si estuviera cepillando madera. Las abejas zumbaron coléricamente, le picaron en la cara y en el cuello, se deslizaron por debajo de su camisa. El aire bullía sorprendido por su vuelo en masa. Markel se levantó de un salto y corrió a la tienda de campaña. Allí había un pequeño cubo de miel mezclada con veneno que Markel utilizaba para matar a las moscas. Rápidamente vertió la mezcla en unos cuantos platos hondos y colocó éstos cerca de las colmenas. Al oler la miel las abejas se precipitaron a los platos y después de absorber la dulce sustancia se marcharon a sus colmenas respectivas.

Markel se echó a reír gozosamente.

—¡Ya os enseñaré yo! ¡Ahora veré...os si volvéis a hacerlo!

Como cosa de media hora después se apresuró Chisbik a la cerca. La boca le chorreaba saliva al hablar.

—¿Qué es lo que has hecho? ¡Has envenenado las abejas. ¿Sabes lo que haces?

—¿A mí qué me cuentas? ¿Las he traído yo aquí?—le repuso Markel con voz gangosa.

—¡Encerradlas! ¡Encerradlas!—gritó Chisbik a los miembros de su grupo mientras corría perseguido por los enjambres de Markel.

Pronto reinó un silencio absoluto en el colmenar. Las abejas extrañas se habían ido y no regresaban. Markel se lavó los pies, abrió sus colmenas y volvió a recostarse contra la cerca mirando hacia el valle. Sus pensamientos se concentraban ahora por completo en el sistema que debía seguir para conquistar a Ulka. La puerta de la cerca chirrió. Markel se estremeció y dió media vuelta. Pavel penetró en el huerto agitando los brazos.

—¡Ten cuidado, pueden picarte las abejas!—gritó Markel—. ¡No muevas así las manazas! ¡Estáte quieto, maldito idiota! ¡Métete en la tienda!

Apartando a las abejas con las manos, Pavel se introdujo en la tienda.

—Me desembarazaré de Kirka por medio de Pavel—pensó Markel de súbito—. Esa es la idea. Le echaré a Panka encima. Le diré que extienda el rumor por todo el pueblo.

Markel penetró en la tienda y se sentó al lado de Pavel.

—Oye—comenzó—, tu mujer..., ese hombre, Kirka, es... ¡Idiota!—gritó—. ¿No comprendes? Kirka, el hombre que es presidente, se ha llevado a tu mujer, te ha quitado a Ulka—y Markel hizo uso de las manos para explicarle lo que quería decirle.

Pavel rugió y bramó; pero no pronunció palabras inteligibles.

—Pero no le cortes la cabeza. No tienes más que hablar en el pueblo. Di que te ha quitado a tu mujer, di que se arrastra con tu mujer. Háblales de él.

—¿De quién?

—¿Otra vez? ¡Kirka, el presidente, el hombre al que llevaste ayer la nota! ¡Nuestro vecino!

—¡Ya os enseñaré yo! ¡Ahora veréis si volvéis a hacerlo!

Como cosa de media hora después se aproximó Chizhik a la cerca. La boca le chorreaba saliva al hablar.

—¿Qué es lo que has hecho? Has envenenado las abejas. ¿Sabes lo que haces?

—¿A mí qué me cuentas? ¿Las he traído yo aquí?—le repuso Markel con voz gangosa.

—¡Encerradlas! ¡Encerradlas!—gritó Chizhik a los miembros de su grupo mientras corría perseguido por las carcajadas de Markel.

Pronto reinó un silencio absoluto en el colmenar. Las abejas extrañas se habían ido y no regresaban. Markel se llevó los platos, abrió sus colmenas y volvió a recostarse contra la cerca mirando hacia el valle. Sus pensamientos se concentraban ahora por completo en el sistema que debía seguir para conquistar a Ulka. La puerta de la cerca chirrió. Markel se estremeció y dió media vuelta. Pavel penetró en el huerto agitando los brazos.

—¡Ten cuidado, pueden picarte las abejas!—gritó Markel—. ¡No muevas así las manazas! ¡Estáte quieto, maldito idiota! ¡Métete en la tienda!

Apartando a las abejas con las manos, Pavel se introdujo en la tienda.

—Me desembarazaré de Kirka por medio de Pavel—pensó Markel de súbito—. Ésa es la idea. Le echaré a Panka encima. Le diré que extienda el rumor por todo el pueblo.

Markel penetró en la tienda y se sentó al lado de Pavel.

—Oye—comenzó—, tu mujer..., ese hombre, Kirka, es... ¡Idiota!—gritó—. ¿No comprendes? Kirka, el hombre que es presidente, se ha llevado a tu mujer, te ha quitado a Ulka—y Markel hizo uso de las manos para explicarle lo que quería decirle.

Pavel rugió y bramó; pero no pronunció palabras inteligibles.

—Pero no le cortes la cabeza. No tienes más que hablar en el pueblo. Di que te ha quitado a tu mujer, di que se arrastra con tu mujer. Háblales de él.

—¿De quién?

—¿Otra vez? ¡Kirka, el presidente, el hombre al que llevaste ayer la nota! ¡Nuestro vecino!

—¡Bru-bru-bru!

—No, no; Ogud no. ¡Demonio, siempre estás pensando en e
tractor! ¡Es Kirka, ese bribón que es vecino nuestro!

V

Durante once días el valle resonó con el estrépito de voces h
manas, de caricaturas, del ruido metálico de las azadas. Por l
noche subía una enorme hoguera atrayendo hacia el valle a l
mozas y los mozos del pueblo.

Durante once días el sol implacable abrasó la agrietada tier
agostando las cosechas en los campos y amarilleando las ho
de los árboles y arbustos. Y todos los días Yegor Stepanovi
Chujlaf se subía al tejado de su cobertizo escudriñando la fáb
rata cúpula del cielo en busca de una nube... Pero no lega
nube ninguna. Sólo la azulada neblina canicular se cernía a
horizonte y temblaba sobre los campos.

—¡Ninguna nube! ¡Ni una sola!—murmuraba enfurecido
en unión de Khanya llevaba cubos de agua a la isla de la Ta
para regar sus hortalizas.

A veces Khanya le sugería tiernamente que fuera al valle a
ayudar a los otros a cavar el canal. Yegor Stepanovich fruncía
el ceño y bisbiseaba:

—¿Ya empiezas otra vez? ¿Ya estás otra vez con eso? ¡Es
el agua! ¿Por qué te quedas con la boca abierta?

Chujlaf cogía los cubos y corría al río. Desde la orilla se do
minaba todo el valle. Chujlaf se detenía unos momentos a mir
y luego volvía corriendo a su parcela golpeando con sus desnud
pies el endurecido suelo. Puede que también él hubiera ido a ay
dar a los demás a realizar su parte en la construcción del can
Pero ¿había entre todos ellos algún otro padre cuyo hijo no
hubiera dividido la casa de su padre en dos y se hubiera mar
chado a casa de un extraño? Ninguno había entre todos ellos
si Yegor Stepanovich se acercaba al valle todo el mundo
los campesinos de Krivaya, de Rudiashka y de Zavrajnoye
cesarían en su trabajo y se lo quedarían mirando como a un
extraño y curioso animal. Yegor Stepanovich no estaba por

empeñar ese papel: no quería que los aldeanos se compadecieran de él cuando estuviera entre ellos y se rieran de él cuando volviera la espalda. Y puede que ni siquiera aguardaran a eso: de tal manera había cambiado hoy día la gente. Le escupirían en su misma cara y se limpiarían la boca como si nada hubiera ocurrido.

—No; prefiero desenvolverme yo solo. Bien o mal, pero sabré —murmuraba mientras regaba con el agua a los insectos que entraban las hortalizas—. ¿De dónde habrán venido todas estas moscas?—preguntábale a Khanya.

A veces hablaba con dulzura a su mujer, comprendiendo que estaba tan dolorida como él mismo.

—No lo tomes tan a pecho—le decía—. Con eso no vas a regar las hortalizas ni a labrar el campo. No te dejes comer por las preocupaciones. Estás más delgada que un palo. Nos hemos arreglado para vivir hasta ahora y nos seguiremos arreglando. Todavía no hemos tenido que pedir nada a nadie.

Pero en cuanto Khanya sugería que podría ser conveniente llegar a una reconciliación con Yashka, Yegor Stepanovich la atajaba en seguida mostrando sus grandes y blancos dientes.

—¿Ya empiezas otra vez? ¿Otra vez estás con eso? ¿Qué haces ahí parada? ¡Trae un poco de agua!

El día duodécimo, cuando Yegor Stepanovich hubo comido y bajó nuevamente a regar las hortalizas, observó que el valle se hallaba silencioso. Sumamente sorprendido corrió a través de la maleza hasta el otro lado de la isla de la Vaca y miró al valle.

Todos los aldeanos de Shirokoye se habían congregado junto a la presa. En ésta se hallaban Stepan Ognef, Kirka Zhdarkin y Zajar Kataef. Durante unos minutos discutieron algo mientras los campesinos aguardaban en silencio. Luego Ognef se enderezó, se volvió hacia los campesinos y gritó:

—¿Qué? ¿La cerramos?

—¡Ciérrala, ciérrala, Stepan Jaritonovich!—gritó la muchedumbre.

—¡Conque han terminado esos demonios!—murmuró Yegor Stepanovich, y a los pocos momentos volvió corriendo a su parcela.

Poseído de gran agitación (esta ceremonia final le había sido confiada a Stepan Ognef por los habitantes de Shirokoye como un

honor especial), Ognef cerró la última compuerta de la presa. Luego volvió a incorporarse y recorrió con la vista aquel mundo de cabezas, las gorras andrajosas y los pañuelos multicolores. Cuchicheando suavemente entre sí, los campesinos contemplaban el agua con profunda atención, veíanla llenar poco a poco los pequeños canales, subir hasta la altura de los arbustos y extenderse en un lago que resplandecía con un frío fulgor azul bajo el sol ardiente... Sólo Ilya Plakushchef permanecía a un lado, pensativo, al parecer en otras cosas. Unos días antes se había celebrado una asamblea del pueblo en la que Ilya Maximovich había sido nombrado representante del tercer grupo campesino. Tal vez pensaba en sus futuras actividades, tal vez en algo muy distinto. Cualquiera que fuesen sus pensamientos no se advertía en su semblante el menor rastro de la jubilosa sonrisa que iluminaba todos los demás rostros, ni tampoco sus ojos se clavaban con la misma intensidad en el agua que subía cada vez más entre los diques.

—¡Un lobo!—gritó Ognef mirando a Plakushchef.

Luego volvió la cabeza y se dirigió a Kirka:

—Bueno, Kirill, hemos triunfado aquí. Otra victoria como ésta y todo el frente quedará en nuestras manos.

A Kirka le temblaban las piernas de fatiga y dolíale la espalda. Silenciosamente estrechó la mano de Stepan y avanzó unos cuantos pasos. Quería hablar al pueblo de Shirokoye de su trabajo común, preguntarle si no juzgaba que había llegado el momento de emprender también en otras materias el camino de la cooperación que había sido abierto por la cooperativa. Sus pensamientos le arrastraban a lo lejos como una troika fogosa. Abrió la boca, pero sólo sonidos roncos e ininteligibles salieron de su garganta. La cabeza le dió vueltas y se desplomó contra el pretto de la presa.

Ulka se hallaba junto al dique de tierra. Al ver caer a Kirka quiso correr hacia él, pero ya Ognef le había levantado, diciendo dulcemente:

—No te ocupes de hablar, Kirill. Les enseñaremos con los hechos, con el resultado de nuestra obra.

—¡Agua!—gritó Petka Kudeyarof, como si fuera la primera vez en su vida que veía agua.

Su voz sirvió de señal. Los campesinos lanzaron un grito y se inclinaron sobre el canal como empujados por una fuerte ráfaga de viento. El agua de la alberca alcanzó el nivel del canal y comenzó a deslizarse por él en una pequeña corriente que era absorbida por la reseca tierra con un ruido gorgoteante, dejando solamente una mancha húmeda y negra. Otro pequeño chorro de agua se deslizó por el canal, aumentó en seguida y se hizo más profundo, corriendo entre espuma. Gritando y riendo los campesinos corrieron a lo largo de las orillas.

—¡Oh!

—¡Cómo corre!

—¡Se está llenando!

—¡Fijarse! ¡Fijarse!—gritó Petka galopeando y saltando a los chiquillos—. ¿Qué hacéis ahí, pequeños? ¿Por qué no venís a zambulliros en el nuevo estanque? Fijarse, Shlenka se está bañando ya.

Con su rechoncho cuerpo relucirndo, Shlenka se había zambullido en la alberca. Presurosamente, los chicos se despojaron de sus camisas y sus pantalones y se arrojaron al agua.

Zajar Kataef se acercó a Ognef.

—Yo creo que es hora de empezar a regar las parcelas, Stepan Jaritonovich. La gente está loca de alegría. Mirales, brincan como chiquillos.

Las risas y los gritos de alegría de los campesinos cesaron bruscamente cuando Nikita Gurianof, subiéndose al dique de la presa, gritó:

—¡Ciudadanos, ya es hora de regar el terreno! ¿Cómo vamos a hacerlo?

Kirka propuso que se empezase por la primera parcela.

—Empecemos por la tierra de Filat Gusef (Filat asintió con la cabeza y oprimió con más fuerza el mango de su azada), y luego seguiremos por orden de parcela en parcela hasta llegar a la última, a la de Markel Bykof.

—A Markel le llegará su turno en el invierno—dijo Petka Kudeyarof riéndose—. Pero no importa, al fin y al cabo tiene miel.

—Yo no estoy de acuerdo con eso—dijo Nikita Gurianof distintamente—. ¿Por qué hemos de hacerlo así? De esa manera ten-

dremos que tener aquí a todo el pueblo ocupado en la tarea, cuando hay otras cosas que hacer que regar las parcelas. Mi querido ciudadano, es que debemos regar la tierra por grupos de seis. Echaremos a suertes y el grupo que la suerte diga regará sus tierras primero... Y Kirill Semfontich, aunque hoy es su santo el día de tu santo y aunque todos te estamos muy agradecidos lo mismo que a Stepan Jaritonovich, esperamos que no te opondrás a esto.

Lejar Katsel apoyó a Gurianof. Gusef se opuso enérgicamente.

—Será mejor que lo hagamos todos juntos—decía—. Porque ya sabéis que cuando se hace una cosa entre todos se hace mejor.

Stepan era partidario de la proposición de Kirka, pero debido al triunfo logrado, debido a que la gente se había vuelto cariñosa y amable olvidando sus rencillas y sus enemistades, y debido a que todo el mundo se hallaba bajo el influjo de una alegría común, se dejó vencer y abandonar. Vió que todos eran partidarios en redondel de la imposibilidad de trabajar en grupos y no quiso oponerse a sus deseos aunque tenía una vaga idea (como si a través de las brumas del amanecer divisara las trincheras del enemigo) de que el método de Kirka Zidarkin fortalecería la voluntad colectiva creada por el trabajo en cooperación de los últimos días, tanto que el método de Gurianof sólo daría por resultado dispersar y disolver las fuerzas que habían estado unidas. Stepan sonrió pensando en el molino que no tardaría en construirse y recordando la forma cordial y amistosa en que Nikita se había opuesto a la proposición de Kirka, y permaneció silencioso. Entonces todo el mundo, incluso Kirka, se echó a reír y aceptó el proyecto de Nikita. A cada grupo se le darían veinticuatro horas para regar sus tierras. Echaron a suertes.

El primer grupo agraciado fué el séptimo, formado por seis y dos almas de la familia Gurianof, veintitrés Oeniches y el resto Spirins.

—¡Ah, los perros!—gritó Petka Kudeyarof.

—¿Qué?

—¡Hoy estáis de suerte!

—¿No habrá habido... algún error?—dijo Filat Gusef.

Nikita Gurianof se acercó a Gusef.

—¿Qué error puede haber habido, eh? Hemos echado a suertes delante de todo el mundo. Kirill Semafontich, tú has sacado las suertes. Diles que no ha habido ningún error para que contengan su mala lengua.

Únicamente el hecho de que las suertes hubieran sido sacadas por Kirka—enemigo de Nikita Gurianof—pudo acallar la pretensión de que se echara a suertes nuevamente y aun así algunos quedaron descontentos.

—Puede que no fuera suya la suerte.

—¿Qué?—exclamó Nikita—. ¡Fíjense! ¿No es mi botón? De mis pantalones, miradlo.

Y se levantó la blusa señalando al sitio de donde había sido arrancado el botón y girando sobre sus talones para que todo el mundo pudiera verlo.

—¡Levanta más, más!—gritó la viuda Lushka—. ¡Ya se lo hemos visto todo menos el ombligo!

Los campesinos se echaron a reír y uno gritó:

—¡Al siguiente, Kirill Semafontich!

Kirka metió la mano en su gorra para sacar la suerte siguiente. Pavel Bykof salió de entre la muchedumbre y se puso al lado de Plakushchef agitando los brazos y murmurando palabras ininteligibles. Al principio, Ilya Maximovich no pudo comprender el sentido de los gestos de Pavel. Pavel aullaba y señalaba repetidamente a Kirka. Cuando por fin comprendió, Ilya Maximovich se puso pálido, tembláronle los labios y fríos estremecimientos recorrieron su espina dorsal.

—Eso son tonterías, Panya, tonterías. No son más que chismes. No hagas caso. Ven a mi casa y yo te daré un poco de miel, de miel dulce, ¿eh? Eso no son más que chismes.

Pavel siguió aullando y Plakushchef vió que se había excitado de tal forma que era imposible dominarle o convencerle... Y, además... Puede que en cualquier otro momento Plakushchef no hubiera hecho lo que hizo entonces. Puede que en cualquier otro momento ni con torturas se le hubiera obligado a hacerlo... Pero en aquel entonces, la soledad de su derrota, la actitud de Kirka para con él—Kirka llevaba varios días sin dirigirle la palabra y se pasaba todo el tiempo con Stepan Ognef—, la comprensión de

que Ogué iba conquistando poco a poco a todos los campesinos de Shirokoye y de que todo se le escurría a él, a Pikushchei de la mano, le indujeron a hacer lo que después había de hacer muchas veces en secreto.

Ilya Maximovich cogió a Pavel por los hombros y le gritó, señalando a Ogué:

—¡No, no! ¡Kirka, no! Eso no es verdad. Es ése, ése, el hombre, Ogué.

—¿Ése-ése?

—Sí, sí. El hombre del tractor. Él es el que se la quiere llevar, no Kirka. Él, el hombre del tractor.

Y Pikushchei se alejó precipitadamente.

VI

Del séptimo grupo le tocó el primer turno a Mitka Spera.

—Dentro, ahora, en nombre de Dios...—dijo sujetándose los pantalones y volviéndose hacia Ogué—. ¿O ya no tenemos que hablar de Dios?

Luego llamó a su mujer.

—¡Elka, ven aquí! ¡No dejes que se vaya el agua a la tierra de otro!

Después de detener la circulación del agua en el canal con una ancha tabla, cavó un pequeño conducto entre el canal y su parcela. El agua se derramó sobre la parcela, que estaba sembrada de patatas.

—¡Párala! ¡Párala!—le gritó Mitka a Elena—. ¡No dejes que se meta en la tierra de Nikita! ¿No lo ves, tonta?

El agua llegó al lado extremo de su parcela y empezó a filtrarse, cubriendo las raquíticas y polvorientas plantas... En el otro de la parcela había un montecillo y por mucho que Mitka se esforzaba por dirigir el agua hacia él, el montecillo seguía seco. Transcurrió una hora y la parcela parecía una charca, pero el montecillo continuaba seco y Mitka estaba terriblemente asustado de que quedara regado.

—Fíjense, vosotros mismos lo podéis ver, ahí arriba la tierra

cinco pals de patatas y si no lo riego se estropearán todas—decía. Metido hasta las rodillas en el barro andaba alrededor del montecillo pataleando y echándole agua con la azada... Pero el montecillo seguía seco.

En la presa, los campesinos rodeaban a Stepan Gurof, a Kirka y a Zajar Katsef. Estos hablaban de la lluvia, del tractor, de máquinas. Pavel Bykof andaba de un lado a otro entre la muchedumbre murmurando para sus adentros.

—¡Eh, tú, cara de demonio!—le dijo Yashka riéndose—. ¡No estaría mal que te enganchásemos al arado!

—¡Brm-brm!—gruñó Pavel mirando a Stepan con el ceño fruncido.

—Quiere el tractor. Se ha enamorado perdidamente de él—bromearon los campesinos riendo—. Ahora se ha olvidado de la campana de la iglesia y se pasa todo el día imitando el ruido del tractor.

—¡Ven entonces aquí y guíanos el tractor!—gritó Yashka.

—¡Brm-brm!

—Ya está bramando otra vez. ¿Qué es lo que tienes que bramar? Deben haberte hecho cuando todo el mundo estaba rezando. No hay más que ver lo que te gusta.

En tanto, los demás miembros del séptimo grupo, y en particular Nikita Gurianof, permanecían junto a sus parcelas viendo cómo Mitka Spirin se tambaleaba entre el barro en su inundado terreno. Nikita le llamó varias veces, primero suavemente y después en voz cada vez más alta a medida que se le iba agotando la paciencia:

—¡Mitri! ¡Estás desperdiciando el agua, estás jugando con ella! ¿No sabes que el agua no puede subir una cuesta? ¿Te has creído que es un caballo? ¿Has visto nunca que el agua suba cuesta arriba? No vas a conseguirlo.

—Bueno, bueno, ya veremos si no la hago subir. ¡Elka, ven a ayudarme!

Por fin a Nikita se le agotó del todo la paciencia.

—¿Qué se creerá que está haciendo? No tenemos más que veinticuatro horas para todos y él lleva ya disponiendo del agua

cera de tres horas. Ya basta. No vamos a dejar nuestra de negar por causa de su cerro.

Nikita se puso a cavar un conducto entre su parcela y la orilla del canal.

—¡Eh! ¡No te atreverás!—rugió Mitka—. ¿Qué es lo que te propones? Tú nunca tienes bastante. ¿Tienes prisa por volver con tu mujer? Ya tendrás tiempo de dormir. La noche es larga.

Sakulya, el sobrino de Mitka, levantó la voz:

—¿Dónde estabas tú cuando tuvimos que defender a las novias? Calentándote las espaldas junto a la hornilla: allí es donde estabas. Y ahora, en cuanto ocurre algo, quieres tú ser el primero. No creas que sería ningún pecado que te dejáramos sin agua ninguna.

Nikita agitó su rojiza barba.

—¿Y tú, dónde estabas tú?—exclamó—. ¿Si te pasaste todo el tiempo en la retaguardia! ¿Estabas luchando, verdad? Sí; ya sabemos: luchando con el vodka.

—No, no; eso no es verdad—intervino Petka Kutsyrd—. Estuvo luchando a mi lado.

—¿Qué se te ha perdido a ti aquí? ¿Eres el perro de Sakulya?

—¡Menudos guerreros estáis hechos los dos!—dijo Fadey Gorianof—. Lo único que habéis hecho ha sido luchar con el aguardiente.

Ante este ataque Petka se batió en retirada. Al punto se maldijo por haberse mezclado en los asuntos ajenos; pero ya que la lucha había empezado no quiso ceder. Con toda la fuerza de sus pulmones gritó, como si quisiera ahogar las voces de los Gorianofs:

—Si estáis tan seguros de lo del aguardiente, ¿por qué no habéis ido a decírselo a la milicia en vez de abrir la boca sin? Ya sabéis lo que hacen por cosas como ésas.

—¿A la milicia? ¡Pero si son lo mismo que Sakulya!—replicó Fadey en voz baja—. ¡Guerreros!... ¡Oh, sí! Todos guerreros con vuestras mujeres.

—¡Basta ya!—exclamó Nikita—. Lo pondremos a votación y la mayoría decidirá. Ya es demasiado.

Y sin esperar el asentimiento de los demás se abrió de

ducto en la orilla del canal. El agua, como liberada de una cir-cel, se derramó por su parcela.

Mitka se precipitó hacia él arrastrando los pies con gran dificultad entre el espeso barro de su terreno.

—¡Párala! ¡Córtala, te digo, córtala si no quieres que te aplaste! ¿Te has creído que vives bajo el antiguo régimen?

En su agitación, Mitka descargó un puñetazo en el ancho pecho de Nikita Gurianof. Nikita retrocedió un paso y descargó su azada en la cara de Mitka.

—¡Toma! ¡Para que aprendas a empujarme!

—¡O-oh!—gritó Mitka llevándose a la boca las ensangrentadas manos.

Se desplomó de rodillas.

—¡Oh, me han matado!

El agua salpicó en todos sentidos. Los Spirine se abalanzaron contra los Gurianofs y los Gurianofs contra los Spirine. El estrépito espantó a los mirlos de los sauces. No tardó en ser reemplazado por un bajo clamor, por el sordo rascar de los puñetazos, por el golpear de las azadas. Los campesinos de la presa corrieron al valle y se lanzaron también a la refriega tratando de separar a los contendientes. Contra su voluntad, se vieron enredados en la lucha. Hombres y mujeres llegaron corriendo del pueblo atraídos por el ruido.

Kirka, Ognef, Yashka y Zajar Katef se precipitaron entre los dos grupos cogiendo a los hombres por la nuca y derribándolos para separarlos; pero los contendientes se incorporaban y corrían hacia sus adversarios, con la cabeza baja y tapándose la cara con los brazos. Alguien dió dos golpes a Kirka, uno en la espalda y otro en la nuca.

—Deben haberme tomado por otro—se dijo Kirka esforzándose todavía por separar a los campesinos.

Un momento después recibió en la sien un fuerte golpe. Se tambaleó y se desplomó de rodillas en el barro. Por encima de él oyó gritar a su agresor:

—¡Toma, por todo!

—¡Ah! ¡Resulta que sí es a mí!

Kirka se puso en pie de un salto y dió media vuelta. Shlenka

se hallaba delante de él con la azada levantada sobre su cabeza dispuesto a descargársela sobre el cráneo. Kirka dió un salto de costado y asestó una patada a Shlenka entre las piernas con todas las fuerzas que le quedaban. Shlenka lanzó un grito, dejó caer la azada y se desplomó de bruces.

—¡Toma, bastardo, por atacar a un hombre por la espalda!

Kirka levantó el pesado cuerpo de Shlenka como si fuera un muñeco y lo arrojó a los pies de los enfurecidos campesinos.

La lucha prosiguió. Los hombres más débiles caían a tierra y eran pisoteados en el barro... Mechones de pelo volaban por el aire. En la penumbra del atardecer la sangre ponía manchas oscuras en los rostros de los campesinos.

Las mujeres gritaban.

Yashka Chujlai se hallaba al lado de Stepan Ognef, hundido en el barro hasta las rodillas, y le gritaba a Kirka:

—¡Kirka, no saltes de un lado a otro! ¡Quédate en un sitio y esquívalos, como hacen los japoneses! ¡Están cogidos de la garganta como si fueran perros!

Yashka golpeaba a los campesinos en torno suyo poniendo la mano de canto. Los campesinos se desplomaban en silencio. Nikita Gurianof se abalanzó sobre él. Yashka le asestó un golpe en la sien. Nikita lanzó un rugido y se desplomó a los pies de Yashka como un conejo.

—¡Fijarse, fijarse qué oso más grande he cogido!—exclamó Yashka.

En aquel momento se lanzó a la pelea Pavel Bykof. Blandiendo una barra de hierro por encima de su cabeza corrió hacia Yashka.

—¡Yashka! ¡Cuidado!—gritó Kirka.

Yashka dió un salto de costado, y antes de que le diera tiempo a gritar, la barra de Pavel cayó pesadamente sobre la cabeza de Stepan Ognef. Yashka saltó hacia delante y descargó su puño crispado en la nuca de Pavel. Pavel se inclinó hacia delante y se desplomó al lado de Ognef con la cara en el barro. Stepan se incorporó hasta ponerse de rodillas y se enjugó la cara con las manos enlodadas. Un chorro cálido brotaba de debajo de su gorra y se deslizaba por su frente. La espalda le dolía como si le hubieran hundido un agudo cuchillo en el espinazo.

—¡Yashka, ayúdame! ¡Yashka!—gritó.

Yashka se inclinó sobre él, pero un grupo de contendientes se interpuso entre ambos, derribando nuevamente a Ogud y apaleando a Yashka violentamente. Stepan sintió las botas y los patones enlodados que le pisoteaban. Su cabeza quedó medio enterrada en el cenagoso suelo. Escupió una bocanada de cieno y hundió los dedos en la blanda tierra. El único pensamiento que martilleteó en su cabeza antes de perder el conocimiento fué el deseo de vivir.

—Vivir..., vivir... No he hecho más que empezar...

VII

Caminando presurosamente, mirando de un lado a otro, Kirka cruzó las colinas de Shijan. Delante de él se extendía un sendero arenoso, claro bajo la luz de la luna. (La luna no podía verse, pero sobre él una claridad difusa y lechosa se extendía y se difuminaba en el cielo circundante.) A ambos lados extendíanse los pinares y las agujas de los pinos arañaban su rostro. La espesura estaba terriblemente tenebrosa y a veces el silencio era interrumpido por un grito inesperado, por las voces ahogadas de los pájaros. Cuanto más se adentraba Kirka en el bosque más intensa se hacía la sensación de temor y desasosiego que experimentaba. De cuando en cuando se detenía a respirar profundamente y a escuchar si le perseguían. Luego seguía andando por la estrecha vereda levantando sus pesadas botas militares en largas y trabajosas zancadas.

Pronto el sendero torció cuesta abajo. Los pinos fueron sustituídos por álamos y tilos y de las tremendas fauces del valle de Dolliny llegó el olor de alquitrán, de carroña y de sudor. Kirka había decidido encaminarse por el lago del Ganso siguiendo el sendero que corría a través de la alameda para llegar a Podlessoye, donde podría tomar el vapor para Ilim. Pero cuando hubo llegado al valle se sintió demasiado cansado para seguir más adelante y se quedó dormido...

Se despertó por la mañana temprano alarmado por los mur-

ñidos de un gato montés y se sentó en el tocón de un árbol. Desde las colinas de Shijan, entre la tupida arboleda, llegaba un rumor sordo y ritmico, como si un millar de caballos con herraduras de goma trotaran rápidamente por un camino bien pavimentado. Hacia el lago y grises patos flotaban sobre el agua oscura. Arriba, en el suave azul del cielo matinal, describía círculos un buitre con las alas entrelazadas, acechando a unas palomas silvestres que huyeron por el valle y fueron a posarse bajo un fresno.

Kirka se encaminó por la orilla del lago y subió a un pequeño calvero. A cierta distancia divisó a Kuzmich, el vigilante de la finca, y retrocedió entre los matorrales.

—¡Alto, alto!—gritó Kuzmich quitándose del hombro la escopeta de chispa de dos cañones—. ¿Adónde corre usted?

Al reconocer a Kirka se detuvo y bajó de mala gana la escopeta. Sus ojos, que se habían encendido con el fuego de un guardián alarmado, perdieron todo su brillo.

—Creía que venía alguien a robar pescado. Da verdadera pena cómo se llevan el pescado de este lago.

En el gesto con que Kuzmich se alejó y comenzó a subir la colina y en el tono de su voz, Kirka descubrió un odio profundo secreto contra él.

—¡Kuzmich!

Kuzmich se detuvo y le gritó por encima del hombro:

—¿Por qué andas escondiéndote como un conejo? Sucias eres lo mismo. Revuelves a la gente y cuando ocurre algo abres el ala... ¡Menudos constructores estáis hechos vosotros!—murmuró para sus adentros, pero en el silencio del valle sus palabras llegaron a los oídos de Kirka y le hirieron como las correas de un látigo.

Kirka se puso profundamente colorado. Encogiéndose de hombros gritó:

—No sé quién es el que se esconde...

Kuzmich se echó a reír suavemente.

—¿Quién? No seré yo. Yo no me escondo entre los matorrales. ¡Ah, enredadores!—gritó coléricamente desapareciendo entre los álamos.

—Se ríe de mí. Hasta él se ríe de mí. Y en el pueblo... ¿qué será de Ognef? ¿Qué será de la cooperativa... y de Ulka?

Durante unos momentos permaneció inmóvil como clavado al suelo. Luego, como impulsado por un resorte, corrió a través de las alamedas y volvió a subir las colinas de Shijan en dirección de Shirokoye.

Al cabo de dos horas el pueblo se extendió ante él, con sus chimeneas humeantes. A una media versta del pueblo se sentó junto a la cerca que circundaba el huerto de los cerezos. Del otro lado de la cerca, Markel Bykof se hallaba inclinado sobre sus colmenas. Al pronto, Kirka quiso seguir. Pero al mismo tiempo experimentó un irresistible deseo de verse con su adversario cara a cara y enterarse por Markel del estado de ánimo de los aldeanos. Se puso en pie y se recostó contra la cerca. Markel se enderezó, anduvo de un lado a otro entre las colmenas murmurando para sí y de pronto se puso a gritar:

—¡Ah, malditos pájaros! ¡Sois unos pájaros malditos, eso es lo que sois! ¡Ojalá os murierais todos!

Y corriendo a su tienda salió empuñando una escopeta de caza. Habiéndola cargado se puso a disparar contra las golondrinas.

Kirka recordó que Markel había abofeteado muchas veces a los chicos por destruir los nidos de las golondrinas. Involuntariamente se echó a reír.

—¿Cómo es eso, Markel Petrovich?—gritó—. ¿Has vuelto tu escopeta contra los pájaros de Dios?

Markel se sobrecogió y se volvió hacia Kirka.

—No sabía que estuvieras ahí. Estas golondrinas—agregó procurando disimular su cólera—se están tragando todas mis abejas. Estos pájaros resultan muy dañinos, sobre todo para nosotros, para los colmeneros. Son verdaderos demonios.

—¿Tienes mucha miel?

—¿Mucha? Sólo la suficiente para untarse los labios—dijo Markel pasándose un dedo por sus gruesos labios—. Estoy trabajando como un esclavo para nada. Allí sacan jarros llenos, pero yo no saco ni esto en cada abeja—y Markel señaló un trocito de la uña de su sucio pulgar—. ¿Quieres probar un poco? Todavía está caliente.

Kirka se quedó asombrado de la frialdad de Markel y de su
insensibilidad ante la ajena.

—Puede que después de todo no haya ocurrido nada—se dijo—. Será que no lo ha contado ya. Tendré que preguntarle.

Y exclamó:

—¿Cómo está Pavel? ¿Resultó herido ayer?

—¿Herido? Lo han matado. ¿Y dices tú que herido? Lo encontraron de tal manera en el barro que no ha quedado trabajo de contarlo. En cambio, Shenka ha salido con vida, aquí que está cubierto de heridas y cardenales. Se pueden ver en su cuerpo las huellas de las botas. Casi le han arrancado toda la piel. Ahora está en cama en su casa y no cesa de quejarse.

Kirka se sintió un poco aliviado.

—Pero ¿por qué no estás en casa?

Markel se encogió de hombros.

—¿Qué voy a hacer allí? Le enterraremos y nada más. Si se me antoja aquí con cuidado estas cochinadas golondrinas se encierran todas mis ahorros. Desde luego, debería estar en casa... Y por añadidura han dado cuenta también de Stepan Ognef y Elko ha desaparecido. Por lo visto se ha encaramado arriba.

—¿Quién? ¿Cómo?—exclamó Kirka.

Por vez primera reparó en el maligno fulgor de los ojos de Markel. Había visto este mismo fulgor en los ojos de su perro cuando estaba encadenado a la perrera.

—Stepan Ognef, he dicho... ¡Ah, demonios!—y Markel levantó la escopeta y disparó contra las golondrinas.

La noticia de que Stepan Ognef había resultado muerto en el valle le produjo a Kirka al pronto una cólera tremenda. Había querido destruir todo el pueblo. Pero después se sentó en el suelo, lo calizo sin fuerzas para moverse. Era como si le hubieran sacado a golpes todas las energías, como extraer el grano la trilladora las repletas espigas.

A sus pies extendíase el valle. Los aldeanos, hombres, mujeres y niños, se esforzaban por volver el agua al cauce. El agua había franqueado la orilla de éste y se derramaba por la tierra abriendo estrechos surcos a través de las parcelas. Al extremo del valle, el abuelo Maxim Fedmof permanecía junto a la choza del esquilador

del río observando a los campesinos. Zuka surgió entre los árboles guiando a los cerdos. El abuelo Maxim corrió hacia ella y Kirka pudo oír algunas de sus palabras.

—No me importa... Los cerdos... El presidente.

En la era, Nikita Gurianof se hallaba trillando el centeno que le quedaba del año anterior. Tenía la cabeza vendada con un trapo blanco anudado bajo la barbilla y su gorra grasienta relucía bajo el sol. Guiando a sus caballos alrededor del círculo gritaba con voz alentadora:

—¡Hala, valiente, hala!

Y por encima de todas las cosas ardían el ardor del sol.

A lo largo del camino que atravesaba las colinas de Belhubija extendíase una hilera de carros. Los campesinos huían del hambre hacia el mar, hacia Kizliar, hacia la Siberia..., hacia el pan... Una mujer corría detrás de su pequeñuelo que había soltado una cerca y se arrastraba a gatas por el extremo del valle.

—¡Cogedle!—gritaba—. ¡Coged a ese bribonzuelo!

Todo ello se deslizaba por delante de los ojos de Kirka como una escena borrosa, absurda, sin conexión. De súbito le pareció —el pensamiento se le ocurrió inesperadamente—que la vida campesina era como el círculo sin fin que trazaban los caballos en la era. Clavados a la tierra, los campesinos se pasaban la vida dando vueltas sobre un mismo punto. Una vaga, arbitraria pesadumbre, se apoderó de Kirka. Se incorporó y comenzó a subir la colina...

Las sombras de los árboles se fueron alargando, extendiéndose por el barranco y proyectándose como flechas en la hierba amarilla del valle. El día subía la colina acompañando a Kirka. Pero ¿adónde? El día sabía su camino, el sol seguía una ruta determinada. Dentro de una o dos horas las sombras volverían a encogerse y después a alargarse, para diluirse luego en el crepúsculo, en la uniforme oscuridad de la noche. Y cuando llegara la mañana la luz se deslizaría nuevamente sobre el cielo agitando sus túnicas de brillantes colores y ocultando las estrellas. Pero Kirka no seguía ningún camino. Había sido arrojado del círculo de la vida campesina como se arroja una cosa inútil.

Llegó a la cresta de la colina. Los avellanos estaban más

del río observando a los campesinos. Zinka surgió entre los arbustos guiando a los cerdos. El abuelo Maxim corrió hacia ella y Kirka pudo oír algunas de sus palabras.

—No me importa... Los cerdos... El presidente.

En la era, Nikita Gurianof se hallaba trillando el centeno que le quedaba del año anterior. Tenía la cabeza vendada con un trapo blanco anudado bajo la barbilla y su gorra grasienta reluchaba bajo el sol. Guiando a sus caballos alrededor del círculo gritaba con voz alentadora:

—¡Hala, valiente, hala!

Y por encima de todas las cosas cerníase el ardor del sol.

A lo largo del camino que atravesaba las colinas de Bolshaya extendíase una hilera de carros. Los campesinos huían del hambre hacia el mar, hacia Kizliar, hacia la Siberia..., hacia el pan... Una mujer corría detrás de su pequeñuelo que había saltado una cerca y se arrastraba a gatas por el extremo del valle.

—¡Cogedle!—gritaba—. ¡Coged a ese bribonzuelo!

Todo ello se deslizaba por delante de los ojos de Kirka como una escena borrosa, absurda, sin conexión. De súbito la pareció —el pensamiento se le ocurrió inesperadamente—que la vida campesina era como el círculo sin fin que trazaban los caballos en la era. Clavados a la tierra, los campesinos se pasaban la vida dando vueltas sobre un mismo punto. Una vaga, anhelosa pesadumbre, se apoderó de Kirka. Se incorporó y comenzó a subir la colina...

Las sombras de los árboles se fueron alargando, extendiéndose por el barranco y proyectándose como flechas en la hierba amarilla del valle. El día subía la colina acompañando a Kirka. Pero ¿adónde? El día sabía su camino, el sol seguía una ruta determinada. Dentro de una o dos horas las sombras volverían a encogerse y después a alargarse, para diluirse luego en el crepúsculo, en la uniforme oscuridad de la noche. Y cuando llegara la mañana la luz se deslizaría nuevamente sobre el cielo agitando sus túnicas de brillantes colores y ocultando las estrellas. Pero Kirka no seguía ningún camino. Había sido arrojado del círculo de la vida campesina como se arroja una cosa inútil.

Llegó a la cresta de la colina. Los avellanos estaban más

grumos y más crecidos. Amarillentas hojas crujieron secamente bajo sus pies. Kirka se sentó bajo un árbol y miró en torno suyo ensimismado, como si acabara de despertarse y se esforzara, sin conseguirlo, por recordar el sueño que había tenido. Al mismo tiempo no se le era posible describir la impresión que el sueño le había dejado. Parecíale que todo cuanto había sucedido había sucedido deliberadamente: alguien debía de haberle jugado una mala pasada. No tendría más que despertarse definitivamente, restregarse un ojo y se encontraría en casa, en su confortable lugar. Sobre estaría en la cuadra y la vaca en el corral... Tenía una parcela en el viejo pantano y tenía también a Zinka, que se había puesto muy gorda.

Al acordarse de Zinka se estremeció. Parecíale que había vivido varios días encerrado en una jaula y que durante todo ese tiempo alguien le había atormentado a través de los barrotes sin dejarle descansar. Mentalmente, reprochó a Zinka los años de sudor que él había pasado en el pantano y en los sembrados, censurándola por haber tenido que usar pantalones rotos de hechura doméstica y por haber tenido que comer pan de centeno mientras el trigo era guardado en el granero como lo quería su padre... También había sido por causa de ella por lo que se veía expulsado del círculo comunal y no tenía nada ahora entre...

Luego se echó a reír en voz alta porque al levantar la cabeza vió en lontananza a los campesinos apiñándose en el corral de Stepan Ogniel y se acordó del día en que había ido con él a ver su pantano.

—Sí—pensó Kirka—. Yo he fracasado; pero ¿y Ogniel?... ¿Qué hay de Ogniel? Ogniel ha muerto, pero al menos ha dejado un rastro tras él, y yo vivo y no tengo camino ninguno detrás de mí. Ningún camino.

Y de súbito, como brota un manantial de la roca, despertáronse en él otros pensamientos y otros anhelos. Hasta entonces había permanecido, por así decir, en un callejón sin salida. Hasta entonces había vivido en una angosta garganta. A cada lado se alzaban dos inmensas y lisas paredes de roca y por encima de su cabeza reinaba la oscuridad. Y de pronto, se

paredes pedregosas habían aparecido pisadas humanas y Kirka había sentido (el asombro tornaba cada vez que recordaba aquel momento) que ya no era el mismo hombre que había sido hasta entonces. Había sido expulsado del círculo. ¡Perfectamente! Pero ahora, desde el margen, podía ver mejor. Parecíale que hasta sus ojos habían cambiado.

—¡Como lobos!—exclamó—. ¡Como lobos! Están comidos por sus vacas, por sus caballos, por sus parcelas, por sus trozos de pan, por sus ratones. Están comidos por todo ello. Se degüellan unos a otros y trabajan hasta matarse por todo eso. ¡Y yo los he seguido!—agregó suavemente.

Kirka se levantó y se estiró sintiendo que un estremecimiento venturoso le recorría todo el cuerpo como si acabara de bañarse en un río helado y ahora permaneciera sobre la arenosa orilla.

—¡Ah!—exclamó con un suspiro de alivio—. Tengo fuerza y tengo una casa. Siempre se puede tener eso; pero los años que se pasan no vuelven y la felicidad no puede comprarse por muchos copeks que se ahorren. Podremos seguir, pero no de esa manera, no como acostumbrábamos...

A sus espaldas sonaron suaves pisadas. Kirka no tuvo tiempo de volverse: dos manos oprimieron sus ojos y una voz gritó roncamente:

—¡Adivina quién soy!

Al pronto Kirka pensó que era Zinka. (Frecuentemente, despertándole de sus sueños, Zinka le interrogaba acerca de Ulka esperando que se traicionara.) Kirka agitó la cabeza para apartar las manos extrañas de su rostro. Dos firmes manos le oprimían la espalda.

—¿Ulka?—pensó.

Y gritó:

—¡Ulka!

Ulka giró en redondo para ponerse delante de él y ambos se dejaron caer bajo el avellano.

—¡Espera! ¡Espera!—gritó Kirka.

—¿Cómo? ¿Sigues haciéndote el interesante? Nunca aprenderás a manejar una mujer.

—¡Pero déjame tranquilo! ¡Espera, brujilla!

Kirka levantó a Ulka y la puso a su lado. Ella se rió a carcajadas. Kirka miró sus pequeños y fuertes dientes, su bigote gracioso, el pliegue apenas perceptible de debajo de su barbilla y sus sonrosadas orejas. Todo su rostro resplandecía.

—¡Pero acaba de reírte!—dijo Kirka riéndose también a pesar suyo—. ¡Acaba! ¿A qué viene tanta risa? Quiero decirte algo.

Ulka se puso seria.

—¡No te pongas triste, Kiryusha! ¡No te entristezcas!

—Dime—comenzó él titubeando y traburando las palabras—. Tú..., dime... Bueno, ahora..., ¿eres... libre?

Ulka frunció el ceño. ¡Llevaba toda la noche buscando a Kirka y ahora él le preguntaba si era libre!

—Siempre he sido libre. Bueno, ¿por qué te paras? ¡Sigue!

—¿Es que no estás nada enamorada? ¿No estás afligida por Pavel? A pesar de todo era...

Ulka se incorporó, lanzó un suspiro y se mordió el labio.

—¡No! ¿Por qué he de estar afligida? Un cerdo como ese tenía que morir para no seguir atormentando a los demás. ¡Oh, Kiryusha!—y clavó la vista en el bosque agitando el cuerpo graciosamente—. Hasta estoy contenta. Se me figura que he vuelto a ser una chiquilla. Y tengo... ¿Pero a qué viene todo esto ahora? ¿A qué?

—Bueno, en ese caso no hay cuestión. Y ahora quiero decirte algo más. Supongamos que te llamara un hombre, un hombre que te quisiera..., en fin, pongamos por caso un hombre como yo...—Kirka titubeó y se irritó contra sí mismo, pero luego se echó a reír—. En fin, voy a decírtelo claramente: ¿Quieres marcharte conmigo, lejos de aquí, lejos del pueblo?

Ulka miró al suelo y deshojó malhumorada una rama de avellano.

—¿Y Zinka?

—Un ganso no sirve para acompañar a un cerdo. Cuál de los dos es el cerdo y cuál el ganso es cosa que no sé. Lo único que sé es que nuestros caminos son distintos.

Durante largo rato Kirka habló a Ulka de otro hombre, de un hombre diferente. Entre lo que le dijo había cosas que

que Ulka no podía comprender. Pero sentíase feliz, feliz porque él le hablaba, no de pan o de caballos, sino de algo muy distinto, de algo que acaso ni siquiera él mismo lo viera con claridad. Le hablaba de una fábrica y la puso a ella, a Ulka, sobre el mismo plano que él, que Kirka, que aquella mañana se le apareció como un hombre singularmente grande. El corazón de la mujer palpitaba velozmente. Y le entraron deseos de acariciarle, de pasarle la mano por la desgreñada cabeza, como acaricia tiernamente una madre feliz a su primer hijo.

VIII

Los campesinos se apiñaban en el corral de Ognef protegiendo los pitillos con las manos puestas en trompa y cuchicheando en voz muy baja como si temieran despertar a un niño dormido. Davidka Panof hallábase sentado al lado de Petka Kudeyarof en los escalones que daban acceso a la casa. Petka había recibido herido en la boca durante la lucha del valle y hablaba con gran dificultad. No cesaba de masculiar un relato de cómo había empezado realmente la contienda y contraía la cara de dolor cada vez que movía los labios. De cuando en cuando lanzaba un grito. Los campesinos le decían que se callara y él guardaba silencio unos instantes; pero luego comenzaba otra vez a gemir y a murmurar. De vez en cuando se acercaba un campesino a Davidka Panof y le preguntaba quedamente:

—¿Qué? ¿Cómo está?

—Lo mismo—contestaba Davidka adelantando las manos como si el interlocutor quisiera entrar en la casa pasando por encima de él—. Sigue acostado ahí—agregaba señalando a la choza.

En la choza, Stepan Ognef hallábase tendido en la cama. Tenía la cabeza envuelta en vendajes. Le habían cortado la barba y el pelo, de suerte que parecía muy joven. Sólo las pequeñas arrugas que rodeaban sus labios y sus ojos y las tupidas cejas grises revelaban su edad. Yacía completamente inmóvil, sin proferir un sonido. Unicamente de vez en cuando desencajaba los ojos y entonces Grusha saltaba de su banco y acercaba el oído a sus labios.

—No es nada. Estoy bien. Sólo es un poquito—sonreía Stepan tratando de sonreír.

Nuevamente se quedaba silencioso e inmóvil. No creía que se moría. La idea de la muerte sólo le había ocurrido en el momento en que Pavel Bykof había descargado la barra de hierro sobre su cabeza. Después, cuando le sacaron de entre la muchedumbre y le llevaron a su choza, procuró no pensar en la muerte aferrándose a la vida con todas sus fuerzas. A pesar del insoportable dolor que tenía en la cabeza (sentía como un enorme clavo moboso que diera vueltas sin cesar en su nuca), y aunque frecuentemente sentía deseos de gritar a causa del dolor, procuraba no lanzar un gemido. Trataba de pensar en otras cosas, de olvidar aquella pesadilla. Con la máxima concentración puso su espíritu a esta tarea y Grusha vió que sus ojos cambiaban. Tan pronto aparecían nubladas como se clavaban enérgicamente en un rincón de la estancia. A veces resplandecían con un fulgor gozoso y luego tornábanse frías y rígidas como carámbanos... También los ojos del abuelo Jaritón habían semejado carámbanos cuando yacía en su ataúd. Grusha se inclinó más sobre el lecho mirando aquellos ojos semejantes a carámbanos y acariciándole la mano, que se había quedado terriblemente flaca en el transcurso de una sola noche.

Reparando en su ansiedad, Stepan le hizo señas de que se sentara en la ventana, al lado de Stiopka. Luego sus pensamientos volvieron a vagar libremente... Vió un carro de tres ruedas. El carro corría por encima del techo y de las paredes y luego se puso a dar vueltas con increíble rapidez alrededor de su cabeza hasta que de súbito desapareció. Yegor Stepanovich Chujlaf surgió de su nuca, se deslizó sin ruido sobre Stepan y se apostó a los pies de la cama. Su rostro se hallaba contraído en una mueca horrible y lágrimas cenagosas brotaban de los ojos. "Ya ves, hijo mío, no has querido escucharme y mira cómo estás. No has querido escucharme." "¡Vete!", dijo Stepan. Quiso apartar de la cama a Yegor Stepanovich de un puntapié, pero las piernas se negaron a obedecerle y su voz se extinguió en su pecho. "¡Vete —volvió a gritar—. ¿Qué es lo que quieres ahora?" "Perdóname. Me iré", dijo Yegor Stepanovich, y dando un salto

sobre la cama volvió a sentarse golpeando a Stepan en la planta de los pies. Luego sus manos, con sus largos y tortuosos dedos, corrieron por sus piernas arriba, le golpearon el vientre y llegaron hasta su pecho. Una vez allí le oprimieron fuertemente.

—¡Vete!—gritó Stepan.

Algo frío y agradable le fué colocado en la cabeza. Abrió los ojos. Steshka se inclinaba sobre él sosteniendo a Annushka en los brazos. La niña le tiraba del cuello de la camisa. Stepan se sonrió y le dijo a Steshka que se sentara a su lado. De pronto recordó un incidente que creía que no había dejado rastro alguno en su memoria. El otoño anterior había partido de Ilim en un carro que había conseguido del Comité del distrito después de muchas peticiones. Era de noche y llovía copiosamente. Antes de partir observó que estaba floja la tuerca de un eje. Examinándola comprendió que no resistiría mucho tiempo, pero cuando se disponía a ponerla en condiciones sobrevino algo que le hizo olvidarse de apretar la tuerca, aunque si por un solo momento se borró en absoluto de su conciencia el conocimiento de que estaba floja. Pero sea como fuere, el caso es que no la apretó. Cuando había recorrido unas diez verstas con el carro hundido profundamente en la tierra blanca y esponjosa, se le salió la rueda. Stepan pasó largo rato buscando la tuerca entre el barro, pero no pudo encontrarla. La situación parecía irremediable. Si se hubiera tratado de un carro ordinario podía haber sujetado el eje con un trozo de su látigo; pero con aquel carro urbano esto era imposible. Las ruedas estaban sujetas con tornillos, por lo que las tuercas eran indispensables. Stepan se devanó los sesos y por fin decidió echar la rueda en el carro y seguir el camino con sólo tres ruedas... Llegó a Shirokoye a la mañana siguiente. La densa lluvia de otoño no había cesado en toda la noche... Ahora al recordar este incidente Stepan se sonrió y se dijo: "¡Qué tonto eres! Sabías que no ibas en un carro ordinario y sin embargo te olvidaste de arreglar la tuerca. Por eso tuviste que pasar toda la noche bajo la lluvia; pero fué únicamente culpa tuya."

Stepan hizo señas a Grusha y susurró dulcemente:

—Mira, ya me han afeitado... Pero no te asustes.

Grusha se esforzó por reír: agitó una mano y se marchó corriendo a la despensa sorbiéndose las lágrimas por el camino.

En el corral los campesinos se movieron y abandonaron la ventana. Yushka Chujlaf, el médico y Zajar Katsef penetraron en la choza seguidos de los campesinos, que alargaban el cuello con afán.

—¿Qué? ¿Cómo te sientes?—preguntó el médico alegremente, quitándose la extra capa.

Luego pidió agua, jabón y una toalla. Después de lavarse las manos se acercó a la cama y se puso a quitar el vendaje de la cabeza de Stepan. En el silencio todo el mundo pudo oír el agudo chirrido de las vendas al ser arrancadas de la herida. Gotas de sudor relucieron en la frente del médico. Las manos le temblaban. Al fin no pudo contenerse y dejó caer el vendaje diciendo con voz suave y reprimida:

—¿Estás hecho de hierro? No se te oye un murmullo.

El médico se volvió a los demás y agregó con voz débil alentadora:

—Pronto le veremos sobre sus pies. Un hombre así no puede morir. Deberías haber sido médico, Stepan Jaritonovich, o...

Stepan desencajó los ojos y súbitamente lanzó un gemido. El doctor se dió prisa... Cuando hubo terminado de vendar la herida retrocedió unos pasos y miró a Stepan frotándose las manos de un modo parecido a como un gitano contempla un caballo magnífico.

—¡Oh, sí! Estoy seguro de que se pondrá mejor... Sólo que hay que echar a la gente de la habitación. Que vengan a darle un vistazo si quieren; pero que vuelvan a marcharse en seguida. El apiñarse aquí sólo servirá para molestar al enfermo.

—¡Hala! ¡Fuera, fuera!—dijo Zajar Katsef.

Y agitando los brazos se dirigió hacia la puerta empujando a los campesinos.

Los campesinos se marcharon... Yegor Stepanovich Chujlaf se detuvo en un rincón y cuando los demás se hubieron ido se acercó de puntillas a la cama con la misma cautela con que se acerca un gato a una golondrina y se sentó al lado de Stepan.

Grusha le señaló al médico con la mano. El no comprendió el gesto y se apartó a un lado.

—He venido a verte, pariente—comenzó Yegor Stepanovich—. Quería ver cómo...

Stepan permaneció silencioso mirando al otro atentamente a la cara. "¿Dónde le he visto antes?—pensó—. ¿Reía o lloraba?" —Ya ves..., han acabado contigo... los extraños. Si te hubieras unido a tu propia familia...

Lágrimas cenagosas surcaron el semblante de Yegor Stepanovich. Stepan le hizo una seña. Yegor acercó el oído a los labios de Stepan y oyó el tenue susurro:

—Eres un niño, Yegor, un niño. Si yo no estoy aquí... siempre habrá de sobra quien siga... Nuestra familia es grande. Pero tú, ¿dónde está tu inmortalidad? Tú no eres más que... un jornalero...

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL
16 MAYO 1962
Secc. Control y Cat.

5 pesetas

Exclusiva para la venta en librerías
Compañía Ibero-Americana de Publicaciones
Librería Fe, Puerta del Sol, 11 - Madrid